





WITHDRAWN
COLLEGE
OF THE PACIFIC



ANTOLOGÍA
DE
POETAS LÍRICOS CASTELLANOS



College of the Pacific
Stockton, Calif.
BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CCXXXVII

ANTOLOGÍA
DE
POETAS LÍRICOS CASTELLANOS
(TOMO XIV)

Menéndez y Peláyo, Marcelino, ed.
BOSCHÁN Y GARCILASO DE LA VEGA

CON UN ESTUDIO CRÍTICO POR

D. JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ

Catedrático de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1916

ES PROPIEDAD

23020

PQ

6175

M 54

t. 14

GARCILASO Y SUS OBRAS POÉTICAS

23020

2108 175

ESTUDIO PRELIMINAR

I

¡Bien menguado sucesor tiene aquel famoso estudio que sobre Boscán compuso hace ocho años el más grande y autorizado de los críticos españoles: D. Marcelino Menéndez y Pelayo! La suerte ha puesto en mis manos la continuación de la Antología en la que el maestro ilustre con tan sagaz criterio escribía la historia de la poesía española, y claro está que la empresa del maestro puede darse por concluída en el volumen anterior á este que hoy sale á luz. A la pobreza natural del crítico de ahora únese la dificultad de encabezar este libro con un estudio biográfico, que pudiera tener pretensiones de cosa comparable con cualquiera de los estudios críticos de los trece tomos precedentes, la falta bien notoria de toda documentación referente á Garcilaso que pueda añadir alguna luz á lo que consta ya en la *Colección de Documentos inéditos*, en los datos que proporciona Gallardo y en los que pueden juzgarse como de alguna novedad publicados por Croce en 1894.

Alguna más moderna noticia referente á nuestro poeta, como la publicada por el marqués de Laurencín, aunque muy interesante, es bien ajena á lo que pudiéramos llamar revelación íntima acerca de Garcilaso.

Queda, pues, nuestra labor muy falta de comprobación que pueda satisfacer, y sólo los datos más esenciales de lugar y tiempo son los que, con respecto á Garcilaso, pueden no dejar ocasión á dudas. En el año 1503 nació en Toledo Garcilaso de la Vega, siendo sus padres D. García Laso de la Vega y D.^a Sancha de Guzmán. El apellido Laso de la Vega había sido aceptado por D. García en devoción á su abuela, con la cual habíase criado; pero á él correspondía el no menos ilustre de Suárez de Figueroa, que era el de su padre, D. Pedro.

Doña Sancha de Guzmán, la mujer de D. García, no era de menos esclarecida prosapia que su marido: pertenecía á la noble casa de Toral, y era nieta de aquel caballero ejemplar y escritor ilustre que es conocido en la historia de la literatura española con el nombre del señor de Batares: D. Fernán Pérez de Guzmán, el minucioso y sereno autor de *Generaciones y semblanzas*.

Del matrimonio de D. García Laso de la Vega con D.^a Sancha de Guzmán nacieron siete hijos: fué el mayor D. Pedro Laso de la Vega, que tomó partido en las Comunidades de Castilla siendo corregidor de Toledo, lo cual pudo comprometer la suerte de Garcilaso, protegido del emperador Carlos V. Sin embargo, parece que la de-

terminación de D. Pedro fué atribuída, no á temple levantisco, sino á mejor parte, pues Sandoval, en su *Historia de Carlos V*, no obstante su cesárea devoción, dice, al hablar del mayor de los Lasos, que fué movido á entrar en la Comunidad por ser este caballero «amigo de justicia y del bien del reino» (1). Garcilaso fué el segundo de los hijos de D. García; el tercero llamóse Gonzalo Ruiz de la Vega, del cual hay probabilidades para afirmar que fué maestro en la Universidad de Salamanca; el cuarto, D. Francisco de la Vega y Mendoza, ocupó un canonicato en Badajoz; el quinto, Fernando de Guzmán, abrazó la profesión militar y murió bien joven, á causa de la peste, en el sitio que á Nápoles pusieron los franceses. Garcilaso lloró la muerte de su hermano en aquel soneto que pone en boca del propio Fernando:

No las francesas armas odiosas,
en contra puestas del airado pecho,
ni en los guardados muros con pertrecho
los tiros y saetas ponzoñosas;
no las escaramuzas peligrosas,
ni aquel fiero ruido contrahecho
de aquel que para Júpiter fué hecho
por manos de Vulcano artificiosas (2),
pudieron, aunque más yo me ofrecía
á los peligros de la dura guerra,
quitar un hora sola de mi lado.

(1) Véase SANDOVAL, *Historia de Carlos V*, libro V.

(2) El ruido de la artillería.

Mas infición de aire en solo un día
me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
Parténope (1), tan lejos de mi tierra.

Doña Leonor y D.^a Juana de Vega son también hermanas de Garcilaso: la primera casó con don Luis Fernández Portocarrero, corregidor de Toledo. La familia de Laso de la Vega quedó bien pronto sin padre, por haber muerto éste siendo muy niños todos sus hijos. Sin embargo, la vida de éstos no tuvo nada de anormal durante algún tiempo; y en cuanto á Garcilaso, parece evidente que continuó sus estudios en la misma ciudad, sobresaliendo en el cultivo de las buenas letras, en especial en el conocimiento de las lenguas, pues el griego, el italiano y el francés los dominó por completo, dando también muestras desde los primeros años juveniles de su afición y amor á las musas.

Pero acaso pueda afirmarse, conciliando la opinión de Herrera — seguida por Tamayo de Vargas y por Cienfuegos en la *Vida de San Francisco de Borja* (2)—, el cual afirma rotundamente que fué en Toledo donde hizo sus estudios Garcilaso, con la de Navarrete, quien sospecha que el poeta se crió en palacio bajo la regia protección, pudiendo así ser discípulo de Pedro Mártir de Anglería. Bien probable es que, muerto el padre de Garcilaso cuando sólo contaba éste

(1) Nápoles.

(2) *Vida de San Francisco de Borja*, por el cardenal Álvaro de Cienfuegos.

nueve años, continuase por algún tiempo al lado de su madre D.^{ta} Sancha, siendo diligentemente atendida su educación, hasta que, atraído el favor real del primer Austria, á causa de la nobleza y rango de los Laso de la Vega, y siendo ya notorias las excelentes prendas del jovenzuelo, fuera éste llevado á palacio para proseguir allí sus estudios y educación, dirigidos ya entonces por los ilustres maestros de la corte. Lo cierto es que en muy temprana edad, cuando Garcilaso apenas cumplía los diez y siete años, le vemos acompañar á Carlos I hasta Santiago, lo cual demuestra que al llegar á España el hijo de doña Juana y D. Felipe halló ya en palacio al futuro gran poeta, pertrechado con todo aquel caudal de cultura y cortesanía que eran requisito indispensable para formar al lado de los reyes y disfrutar de su favor y trato (1).

Con este viaje al lado del ya elegido emperador de Alemania, se inaugura, podemos decir, la vida pública de Garcilaso, el cual no deja de figurar ya en las cosas de la corte y en los negocios

(1) Seguramente que la estancia de Garcilaso en la corte y casa del rey queda explicada con las palabras de Marino Cavalli, el cual en sus *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato*, que hacen referencia á los días del Emperador, dice: «Treinta ó cuarenta pajes formaban parte de la casa del Emperador, donde se les daba no sólo mesa y vestido, sino educación proporcionada á su estado, por maestros que los enseñaban á danzar, á manejar la espada, á cabalgar y algunas letras.» De éstos fué sin duda nuestro poeta, y entre las letras que cultivó fueron seguramente la Doctrina y Moral cristianas, la Aritmética y los idiomas francés, italiano y latino, aparte la educación física representada por la equitación, la montería, la esgrima y otros deportes varoniles.

de la guerra, y esto demuestra la valía de nuestro poeta y la alta estimación que supo captarse, pues bien difícil era por aquel entonces ocupar primeros lugares entre aquellos cortesanos, en los que había de campear toda bizarria, natural despejo, limpio y rancio linaje, gentil presencia, liberalidad, prudencia y aun astucia, siempre buen escudo para prevenir traiciones palaciegas. Todas estas prendas fueron ornato singular del caballero Garcilaso, y á ellas sin duda debió sus éxitos, tanto en la corte española, agitada y dominante, como al ponerse en contacto con las bizzarrías y tortuosidades de París, las inquietudes de Nápoles, las elegantes perfidias de Florencia, los refinamientos venecianos, las cautelas de Londres, la ferocidad del turco y las disputas teológicas de los tudescos.

Bien puede vaticinarse que quien en tan especiales circunstancias logró ser figura saliente, á más altos puestos estaba llamado, y si á ellos no llegó, hubo de impedirlo tan sólo su temprana muerte, que ésta era la única razón contra la cual nada podían el favor imperial, ni la fraterna amistad del gran duque de Alba, ni la no menos íntima y valiosa del virrey de Nápoles, D. Pedro de Toledo. En cuanto á las dotes personales de Garcilaso, certifican de ellas la condición de tales amigos.

Herrera ya apuntó en sus *Anotaciones* (1) cuan-

(1) *Obras de Garci Lasso de la Vega*, con anotaciones de Fernando de Herrera. Sevilla, año de 1580.

to ahora el buen sentido nos hacía inducir: «Y aunque fué (Garcilaso), en la nobleza y claridad de su generoso linaje, uno de los más ilustres y principales caballeros del reino, fué sin comparación alguna mucho más glorioso por la excelencia y grandeza de su ánimo y virtud propia. Porque los bienes ajenos, deseados de todos y tenidos en singular aprecio, no merecen igual valor con los que nacen y viven en el hombre mismo. En el hábito del cuerpo tuvo justa proporción, porque fué más grande que mediano, respondiendo los lineamientos y compostura a la grandeza. Tamayo de Vargas hace suyas estas ponderaciones, y á las últimas palabras de Herrera añade: «la trabazón de los miembros, igual; el rostro, apacible, con gravedad; la frente, dilatada, con majestad; los ojos, vivísimos, con sosiego, y todo el talle tal, que aun los que no le conocían, viéndole, le juzgaran por hombre principal y esforzado, porque resultaba de él una hermosura verdaderamente viril.»

El cardenal Álvaro de Cienfuegos, al tener ocasión, tratando de San Francisco de Borja, para hablar del poeta, lo hace también con singular aprecio, ponderando los méritos del amigo apreciadísimo del santo marqués de Lombay (1).

De todas estas referencias y testimonios resulta la excelencia personal y social de Garcilaso, todo lo cual explica el ambiente en el que ha de vivir, pues la fortuna quiso que sujeto de tales

(1) Obra citada, libro II, cap. IV.

condiciones brillase desde el primer momento en su medio natural. Gozando de todo favor, y con el amparo de la corte, corrieron sin duda aquellos años primeros, en los cuales hubo de conocer al caballero catalán Juan Boscán, trabándose desde luego aquella íntima y ejemplar amistad entre los dos poetas. Cuando Garcilaso fué acogido en la corte del Emperador hacia los años 1520 ó poco menos, allí encontró á Boscán, afecto al servicio real desde los mismos días del Rey Católico, y como fruto de la fraternidad que prontamente nació entre ellos, hubo de resultar nada menos que una renovación literaria en la poesía, innovación que, sin la unidad de espíritu de estos dos hombres y las singulares circunstancias de su vida, ó se hubiera retrasado mucho, ó tal vez habría tomado otros rumbos menos felices para la literatura española. Pero aparte esta consideración de tanta monta, para enaltecer el recuerdo de aquella amistad, hay en ella misma algo bien típico y revelador del espíritu de los tiempos que corrían. Menéndez y Pelayo, en su estudio de Boscán, hace notar que amistades de esta índole como la de Boscán y Garcilaso, sólo se dan en los grandes siglos literarios, y no son conocidas en las épocas de decadencia, en que el egoísmo y la vanidad triunfan de todo y ahogan los más sanos impulsos del alma (1). Y no eran aquellos días, en los cuales los espíritus

(1) *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo XIII, Juan Boscán, pág. 55.

seguros de sí mismos tendían á generosa expansión, propicios á recelos ni envidias; sentían las almas con vivísimo anhelo é idealizábanse noblemente aquellas ansias: la de la amistad no en menor grado que otras. Así queda memoria en Italia, y en Alemania, y en Holanda, y en España, de aquella firmísima entre grandes poetas, filósofos renacentistas, innovadores, etc.

Y muestra patente de cómo era enaltecida la virtud de la leal amistad, encuéntrase en gran número de obras de ese tiempo, y de las más salientes demostraciones hállanse en aquel libro memorable de Castiglione, del que había de gustar Boscán por la recomendación de Garcilaso. Tal vez antes de conocer íntegra la obra del ilustre caballero italiano, conocíala ya fragmentariamente Boscán, que no en vano el nuncio del Papa había vivido y muerto en España y aquí eran conocidos sus merecimientos y como espejo y luz de caballeros mirado, y acaso en aquella devota admiración que el buen poeta catalán sentía por el castellano, influía no poco el que á su parecer encarnaban en éste todas las dotes y prendas reunidas por feliz creación del arte en aquel utópico caballero del conde Baltasar Castellón, como llamaron los españoles al citado embajador del papa Clemente VII, que entonces podían los españoles castellanizar desde el primer momento los nombres extranjeros más gloriosos, y de ello se honraban los favorecidos, que no de oírse llamar en pronunciación bárbara ó pedante, como ahora ocurre.

Por aquellos fragmentos de *El Cortesano*, que no es aventurado suponer conocía Boscán (1) buen número de ellos, ya érale familiar la ideal figura del héroe, cuya cifra y compendio, en parte por la firme amistad con que le amaba, en parte también porque realmente lo era, veía él en el gentilísimo caballero Garcilaso. Exigía *El Cortesano* fuera quien tal título mereciese de buen linaje (2), de claro ingenio y hombre gentil, de buena disposición de rostro y cuerpo (3), diestro en el uso y ejercicio de las armas, sin alabarse de ello (4); entendido en el hablar y escribir (5), bien compuesto y ataviado (6), y, por fin, le importa ser músico, saber cantar y tañer diversos instrumentos (7).

Al leer tales capítulos parecíale á Boscán tener presente el auténtico retrato de su amigo, en nada falto de tales cualidades y más bien dueño ó maestro de todas ellas, pues el propio Herrera, que ya hemos visto le alabó por otras prendas, dijo también de nuestro poeta que «fué diestro en la música y en la vihuela y arpa con mucha

(1) Véanse las noticias que acerca de esta divulgación fragmentaria del libro de Castiglione da Vittorio Cian en su magnífica edición de *Il Cortegiano*, Firenze, 1894. Aparte el objeto de esta cita, quede dicho que la edición de Cian es, por hoy, la más perfecta y documentada.

(2) *El Cortesano*, cap. II.

(3) Id. íd., cap. III.

(4) Id. íd., cap. IV.

(5) Id. íd., caps. VI, VII y VIII.

(6) Id. íd., cap. IX.

(7) Id. íd., cap. X, edición *Libros de antaño*. Introducción y notas de Fabié.

ventaja, y ejercitadísimo en la disciplina militar, cuya natural inclinación lo arrojaba en los peligros, porque el brío de su animoso corazón lo traía muy deseoso de la gloria que se alcanza en la milicia» (1). No es aventurado, pues, afirmar la complacencia con que Boscán pudo, en su afición por Garcilaso y en su orgullo de español, hacer de éste el tipo ideal del caballero, y acaso no fué poca parte en esta satisfacción el amor y celo con que puso mano á la traducción del libro de Baltasar Castiglione, cuando el propio Garcilaso lo hizo llegar íntegro y recién editado en Venecia, en la casa de Aldo Manuceio, en el año 1528.

Claro es que bastaba la afición y gusto de caballero, como lo era el propio Boscán, la fama del libro y espíritu y doctrina de éste, el buen nombre de su ilustrísimo autor, la natural inclinación de Boscán por la lengua y literatura italianas, el parecer de Garcilaso, que le animaba, y el mandato de la muy magnífica señora doña Jerónima Palova de Almogávar, que compelia al trabajo (2); pero puede sospecharse que fué no baladí razón para proseguir la tarea y terminarla con tan maravillosa perfección, la complacencia con que línea tras línea veía el traductor, como en espejo, reflejarse las virtudes y dotes de su amigo, y aun bien á menudo vendrían á su memoria, evocadas por la lectura, las pláticas y gratas ocupaciones que los dos amigos, en casa

(1) Lugar y páginas citados.

(2) Dedicatoria de la traducción de *El Cortesano* a esa ilustre dama.

de D. Fernando, el duque de Alba, habían sostenido con este ilustre señor, su discípulo.

Pero volviendo nosotros á lo que ahora importa, ó sea á fijar lo más claramente la posición de Garcilaso, vemos con evidencia que si los méritos del poeta fueron reconocidos de sus amigos, y de ellos hubo quien hizo mención muerto ya nuestro caballero, no fueron menos tenidos en cuenta por el propio Emperador, el cual, en el año de 1520, otorgóle merced de *contino* — cargo semejante al de guardia real, que exigía en quien lo desempeñaba muy alta calidad —, y añade pensión a ese honor, como ayuda de costa, que excedió en cuantía á lo que era usual y corriente en aquellos tiempos.

Con adhesión leal y sincera supo pagar desde bien temprano las mercedes regias, aun con sacrificio de inclinaciones de la sangre, pues la conducta noble é impetuosa de su hermano mayor, D. Pedro Laso, que con la representación de Toledo tomó parte por las Comunidades, le creó difícil posición. Sin embargo, no dudó un momento, pues, para él, si alguna ó mucha razón había para que las ciudades reclamaran, no juzgó prudente el procedimiento de revuelta y guerra movidas por los comuneros, y contra ellos peleó, no siendo causa á su determinación la presión que sobre él pudiera ejercer el Emperador, pues éste ya estaba ausente de España, habiendo, por tanto, razones bien claras para achacar á propia voluntad y natural convencimiento el proceder de Garcilaso, el cual, en los campos

de batalla y con motivo de esta lucha, ganó entre las tropas reales, y aun en concepto de los vencidos, fama de «buen caballero y servidor de sus majestades», y no sin poder certificar tal renombre con detrimento propio, pues en la batalla de Olías recibió aquella herida en el rostro, cicatriz imborrable que añadió, según parecer de sus amigos, un cierto encanto á su persona, por revelar ésta en temprana edad que el caballero entendía cuál era el lugar donde son heridos los valientes cuya bravura no da ocasión á estocadas en los lomos (1). En 1522, según afirma Zapata, formó parte de la intentona para el socorro de Rodas, atacada por muchedumbre (2) de enemigos. Con más satisfacción, sin duda, continuó Garcilaso su vida militar en el año 1523, y las ciudades de Valladolid, Burgos, Logroño, Fuenterrabía y Pamplona fueron testigos del noble esfuerzo del ejército imperial, que ya no combatía contra ciudadanos revoltosos, sino contra el enemigo común, Francisco I, el cual había enviado sus ejércitos contra España, dando patente señal de que empezaba á arder en su corazón la ira por el poderío que Carlos I iba logrando.

La razón era bien manifiesta para que el rey francés no la aprovechara: el estado de revueltas

(1) Demostrado ha sido por el señor marqués de Laurencín que el retrato que ha venido pasando por ser el del poeta no tiene nada que ver con él, sino que es el de Garcilaso de la Vega Guzmán, sobrino del cantor de la *Flor de Guindo*. Véase *Garcilaso de la Vega y su retrato*, informe publicado por la Real Academia de la Historia. 1914.

(2) *Carlo Famoso*, de D. Luis Zapata. Canto catorce.

y aun de anarquía en que se hallaban la mayor parte de las regiones españolas, brindaba á Francisco I mejor campo de batalla acá en la Península que no en el Luxemburgo, donde Roberto de la Marca hacía traición á Carlos, sirviendo los intereses de su nuevo señor el rey de Francia. No desperdició éste la ocasión, y así, recordando las pretensiones de Enrique de Albret al reino de Navarra, fué en ayuda de ellas, y no sólo alentándole á reclamar sus derechos, sino apoyándole con respetable ejército, que casi de improviso se apoderó de Pamplona, llegó a Logroño y hubiera pasado adelante si el ejército real, viéndose desembarazado de los comuneros, deshechos en Villalar, no hubiera reorganizado sus tropas, en las cuales, con alta idea de la patria, entraron no pocos de los que habían peleado contra los imperiales, acometiendo todos con brío al invasor, que fué bien pronto obligado á alejarse de Logroño, salir de Pamplona y repasar los Pirineos con pérdidas cruentísimas.

Tan probada lealtad y heroico comportamiento atrajeron la atención benévola del Emperador, y así, por cédula expedida en Burgos á 6 de septiembre de 1523, le fué hecha merced del hábito de Santiago (1), y poco después, cuando

(1) Consta al dorso de la misma cédula que Garcilaso se cruzó caballero en Pamplona en el Monasterio de San Agustín el día 11 de noviembre de aquel año 1523, habiéndole armado caballero el marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo, futuro virrey de Nápoles. Véanse los *Documentos inéditos referentes al poeta Garcilaso de la Vega*, reunidos por el marqués de Laurencín. Real Academia de la Historia, 1915.

Garcilaso fué llamado á Flandes, allí se le confirmó en el honroso cargo que venía desempeñando en Castilla en la Guardia Real, pasando á ser gentilhombre junto al monarca y quedando demostrada la soberana voluntad de tener á su lado al ilustre caballero toledano, y no sin haber en cuenta que á la nueva distinción debía acompañar una más elevada renta que ayudase á soportar los mayores gastos. Así le fué señalada pensión de 60.000 maravedises anuales. Por este mismo tiempo, año 1526, Garcilaso hubo de contraer matrimonio con una ilustre dama, D.^a Elena Stúñiga, hija del noble caballero D. Íñigo de Stúñiga, ó Çuñiga, como escribe Herrera, maestra-sala de la emperatriz Isabel, recién casada con el Emperador. Acaso en este matrimonio de Garcilaso intervino más el consejo real que la afición de los contrayentes; desde luego hay motivo para suponer que D.^a Elena, muy estimada en la corte, donde era dama de D.^a Leonor, hermana de Carlos V, y favorecida por la atención de la Emperatriz, á quien servía D. Íñigo, casó con nuestro poeta, no tanto por voluntad de éste como por atender requerimientos de sus favorecedores. El hecho es que la boda de Garcilaso fué en bien poco posterior á la de su egregio señor, el cual, en el mismo año de 1526, había celebrado con fastuosidad desusada su matrimonio con la infanta portuguesa D.^a Isabel (1).

(1) Coincide este matrimonio con los días más gloriosos del Emperador. El día 21 de febrero había dado la libertad á su prisionero el rey Francisco; el día 11 de marzo fué el de la boda en

Da razón á llevar adelante esta sospecha el no encontrar en la vida de Garcilaso, eminentemente sentimental y emotiva, momento en el cual haya recuerdo apasionado para D.^a Elena. Es más: de las propias palabras del poeta en cien lugares de sus composiciones, despréndese que ella no satisfizo su corazón; por el contrario, una continua é íntima, amarga decepción, fluye por sus versos, y jamás se acierta á ver ni á leer entre líneas el recuerdo del amor conyugal, al cual, sin embargo, tampoco puede asegurarse fuera infiel el poeta con perjuicio para la honra de su mujer. De tal matrimonio nacieron cuatro hijos: Garcilaso, que murió muy niño; otro Garcilaso, el cual á los veinticinco años pereció en el campo de batalla; uno que profesó en los dominicos y se llamó Fr. Domingo de Guzmán; otro, Francisco de la Vega, que murió también en la niñez, y por último, una hija, D.^a Sancha Laso, la cual casó con su primo D. Antonio Portocarrero, el hijo de D.^a Leonor de la Vega, hermana de Garcilaso.

Aun no se habían cumplido los tres años del matrimonio cuando, en 28 de julio de 1529, embarca Garcilaso en Barcelona acompañando al Emperador, con el cual se dirige á Génova, y de allí á Bolonia, donde Carlos V, aquel cuyos ejér-

Sevilla. No es de extrañar, pues, que el relato, á veces sorprendente, de los festejos celebrados en la capital andaluza tenga toda la exactitud que es distintivo del más autorizado narrador de estos sucesos. (Véase la *Historia de Carlos I*, libro XIV, del citado San-
doval.)

citos habían hecho prisionero al Pontífice y asolado la Ciudad Santa, iba á recibir del mismo Papa la corona imperial en medio de los homenajes del mundo entero y rodeado de un esplendor y magnificencia como no habían visto acaso ni los propios césares romanos (1).

Feliz habría de sentirse Garcilaso, como español y como artista, al hallarse presente en ocasión tan memorable, donde toda grandeza y fastuosidad, todo acatamiento y honor fueron rendidos ante la egregia figura de aquel monarca cuyo mayor y más valioso timbre de gloria era la corona de España y el esfuerzo del brazo español, que había puesto á los pies de su soberano nada menos que á todo un rey cautivo.

Maravilla causan las relaciones contemporáneas en las que se da cuenta de las espléndidas fiestas de la coronación: he aquí lo que el doctor Gonzalo de Illescas refiere en su *Historia Ponti-*

(1) En los *Documentos inéditos referentes al poeta Garcilaso de la Vega*, reunidos por el marqués de Laurencín, Madrid, 1915 (número extraordinario del *Boletín de la Real Academia de la Historia*), publica el ilustre académico el testamento que Garcilaso otorgó en Barcelona el día 25 de julio ante el escribano Francisco Barreda. En este testamento sirve de testigo Boscán, y Garcilaso menciona á tres hijos: Garcilaso, el primogénito; el otro Garcilaso, que mientras vivió el primero fué conocido con el nombre de Íñigo, y así lo llama el padre, Íñigo de Zúñiga, y el que había de ser dominico, llamado Pedro de Guzmán antes de entrar en religión. También hace muy detenida mención de Lorenzo su hijo natural, á cuyo sostenimiento y crianza acude con encomienda especial de que sea atendido «hasta que tenga alguna cosa de suyo». Otras noticias hay en dicho testamento, á las cuales hemos de referirnos.

fical, libro VI, párrafo X (1), con respecto á la entrada de Carlos V en Bolonia:

«Entró en Bolonia S. M. en fin del mes de octubre del año 1529, con grandísima pompa; iba armado de todas armas todo el cuerpo, fuera la cabeza, en un cãballo blanco ricamente enjaezado. Entraron delante cuatro banderas de caballos ligeros y de hombres de armas con riquísimos atavíos. Seguíase luego la infantería española, tan famosa por tantas y tan extrañas cosas como habían hecho en Italia en aquellos años. Iban todos aderezados costosísimamente de los despojos de tantas ciudades vencidas, y llevaban su orden, paso de guerra, con atamborres y pífanos. Encima de la cabeza del César iba un riquísimo palio de oro, que lo llevaban los principales doctores de aquella insigne Universidad, con ropas rozagantes de seda de diversos colores. Al derredor de S. M. iba toda la juventud de Bolonia, á pie, sirviéndole de lacayos. Luego tras él iban los magistrados y el regimiento de la ciudad con su bandera. Llevaban los soldados en hombros á su capitán, Antonio de Leiva. Paróse en medio de la plaza, con los españoles á un lado y los tudescos á otro. Plantóse la artillería en tan buen orden como si hubieran de pelear. Poco después del Emperador

(1) Segunda parte de la *Historia Pontifical y Católica*. «... Contiene asimismo la recapitulación de las cosas y reyes de España. Con más particular relación de las esclarecidas hazañas de los Reyes Católicos y del invictísimo César Carlos Quinto Máximo..., compuesta por el Dr. Gonzalo de Illescas, abad de San Frontes y beneficiado de Dueñas.» (Quinta impresión, 1652.)

iban los señores y caballeros que con él pasaron de España, y luego se seguía el estandarte y águila imperial, en una bandera de oro. Detrás de estas banderas iba la guarda de caballo con su librea amarilla, en sus compañías, conforme á las naciones, españoles, flamencos y tudescos. Fué á parar toda esta pompa á la iglesia catedral de San Petronio, á la puerta de la cual estaba hecho un cadalso con sus gradas, todo entapizado riquísimamente, como cuyo era. Estaban sentados en las gradas los cardenales por su orden, y los obispos y prelados que allí se hallaron fueron muy muchos. En medio de todos ellos, en una silla muy alta, estaba sentado el Pontífice vestido de pontifical, con su tiara en la cabeza. Cuando S. M. llegó al pie del cadalso, hizo de mano á los grandes de España que con él iban, como que los llamaba, y acudieron todos á le apearse. Bajaron luego de lo alto dos cardenales y tomáronle en medio para subirle arriba. Cuando se vinieron á juntar los dos mayores príncipes del mundo, luego llevaron tras sí los ojos de todos los presentes.»

No es ésta sola la narración de por aquellos tiempos referente á la doble coronación del Emperador; el citado Sandoval, en su *Historia*, inserta una detallada y amplísima descripción de estas fiestas, pues en verdad no fué una sola la corona recibida por Carlos V, sino dos: la una como rey de romanos y la otra la célebre corona de hierro, que venía á ser como la consagración del viejo ideal del uno y sacro imperio germánico. Tan interesante ceremonia tuvo lugar

ya en el año 1530 y en el día 24 de febrero, á los cuatro meses de haber hecho el Emperador su solemne entrada en la ciudad.

No resistimos á la tentación de extractar el relato del obispo Sandoval, que tan clara idea puede darnos del ambiente en el cual acabó de formarse el espíritu refinado de muchos de los poetas españoles de la época, y sobre todo de Garcilaso, que tan de cerca hubo de participar del gusto de aquella grandeza. He aquí las palabras de Fr. Prudencio (1):

«Venido el jueves, 24 de febrero, día de San Matías, el cual, como tengo dicho, estaba señalado para la imperial y augusta coronación, el pasadizo que dije haberse hecho desde el templo de San Petronio á palacio amaneció todo cubierto de ramos de laurel y de yedra, que no se parecía tabla dél, y por una parte y otra puestos muchos escudos de armas del Emperador y del Papa. Los tablados que dentro de la iglesia se habían hecho, todos aderezados y cubiertos de doseles de brocados y de seda, y de la misma manera toda la plaza en torno y las ventanas de ella, en las cuales estaban infinitas damas y señoras de la ciudad y de la comarca, que eran venidas á ver esta solemnidad y las fiestas que antes y después de ella se hicieron.

(1) Véase *Historia de la Vida y hechos del emperador Carlos V. Max. Fortíssimo. Rey catholico de España y de las Indias, Islas y tierra firme del Mar Oceano*, por el maestro D. Fr. Prudencio de Sandoval, su coronista, obispo de Pamplona. Segunda parte. Años 1528 á 1557, en que el Emperador se fué al Cielo. Impresa en Pamplona, año de 1614. En casa de Bartholomé París.

«Toda la ciudad estaba casi en la misma forma, y por las puertas y ventanas había diversas divisas é invenciones, pinturas é imágenes de las victorias del Emperador, de sus reinos y señorios, de las tierras y mares descubiertas por su mandado; finalmente, los hombres y los edificios estaban de fiesta y placer y la representaban y mostraban lo posible. Y luego como amaneció vino á la plaza la más de la infantería española y alemana, y todos los soldados armados y muy galanes, y Antonio de Leiva trayéndolo en hombres sus soldados se puso á un lado de la plaza, y así se estuvieron lo más del día haciendo la guarda. Y para regocijo de la gente, por las bocas de dos leones, que se pusieron en la pared que dije, manaron dos fuentes de vino blanco fino, y por el pecho del águila otra de tinto, que duraron todo el día, y de la ventana de palacio nunca hicieron sino echar al pueblo pan en diversas hechuras de rosas y tortas, y todos géneros de frutas, peras y nueces, y asimismo confituras de todas maneras, y á un cantón de la plaza por ceremonia se asó un buey entero con cierto artificio lleno de cabritos y conejos y otras salvajinas. Puestas, pues, estas cosas muy en orden, bien de mañana acudieron al palacio del Papa y Emperador todos los cardenales y los otros prelados con el mayor y mejor acompañamiento que pudieron, y asimismo todos los príncipes y caballeros seglares de todas naciones, los más ricamente vestidos de brocados de oro y plata y telas finas y recamados de oro y piedras y per-

las, que jamás se vió riqueza semejante, galanes y costosas las libreas á sus criados y servidores, en lo cual, á juicio de todos, los caballeros españoles se señalaron y aventajaron más.

.....

» Á la delantera venía el marqués de Monserrat con el cetro, y luego el duque de Urbina con el estoque, detrás de él el de Baviera con el mundo, y al cabo el más cercano del Emperador el duque de Saboya con la corona imperial, que entonces había de recibir. Y todos estos duques venían casi vestidos de una manera con ropas ó mantos largos á lo antiguo, sus bonetes ducales y coronales con medias coronas de oro en ellos. Y luego venía el Emperador en medio de los dos ya dichos cardenales y el marqués de Cenete, que le llevaba la falda de la ropa.

.....

» Venían luego todos los caballeros principales de todas las naciones, duques, condes, marqueses, varones, gobernadores, capitanes, hijos y hermanos de ellos, donde venía toda la riqueza del mundo, de los aderezos de sus personas y caballos, de oro y de plata, de piedras y perlas, brocados y telas de oro, y recamados, y bien poco menor la de sus pajes y lacayos. Tras ellos iban los ballesteros de maza, y los reyes de armas del Emperador, y también del rey de Francia y del de Inglaterra, y del duque de Saboya, que por la pretensión del reino de Jerusalem lo puede traer; de cada uno uno (*sic*), con las cotas y armas de sus reyes. Y unos del Emperador iban

derramando monedas de oro, que para aquel efeto había labrado entonces, las cuales en la una tenía su rostro é imagen, con la letra alrededor que decía en latín: CAROLUS QUINTUS IMPERATOR, y de la otra las dos columnas de su divisa con su letra de PLUS ULTRA y el número 1530 que denotaba el año. Luego venían todos los cardenales de dos en dos con muy grande pompa y suntuosidad y grande multitud de palafreneros. Luego seguían los príncipes que llevaban las divisas, que son los ya dichos, por la orden que habían venido, salvo que el duque de Saboya, que había de traer la corona, no la llevaba, porque la traía el Emperador en la cabeza, el cual y el Papa iban juntos, como tengo dicho, ambos debajo de un palio. Al Papa cercaban á pie sus palafreneros, y delante del Emperador, en el lugar de los suyos le acompañaron á pie treinta caballeros mancebos españoles, hijos y hermanos de señores, todos muy ricamente vestidos. Tras el Papa y el Emperador iban los embajadores de los reyes y príncipes, y los otros perlados que no eran cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos, y protonotarios; y tras de ellos cuatro estandartes y cuatro compañías de hombres de armas del Emperador. Y en esta forma de triunfo fueron juntos por algunas de las más principales calles de la ciudad, las cuales todas estaban maravillosamente entoldadas y aderezadas, y con tanta gente que con harto trabajo se podía caminar por ellas.»

.....

Baste el relato de estos dos ilustres cronistas para comprender que no hay hipérbole alguna cuando la fama reputa por la más excelsa la gloria de Carlos V. Todo cuanto algo valía en aquel primer tercio del siglo XVI: señores, príncipes, reyes y el Pontífice mismo, de cuya mano, por el Emperador reverenciada, recibía éste la corona que en tantos años nadie había ceñido; todo cuanto hubo de más grande y poderoso clamó en aquellos días, de grado ó por fuerza, en la solemnidad memorable de Bolonia:

Imperio, imperio, España, España.

Sin duda, el caballero Garcilaso pudo abrir su noble pecho á todas las satisfacciones que para un español representaba aquel universal acatamiento á la indiscutible soberanía de la patria inmensa, á la cual, en loco sueño de ideal, otro poeta de aquellos mismos días había de cantar altiva, prepotente, única encarnación del ansia que abrigaron tantos siglos:

Un monarca, un imperio y una espada (1).

¡Qué emoción para aquellos ilustres caballeros á quienes abría la Providencia mundos desconocidos y deparaba la ventura reyes por vasallos! ¡Magnífica entrada de la España una en el concierto de la Historia universal!

Hicieron las circunstancias que aquella intervención gloriosa fuera bien prematura y guiada

(1) Hernando de Acuña.

por ideal demasiado sobrehumano. No es así, sino con miras más á ras de tierra como se iban á forjar las nuevas sociedades y las nuevas hegemónías, y para esto no estaba preparada nuestra patria: alumbrábase aún España á la luz de un espíritu de altas empresas semidivinas, como las de sus libros de caballerías á lo divino; habíalas forjado en tenaz lucha de siglos por la fe religiosa, que era la patria misma, y habíalas sostenido á fuerza de sangre pródigamente vertida, para que no amase con heroísmo aquella anhelada ilusión, que veía realizarse al conjuro del nombre hispano. Poco duró tanta gloria: Europa respiraba otra atmósfera bien distinta y los días de los amaños políticos, de los tratados y los conciertos internacionales estaban preparándose, y otra vez la astucia había de triunfar del noble é imprudente esfuerzo.

Pero lo que se cernía sobre la patria como tempestad inevitable estaba aún lejos del horizonte por aquellos momentos. Bien pocos rastros se encuentran en escritores de aquel entonces en que haya asomos de previsión. La luz esplendorosa de aquellas horas meridianas deslumbraba á todos: ¿ni en qué ni por qué asentar la duda y el recelo?

Entre aquellos briosos capitanes españoles del cortejo imperial encontróse en Bolonia nuestro Garcilaso con otros muchos caballeros compatriotas, y entre éstos, y, lo que es más, entre otros muchos de tan diversos lugares llegados: tudescos y franceses, húngaros y flamencos, venecia-

nos y milaneses, florentinos y helenos, sábese que Garcilaso hizo papel principal y fué especialmente atendido por las damas boloñesas, y era razón para ello la excelencia del hidalgo, á quien su residencia en Italia, su amor á las bellas letras, su conocimiento y gusto del Petrarca, su trato constante con poetas y maestros italianos, los excelentes que en España tuvo, su gentileza y soltura en cortes y fiestas de galantería, le hacían ocupar en todo instante lugar preeminente en aquella sociedad de refinada cortesanía.

En medio de ella, pero saliendo á los campos de batalla cuando los florentinos lo exigieron por no prestarse al deseo del Emperador, pasó Garcilaso todo el tiempo, durante el cual fué preciso á aquél marchar á Alemania á fin de cortar el paso al sultán de Turquía, que había llegado con ejército poderoso á poner sitio á la misma ciudad de Viena. Esfuerzos dignos de mejores circunstancias hicieron los florentinos por conservar la forma de gobierno que habían implantado al saber el asalto de Roma (1527) y la prisión del Papa. Pero Carlos V, por complacer á éste y desagraviarle, había concertado con él, antes de salir para Alemania, la reposición de los Médicis como príncipes de Florencia, lo cual significaba la abolición de la República recién instaurada. La resistencia de los florentinos hizo difícil el deseo imperial, y fué menester un lucido ejército de 20.000 italianos y 10.000 españoles y tudescos, mandados por el príncipe de Orange, por el ilustre marqués del Vasto y por Juan de

Urbina, para atacar á aquél Estado y poner sitio á la ciudad. En ella se cubrió de gloria su defensor, Malatesta; pero fué vana toda resistencia, pues la ciudad fué tomada en agosto de 1530, y el sobrino del papa Clemente, Alejandro de Médicis, recibió el título de duque perpetuo de Florencia, con derecho á designar sucesor (1).

Bien hubo Garcilaso de comportarse en tales empresas, pues de nuevo recibió muestra del imperial aprecio con una mejora en la renta que le había sido señalada y con el real permiso para volver á Castilla y acudir á Toledo, donde debía descansar de tantos empeños acometidos en bien temprana edad (2). Mas si éstos eran los propósitos, otros fueron los sucesos, pues habiendo casado D.^a Leonor, hermana de Carlos V, con el rey de Francia, Francisco I, determinó la Emperatriz, su cuñada, enviar á París á Garcilaso, fiándole para esta embajada tanto por las dotes de discreción del caballero como por ser él muy estimado de aquella reina, de la cual había sido dama su mujer, D.^a Elena de Zúñiga. Hay quien sospecha que la misión de Garcilaso fué de alguna mayor importancia que la de hacer una visita á D.^a Leonor en nombre de la Emperatriz.

Supónese que en la corte española eran recibidas con algún recelo y desconfianza las cartas que la reina de Francia dirigía á su hermano, y

(1) Véase al obispo SANDOVAL, obra citada, y á PAOLO JOVIO, *Vita Pomp. Colonna*.

(2) *Documentos inéditos*, tomo XVI, documento núm. 6, página 205.

en las cuales nunca faltaban muy lisonjeras frases dedicadas á la conducta de su augusto marido. Más probable es que acerca de la veracidad de estas misivas nunca se dudó, ni de que doña Leonor careciese de libertad para poder expresarse de otro modo, sino que convenía á una mediana previsión vigilar de cerca y con decorosa disculpa la conducta é intención política del rey francés, del cual, no obstante la reciente boda y concierto, no había mucho que fiar.

Sea de esto lo que quiera, resulta evidente que al ser Garcilaso el elegido para aquel empeño, queda acreditada la alta estimación de que gozaba nuestro caballero, el cual, en efecto, con el mandato de la augusta señora y venia del Emperador, salió para París desde Madrid.

Viaje triunfal fué éste para Garcilaso : llegaba á una corte en la cual el espléndido Francisco I, émulo de todas las glorias, pretendía juntar á todos los hombres ilustres de su patria, y aun a los que descollaban fuera de ella, para que fuesen maestros en aquel renacimiento literario francés, algo más retrasado que en el resto de Europa. Bien puede decirse que hasta los días de este rey y de su hermana Margarita, la vulgaridad y pobreza eran reinas y señoras en la literatura y arte de Francia. Pero desde 1515 todo cambia : el esplendor italiano alumbra también á la corte francesa, y aunque Francisco I es todavía un hombre ignorante, de muy liviana cultura, no deja de tener el sentido del ornato, quizá más bien de la fastuosidad un poco ridícula,

muy buen cuadro para temperamento superficial y veleidoso; pero al fin, por aquella puerta es por donde entra en París, y llega á merecer protección de sus reyes, el arte del Renacimiento.

Incapaz de sentir íntimamente el Arte, lo estima como aparato exterior de que los reyes deben rodearse, y aunque fué hombre dotado de imaginación y cierta innegable espiritualidad, no era en sus aspiraciones y gustos descontentadizo: bastábale con los poetas mediocres de sus días; pero no dejaba de sentirse estimulado por el ejemplo de príncipes, como un Lorenzo de Médicis, bastante menos poderosos que él, y, sin embargo, espléndidos protectores de las artes y las letras. Movido por esta conducta, el rey de Francia abrió su corte á poetas, filósofos y eruditos. Pero seguramente la gloria de esta renovación pertenece, más que á Francisco I, á su hermana Margarita, la cual sí poseía un alma dispuesta á las innovaciones que el Renacimiento significa, un alma gemela á la de aquellas ilustres damas que se apellidaron Isabel de Gonzaga, Vittoria Colonna, etc.

Ante una Francia que así despertaba á una vida artística completamente nueva para aquel país, donde lo clásico no había sido estimado por absoluta carencia de capacidad para interpretar á los poetas griegos y latinos hasta entonces; en ese país abierto ya á las nuevas corrientes, aparece Garcilaso, embajador de delicada misión en la corte, y quedan pruebas fehacientes de que poetas, caballeros y damas recibieron con

aplausos al español, y no pocos de sus versos hallaron allí tan favorable acogida, que bien pronto fueron recitados en las fiestas literarias y cortesanas.

En el año 1531 había terminado la residencia de Garcilaso en Francia, pues en esa fecha se halla de nuevo en Italia, donde se andaba en preparativos de importante campaña contra el turco. Entretanto que la expedición se equipaba con la suma de elementos que exigía el propósito, obtuvo el poeta permiso del Emperador para volver á España; y si bien es verdad que en el ánimo del castellano debían bullir deseos de descanso, pues solicitó el gobierno de la ciudad de Toledo, lo cierto es que no consiguió esta recompensa, y, en cambio, á muy poco de haber pisado la tierra natal, le vemos de nuevo reclamado por la urgencia de la campaña, á la cual voló, siendo el descanso breve y el porvenir bien duro; que á lo difícil de la empresa militar que se acometía súmanse barruntos bien terminantes de secretos tratos entre el sultán y los reyes de Francia é Inglaterra. Ante peligro tan manifiesto, el Emperador hubo de reclamar auxilio de todos sus Estados, y como en España era antiguo el anhelo de quebrantar el poder de los turcos, por obligación de militares y por voluntad de caballeros, respondióse en todas las regiones de la Península con gran entusiasmo para la guerra.

Entre los caballeros que se aprestaron diligentes estaba el gran D. Fernando Álvarez de

Toledo, que tan discutido nombre y tan gloriosa fama de excelente general había de imprimir en la historia de Europa. Á este su noble amigo se unió Garcilaso para la partida; pero estába-le reservada una contrariedad que puso en grave aprieto la suerte del poeta, pues momentos hubo en que parecía ya del todo perdida la gracia imperial, que tan lisonjera habíasele presentado siempre.

Fué el caso un asunto familiar del que era protagonista un sobrino de Garcilaso, llamado también con este nombre, é hijo de aquel don Pedro Laso, el que había tomado parte en las Comunidades (1). Pretendía este joven Garcilaso casar con D.^a Isabel de la Cueva, dama de la Emperatriz y sobrina del duque de Alburquerque. No aprobaban estos proyectos, en los que estaba muy interesada la D.^a Isabel, ni su tío el duque ni otras personas de su familia, todos los cuales aspiraban á boda de más provecho para la casa de los Cueva. Los amores del sobrino de Garcilaso y de D.^a Isabel, no obstante, proseguían, y con expresa voluntad por parte de ésta. Acudió el de Alburquerque á la influencia, ó mejor, á la voluntad del Emperador para que el negocio de boda no llegase á término, y logró una Cédula real, en 4 de septiembre de 1531, en la cual se prohibía el proyectado matrimonio. Mas no fué muy diligente el de la Cueva, ó fuéronlo demasiado los Garcilaso; el hecho es que

(1) Á este Garcilaso corresponde el retrato que desde Sedaño *Parnaso español*, 1770 — vino atribuyéndose á su tío el poeta

el desposorio se había celebrado ya en Ávila, y autorizado con la presencia de nuestro poeta, cuando la orden imperial llegó á conocimiento de los interesados.

Todo hace suponer que Garcilaso amparó en este asunto á su sobrino, y aun quizá aconsejó aquella prisa por favorecer con boda de gran provecho al joven, y así, mientras los unos ponían trabas y dilaciones, el ingenio del caballero toledano halló caminos expeditos y más breves para llevar á término el negocio familiar. Pero no podía él prever que su decisión tuviera tan graves consecuencias: noticioso el Emperador de la parte que Garcilaso había tenido en la sorpresa del desposorio de Ávila, no sólo se mostró airado, sino que aprobó la conducta de quienes en Tolosa (Guipúzcoa) detuvieron á éste, caminando para Francia, con orden terminante de la propia Emperatriz. Hubo, pues, de resignarse Garcilaso con aquella dilación, cuyas consecuencias no se veían muy ligeras, y por lo pronto no quedó otro remedio que detenerse y prestar declaración en proceso ó expediente que abrió el licenciado Lugo. Sin duda fué ésta la más apretada ocasión en que se encontrara el poeta, pues obligado á confesar su participación en la boda, corría grave riesgo su lealtad al Emperador en negocio que éste había tomado tan á lo vivo; y si ocultaba con negativas rotundas su intervención, había de mentir bien á las claras. Acaso con esto hubiera bastado para salir del paso en asunto en que lo más importante era una desautori-

zación del jefe de familia de los Vega; pero tal proceder no cuadraba con la caballerosidad de un hombre de honor. Así vemos á Garcilaso optar por las evasivas y rehuir respuesta categórica; pero el requerimiento apretaba, el licenciado exigía una contestación taxativa, y en trance ya apurado, el poeta no vaciló más y explicó con ambigüedades, en que procuraba dejar á salvo la seguridad de no serle de hecho conocida la voluntad real, que, en efecto, cierto día, hallándose en Ávila, fué llamado á la iglesia mayor, donde le pareció que Garcilaso, su sobrino, y D.^a Isabel habíanse dado las manos en presencia de un clérigo y algunos testigos. Se ve claramente que lo único que trataba de dejar en la sombra era si su presencia en aquel acto había sido ó no voluntaria, pero no bastó la habilidad; así la orden de destierro llegó, señalando á Salvatierra por lugar de arresto. No faltó á Garcilaso un buen valimiento en aquel trance, pues viendo D. Fernando cuanto había de arbitrario en aquella animosidad de la Emperatriz, la cual en tal ocasión obraba más movida por deseo de venganza femenil que por verdadera causa de justicia, hizo saber á la augusta señora que, aun llamado por el Emperador, no iría á Alemania á no acompañarle Garcilaso.

Si D. Fernando logró su empeño, nos lo demuestra la égloga segunda, en la cual, desde el verso 1433, nos va contando el poeta muy detenidamente todo el viaje que el duque y él hicieron hasta Alemania, en cuya ciudad de Ratis-

bona encontraron al Emperador. Mas lo que se había podido evitar en España parece no pudo eludirse en Alemania, pues, según todos los indicios, Garcilaso fué desterrado á una isla del Danubio. Así lo han sospechado algunos, Navarrete entre ellos, y da pie á inducirlo también aquel comienzo de la canción tercera :

Con un manso ruido
de agua corriente y clara,
cerca el Danubio una isla, que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara
quien como yo estó agora no estuviera.

Tales consecuencias tuvo para el poeta la inútil boda de Ávila; pues después de tantos disgustos, y paralelamente al proceso que se siguió al tío, abrióse otro contra el sobrino; y en cuanto á D.^a Isabel, se la encerró en un monasterio, sin que por tal medida acabasen pleitos, razones y quebrantos.

Si Garcilaso no tuvo ocasión de combatir al lado de su amigo fraternal el duque de Alba, contra los turcos, al menos sí halló manera de dejarnos noticia de las proezas de éste en aquella ocasión, pues gran parte de la égloga ya citada, la segunda, se emplea en ponderar en extremados conceptos los méritos y fortuna de aquel ilustre capitán.

Véase esta poesía desde aquel verso 1502, donde dice :

Con amorosos ojos adelante
Carlo, César triunfante, le abrazaba,
cuando desembarcaba en Ratisbona.

Parece indudable que Garcilaso permaneció en su destierro hasta el verano de 1532, pues por esta época consta que, á ruegos del duque, logró Garcilaso gracia imperial para ir á Nápoles y elegir el convento donde había de permanecer arrestado el tiempo que durase su castigo. Bien suave pareció ya éste á Garcilaso, pues en Nápoles había de encontrar al virrey de aquellos Estados, D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca y tío del duque, hombre de mérito extraordinario que en la Historia queda bien patente con sólo advertir que el Emperador le había conferido en días muy difíciles el gobierno de aquel virreinato.

La ya antigua amistad del poeta con el insigne marqués, gloria de la casa de Alba, se estrechó más con tal motivo, y si Garcilaso pudo enaltecer las hazañas del duque en Alemania, tuvo la gran complacencia de ser testigo de los éxitos brillantes de D. Pedro de Toledo en el gobierno de aquel país, donde el correr de los siglos no ha sido bastante, y lo que es más, ni aun el recelo de los napolitanos contra sus antiguos señores fué obstáculo para que hoy se conserve aún el nombre de D. Pedro unido á la alta consideración y estima que éste supo granjearse por su prudencia y tacto político. Bajo tal protección, concedida por razón de fina amistad y no por merced, vivió nuestro poeta en aquella ciudad ilustre disfrutando del aprecio de los poetas más insignes, de las damas más linajudas y de los personajes más famosos en la política ó en

la guerra. Estaba Italia en toda la brillante floración de aquel siglo XVI, en el cual los ingenios se multiplicaban, y si en verdad puede decirse que en aquella frondosidad lírica falta el calor de un rayo de sol, que lleve vida y sangre para aquellos versos, no es menos cierto que prodigios de orfebrería en el lenguaje y en la métrica no se habían hecho con tanta perfección en lengua alguna. El concepto petrarquista era reproducido una y mil veces en la estrofa y en el soneto italiano; pero la emoción artística reina pocas veces en los poetas del siglo XVI, sálvese un Tansillo, á veces Caro, Molza, y desde luego el autor de la *Arcadia*, Sannazaro, el cual, aunque muerto en 1530, por los días en que el ejército cesáreo del príncipe de Orange atacaba á Florencia, influye con espíritu de cierta independencia en algunos poetas y novelistas de bien entrado el siglo XVI. Á esta escuela de refinamiento de la forma métrica asistió Garcilaso, puede decirse, con su residencia en Nápoles. Su vena poética, más rica y jugosa que la de la mayor parte de los poetas que allí vivían, se benefició grandemente con la depuración á que forzaba el continuo trato de poetas tan sutiles y ágiles en la prosodia y en la metrificación. La imitación de Petrarca, explicable desde tantos puntos de vista, convirtió, en frase de Tansillo, cada colina italiana en un Parnaso, y aunque, en verdad, aquellos poetas no eran para escalar mayores cumbres, entre los que Garcilaso conoció estaban los más excelentes. Sannazaro fué el

maestro para las *églogas*, y Petrarca en las *canciones* y *sonetos*, y tuvo el excelente tino nuestro poeta de acudir directamente al cantor de Laura y no dejarse arrebatar por los celebrados triunfos de los petrarquistas, sus contemporáneos; conoció á la mayor parte, pero él directamente se inspiró en Petrarca, el maestro común. No siempre se puede decir lo mismo respecto á las aficiones virgilianas de Garcilaso: basta recorrer las *Anotaciones* del Brocense y de Herrera, para caer en la cuenta de que el toledano gusta muchas veces de Virgilio á través de otros poetas: Dante, Marcello Filloseno, el Bembo y Tasso.

Los días napolitanos fueron bien aprovechados por el caballero castellano: allí gozó de la amistad de Julio César Caracciolo (soneto XIX); de la de Fabio Belprato, conde de Aversa; de la de Mario Galeoto (soneto XXXIII); de la de D. Alonso de Ávalos, marqués del Vasto; de la de D.^a María de Cardona, marquesa de la Padula (soneto XXIV y quizá égloga tercera); de la de D.^a María de la Cueva, madre del primer duque de Osuna, etc. Pero lo que más conmueve el corazón de Garcilaso no son estas amistades, á las cuales, como siempre, supo corresponder fielmente. Una pasión íntima llevaba él en su pecho y deja profunda huella en su corazón: el petrarquismo del poeta había encontrado su Laura, y aquel ansia de amor que, como en todo petrarquista, palpita en sus *canciones* y es más preocupación y artificio que realidad, parece encarnarse en la égloga primera:

SALICIO. ¡Oh, más dura que mármol á mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!

Ó en aquellas otras palabras de Nemoroso, en la misma composición:

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
.....
.....
¿Quién me dijera, Elisa, vida mía, etc.

Cuantos lean esta íntima, dolorida queja de Garcilaso y tengan corazón capaz de ponerse acorde con la dulce y confidencial lamentación, no habrán de preocuparse de quién fuera esa Elisa, ni aun de quién sea este Nemoroso, y en cambio convendrán todos en que ahí es el propio poeta el que habla por sí mismo, con acentos de sinceridad patente, ingenua, que no basta á desfigurar la forma y ficción pastoril. Esta Elisa es amor que tuvo hondo arraigo en el corazón del poeta, amor que permaneció latente toda la vida, amor que no tuvo otra válvula sino la poesía, y en ella, por entre las frondosidades de metáforas é invenciones, de métrica y adornos, vive y alienta.

Quédese el cuestionar acerca de si la Galatea de la égloga pudo ser un otro amor de Garcilaso, y discútase si Salicio es el propio poeta (1). Lo que no será posible obscurecer con sutilezas y distingos es que este Nemoroso que así llora la muerte de Elisa es el mismo autor de la égloga,

(1) *Antología*, tomo XIII, págs. 55 á 60.—HERRERA, obra citada.

y aquella pastora la encarnación de un amor, acaso el primero, que sorprendió el alma sentimental del poeta, y que, por ser así y unir lo imposible á lo deseado, se adentró por entre las fibras más hondas, y anidó allá para toda una vida que en su juventud sufre la primera acometida de la realidad, separándole de su amada, y poco después pierde para siempre su esperanza, porque la muerte arrebató á aquella Elisa, dejando al poeta

solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Razones dan los críticos, como si fueran menester otras que el saber leer y sentir, para convencernos de que esta Elisa fué mujer de carne y hueso y no fantasía; D. Marcelino, con su sentido estético imponderable, lo resuelve en el lugar citado; pero aun parécenos que hay un indicio bien patente de que Nemoroso — Garcilaso en este supuesto — es el que va á hablar, y á hablar de sí mismo y de su pasión, cuando, al terminar Salicio en la primera parte de la égloga, dice el poeta narrador del dulce lamentar de los dos pastores :

Lo que cantó tras esto Nemoroso
decidlo vos, Piérades; *que tanto*
no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

¡Cuán distinta manera de presentar el poeta los amores de uno y otro pastor!

Cuando es Salicio el que va á cantar, no hay necesidad de otra cosa que decir cómo se quejaba :

Se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así, como presente,
razonando con ella *le decía*.

Y, en efecto, Salicio comienza su invocación; pero cuanto dice es como si el poeta nos lo recordara ó nos contase lo que el pastor había cantado en aquella determinada ocasión á que el narrador se refiere :

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar.

En cambio, cuando ha de hablar Nemoroso, el narrador no puede ni se atreve á tanto,

que siento enflaquecer mi débil canto.

Aparte de esto, están las razones de Faria y Sousa, de la Sra. Michaëlis y la opinión de Menéndez y Pelayo, ya citada y documentada en el tomo XIII de esta *Antología*.

¿Quién fué esta Elisa? Conviene cuantos han querido contestar á esta pregunta, que bajo el nombre de Elisa — y tal vez bajo el de Galatea — encubría Garcilaso á D.^a Isabel Freyre, dama que fué de la emperatriz D.^a Isabel de Portugal, y casada con un D. Antonio de Fonseca por no

sabemos qué razones, las cuales debieron ser de alguna fuerza, pues cortejada D.^a Isabel por Garcilaso, antes de que ni uno ni otra hubiesen contraído matrimonio, fueron las cosas por distinto camino del que acaso á los dos por igual interesaba, y el poeta hubo de casar con D.^a Elena, mientras la Sra. D.^a Isabel con este Fonseca. Y fuera ó no ella la inspiradora de los tiernos afectos del poeta, es evidente que un amor intenso alumbró los días de Garcilaso. Por otra parte, no se ve segura muestra de que él tenga, en sus largas ausencias de España, enredos que den lugar á pensar en un divorcio moral de aquella respetable D.^a Elena, si no intensamente amada, caballerescamente respetada. Por el contrario, consta que Garcilaso procura en diversas ocasiones volver á su patria, y aun bien sentidamente la echa de menos:

Tú, que en la patria entre quien bien te quiere
la deleitosa playa estás mirando
y oyendo el son del mar que en ella hiere,
y sin impedimento contemplando
la misma á quien tú vas eterna fama
en tus vivos escritos procurando,
alégrate, que más hermosa llama
que aquella que el troyano encendimiento
pudo causar, el corazón te inflama (1).

Más bien hay ocasión para imaginar que en el alma sensible del poeta la herida que produjo el sacrificio del amor por una mujer no se cerró

(1) Elegía segunda, a Boscán, versos 145 y siguientes.

nunca, ni bastó el matrimonio para aliviarla. Acaso una vida menos ajetreada, la más continua asistencia á los suyos, hubiese sido bálsamo para su antiguo mal; pero quiso la fortuna llevarle por tan ásperos caminos, que en las dilatadas ausencias de la patria y del hogar renuévanse todas las tristezas, y el alma se va en suspiros, expresión de todas las añoranzas, en las cuales revive intensa la de aquel amor, cualquiera que él fuese, mucho más si, como suponemos, fué el primero florecido entre las delicias de la corte castellana. Lo cierto es que á través de los versos de Garcilaso rumorea siempre una voz que no acaba por definirse; á veces el eco es bien claro y el acento de dolor se acusa intensamente llorando un bien perdido:

Quién me dijera, Elisa, vida mía...;

otras es como una lamentación resignada, que nada espera, ni desea, ni sospecha remedio alguno. Un plegarse á lo que es, á lo que no ha de mudar, á lo inevitable, corre con un dejo de fatalismo por églogas, canciones y elegías. Indudablemente, sobre el alma del poeta pesaba un íntimo dolor que fué su musa dondequiera que él marchaba. Pudo la vida de paz, pudieron los cuidados de un hogar aligerar esta tortura, pero no hubo espacio para ello. Había que marchar de aquí para allá en mil empresas y en trato de muy diversas gentes, que nada sabían ni entendieron de tales lacerias recatadas, y el poeta se acogió á la poesía como á sagrado, y en sus simbolismos

y en los arreos y disfraces de que ella gustaba por aquellos días veló su alma, la cual sólo aparece desnuda ante el fraternal amigo Boscán, quien con su vida se llevó tal vez el secreto de las lágrimas de Garcilaso. Supone el señor marqués de Laurencín que podrá llegar hora en que una investigación afortunada pueda dar, por dichosa suerte, con cartas ó documentos en los cuales, aunque no sea más que por manera indirecta, se logre esclarecer este arcano de la vida sentimental del poeta. «¿Cómo explicarnos podremos que en el archivo de la casa de Villafranca, en los papeles del famoso virrey D. Pedro de Toledo, no existan cartas del poeta á su protector constante, dándole cuenta de la marcha de los negocios y asuntos á su gestión encomendados en las varias ocasiones que le mandó desde Italia? ¿Cómo hemos de allanarnos á creer que no se guarden allí documentos referentes al poeta, y á pensar que no haya nuevas que comuniquen su muerte y se asocien al dolor, á la amargura que debió experimentar quien guardó siempre al vate toledano afectos de deudo y protección de amigo?» (1).

Bien razonable es la sospecha y digna de tomar buena nota que guíe a los investigadores; sin embargo, casi podría aventurarse la afirmación de

(1) SEÑOR MARQUÉS DE LAURENCÍN, documentos citados, páginas 37 y 38. Sospecha el docto académico que en el archivo que en parte se halla depositado en las Comendadoras de Santiago y parte en el palacio de Sanlúcar de Barrameda, podrá, tanto acaso como en el archivo de Osuna, alcanzarse alguna interesante noticia respecto a Garcilaso.

que entre los documentos que puedan hallarse se esclarecerán detalles muy importantes para conocimiento del Garcilaso soldado y diplomático; pero algo que diga de más íntimas relaciones, probablemente no. Toda la obra poética de nuestro autor tiene ya en sí misma un carácter confidencial; es en todo instante una como discreta confesión, en la cual, porque los que habían de escucharle estaban en antecedentes, apenas si es necesaria otra cosa que ligeras alusiones, claras para unos pocos, ininteligibles para los extraños, Ni consentían más terminantes indicaciones, quizá, los dolientes afectos de Garcilaso, los cuales, sin negar que tuviesen realidad objetiva en muchas ocasiones, lo más frecuentemente, sin duda, eran hijos de una vida superpuesta a la corriente y activa del poeta. Sucede que los poetas, los grandes sentimentales, hácense en el fondo de su alma como un tabernáculo donde se reservan la levadura de una añoranza que tuvo realidad palpable y concreta; y el culto fervoroso, íntimo, diario y misterioso que le rinden va esfumando cada vez más aquello material, pretérito, hasta convertirlo en inefable abstracción afectiva que transforma cuanto se les pone ante los ojos, sin llegar nunca esto último á corresponder directamente con aquel secreto misterioso que todo lo matiza y colora, pero nada es de lo que fué.

Así creo yo ver, verso tras verso, en las poesías de Garcilaso un tema constante, eterno fecundador de su vida espiritual, y que por haber tenido su origen en una honda laceria nunca cu-

rada, manifiéstase siempre renovada, siempre sangrante, bastando la más leve excitación, la más liviana apariencia, para que el alma se salga por la boca y el dolor vibre en las cuerdas de la lira, siempre acordada á este tono. ¿Para qué, pues, encomendar á cartas, en la forma profana de la prosa, lo que sólo era digno de la orfebrería métrica, lo que en el cauce poético era su natural contenido, lo que todos y cada uno de los íntimos, con quienes el alma podía explayarse, entendían bien claramente?

Papeles íntimos de Garcilaso no creo puedan tener existencia, si en ellos preténdese encontrar una concreta indicación de estos ó los otros amores, de estas ó las otras melancolías. Aparte de que, leyendo con el alma puesta en los versos del poeta toledano, aun ante las que parecen confesiones definitivas de nuevos amores, como en aquel soneto XXVIII,

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,

nótase un tal recato en la confidencia, una como timidez en la revelación, que confirma en la idea de que Garcilaso, al tropezar en su camino con un inesperado amor, si pensó en que él podía ser alivio de sus males, nadie puede decir que llegó á confesarlo, ni señalar el propio objeto de sus amores:

Sabed que en mi perfecta edad y armado,
con mis ojos abiertos me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
nunca fué corazón. Si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

Cuando al amigo del alma, al propio Boscán, así vela lo que necesariamente había de interesarle, bien se puede sospechar no encontrara ocasión más propicia para detallada revelación.

Leídos éstos y algunos otros versos del poeta, sin duda ha de afirmarse que aventuras amorosas más ó menos duraderas existieron en la vida de Garcilaso durante la residencia de éste en Italia; lo que ya nadie podrá ufanarse de saber es el grado á que tales aventuras llegaron, y si ellas tuvieron más realidad que la de un platonismo al que el poeta efectivamente se entregó:

con mis ojos abiertos me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.

Inclínome más por pensar en la dispuesta voluntad de Garcilaso para el amor y en un constante fracaso de este anhelo, no por falta de ocasión para satisfacerle, sino por repugnarlo aquel sedimento de amargura que desde los primeros años del poeta quedó en su alma, y que no fué bastante á endulzar ni su matrimonio con doña Elena de Zúñiga, ni después la vida fácil de los días de Florencia, ni la cortesana de la amable residencia en Nápoles.

Léase aquel soneto VII:

No pierda más quien ha tanto perdido;
bástete, amor, lo que ha por mí pasado;

válgame agora haber jamás probado
á defenderme de lo que has querido.

Tu templo y sus paredes he vestido
de mis mojadas ropas, y adornado,
como acontece á quien ha ya escapado
libre de la tormenta en que se vido.

Yo había jurado nunca más meterme,
á poder mío y á mi consentimiento,
en otro tal peligro, como vano.

Mas del que viene no podré valerme,
y en esto no voy contra el juramento;
que ni es como en los otros ni en mi mano.

Tal soneto viene siendo considerado como una declaración, en la cual Garcilaso disculpa el nuevo amor que llega á él y contra el cual no podrá valerse, y sin embargo, si se para la atención en los dos cuartetos, tan hondamente sentidos, tan sinceros, en los que recuerda el *pasado naufragio* y los despojos pendientes en las paredes de una iglesia — cual hacen los marineros en conmemoración del peligro corrido —, ha de verse que apenas tienen correspondencia con la vulgar conclusión del segundo terceto, donde, a lo más, puede hallarse una galantería, un lugar común (1) lo más artísticamente dicho para disfrazar la falta de sentimiento.

Otro tanto puede decirse al leer el soneto V, el cual, más que ponderación de un amor presente para Garcilaso, es, ó al menos puede interpretarse, como la triste y sentida lápida puesta sobre la tumba de un bien perdido :

(1) *Obras del excelente poeta Garcilaso, con anotaciones de Sánchez. Salamanca, 1581, en casa de Lucas de Yunta.*

*Escrito está en mi alma vuestro gesto;
y cuanto yo escribir de vos deseo,
vos sola lo escribiste; yo lo leo
tan sólo, que aun de vos me guardo en esto.*

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mi cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

*Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado á su medida;
por hábito del alma misma os quiero.*

*Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.*

En alguna mayor confusión podría ponernos el soneto XIV, porque en él hay difícil interpretación y referencia; pero al recordar la confrontación que indica Menéndez y Pelayo de este soneto con aquel otro de Boscán:

Como madre con hijo regalado,
que si le pide rejalgar llorando,
no sabe sino dalle lo que pide...

y el de los dos, el de Boscán y el de Garcilaso, con aquellos otros versos de Ausías March (1) tan parafraseados y calcados por gran número de poetas, bien puede concluirse que el dicho soneto XIV de Garcilaso no es sino un tema poético derivado del poeta valenciano, de quien tanto y tan directamente gustaban los poetas del amor del siglo XVI. En cambio, luz clarísima destellan los versos todos en que el poeta habla de

(1) *Antología*, tomo XIII, pág. 302.

sus recuerdos, de los días de su juventud, de aquel dulce amor perdido, de aquellas «dulces prendas» que «en una hora» se llevaron «todo el bien». Razones hay, pues, para pensar que sin ser negadas posibles aventuras amorosas de Garcilaso, ellas no llegaron á arraigar en el alma. El soneto á Boscán tiene una fuerza probatoria grande en cuanto á lo primero; respecto á lo segundo, todos los sonetos y canciones pruébanlo también. Había crecido con lozanía grande y á su placer allá por los años mozos una pasión seguramente correspondida, y azares del vivir cortesano habríanla truncado, si no otras razones más dolorosas, y allí quedó el germen de todos los futuros sentimientos y el aliento elegíaco de todos los afectos del poeta.

¿Cuál fué ese amor?

Dicho queda que las sospechas de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, basadas en las autorizadas palabras de Herrera, en la opinión de Faria, en la égloga de Francisco Sa de Miranda, en las razones que aduce la Sra. Michaëlis de Vasconcellos y en el sensato interpretar la verdad que resalta en las poesías de Garcilaso, hácenos decidir, sin dar, claro es, la cuestión por resuelta, á aceptar que la ya citada D.^{ña} Isabel de Freyre fué el amor de Garcilaso, amor imposible por no sabemos cuáles causas; sólo que en 1526 casaba el poeta con la Sra. D.^{ña} Elena de Zúñiga.

Bastante más difícil es pretender indagar acerca de los supuestos amores del poeta en los días napolitanos. Cítanse los sonetos XXV y XXVI

como prueba de que hay en ellos una patente demostración de aquellos amores. Puede ser; mas ¿por qué no pensar que ellos son el constante homenaje del poeta a la memoria de D.^a Isabel?:

¡Oh hado ejecutivo, en mis dolores
cómo sentí tus leyes rigurosas!

Cortaste el árbol con manos dañosas,
y esparciste por tierra fruto y flores.

En poco espacio yacen mis amores
y toda la esperanza de mis cosas,
tomadas en cenizas desdeñosas,
y sordas á mis quejas y clamores.

Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y *se vertieron*
recibe, aunque sin fruto, allá te sean,
hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean.

No se acierta fácilmente á conciliar un tan constante y sincero sentimiento con la variedad que supondrían las alusiones amorosas de Garcilaso, si ellas han de referirse á tan distintos objetos de su amor. Es más: pudiera ser esto así, habrían de haber sido en gran número los episodios y aventuras del amor de Garcilaso, y es muy posible que quien moldeaba su alma poética en el troquel petrarquista hubiera simplificado y reducido á un solo ideal objetivo todas las ansias de su corazón. Ciertamente que pone en gran riesgo la suposición de un solo amor en la vida del poeta aquella elegía segunda á Boscán, en la cual hay una, al parecer, confesión bien clara:

De aquí iremos á ver de la Sirena
la patria, que bien muestra haber ya sido
de ocio y amor antiguamente llena.

Allí mi corazón tuvo su nido
un tiempo ya; mas no sé, ¡triste!, agora
ó si estará ocupado ó desparcido.

Si ésta, acaso la más confidencial de todas las poesías dedicadas á Boscán, fué obra compuesta por Garcilaso cuando éste volvía de la expedición á Túnez (1535), y en el comienzo del terceto primeramente aquí copiado ha de entenderse, como dice Sánchez, que *la patria de la Sirena* es Nápoles, claro que no se halla justificación para la duda, y Garcilaso habla aquí expresamente de un amor napolitano. Pero, al propio tiempo, ¿cómo aquellas ponderaciones de lo largo de la ausencia, que no parece haber sido en efecto tan dilatada? Ciertamente que en 1533 sabemos que está en Barcelona con misión secreta del Emperador, y entonces es cuando visita á Boscán y le decide á la impresión de *El Cortesano*, escribiendo aquella discretísima y elegante carta á la magnífica señora D.^a Jerónima Palova de Almogávar (1), como prólogo laudatorio de la traducción hecha por Boscán y rendido homenaje á la ilustre dama; parece indudable que entre 1533 y 1534 estuvo en Nápoles otra vez, y de allí, por comisión del Virrey, volvió á la ciudad catalana para dar cuenta al Emperador de las tropelías de los turcos

(1) Esta carta, que desde luego figura en la edición de *El Cortesano*, de *Libros de antaño*, ya citada, está publicada en el tomo XIII de la *Antología: Boscán*.

en el mar napolitano; ya es más claro que en el otoño de 1534 vuelve por Francia (epístola á Boscán), y desde Valclusa, á 12 de octubre, escribe á su amigo dándole cuenta de su viaje y de las incomodidades sufridas en el tránsito por Francia. En 30 de mayo de 1535 empieza la campaña contra Túnez, en ella toma parte Garcilaso, y hacia septiembre del mismo año está de vuelta en Nápoles: ¿cómo conciliar, pues, la que parece evidente declaración hecha en esa elegía segunda, compuesta en Sicilia, camino de Nápoles, con aquellas otras palabras de la misma obra?:

Si, ¡triste!, de mi bien estado hubiera
un breve tiempo ausente, yo no niego
que con mayor seguridad viviera.

La breve ausencia hace el mismo juego
en la fragua de amor, que en fragua ardiente
el agua moderada hace al fuego.

La lectura de estos tercetos bien a las claras dice que si hubiera estado breve tiempo ausente de su bien, viviría con más seguridad, pues en razón de amores la ausencia breve los aviva; pero la ausencia fué larga, y, no obstante, en vez de contribuir con la separación á que el fuego de amor se apagase, no fué así:

Yo sólo fuera voy de aqueste cuento,
porque el amor me aflige y me atormenta,
y en el ausencia crece el mal que siento.

¿Podrá, pues, referirse esta elegía segunda al desconocido amor que en Nápoles cautivó el corazón de nuestro vate?

Así se piensa generalmente, y aunque la opinión es para poner en ella reparos, no hay razón de peso para contrariarla. Sólo atisbos y análisis psicológicos, pero éstos tampoco son para despreciados.

El hecho es que con estas ausencias comprobadas: la de 1533, por viaje á Barcelona, donde se avista con el Emperador y goza probablemente de la fina hospitalidad de Boscán; la segunda, en 1534, motivada también por otra misión á la ciudad catalana, y acaso con intención de demandar gracia á Carlos V para retirarse á Toledo y vivir ya en la paz del hogar tan largamente abandonado; y por fin la de la campaña de África, en 1535, todo el tiempo que transcurre desde 1532 al 36 lo pasa en Italia, en Nápoles especialmente, descontando los viajes y estancias en las comisiones dichas. No se explica, por tanto, á cuál ausencia tan dilatada pueda referirse, si esa ausencia se ha de entender por alejamiento de la ciudad de Nápoles.

Público es que en Italia gozó de las más altas amistades, tanto entre los nobles como entre los poetas, y que éstos, deponiendo ya todo enojo contra los escritores españoles, no tienen reparo en elogiar efusivamente á Garcilaso, como puede verse en estos fragmentos de una carta latina que el cardenal Pedro Bembo dirige á D. Honorato Fascitel, monje casinense en Venecia:

«He visto la carta del Rvdo. P. Maestro Jerónimo Seripando, la cual demuestra ser verdadero cuanto me habéis escrito acerca de él... La

tercera cosa que me pregunta es acerca de las odas del Sr. Garcilaso, que me manda, respecto á lo cual muy agradablemente y muy á satisfacción puedo contestarle que ese caballero es también un agradable y gentil poeta, y que las obras suyas me han complacido singularmente y merecen singular recomendación y alabanza.

»Ha superado con su talento en gran manera á todos los de su nación, y podrá llegar á ser, si no abandona el estudio y la diligencia, superior á los de otras naciones que se tengan por maestros de la poesía. Mas yo, sobre todo, tengo con él esta deuda: que á mi parecer la oda que me ha escrito es también la más sutil, la más elegante, las más sonora y dulce de entre todas las otras contenidas en el libro. No me extraña si el señor marqués del Vasto lo estima tanto y lo ama como me dice el P. Maestro. Quiero rogaros una cosa, por lo que se refiere á mí: haced que cuando haya ocasión, el Sr. Garcilaso conozca que yo le amo y estimo grandemente y que desco ser también amado de tan claro ingenio, así como me parece que ya lo soy... — En Padua á 10 de agosto de 1535» (1).

El propio cardenal Bembo desde Nápoles:

«P. B. Garcilaso Hispano. S. P. D.

»Por los versos que ha poco me escribiste he visto complacidísimo que me amas tanto, que no tienes ningún hombre que te sea tan familiar, ni

(1) *Delle lettere di M. Pietro Bembo*. P. O. vol. Venezia, 1552.

á quien tan honradamente hayas llamado tu amigo, ni á quien hayas tributado tantas alabanzas. Fácilmente he conocido cuánto valen tus poesías líricas, y lo que tu agudo ingenio y estilo ameniza. Ninguna alegría podía tener mayor que la realidad de estas dos cosas; porque ¿hay algo que pueda ser comparado con el cariño y amistad de tan excelso poeta? Todas estas cosas que los hombres estiman y aman se acaban juntamente con las que poseen durante breve tiempo; solamente los poetas viven y se hacen viejos é imperecederos concediendo esta vida é inmortalidad á quienes quieren. Por lo demás, tanta perfección has alcanzado, que no sólo superas en gran parte á todos los españoles que á las musas de Apolo se consagraron y te adelantas á ellos, sino que además sirves de estímulo á todos los italianos para que trabajen más y más si no quieren ser aventajados por ti en este certamen y en estos géneros. Confirmaron la opinión y juicio que me tenías merecido algunos otros trabajos de esta clase que poco ha me enviaste á Nápoles. Nada he leído en nuestros días que haya sido escrito con más elegancia, sencillez y pureza, ni ciertamente con más sublimidad. Así, pues, tu cariño me sirve de verdadera y justísima alegría, y porque eres insigne y grande te felicito á ti en primer lugar, y después efusivamente á España, tu patria y sustentadora, á la cual ciertamente tu nombre concederá una inmarcesible corona de veneración y de gloria.

» Hay además otra cosa que aumenta en gran

manera mi antigua estimación por ti, y es que Honorato, monje, cuya fama no te es desconocida, como poco ha tomase parte conmigo en esta comunicación y me preguntase qué opinaba yo de tus poesías, al exponerle mi juicio, sucedió que era en un todo igual y semejante al suyo (él es un varón de agudísimo ingenio y muy versado en estudios poéticos); me habló de tus muchas y grandes virtudes, de la bondad de tus costumbres, de tu vida austera y de tus sentimientos humanitarios, todo lo cual le habían comunicado por carta sus amigos, agregándome que además se hallaba confirmado por palabras y testimonios de cuantos napolitanos te habían conocido, muchos de los cuales han venido en estos días á Italia desde vuestro país, y todos, en verdad, los que han venido á esta ciudad desde España, dicen francamente que te han querido más ardientemente que á otro alguno, y es á ti á quien tributan más alabanzas.»

En el espacio que media entra estas dos cartas, quizá, es cuando Garcilaso estaba de vuelta de la campaña de Túnez, la cual fué no poco dura para las tropas que en ella tomaron parte. Con gran acopio de gentes habíase aprestado esta expedición contra el pirata Barbarroja; el puerto de Barcelona habíase visto como en pocas ocasiones concurrido de portugueses é italianos, sin contar el gran número de tropas españolas allí reunidas; Andrea Doria había llegado con las mejores naves genovesas, y por si esto era poco, habiendo salido la armada el día 30 de mayo de la ciudad

catalana, el día 11 de junio se incorporó á la expedición en Cagliari (Cerdeña) el marqués del Vasto con las naves y gentes de Nápoles y Sicilia, la infantería alemana y las naves del Pontífice. Seguramente que entre las tropas del marqués iba Garcilaso, y seguramente que con él recibió encargo, una vez que el ejército tomó tierra, de ir desde las ruinas de Cartago (1) á reconocer la Goleta, distante sólo cinco millas, mientras que las galeras de Andrea Doria se apoderaban de la Torre del Agua. El 18 de junio comenzó el ataque á la Goleta, y tras de un furioso batallar, hasta el 14 de julio, entraron los imperiales en la plaza, siendo los primeros soldados que en ella pusieron su pie los toledanos Miguel de Salas y Andrés de Toro, así como de la parte de mar fué el primero el gran D. Álvaro de Bazán, y entre los caballeros el príncipe de Salerno.

Incidentalmente nos quedan noticias de Garcilaso en esta campaña, por la narración que Sandoval hace de la aventura acaecida el 22 de junio, en la cual el poeta salva al valiente capitán don Alonso de la Cueva.

Dice así Sandoval (2) :

«Sucedió en este día, que habiendo el capitán Pedro Xuárez blasonado en la tienda del comen-

(1) Aquí donde el romano entendimiento,
donde el fuego y la llama licenciosa
sólo el nombre dejaron á Cartago.

(Soneto XXXV.)

(2) SANDOVAL, libro XXII, segunda parte.

dador mayor de León, y hablado más de lo justo de sus valentías y qué haría otro día (que fué éste), después de esta plática encontró con don Alonso de la Cueva, que fué uno de los que se hallaron presentes cuando Pedro Xuárez hizo aquellas bravatas, y díjole: «Capitán, ahora es tiempo de que hagáis lo que ayer decíais: estabamos á caballo, no á tiro de ballesta.» Respondió Xuárez: «Quiero que veáis que si hablé ayer, que obro hoy, y que digáis á su tiempo que si dije, que hice.» Y luego dió de espuelas al caballo, y al galope fué contra los enemigos. Don Alonso de la Cueva, viéndole tan determinado, le dijo á voces que se tornase, que él estaba satisfecho de su buen ánimo y valentía. No curó Xuárez de volver, sino, como digo, fué á combatir los enemigos. Viendo D. Alonso ir á Pedro Xuárez con determinación tan peligrosa y aun desesperada, dijo á Andrés Ponce de León, caballero de Córdoba, y á otro que con ellos estaba: «Afrenta nuestra sería si dejásemos que en nuestra presencia matasen á ese hombre.» Serían sesenta los de á caballo, y de ellos se adelantaron cuatro contra el Pedro Xuárez; comenzaron á escaramuzar defendiéndose, y ofendiendo Pedro Xuárez, y hirió malamente al uno; pero queriendo revolverse sobre otro, errando el golpe, tomó la lanza sobre el brazo, y cargando mucho sobre un lado, la cincha del caballo iba floja, y con la fuerza que hizo, él y la silla vinieron al suelo; los tres caballeros que fueron á socorrerlo llegaron á tiempo, que con su ayuda pudo levantarse y

aun salvarse. Tres veces le sacaron de la escaramuza, y él porfió de volver á ella; habiendo perdido el caballo, cargaron los moros sobre él y le hirieron tan mal, que ya que los soldados lo sacaron de sus manos, expiró allí en el campo; y D. Alonso por socorrerlo se vió en peligro y perdió el caballo, que le mataron los enemigos, y le valió mucho el socorro que le hizo Garcilaso de la Vega y de Guzmán, caballero de Toledo, excelente poeta. Salió herido en el rostro y brazo, pero sin peligro. Otros soldados y caballeros se señalaron. No era por esta parte bien acabada la escaramuza, cuando se tocó al arma en los acueductos de Cartago, y se revolvieron tanto, que murieron cinco cristianos y otros fueron heridos. De los moros murieron más, y calentóse tanto la cólera, que llegaron á poner mano á las espadas y los moros y turcos á sus alfanjes y cimitarras, que por sólo los vestidos, los que estaban apartados los conocían. El marqués del Vasto subió en un caballo y corrió á recoger la gente. Apretáronle tanto los alárabes, que dejando el sombrero con una medalla en su poder, escapó por los buenos pies del caballo. Díjole un italiano que mirase por sí y se quedase; respondió el marqués: «Eso podría hacer uno solo y podéislo vos hacer; mas al general pertenece el guardar á todos más que á sí.»

Hay la seguridad de que en una de estas batallas, acaso en el día de la toma de la Goleta—si no en la defensa de Pedro Xuárez, como parece indicar Sandoval—, fué herido Garcilaso: «Halló-

se en la toma de la Goleta; y á la vista de Túnez, cuando estaban á tiro de culebrina, de la muralla, sucedió aquel famoso reencuentro en que Garcilaso quedó mal herido en la lengua y en la mano diestra, apuntando la envidia, amparada de la fortuna, á los dos nobles instrumentos que hacían sensibles los conceptos de aquella grande alma. Hallábase Garcilaso oprimido de muchos batallones furiosos cuando él peleaba con poca sangre y con menos soldados, hasta que fué socorrido de Federico Garrafa, napolitano, y del César, que, sabiendo el peligro en que estaba Garcilaso, partió con sus hombres de armas en socorro suyo con la espada en la mano, y peleó animosamente mucho tiempo á su lado, sacando él mismo de entre los pies de los caballos enemigos al bizarro Andrés Ponce, caballero andaluz, y obligando á los moros á volver las espaldas» (1).

El soneto de Garcilaso á Mario Galeota, bien claramente confirma la referida desgracia:

*Y así, en la parte que la diestra mano
gobierna, y en aquella que declara
el conceto del alma, fui herido.*

Es, pues, exacta la narración anterior, conforme también con todas las de los biógrafos; pero no lo es ya una novela forjada alrededor del nombre de Garcilaso y de San Francisco de Bor-

(1) *Vida del grande San Francisco de Borja* (libro II, pág. 63), por el M. Álvaro de Cienfuegos. En Madrid, 1702.

ja con motivo de una supuesta aventura amorosa del poeta en los días de la empresa de Túnez (1).

Bastará á comprobarlo el decir que el marqués de Lombay no asistió á la campaña de Túnez, porque, embarcado ya con el Emperador en Barcelona, recibió orden de éste para acudir prontamente á la corte en asistencia de la Emperatriz. Así lo afirma el biógrafo más autorizado de San Francisco de Borja, el P. Juan Eusebio Nieremberg (2), y concretamente en el capítulo III del libro II, párrafo IV, el tantas veces citado Álvaro de Cienfuegos.

Dió margen á sospechar de nuevos amores de Garcilaso el soneto que á Boscán dedica desde la Goleta:

Boscán, las armas y el furor de Marte,
que con su propia sangre el africano
suelo regando, hacen que el romano
imperio reverdezca en esta parte,
han reducido á la memoria el arte
y el antiguo valor italiano,
por cuya fuerza y valerosa mano
África se aterró de parte á parte.

Aquí donde el romano entendimiento,
donde el fuego y la llama licenciosa
sólo el nombre dejaron á Cartago,
vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
hiere y enciende el alma temerosa
y en llanto y en ceniza me deshago.

(1) NAVARRETE, obra citada, pág. 66, nota *Documentos inéditos*.

(2) *Hechos políticos y religiosos del que fué duque cuarto de Gandia... y beato Francisco de Borja*, por el P..., libro I, cap. X.

No es conjeturable de este texto (1) otra cosa sino que en el forzado reposo á que las heridas obligaban, renuévanse en el alma los constantes sentimientos y nostalgias, ó, de ser cierto el amor napolitano, atorméntanle los apremiantes recelos y temores por aquella *Sirena napolitana*, cuya ausencia llora. Sin embargo, el citado Cienfuegos parece fantasear sobre este punto, y dice: «Aquí, sobre las ruinas de la antigua Cartago, sintió Garcilaso herido no sólo la mano y el rostro, sino también el pecho con más penetrante flecha y menos sangrienta herida, y reconoció que no estaban frías aún las cenizas á que había reducido un incendio la antigua Cartago.» También cabría pensar que el propio historiador de San Francisco de Borja cae en la cuenta de que no se trataba de un nuevo amor, sino que se duele Garcilaso de antiguo mal «y reconoció que no estaban frías las cenizas». En resumen: no hay base para complicar aún más la vida, por demás emotiva del poeta, imaginando una nueva galantería en los días africanos, que ciertamente no debían ser los más adecuados para tales escarceos entre combate y combate y aprieto y angustia, pues difícil y dura fué la empresa entre las que más de aquella bélica ocasión.

Terminada la campaña, convaleciente ya Garcilaso de las heridas, se retiró el Emperador á Palermo y con él las tropas de Italia, y entre ellas el poeta castellano. Al llegar á la isla debió es-

(1) GARCILASO, obras, edición dirigida por Tomás Navarro en *Clásicos castellanos*, nota al soneto XXXV, pág. 250.

cribir la elegía segunda á Boscán, y por este tiempo, sin que se pueda precisar la fecha, compuso también la elegía primera, en la cual, como es sabido, lamenta la muerte de D. Bernardino de Toledo, hermano del duque de Alba, quien acabó sus días, de vuelta de la expedición á Túnez, acaso en la misma ciudad de Palermo ó en camino para ella.

En fines del año 1535 entró en Nápoles el Emperador con las tropas victoriosas, y fué recibido en triunfo que Sandoval describe del siguiente modo:

«Después de haber estado en Messina algunos días, atravesó en galeras el Faro y vino á Ríjoles, en Calabria, y visitando el reino de Nápoles, á 25 de noviembre entró en la ciudad tres horas antes de la noche, donde se le hizo un recibimiento digno de la grandeza de sus ciudadanos, que son de los más ricos y nobles de Europa. Llevaba el estoque en la entrada del César el marqués del Vasto, como camarero mayor del reino. Eran innumerables las personas eclesiásticas, clérigos y frailes, obispos y arzobispos, que pasan de ciento veinticuatro los que hay en el reino, con muchos señores de título y caballeros que le acompañaban. Halláronse aquí el príncipe Doria y Antonio de Leiva, príncipe de Ascol, como naturales del reino; el duque de Alba, el conde de Benavente, el marqués de Aguilar, el marqués de Cogolludo, con otros muchos españoles; el conde de Potencia, de la casa de Guevara, español, y todos los señores de título del

reino de Nápoles y de fuera de él. Vinieron aquí á darle el parabién de la victoria de Túnez y á otros negocios Pedro Luis Farnesio, hijo del Papa, y Juan Picolomino, obispo de Ostia, cardenal de Sena, y Alejandro Cesarino, título de Santa María Inviolada, cardenal-diácono, legados del Papa, y Hércules Deste, duque de Ferrara, algo descontento del Papa, pero del Emperador muy favorecido. Entró con grande ostentación en Nápoles de criados y gentiles hombres ricamente vestidos. Los legados del Papa, después de dado el parabién, trataron de la paz entre el Emperador y el rey de Francia. Monsieur de Belli, embajador del rey en la corte imperial, pedía por parte de su señor el ducado de Milán para el duque de Orleáns. Vinieron el duque de Urbino y cuatro embajadores de Venecia y Alejandro de Médicis, duque de Florencia, hijo del duque Lorenzo y sobrino de los Pontífices León X y Clemente VII; venía con luto por la muerte de Hipólito de Médicis, cardenal de San Lorenzo, en Damasco, y en entrando en la corte, dejó el luto. Traía una compañía de arcabuceros de á caballo y muchos gentiles hombres. El Emperador le recibió muy bien. Vinieron desde Roma con él D. Fernando y D. Juan de la Cerda, hijos de D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, y D. Francisco de Toledo, de la casa de Alba, y otros caballeros españoles. El duque de Urbino se confederó aquí con el Emperador, y se partió á hacer gente á su estado, y á la vuelta de la Moorea. Vino también Mariano de Caracioles, napo-

litano, á quien el Papa poco antes había dado el capelo á instancia del Emperador; de manera que la corte imperial en Nápoles estaba llena de cardenales y prelados, de señores de título y caballeros de aquel reino y otras partes, que jamás se vió con mayor grandeza Nápoles.»

No fué menos espléndido el recibimiento que Roma hizo al Emperador; mas parece que en esa fecha, abril de 1538, Garcilaso no le acompañaba, sino que había quedado en Nápoles, ya por estar al lado del Virrey, acaso por desempeñar alguna comisión de Carlos V, ó, lo que pensarán los que prestan fe ciega á los amores de Garcilaso con la *Sirena napolitana*, por disfrutar de la vista de esta hermosura para nosotros desconocida.

Ciertamente que residían por aquel entonces en la ciudad un gran número de ilustres damas que bien podían algunas de ellas merecer la atención de poeta tan delicado y de tan extremada cortesanía como Garcilaso: recuerda la Historia á la marquesa del Vasto, D.^a María de Aragón; á su hermana D.^a Juana, casada con Ascanio Colona; á la princesa de Salerno, D.^a Isabel Villamarino; á la princesa de Molfette, Isabel de Capua; la de Basignano, la de Sulmona, Isabel Colona; la marquesa de la Padula; D.^a Clarisia Ursino; la princesa de Schilace; D.^a Roberta Carrafa, duquesa de Madalona; D.^a Dorotea Gonzaga; doña Leonor de Toledo, hija del Virrey, la cual casó con Cosme de Médicis, gran duque de Toscana, y, para no mencionar más, á la más ingeniosa é ilustre mujer de aquellos días, Lucrecia de Sca-

glione, si no del rango que las anteriores, sí superior á todas por su talento esclarecido. En Nápoles lucía también su hermosura la viuda del duque de Traggeto, D.^a Catalina San Severino —canción quinta, *La flor de Gnido*—, así como la hija del duque de Soma, llamada Violante San Severino.

Con D.^a Catalina es indudable que tuvo relación Garcilaso, aparte la ya indicada por Herrera, y aceptada generalmente, de que á ella y para moverla á corresponder al amor que la profesaba Mario Galeota, dedicó la dicha canción de *Gnido*. Pero no fueron amorosas, sino de muy diferente carácter esas relaciones, pues, según consta en el testamento de D.^a Elena de Zúñiga, hecho en Toledo en 1549, á los trece años de la muerte de su marido Garcilaso, sospecha la noble dama que «por quanto ay una deuda yncierta que se dize que deve el dicho señor Garcilaso en Nápoles á una señora que se dize doña Catalina de Sanseverti (San Severino) de treszientos escudos y fasta agora no está averiguado, mando que si la susodicha ó sus herederos en algún tiempo los pidieren, que se los den de mis bienes».

Alguien deja entrever la duda de si esta doña Catalina podría ser la propia *Sirena*, y si no habría tal amor de Mario Galeota hacia esa dama, sino que real y verdaderamente quien de ella estuviese apasionado sería el mismo Garcilaso, y con velos y hablando en tercera persona será él mismo el que en la canción quinta expone sus anhelos y desesperanza.

Léase bien la undécima estancia, y desde luego aparece claro que el poeta no se refiere á sí mismo por enamorado, sino por confidente:

Por ti, el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso;
yo puedo ser testigo,
que ya del peligroso
naufragio fui su puerto y su reposo.

Añádase que no habría fácil explicación para que un galanteador, como habría que suponer á Garcilaso, deseoso de rendir á la desdeñosa viuda, en vez de comportarse como la gentileza obligaba, hubiera contraído deudas pecuniarias con tan ilustre señora. Bien cabría suponer que D.^a Elena se refiriese, ocultando discretamente la causa origen de aquella obligación, á alguna como reparación debida por su marido á quien no precisamente con préstamos económicos se ligara.

Pero parece tal hipótesis demasiado alambicada, cuando lo de la deuda queda explicado muy cómodamente por la facilidad con que entonces los hidalgos, y cuanto de más ilustre linaje con más llaneza, contraían unos con otros deudas importantes, que en favorables ocasiones se saldaban. Esto era muy corriente, y en el mismo testamento de Garcilaso, otorgado en Barcelona en 1529, bien por menudo se consignan todos los cargos que habían de rescatarse, si la muerte le impedía á él hacerlo con tiempo oportuno.

A los días primeros de abril de 1536 debe re-

ferirse la aventura que en el *Carlo Famoso* refiere D. Luis Zapata, y que dicen tuvo lugar por haber acometido Garcilaso el empeño de desfacer un tuerto que á cierta dama intentaba un caballero pariente suyo, el cual contra todo derecho usurpaba el dominio de ciertas tierras. Posible es que la voluntad excelente del Emperador por rëmediar aquella injusticia, encomendase, como cuentan, al gentil caballero castellano para poner la razón en su punto; mas ya no parece sino fantasía del desgarrado autor del *Carlo Famoso* aquella estupenda hazaña que le hace acometer contra unos forajidos salteadores (1):

Pues un día entre Veletri atravesando
de las selvas propincuas y vecinas,
su escudero de aquesto le avisando,
salir humos vió sobre las encinas;
de acá y de allá los bosques resonando,
oyó chiflos y cuernos y bocinas,
qué parecía el rumor que en torno oían
que los bosques del todo se hundían.

Como cuando algún oso los monteros
ó algún jabali ven de las armadas
que á los otros señal por los oteros
dan con cuernos y chiflos y ahumadas,
así los crudos salteadores fieros,
viendo por las florestas tan dudadas
á Garcilaso entrar con vocería,
conciertan como oís la montería.

(1) El estudio más acabado sobre el poeta D. Luis Zapata es el hecho por el malogrado D. Juan Menéndez Pidal en su discurso de ingreso en la Real Academia Española. Madrid, 1911.

Se juntan en un llano, y muy armados
vienen á le buscar más de trecientos,
con tal desorden Bara ensañados,
que beber casi querian los vientos;
su lanza écha en el ristre sin cuidados
de ver venir á tantos tan hambrientos;
parte firme en la silla el caballero,
y se aparta á mirarlo su escudero.

Como suele un cañón por la apretada
gente de un escuadrón entrar por medio,
á cuál tiende, á cuál mal descalabrada
la cabeza le deja sin remedio;
pues Garcilaso allí, su lanza echada
en el ristre, así entró de golpe en medio,
mató uno y tendió tres, y extrañamente
dejó de sí heridos más de veinte.

Y sin que él en el fin de la carrera
espere á revolver peloteando,
revuelve más que una onza muy ligera,
su reluciente espada desnudando;
con la que aquél y aquéste de manera
pasa, hiende y deshace golpeando,
que ellos ya vían que no se les hacía
como pensado habían la montería.

Ni le podía empecer más esta gente,
que ya allegar á él nadie se osaba,
que á la barba de Atlante, alto y valiente,
el mar que con tormenta al pie le lava;
él á unos fos hendía hasta la frente,
y las cabezas á otros les quitaba,
y á otros partía por medio en la apretura,
ó desde arriba al pie ó por la cintura.

Y los hacía quedar puestos encima
de los caballos aun por la pretina;
que á su espada, que baja con tal clima,

no le impide ni arnés ni capellina;
vuelan brazos y manos por encima,
y así la gente ruin vino á ruina,
y con nueva virtud á golpes fieros
se libró de estos lobos carniceros.

Que las espaldas vueltas entre tantos
el que de quedar vivo hubo ventura,
se dan á huir de él todos con espanto,
procurando esconderse en la espesura;
el rostro alzó, pues, Garcilaso un tanto,
que de seguir ya aquéllos no se cura,
y desnudo, sin más ropa que el cuero,
vió estar de un pie colgado á su escudero.

Fué allá con su caballo, y descolgado,
le dió de uno de aquéllos un vestido;
así Garcilaso, esto que he contado
le acaeció en el camino referido;
y con grandes rebatos asaltado,
aunque de ellos más no fué acometido,
llegó en salvo, con fama y sin carcoma,
donde el Emperador estaba en Roma.

Poco después de este suceso, que, sin las exageraciones con que le reviste Zapata, bien puede corroborar la general opinión de la gallardía y bravura de nuestro poeta, probada una vez más entre las muchas indudables en que supo contrastar la bizarría de su alma, parece, según todos los biógrafos, que Garcilaso marcha hacia Roma, cual quieren unos, para dar cuenta al Emperador del modo como había sido servido en esta oportunidad, según lo más verosímil, porque empenada ya la campaña contra Francia, necesitábase en el campo la presencia de las tropas en

el mayor número posible. Ya queda dicho que si grandes fueron los festejos con que Nápoles recibió al vencedor de Barbarroja, no habían sido menores los vítores y aclamaciones cuando Carlos V llegó á la capital del mundo católico: á las puertas de la ciudad esperáronle revestidos cardenales y multitud de arzobispos, obispos, abades, prelados, nobles, magistrados y miles de almas en confusión, que de nuevo al aparecer el César gritaron de hinojos, como en aquellos días de la coronación en Bolonia: *¡Imperio, Imperio!* Reunida la lucida comitiva del Emperador con aquella multitud de gentes de todas las clases sociales que esperaban á las puertas de la Ciudad Eterna, encamináronse en magnífica procesión hacia el castillo de Sant-Angelo, donde las banderas pontificias se abatieron en homenaje, presenciando la muchedumbre arrodillada el paso del César bajo palio. A la puerta de San Pedro esperaba el Sumo Pontífice rodeado de cardenales y otros prelados, y llegando á él Carlos V, apresuróse á inclinarse hasta besar el pie de Su Santidad, el cual le alzó prontamente, abrazándole con todo amor.

Pasaron días muy felices para el Emperador en Roma, pero también asaltáronle allí graves preocupaciones, pues el eterno rival, Francisco I, había hecho entrar en Italia fuerte ejército en contra del duque de Milán, Francisco Sforza, y contra el duque de Saboya, cuñado del propio Emperador. Las cosas fuéronse agravando más y más hasta que, acaso no pudiendo ya el rey de

Francia, sabedor de los homenajes de Nápoles y de Roma, contener su envidia, envió embajada á Carlos, apretándole con pretensiones de dominio respecto al ducado de Milán.

No supo resistir más el monarca español, y en famosa sesión celebrada el día 17 de abril, contestó á los embajadores de Francia con aquella inusitada declaración de guerra, cuya parte más saliente es el reto que dirige á Francisco I en estas palabras: *Mas lo mejor de todo será excusar los grandes males y daños que suelen seguirse de la guerra, adonde padecen ordinariamente los que no tienen culpa. Hagámoslo nosotros de bueno á bueno; pongamos el negocio en las armas. Haga el rey campo conmigo de su persona á la mía, que desde agora digo que le desafío y provocho, y que todo el riesgo sea nuestro, como y de la manera que á él le pareciere, con las armas que le plazca escoger, en una isla, en un puente, á bordo de una galera amarrada en un río..., que yo confío en Dios, que como hasta agora me ha sido favorable y me ha dado victoria contra todos los enemigos suyos y míos, me ayudará agora en una tan justa causa.*

Ciertamente, ante tales palabras, podemos claramente deducir que si los libros de caballerías tenían una tan extraordinaria boga, era porque el espíritu del tiempo sentíase no sólo capaz de componerlos y gustar de su lectura, sino para realizar empresas y aceptar tan gallardas expresiones como las que alientan en las palabras retadoras del Emperador, ni más ni menos que en

un cartel de desafío del más denodado y caballeresco héroe de novela (1).

En tales circunstancias, ni los arranques de Garcilaso en Veletri, tan al por menor contados por D. Luis Zapata, son cosa absurda, pues los días aquellos daban temple para hazañas no menos estupendas.

Pero entre ellas, á lo más impensado asaltaba también la muerte á aquellos gentiles caballeros á quienes parecía cubrir escudo providencial en medio de tan arriesgado correr de la vida. En cuanto á Garcilaso, no parece que la Intrusa pudo cogerle del todo desprevenido. Coméntase que al escribir su elegía segunda, dedicada á Boscán, stampa aquellos dos tercetos, que dicen:

Ejercitando, por mi mal, tu oficio (2),
soy reducido á términos que muerte
será mi postrero beneficio.

Y ésta no permitió mi dura suerte
que me sobreviniera peleando,
de hierro traspasado agudo y fuerte;

mas si puede decirse que este atisbo de presentimiento de no lejano fin está patente en la ele-

(1) Al propio Emperador gustaban para ejercicios de diversión estos alardes caballerescos, que en Valladolid (1527) y en Bélgica (1549) ya se organizaron por su beneplácito «torneos y aventuras del modo que *Amadís* lo cuenta». No es extraño que la afición empujase á Carlos á buscar una aventura no fingida. Respecto á la segunda fecha indicada puede verse *Relación... de las grandes fiestas que la Serenísima Reyna doña María ha hecho al príncipe... en un lugar que se dice Uince... por el señor don Hieromyno Cabanillas...* Publicada por Pérez Pastor en el libro *La Imprenta en Medina del Campo*, 1895, págs. 57 á 80.

(2) El de Marte, la profesión militar.

gía, equivocóse en aquello de pensar que no habría de morir peleando; pues en valiente acción y temeraria perdió la vida el gran poeta, si no «de hierro traspasado agudo y fuerte», sí en golpe mortal que le diera una piedra; pues para arrojo y osadía como la de Garcilaso, que no cuida de prevenirse con protección, fué suficiente tan impropia arma.

Declarada la guerra por tan desusado modo como queda dicho, y no habiendo el rey de Francia aceptado el extraño reto del Emperador, reunió éste sus tropas con el fin de pasar á Francia á buscar «los animales bravos en sus propias cuevas», según palabras del general don Antonio de Leiva.

No fueron las cosas para el ejército imperial como era el intento: los franceses se resistieron en su tierra fieramente, y hubo que pensar en volver á Italia. Pero antes de finalizar la empresa tuvo Carlos V que lamentar dos pérdidas muy dolorosas: una, la de Antonio de Leiva, ya viejo y dolido del mal de gota, que se agravó con la amargura de no haber acertado en sus consejos, por los cuales fueron las tropas imperiales á Francia, contra el parecer del insigne marqués del Vasto. Entre las huestes que este ilustre capitán mandaba debió de acudir nuestro Garcilaso, si es que, como parece lo más probable, no salió ya con el mismo Emperador desde Roma para la desdichada campaña (1). Sea como fuese,

(1) Por carta de Garcilaso al Emperador, que Navarrete reproduce, hay ocasión para pensar que pudo el poeta ir á Génova,

el hecho es que anduvo en ella siempre al lado del soberano, quien le puso al frente de trece compañías de infantería española, las cuales debían ser de gran confianza para el propio Emperador, que siempre reputó á sus *leones de España* como soldados predilectos entre aquella multitud, muchas veces no de fiar, de tudescos, flamencos é italianos.

Á más de las narraciones de los biógrafos de Garcilaso, incidentalmente cuentan el triste caso de la muerte del poeta el P. Nieremberg, Sandoval, el autor del *Carlo Famoso* y Álvaro de Cienfuegos. El primero dando cuenta del gran pesar que hubo el marqués de Lombay, á quien el ver morir en la flor de la edad á tan noble caballero, su amigo, empujó más en el camino ya emprendido del apartamiento de las vanidades del mundo. Así dice el P. Nieremberg (2) :

«Salió Garcilaso á servir en sus guerras al emperador Carlos V, de quien fué muy favorecido, y le enseñó la lengua española y el modo de las cartas familiares que el Emperador escribía y no tocaban al gobierno ni á otro negocio de esta calidad. Sirvióle en la jornada de Viena y Túnez, y últimamente en esta de la Provenza de Francia, en la cual, retirándose el Emperador á Italia, le encargó el gobierno de trece compa-

donde fecha su carta en 20 de mayo de 1536, con las tropas de don Álvaro de Bazán, y que, una vez desembarcado, se puso á las órdenes de Andrea Doria.

(1) *Hechos políticos y religiosos del que fué duque cuarto de Gandía, virrey de Cataluña, y después tercero general de la Compañía de Jesús, beato Francisco de Borja*, libro I, cap. X.

ñías de infantería española, y escalando una torre cerca de Feux, en que se habían fortificado unos franceses, subiendo Garcilaso el primero, con su espada y rodela, por una escala, y tras él D. Antonio Portocarrero de la Vega, hijo del conde de Palma, y luego un capitán de infantería, echaron de lo alto una espuerta de piedras atada, que dió á Garcilaso en la rodela tan recio golpe, que cayó de espaldas y derribó á los dos que le seguían, cayendo todos de la escala, dándose Garcilaso un golpe en la cabeza, que entonces no se tuvo por de consideración. Lleváronle á curar á la ciudad de Nicia (Niza). El Emperador sintió tanto esta desgracia, aunque no se tuvo entonces por tan grande, que mandó sitiasen la torre y ahorcasen á cuantos franceses en ella hallaren, como se hizo luego derribando la torre por el suelo, para que no quedase memoria de ella. Pasado el seteno de la herida, la juzgaron los cirujanos y médicos del Emperador por mortal. Dióle las nuevas su amigo el marqués, que en aquel trance le quiso ser más fino, procurando el bien de su alma y su salvación eterna: asistióle á su cabecera, consolóle con mucho espíritu, porque bien lo había menester una persona tan gallarda y nombrada en el mundo; viéndose morir en la flor de sus años, que no pasaron de treinta y tres, recibió los sacramentos con gran dolor y sentimiento, aprovechándose en aquella ocasión tan importante de su gran entendimiento y de la piedad y santas razones del marqués, su amigo. Murió á los diez y siete días de la herida, con gran des-

consuelo de todos y llanto que se hizo por su muerte. Pero con mayor desengaño de nuestro marqués, viendo que la muerte no respetaba á la nobleza, ni temía á la valentía, ni le vencía el ingenio» (1).

Don Luis Zapata, en las insoportables octavas de su poema, cuenta así el desgraciado trance:

Y así, con gran enojo luego manda
que se combata aquel turrión roquero;
pusiéronle dos piezas, y á una banda
le hicieron en medio un agujero;
estaba esto mirando á cada banda
muchó señor, soldado y caballero,
y en una rueda de alta compañía
Garcilaso batir la torre había.

Y burlándose, dijo: «Desdichado
será el que en una empresa tan vil muera.»
Lo oyó la hada, el diablo, el caço, el hado,
y corrió luego á tomar la tijera;
corrió luego un mormullo, que, enojado,
rugia el Emperador en gran manera,
de que, batida así, de un solo encuentro
no hubiesen á la torre entrado dentro.

Y así, escalas pèdidas con voz clara
fueron por todo el campo encontinente;
Garcilaso, cual si esto le tocara,
por ser maese de campo de su gente,
de la rueda movió, y puso la cara
en subir á la torre osadamente;
teníanle sus amigos abrazado,
porque le vían que estaba desarmado.

(1) Véanse más adelante las noticias que de la fecha de la muerte de Garcilaso dan los hallazgos del Sr. San Román.

Soltóse, y corrió allá y subió ligero
 por la escala que al muro se arrimaba,
 tomando una ruin gorra, antes de acero,
 de un soldado acaso que pasaba;
 llegaba casi al escalón postrero,
 cuando una gran almena que bajaba,
 con gran dolor del campo allí presente,
 le envió mortal á tierra finalmente.

No sé si puede tener algún valor la referencia
 que Zapata hace á continuación, respecto al duro
 trance en que se vieron los amigos de Garcilaso
 para hacer llegar la noticia de la muerte del poe-
 ta á conocimiento de su viuda, la Sra. D.^a Elena
 de Zúñiga:

La fama, que estas cosas trae y lleva,
 de Garcilaso el caso esparce y suena;
 pues ¿quién ahora será que dé esta nueva
 á su querida esposa doña Elena?

.....
 y á los templos de Dios mil dones dieron
 las matronas de España, que traídos
 así fueron en salvo sus maridos.

Al suyo doña Elena, á Garcilaso,
 en vano con placer grande le espera,
 se adereza, y su casa en son no escaso
 la adorna por que esté muy placentera;
 sabe Toledo todo el triste paso,
 y anda el dolor y angustia por de fuera,
 y tan alegre verla dello ajena
 da á todos los que la aman mayor pena.

Lo que sí parece en relatos tan minuciosos, y
 con bastante claridad, es que Garcilaso no dejó,
 al ser sorprendido por la muerte, lazo alguno que

pudiera hacer pensar en el modo y manera de dar cuenta á otra persona que no fuera á su propia mujer de la desventura acaecida. Y si paráramos atentamente en la amplia narración que Álvaro de Cienfuegos, muy deseoso de dar parte á San Francisco de Borja en los últimos días de la vida de Garcilaso, hace de la muerte de éste, no se halla tampoco referencia que pueda recordar compromiso de Garcilaso con alguna dama napolitana. Y sin embargo, á Cienfuegos érale bien conocida aquella tradición poética de la Sirena del mar napolitano, pues en el párrafo IV del libro II de la citada *Vida del grande San Francisco* la anota; y habíanla parafraseado Sánchez, Herrera y Tamayo de Vargas, y es de suponer que si comisión alguna en los días agónicos del poeta castellano hubiera de haber sido encomendada por éste, y en cosa tan delicada para la tranquilidad de su alma, al marqués de Lombay, su amigo de siempre é inseparable en aquellos momentos, se la hubiera confiado, y de ser así no habría escapado la noticia, ya al P. Nieremberg, ya á Cienfuegos, el cual por todos los medios engalana, no siempre con el mejor arte, la vida del santo duque de Gandía.

Siempre el biógrafo de San Francisco de Borja tiene las más amorosas palabras para hablar de Garcilaso, como ya hemos advertido; conocidas habían de serle en los días en que él escribió, fines del siglo XVII, las opiniones de los descontentadizos, que tachaban al poeta de afición á la poesía pagana, y los arreglos de las poesías gar-

cilasistas á lo divino; era además el maestro Cienfuegos, al componer su obra, no sólo de la Compañía de Jesús, sino varón esclarecido en ella; pertenecía al «gremio y claustro de la Universidad de Salamanca»; era catedrático de Teología en ella y calificador de la Suprema Inquisición; escribía sobre la base del austero P. Nieremberg, que no tiene palabra de reproche para Garcilaso, y véase cómo se expresa con sincero dolor al referir la malhadada escena de la torre de Muey:

«Y retirándose el ejército á la vuelta de Italia en un pequeño lugar del Orden de San Juan, cuatro millas de Fregius, á la salida de la Provenza, mandó el César batir la torre de Muey, en que cincuenta villanos arcabuceros se habían hecho fuertes. Garcilaso, que era siempre el más osado en arrojarse al peligro, obedeció con tanta celeridad, que antes le vió el César subiendo la escala, abrazada la rodela, que hubiese advertido que obedecía; rayo impetuoso que primero que se oiga el estallido, se ve humear el estrago. Escaló Garcilaso un portillo, avanzando el primero con la espada y la rodela; seguíale animoso D. Antonio Portocarrero de la Vega (1), primogénito de la casa de Palma (que casó después con su hija), y luego un capitán de infantería española, cuando despeñaron de lo más alto

(1) No pudo ser éste el que casó con D.^a Sancha de Guzmán, la hija de Garcilaso, porque, según dice el señor marqués de Laurencín, el tal D. Antonio nació en 1526, siendo, por tanto, de diez años en esta fecha. Probablemente es otro hijo del conde de Palma, habido en el primer matrimonio de éste con D.^a Leonor Girón, y que llevó el título de conde de Palma.

una grande piedra que, alcanzándole en la rodela con que se cubría, le hirió la cabeza con su misma arma defensiva. Fué el golpe tan furioso con el peso y el impulso violento de aquella roca, que parecía haberse derribado sobre sus hombros una montaña; y así cayó Garcilaso de espaldas en el foso, despeñando consigo á los dos que le seguían esforzados; porque mal podía caer Garcilaso sin envolver en su ruina á otros. Apenas le vieron derribado, cuando se oyó un alarido espantoso en el ejército, y el Emperador, lleno de saña, mandó asaltar con mucha gente la fortaleza, y después de rendida, hizo ahorcar los cincuenta franceses que estaban de guarnición en ella, vengando con esta muerte afrentosa la pérdida del que era honor, esperanza y delicias de España. Maudó también demoler la torre, para que no quedase un padrón levantado á tan trágico suceso y para que se ignorase el sitio donde la muerte, con villana cobarde escolta, se había atrevido á Garcilaso. Que así suele perecer casi á la orilla, entre pequeños embates de olas, el que nadando en sangre escapó de sañudas tormentas.

§ V

»Luego que cayó Garcilaso, el marqués de Lombay, que se acercaba á socorrerle, se arrojó intrépidamente al foso, haciendo finezas de amigo y oficios de cristiano; levantó en sus brazos aquel retrato de Marte, abollado el yelmo y de-

sangrado el casco; fué llevado á los Reales, á Niza, asistido siempre del marqués y de los médicos y cirujanos del Emperador, que le regalaba visitándole muchas veces, envidiando muchos á Garcilaso heridas tan felices, que al principio dieron á su vida algunas esperanzas; mas pasado el seteno, se conoció que eran mortales y que todo el arte y la destreza sólo podía dilatarle algunos días la vida. Dispusieron que le diera el marqués esta triste nueva, porque sabían que de ninguno la escucharía con más consuelo. Oyóla Garcilaso sin que el semblante de la muerte turbase los colores de su rostro ni alterase la magnanimidad de su pecho. Empezó á disponerse á morir con muchas lágrimas y singular ternura de aquella noble alma, que se confesó repetidas veces y recibió todos los sacramentos con los afectos más fervorosos. Alentábale el marqués, tomando á veces un crucifijo en la mano con indecible consuelo del doliente, que no quería se apartase de su lado, y pasando el marqués á ser predicador desde soldado, lo que había de ejecutar después con tanto fruto. Y el entendimiento de Garcilaso, cuya luz había sido hasta entonces un sol pequeño, al morir dió la última llamarada. Acordábase este cisne que sus plumas habían vestido más color de fuego que de nieve; que sus primeros años habían sido tan verdes como floridos; que había hecho músicas y agradables las sinrazones; que su corazón había quemado muchas veces las alas en torno de unas luces mentidas, y más abiertos ahora los ojos á

mayor luz, y al irse á morir, comenzó á llorar lo que había cantado, porque derribando de su memoria las imágenes, que habían ocupado sus aras, deshojando esperanzas y prendas antiguas, decía, inspirado de mejor numen: *¡O dulces prendas por mi mal halladas!*; hasta que fijos los ojos en la imagen de un crucifijo, expiró con tanto arrepentimiento, que enseñó más al mundo en este breve ejemplo que en tantos años y elegante variedad de escritos había enseñado. Murió á los diez y siete días del golpe ó, como quieren otros, á los veintiuno, siendo de treinta y tres años, porque no pudo alentar más aquel espíritu que había llegado á lo sumo de la vida, y así se entregó á la respiración de la fama, dejando á la posteridad en pequeña mina bien enriquecida su memoria, y un grande testigo de que los héroes ni los aciertos están vinculados á los años, pues mejor saben nacer los laureles entre las flores que entre las nieves. Y al modo que ni los pinceles ni las más heroicas plumas saben dar la última perfección á sus obras, ni Apeles á sus tablas, ni Homero á sus *Iliadas*, ni Virgilio á sus *Eneidas*, así las grandes almas suelen dejar en la mitad de la carrera imperfecta la vida, de suerte que la inscripción de la urna no diga que vivió, sino que vivía.

»Sacó lágrimas esta desgraciada muerte al Emperador, y bastaba á sacarlas á la misma piedra que le había herido en la cabeza. Depositaron su cadáver en Santo Domingo de Niza, de donde, el año de treinta y ocho, fué trasladado á Toledo, al

antiguo sepulcro de los señores de Batres, en San Pedro Mártir; y allí, animado en mármol elegante su busto, llama la atención y hace que se suspenda el pensamiento. Luego que se oyó su muerte, se desataron en elogios y en lágrimas las lenguas y las musas, compitiéndose las naciones extranjeras unas á otras. En Toledo fué universal el luto y el llanto en una muerte tan digna de sentimiento, que hasta hoy no acabó de llorarla bien el Tajo, como predijo él mismo en aquel que quiso ser verso y fué vaticinio. Pero entre todos le lloró con dolor más vivo y más delicado el marqués de Lombay, su fiel amigo, que no podía arrojar de la imaginación su cadáver desangrado: traía á la memoria aquellas prendas con razón admiradas; aquel espíritu mayor que la fama y que todo elegante meditado elogio; sus años vestidos de la esperanza, su ingenio, su valor, su cortesanía, las proezas de su espada y de su elocuencia; aquel hechizo con que traía hacia sí no sólo las almas, sino las rocas y las provincias enteras. Y luego contemplaba arruinada de un solo golpe toda esta fábrica hermosa, sin que calidades tan divinas sirviesen de rémora, sino antes de reclamo, á la desdicha. Esta memoria le llenaba de espanto y de desprecio de todo lo que engrandece la fantasía y el engaño, pues aunque las humanas glorias fuesen mucho más abultadas y fuese gigante la estatura de las dichas, las hacía despreciables el ser tan caducas. Y como asistió el marqués abrazado tiernamente con Garcilaso, como le bebió el último

aliento, bebió con él también el desengaño, que se ensayaba en este fatal suceso para el golpe que le había de dar poco después en otro más funesto y más horroroso, porque no podía formar de una vez tanto grito el escarmiento» (1).

Y en el afán de sorprender alguna luz en tan detenidas lamentaciones son traídas á cuento, porque parece que si Garcilaso en esta ocasión nada tuvo que encomendar á los buenos oficios de su santo amigo, puede creerse que nada podía preocuparle en aquella hora solemne como grave motivo de inquietud. Y cuenta que el caballero castellano no era de holgada conciencia, pues su testamento, á que ya nos hemos referido, el hecho en Barcelona en 1529, enumera—y no en peligro de muerte, sino sólo en días de embarcarse para la campaña de Italia—con toda minuciosidad sus deudas de distinto orden para que ellas sean atendidas con toda fidelidad. Y no sólo deja provisto en cuanto á su hijo natural, Lorenzo, sino que lleva sus escrúpulos á esta cláusula, cuya sola lectura nos hace comprender á qué extremos llegaban los miramientos y cargos de conciencia en nuestro poeta:

Yo creo que soy en cargo á una moça de su onestidad: llámase Elvyra, pienso que es natural de la Torre ú del Almendral, lugares de Estremadura, á la qual conoçe don Françisco my hermano, ú Barriana el alcaide, que hera de los Arcos, y Parra su mujer; éstos dirán quýen es; enbien allá una per-

(1) CIENFUEGOS, libro citado, págs. 64 á 66.

sona honesta y de buena conçiencia que sepa della sy yo le soy en el cargo sobre dicho, é sy yo le fuere en él, denle diez myll maravedis, é si fuere casada téngase gran consideración en esta diligencia á lo que toca á su honra y á su peligro (1).

Con gracia comenta el señor marqués de Laurencín la duda de Garcilaso, así como los miramientos que guardaba para con una honra de tantos intervenida; pero para nosotros tales miramientos nos confirman en la hipótesis que venimos apuntando: Garcilaso debió morir sin que sobre él pesara deuda de conciencia, pues quien para tales andanzas como las de la moza Elvira, que nada reclama y acaso nada podía reclamar, tiene cuidados tales, á buen seguro no habría desperdiciado la ocasión de la muerte, que dió tiempo para saldar más claras obligaciones. Una de ellas, y de orden puramente económico, es, á no dudarlo, la contraída con D.^a Catalina San Severino, á la que ya nos hemos referido, deuda que por algún amigo de Garcilaso de los que le asistieron en aquel trance debió de llegar á noticia de la viuda del poeta, puesto que ésta, aunque no con certidumbre absoluta, porque la reclamación de la San Severino no debió acompañar á la notificación del débito — y acaso nunca la dama napolitana pensó en demandarla —, dice

(1) *Testamento cerrado*, etc., en *Documentos inéditos referentes al poeta Garcilaso*, reunidos por el marqués de Laurencín. El Sr. San Román ha encontrado en el Archivo de Protocolos de Toledo el original de este testamento, lo cual proporciona la satisfacción de poder contemplar autógrafos del poeta y la firma de Boscán estampada en el documento.

en su testamento, otorgado en Toledo en 1549:
Item digo y declaro que yo tengo cumplido todas las deudas y cargas quel dicho Garçilaso de la Vega, mi señor, devía y era obligado a cumplir, de lo qual tengo cartas de pago que están en mi poder, y por quanto ay una deuda yncierta que se dize que deve el dicho señor Garçilaso en Nápoles á una señora que se dize doña Catalina de Sansevertu, de trezientos escudos y fasta agora no está averiguado, mando que si la susodicha ó sus herederos en algún tiempo los pidieren, que se los den de mis bienes (1).

Tan cuidadosa, tan fielmente quiso D.^a Elena, la noble dama, dejar de todo punto resueltas las cosas que á la memoria de su ilustre marido podían referirse. Y ni una noticia más.

Es decir, algo hay notorio para revelarnos el amor que D.^a Elena guardó á su esposo, que si para ello no bastase la casta viudez de la virtuosa dama, está bien patente el celo con que procuró y consiguió traer los despojos del insigne poeta, pues ya en el primer testamento, en 1549, manda ser enterrada en el monasterio de San Pedro Mártir, de la ciudad de Toledo, en la capilla de Nuestra Señora, que está junto á la capilla mayor, donde «está enterrado el dicho Garçilaso de la Vega, mi señor».

Meditando sobre el cariño firme y duradero

(1) Otra deuda aparece pagada por D.^a Elena a una D.^a Isabel de Sosa; pero ésta constaba en cédula, y lo único raro es que la prestamista sea también una mujer, pero no las deudas, cosa corriente ya entonces en las familias más linajudas.

que D.^a Elena guarda para su marido antes y después de muerto, maravilla que pudieran haber sido los conceptos amorosos de Garcilaso traducidos en pasiones reales y adoración á mujeres de carne y hueso, sin que D.^a Elena hubiese dejado muestras de su resentimiento, habiendo tenido tanta ocasión para ello, ya como cumplidora de la voluntad de su marido, ya como tutora de los hijos que la quedaron á la muerte del poeta. Y bien lejos de esto, ni una vez hay la más leve protesta, ni una vez siquiera deja de ir acompañado el nombre del muerto de afectuosa significación.

Sabe Dios, y perdónese la insistencia, si hay nuevas razones con éstas para confirmar nuestra idea de que, en efecto, el mal de amores que aqueja á Garcilaso tiene un solo y verdadero origen en una pasión de la juventud, que nunca jamás vuelve á tener consistencia ni á encarnarse en alguna mujer, aunque en muchas pensase que podría hallar remedio á su dolencia:

En poco espacio yacen los amores
y toda la esperanza de mis cosas,
tornadas en cenizas desdeñosas
y sordas á mis quejas y clamores.

Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron,
recibe, aunque sin fruto allá te sean,
hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean.

En estos diez versos háy más verdad que en todos los dedicados á ponderaciones de las nuevas hermosuras que celebró el poeta en toda su vida; aquí, en casi toda la égloga primera, y en especial desde aquellos versos que comienzan:

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí, como colgada,
mi alma doquier que ellos se volvían?,

si es que pueden olvidarse las primeras palabras de Nemoroso:

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
.....
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba
donde con dulce sueño reposaba
ó con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.

Enumerar, en fin, las incidencias en tan tenaz preocupación, es, al menos, tarea tan fácil como buscar ocasiones en que el poeta parece referirse á nuevos sentimientos.

En la elegía segunda, que, según dicen, fué compuesta de vuelta ya Garcilaso de la expedición á Túnez, probablemente en el descanso de Sicilia, cercano ya el inesperado fin del poeta, hay tan claras referencias á aquel afán nunca satisfecho, que no puede menos de contrastar

con aquel otro soneto que se supone compuesto también en la isla.

Dice en la elegía, después de ponderar la venturosa vida de Boscán *entre quien bien le quiere*:

Yo, como conducido mercenario,
voy do fortuna á mi pesar me envía,
si no á morir, que esto es voluntario.

Sólo sostiene la esperanza mía
un tan débil engaño, que de nuevo
es menester hacello cada día;

y si no lo fabrico y lo renuevo,
da consigo en el suelo mi esperanza,
tanto, que en vano á levantalla pruebo.

.....

¿Dónde podré huir que sacudida
un rato sea de mí la grave carga
que oprime mi cerviz enflaquecida?

Mas ¡ay!, que la distancia no descarga
el triste corazón, y el mal, doquiera
que estoy, para alcanzarme el vuelo alarga.

Mas en el soneto XXXV, ya citado, parece confesar el poeta toledano una pasión actual, y claro que desechada la hipótesis de que durante la campaña, por demás colmada de azares y de inquietud, fuera tiempo de una empresa de amor en las tierras africanas, habría que convenir en relacionar estos lamentos con los de la elegía segunda, escrita bien poco después; y en este caso, ¿cómo conciliar aquellos sentimientos de ausencia de la patria, que aluden á hogar y á paz casera, con este volver y revolver el amor el pensamiento y deshacerse en llanto y en ceniza?

¿Ó no habrá esa aparente contradicción, y el único anhelar será constante y el objeto el mismo en cada punto de la vida del poeta?

En el soneto tercero podría confirmarse la idea de esta unidad de afectos, á menudo aparentemente alterada por «oficio de poeta» y ocasión de momento y oportunidad. Garcilaso, en una de las salidas de su patria—no podemos saber si en 1529, ó coincidiendo con la que parece más doliente para él, la de 1534, fecha de la epístola á Boscán desde Valclusa, la patria de Laura —, escribe estos versos, que tan bien se armonizan con el tono que hemos notado en la elegía :

La mar en medio y tierras he dejado,
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya *de volver estoy desconfiado* (1);
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.

De cualquier mal pudiera socorrerme
con veros yo, señora, ó esperallo,
si esperallo pudiera sin perdello.

Mas de no veros ya para valerme,
si no es morir, ningún remedio hallo;
y si esto lo es, tampoco podré habello.

Pero dejemos ya este punto, que asalta cons-

(1) Hacia la fecha supuesta, sábese que Garcilaso había solicitado su retiro para Toledo, pero las próximas campañas hicieronle salir precipitadamente para Italia.

tantamente al que desea alumbrar de algún modo esta singular y misteriosa vida, y volvamos al momento en que se ha interrumpido la narración.

Resulta de ella que ni aun la fecha de la muerte de Garcilaso era conocida con la precisión deseable. En las dos citas estampadas que á tan triste suceso se refieren hay disparidad manifiesta. El P. Nieremberg pretende que el poeta murió á los diez y siete días de la herida; Cienfuegos apunta que hay quienes piensan murió á los veintiuno, y éstos parecen estar en lo cierto, de lo cual resultaría que, herido Garcilaso el día 23 de septiembre al escalar la torre de Muey, fué trasladado algunos días después, advertida la gravedad, á los reales de Niza, donde murió, en 13 de octubre del mismo año 1536, en casa del duque de Saboya.

Merced al feliz hallazgo hecho por el joven y diligente bibliotecario D. Francisco San Román, tenemos hoy una comprobación documentada por cuatro declaraciones que constan en información mandada hacer por D.^a Elena de Zúñiga en 2 de mayo de 1537: dicen así en el extracto que el Sr. San Román ha tenido la bondad de proporcionarnos:

«Juan Rodríguez Puertocarrero, vecino de la dicha ciudad de Toledo..., dijo que sabe que el dicho Sr. Garcilaso de la Vega es fallecido é pasado de esta presente vida, el cual falleció á 12 ó 13 ó 14 días del mes de octubre... de 1536 años, el cual fué herido en el campo del Emperador,

nuestro señor, é falleció en Niza por el dicho tiempo, é preguntado cómo lo sabe, dijo que porque este testigo lo sabe por cosa cierta é pública, é á la sazón que falleció lo supo é le fué escrito por cartas por el señor duque de Alba é por otros señores que estaban allí á la sazón, é porque después acá se lo han dicho caballeros é personas que estuvieron presentes á su muerte...»

«Jerónimo de Rueda, aposentador de Su Majestad la Emperatriz, nuestra señora..., dijo que este testigo se halló en Francia, en la villa de Frejus, una jornada más acá de donde fué herido el dicho Sr. Garcilaso de la Vega, y que á la sazón supo que subiendo á una torre en que estaban ciertos franceses, que Su Majestad la había combatido, fué herido de una piedra en la cabeza, é que de allí le trajeron á Niza herido, adonde sabe que falleció é pasó de esta presente vida á 13 ó 14 de octubre del año pasado de 1536, é así fué público y notorio en el ejército de Su Majestad y en la dicha ciudad de Niza, é este testigo estaba en la dicha corte de Su Majestad al dicho tiempo que él falleció...»

«Don Gutierre de Guevara..., dijo que lo que sabe es que el dicho Sr. D. Garcilaso de la Vega es fallecido é pasado de esta presente vida, el cual falleció á 13 ó 14 días del mes de octubre... de 1536 años; preguntado cómo lo sabe, dijo que porque este testigo estaba á la sazón que ello pasó en el ejército de Su Majestad, que estaba sobre Muey, y el dicho Garcilaso falleció en este

dicho tiempo en la ciudad de Niza, y así fué muy cierto y público y notorio...»

«Don Juan Puertocarrero..., dijo que sabe que el dicho Sr. Garcilaso de la Vega es fallecido é pasado de esta presente vida, el cual falleció en la ciudad de Niza á 13 ó 14 días del mes de octubre del año pasado de 1536 años; preguntado cómo lo sabe, dijo que porque á la sazón que él estaba en la cama herido del mal que murió, este testigo le vió curar la herida, é luego que falleció, que fué por el dicho tiempo de 13 ó 14 de octubre, lo supo este testigo de personas que le vieron morir é enterrar, é así fué muy público y cierto y notorio en el campo y corte de Su Majestad...»

(Prot. de Payo R. Sotelo, 1537, fol. 176.)

En 1538 yacían, por voluntad de su viuda doña Elena, los restos del cantor de Elisa en la capilla de los señores de Batres, de San Pedro Mártir, en la ciudad de Toledo (1), en el mismo panteón en que descansaban los del primogénito, muerto de pocos años, y donde habían de descansar los de D. Francisco, cuarto de los varones, muerto poco después que su padre, y los del segundo Garcilaso — antes Íñigo —, cuando su excelente madre tuvo el triste consuelo de reunir en el mismo panteón al héroe de Ulpían, Garcilaso de

(1) Dos estatuas orantes sobre los sepulcros, mandadas hacer en vida de D.^a Elena, representan, sin duda, al poeta Garcilaso y á su hijo muerto en Ulpían. Una prueba más del amor de doña Elena por aquel marido é hijo, malogrados en la flor de la vida en servicio de la patria.

la Vega y Zúñiga, muerto en 1555, ocho años antes que su madre la dolorida D.^a Elena.

Quedaron, pues, á la muerte del poeta tres hijos varones: Garcilaso, en quien había recaído la primogenitura; D. Pedro, nacido en 1530, que muy joven entró en religión y se llamó, como sabemos, Fr. Domingo de Guzmán; D. Francisco de la Vega, que tampoco se logró, como hemos visto, y por último D.^a Sancha de Guzmán (1), nacida en 1532, la cual hubo de recoger el nombre y fortuna de sus padres — toda vez que su hermano D. Pedro era fraile —, y la cual casó en 1551 con D. Antonio Portocarrero, conde de la Monclova, hijo de D.^a Leonor de la Vega y de D. Luis Portocarrero, conde de Palma.

Del hijo natural D. Lorenzo, reconocido por Garcilaso en su testamento, dícese que heredó el talento poético de su padre; pero que habiendo escrito una sátira que ofendió á altos personajes, fué desterrado á Orán, muriendo de pesadumbre en el camino.

Bien pronto los poetas españoles (2) se dieron cuenta del valer de Garcilaso. Bastaba la corriente nacional que impelía nuestra vida hacia Italia y hacia el clasicismo, tan bien entendido por el

(1) Tomó este apellido de Guzmán, en vez del de Laso, por respeto á su abuela, la cual había muerto en 1537, dos meses y días después de la pérdida de su hijo Garcilaso.

(2) De los italianos no hay que decir, pues indicado queda en el texto la alta estima en que tuviéronle Paulo Jovio, Bembo y otros. En Francia fué también muy celebrado, y el poeta Francisco Belleforest, en 1569, imitó con bastante acierto la égloga segunda en la *Pastoral amorosa*.

poeta toledano, para que hubiera sido éste tomado como modelo, si ya sus propios méritos, prontamente reconocidos, no hubieran sido bastante para enaltecerle, uniéndose también la circunstancia de un tan desventurado fin para hacer simpática la figura del más dulce poeta que había nacido en Castilla.

No hay que decir fué Boscán el primero que, como más íntimo amigo del poeta, lloró la muerte del cantor de Elisa en aquel soneto

Garcilaso, que el bien siempre aspiraste,

y como muestra de amor, llevado más allá de la tumba, consta que los últimos años de la propia vida los empleó el caballero barcelonés en juntar las obras de Garcilaso, y unidas á las suyas preparar la edición que en Barcelona apareció en 1543, muerto ya Boscán hacía un año, por lo cual el privilegio de impresión de tal libro va acordado á D.^a Ana Girón de Rebolledo, la viuda de Boscán, quien, celosa de cumplir el deseo de su marido, no dilata la empresa de esta publicación, y como había sido manifiesta voluntad de aquél, aparecen juntamente las poesías de Boscán y de Garcilaso en una edición así rotulada: *Las obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega repartidas en quatro libros.*—*Cum privilegio imperiali.* — *Carles Amoros.* Á esta edición sucédense otras dos en el año mismo de 1543, una sin lugar de impresión y otra hecha en Portugal. En 1544 se imprimió otra en Medina del Campo, en la casa de Pedro Castro y á costa del

librero Pedro Mureti; ésta es ya edición muy corriente en Castilla y está calcada sobre la edición primera de Barcelona. Sucédese una nueva impresión en Amberes en este mismo año de 1544, hecha en casa de Martín Nucio, y continuáse editando el libro con insistencia, lo cual ya es notoria señal del felicísimo éxito que lograron los dos poetas. Á buen seguro pagaba Garcilaso después de muerto la fraternal deuda contraída con Boscán, pues sin duda las poesías de éste iban bien amparadas por la excelencia de las de aquél. Mas poco á poco fuéronse poniendo las cosas en su punto, y en 1570 aparece ya en Madrid, en casa de Alonso Gómez, un volumen en 8.º, conteniendo solamente *Las obras del excelente poeta Garci-Lasso de la Vega, en esta postrera imprission, corregidas de muchos errores que en todas las passadas auía.*

Pero la edición más autorizada de las poesías de Garcilaso había de aparecer en 1574 en Salamanca, en casa de Pedro Laso, para repetirse en 1577, y en 1581 en la imprenta de Juan de Yunta, dedicada por el impresor á Ascanio Colona (abad de Santa Sofía). Esta es la famosa edición anotada por Francisco Sánchez, cuya rotulación es la siguiente:

Obras del excelente poeta Garci-Lasso de la Vega — con anotaciones y enmiendas del maestro Francisco Sánchez — catedrático de Retórica en Salamanca.

Lleva esta impresión, de 1581, un *Prólogo al lector* por el dicho maestro Sánchez, el Brocen-

se, en el cual defiende los llamados *hurtos* de Garcilaso; pues alguien, al leer la primera edición de estas poesías con las anotaciones del maestro de Salamanca, echó en cara al anotador el flaco servicio que hacía al poeta señalando con nimia diligencia, y acaso no siempre con acierto, los lugares donde á su entender, Garcilaso imitaba á poetas latinos ó italianos.

Por eso, en esta reimpresión de 1581 Francisco Sánchez pondera el mérito que puede haber con sólo pisar un poeta las huellas de quienes hayan sido dignos de imitación. Siguen á esta defensa del comentador un *encomio* de Cristóphoro Calveti de la Estrella á Pedro Fernando Cabrera (en latín); los dos sonetos de Boscán á la muerte de su amigo; el que Francisco Figueroa compuso á la muerte del hijo de Garcilaso, malogrado en Ulpían; otro de Florentio Romano (italiano). Estámpase también el soneto contra las *Anotaciones*,

*descubierto se ha un hurto de gran fama
del ladrón Garcilaso, que han cogido;*

soneto que se dice fué hallado en casa de un caballero de Salamanca — y se atribuye al poeta Jerónimo de los Cobos —, y en seguida viene la respuesta del maestro Sánchez. El comento y anotaciones del profesor salmantino son, en verdad, un gran acierto, sin que alguna vez no peque de arbitrariedad; pero es conciso y hace destacar algunas de las bellezas de las obras

anotadas, que difícilmente se entenderían por los lectores vulgares.

Entre la edición de Sánchez, en la reimpresión de 1577 y 1581, habíase publicado en 1580, en Sevilla, en casa de Alonso de la Barrera, la edición de Fernando de Herrera: *Obras de Garcilaso de la Vega, con anotaciones de Fernando de Herrera*.

Es, sin duda, una magnífica empresa la acometida por el poeta sevillano y llevada á término casi siempre con acierto grande; mas cuidó el comentarista con exceso de lucir su saber, y así, más parece la edición un libro de Herrera á propósito de algunas poesías de Garcilaso, que la verdadera publicación de estas poesías. Lleva un magnífico preámbulo, escrito por el maestro Francisco de Medina, con el título de *Discurso á los lectores*. Conocidísimo es, siquiera en fragmentos, este trabajo del más clásico y elegante de los hablistas andaluces de aquel tiempo, quien tiene para Garcilaso frases de gran encomio como aquéllas: «Las sentencias son agudas, deleitosas y graves; las palabras, propias y bien-sonantes; los modos de decir, escogidos y cortesanos; los números, aunque generosos y llenos, son blandos y regalados; el arreo de toda la oración está retocado de lumbres y matices que despiden un rasplandor antes nunca visto; los versos son tersos y fáciles...» Terminado el retórico trabajo de Medina, síguese la *Vida de Garcilaso*, escrita por el propio Fernando de Herrera con verdadera admiración hacia el héroe poeta, y vienen después los elogios acostumbrados en

las publicaciones de aquel tiempo, entre los que descuellan la oda de Cristóbal Mosquera de Figueroa

Cisne del Betis que en su gran ribera,
la elegía de Luis Barahona de Soto

Este sepulcro venerable encierra,
otra del maestro Medina,

En la razón del tiempo más templada,
y el soneto de Herrera

Musa, esparce purpúreas frescas flores,
con aquella égloga, también del cantor de Lepanto,

Entre los verdes árboles, do suena
Betis con altas ondas extendido.

Ya en el siglo xvii, D. Tomás Tamayo de Vargas imprimió en Madrid, en casa de Luis Sánchez (1622), las poesías de *Garci Lasso de la Vega, natural de Toledo — Príncipe de los poetas castellanos*. La licencia va recomendada por Lope de Vega, y el libro, dedicado al conde de Anover, D. Luis Lasso.

Tamayo también pone como proemio una biografía de Garcilaso «sacada de sus obras», y es el primero que, ya mejor informado, señala la muerte del poeta á los veintiún días, y suya es la opinión, quizá tomada de Herrera (1), de que el Nemoroso de la égloga primera es D. Antonio

(1) Páginas 409 y 410 de las *Anotaciones*.

de Fonseca, el marido de D.^a Isabel Freyre, y no Boscán, como otros creyeron (1), lo cual, claro es, no se ajusta con la sospecha de que el Nemoroso es también Garcilaso (2).

Para concluir, debe citarse la autorizada edición de 1765, que el caballero aragonés D. José Nicolás de Azara hizo imprimir en Madrid, en la Imprenta Real, con ánimo de poner en circulación los mejores textos españoles para salir al paso de la decadencia literaria y hacer gustar á sus compatriotas de los buenos modelos. Fué Azara parco en el comentario, pero cuidó con esmero de la limpieza del texto; D. Adolfo de Castro, en la *Biblioteca de Autores Españoles*, en en el tomo I de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (1854), imprime también las poesías de Garcilaso, recogiendo las principales variantes de las ediciones anteriores; D. Tomás Navarro, en la edición de *Clásicos Castellanos*, publicó, en 1911, las *Obras* de nuestro poeta, siguiendo el texto de Herrera, modificando en parte la ortografía y anotando gran número de versos y pasajes, logrando hacer una edición que satisface la necesidad de un buen texto para la vulgarización, y nada despreciable aun para el lector erudito.

En esta ANTOLOGÍA publícanse algunas poesías de Boscán y Garcilaso, siguiendo en un todo el pensamiento de quien, si por suerte de la literatura viviera, habría sido el admirable autor de

(1) Página 10 de la edición de Tamayo de Vargas.

(2) Véase lo que se ha dicho en la página XLIII.

una biografía de Garcilaso (1), que tan en falta echarán todavía por largos años los amantes de nuestras glorias literarias. Llamará la atención el ver omitidos bastantes sonetos, ya de Boscán, ya del poeta toledano: estábanlo en el original que se hallaba en la imprenta al ocurrir la muerte del nunca bien llorado D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Tal vez haya también quien deplore la ausencia de las poesías en versos cortos de Garcilaso y hasta la omisión de los poemas latinos (2); pero este libro no es una edición de las obras de los poetas en cuestión. Trátase únicamente de una selección dentro de sus poesías castellanas; y en cuanto á los sonetos de Garcilaso, si el que firma este ensayo de biografía puede decir que ha tenido ocasión de traer al texto la mayor parte de los omitidos, es bien probable que de haber sido el biógrafo aquel ilustre crítico, hubiera hallado lugar de citar todos, comentados y glosados con su magistral intuición.

Unas palabras para concluir:

Debiera este trabajo finalizar con un estudio

(1) En el estudio que D. Adolfo Bonilla dedica á D. Marcelino, hace constar que éste tenía un buen número de notas y apuntes reunidos para esta labor. (*Marcelino Menéndez y Pelayo*, pág. 230.)

(2) Á más del epigrama latino que ya corrió por antiguas ediciones, como dedicado por Garcilaso á Fernando de Acuña, consta que el poeta dirigió algunas otras composiciones latinas á Bembo, á Antonio Telesio, á Ginés de Sepúlveda y á otros hombres ilustres de aquellos días en Italia. (Véase *Revista Crítica* de agosto-septiembre de 1897, junio-septiembre de 1898 y julio agosto de 1899, artículos de Sav-López y Mele, de Eugenio Mele y el de D. Adolfo Bonilla, respectivamente.)

de la métrica de Garcilaso. El prologuista no renuncia á ello; mas el deseo de no interrumpir por más tiempo la publicación de este volumen, empezado á imprimir hace ya bien cumplidos cuatro años, obligaron á ir de prisa en labor que requiere espacio y documentación copiosa. Y así, quede para el volumen siguiente, no sólo el análisis de las poesías del cantor de Elisa, sino que, al propio tiempo, se podrán apreciar los aciertos y descuidos de este poeta y los de sus discípulos los *garcilasistas* españoles, tan semejantes á él en los recursos de métrica y en la maestría para el empleo de una lengua que, si aparece aun dura é indócil en Boscán, surge bien disciplinada y armoniosa en su amigo y en los inmediatos discípulos de éste.

Baste por ahora, al que aquí hace punto, la responsabilidad de haber querido suplir con buen deseo las patentes deficiencias con que ha de luchar, por hoy, quien pretenda escribir la historia del insigne caballero y poeta.

JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ.

POESÍAS SELECTAS DE JUAN BOSCÁN

COPLAS

I ^a

Siento mi congoxa tal
Que mi mal,
Aunque es malo de sentirse,
Es tan bueno de sufrirse
Que no puede ser mortal;
Es tan fuertē
Que bien puede dar la muerte;
Mas la vida
Va muy lexos de perdida,
Pues gana la mejor suerte.

Dicen que mi fantasía
No se guía
Sino toda contra mi;
Yo respondo que es así,
Porque no sufro porfía.
Mi derecho
Me tiene tan satisfecho,
Que doblado
Estoy sobre mi cuidado,
Si piensa que mal me ha hecho.

Mi alma se favorece
Si padece,
Y toma por mejoría
Que crezca la pena mía;
Mas á ratos mucho crece.
Yo la siento,
Mas della no me arrepiento,
Que el amor,
Á medida del dolor
Suele dar el sufrimiento.

 Mi dolor así me aquexa
Que nos dexa
Tan diferentes los dos,
Que aunque es la culpa de vos,
Contra mí es toda la quexa.
Si hay cosa
Do el alma esté querellosa,
No la vengo;
Mas quando más quexa tengo,
Pregunto si estáis quexosa.

 Luego, luego quando os vi,
Conoci
Que hubiera de tener guerra;
Mas hasta saber la tierra
Quisiera mirar por mí.
Y ora cayo,
Que luego fué mi desmayo
Tan entero,
Que aunque el trueno fué primero,
Primero me vino el rayo.

 Antes vino el padecer,
Que á mi ver
Pudiese ver vuestro gesto;
Víos presto, pero más presto

Parece que vi al querer.

No fué así,

Mas antojóseme á mí;

Porque luego

En veros quedé tan ciego,

Que dixera que no os vi.

Mas el seso con que entiendo,

No pudiendo

Entenderos, no sé ver

Cómo puedo yo querer

Aquello que no comprendo.

No me falta

Buen remedio en esta falta:

Porque en veros,

Por esto de no entenderos,

Entiendo que sois muy alta.

Lo que sois se me declara,

Quando pára

Mi seso, y á vos no llega;

Porque la luz que me ciega,

Luego digo que es muy clara;

Por do siento

Que es ya de mi pensamiento

Mi verdad,

Sobrarme la voluntad,

Do falta el entendimiento.

II

Señora doña Isabel,

Tan cruel

Es la vida que consiento,

Que me mata mi tormento

Quando menos tengo dél.

Pero vivo,

Con la gloria que recibo,
Tan ufano en los amores,
Que procuro de estar vivo,
Porque vivan mis dolores.

Vivo de mi pensamiento
Tan contento,
Que es mi congoxa mayor,
Si no hallo el sufrimiento
Conforme con el dolor.

Yo querella
No puedo de vos tenella :
Sólò de mí estoy quexoso,
Si mí pena en padecella
Me conoce temeroso.

La pena queda vencida,
Ya perdida,
Pues vuestra merced, señora,
Ha sido la vencedora
De las fuerzas de mi vida;
De tal suerte
Que no puede ya la muerte
Ser conmigo sino muerta,
Pues tengo por buena suerte
Ser en mí la pena cierta.

Mis congoxas de bien llenas
Son tan buenas,
Por la causa que es tan buena,
Que no podéis darme pena
Sino con no darme penas;
Mas parece
Que un contrario se me ofrece,
Tan grave, que ved quál quedo :
Que el alma dice, padece,
Y el cuerpo dice, no puedo.

IV

ARREPINTIÉNDOSE PORQUE SE DESAVINO

¿Qué movimiento fué el mío?
¡Cuitado! ¿quién me engañó?
¿Cuál corazón me sufrió,
Que tan grande desvarío
Le pudiese emprender yo?
¡Oh ciego sin algún tientol!
¡Oh locura conocida!
¡Qué pudiera ser mi vida,
De tan alto pensamiento
Despedida!

Culpa de tal desventura
No tiene desculpa igual,
Sino ser el yerro tal,
Que sólo pudo locura
Ser causa de tanto mal.
Á la hora que fuí preso
De vos, me vi de manera
Que de menos seso fuera,
Si por vos todo mi seso
No perdiera.

Pues por vos perdí el sentido
Quando era el alma cuerda,
Y ora tanto desacuerda
Lo que por vos he perdido,
No me haga que ora os pierda.
Yo lo hice como loco,
Pero ved si me arrepiento;
Que es extremo mi tormento,
Y he pesar porque es tan poco
Lo que siento.

Lo que siento no lo entiendo,
Ni es ello para entenderse :
Quiso el seso así perderse,
¿Qué ha de poder no pudiendo
Agora para valerse?
Por todas partes me quemo,
Querría el yerro enmendalle,
Mas es tamaño, que temo
De caer, para curalle,
En otro extremo.

Pudiera ser perdonado,
Según la pena que siento;
Mas yo no quedo contento
Con lo que paga el cuidado
De parte del sentimiento.
Ni quiero que con templanza
Mi yerro quede medido :
Yo solo só el ofendido,
De mí solo la venganza
Yo la pido.

V

Señora, pues que no espero
Remedio del mal que muero,
Pidiendo quán poco pido,
Yo me doy por tan perdido
Que en mí siento
Que se parte el sufrimiento
Que debiera ser partido.

Y tras él va el esperanza
Que de vos nunca se alcanza;
Yo sólo cativo quedo,
Tan triste que más no puedo.

¿Qué haré?

Que sufra, dice la fe;

Que no sufra, dice el miedo.

Quando tengo en la memoria

Que en sufrir se gana gloria,

He por bien, y lo consiento,

Que se sufra el mal que siento.

Mas agora

Ya no es posible, señora,

Que se va mi sufrimiento.

Él se va, yo quedo en prendas

Con aquellas mis contiendas,

Que salen del pensamiento.

¿Qué haré? que mi tormento

Ya es afrenta :

Y el temor se me presenta

Quando á vos yo me presento.

Quando presente me hallo,

Ni bien hablo, ni bien callo;

Y en ausencia tal me siento

Que muero sin algún tiento,

Por buscaros;

Y he tanto miedo de hallaros

Que si os hallo me arrepiento.

Tan usado á la pasión

Es mi triste corazón;

Que estoy diestro en padecella;

Ved qué cuerda es mi querella,

Qué compuesta,

Que importuno por respuesta,

Y muero de miedo della.

Así yo triste me veo,

Con un miedo y un deseo

Tan puestos en combatirme,

Que no sé de vos partirme
De perdido,
Y mil veces me despido
Sin que pueda despedirme.
Y después ya de ser ido,
Quedo tan arrepentido
Que el alma luego me dexa.
Yo, en ver que mi bien se alexa,
Nunca dexo
De quejar, y no me quexo,
Pues no sé de quién dé quexa.

VII

Á LA TRISTEZA

Tristeza, pues yo soy tuyo,
Tú no dexes de ser mía;
Mira bien que me destruyo
Sólo en ver que el alegría
Presume de hacerme suyo.
¡Oh tristeza!
Que apartarme de contigo
Es la más alta crueza
Que puedes usar conmigo.
No huyas ni seas tal
Que me apartes de tu pena;
Soy tu tierra natural,
No me dexes por la ajena
Do quizá te querrán mal.
Pero, di :
Ya que estó en tu compañía,
¿Cómo gozaré de ti,
Que no goce de alegría?

Que el placer de verte en mí,
No hay remedio para echallo,
¡Quién jamás estuvo así?
Que de ver que en ti me hallo,
Me hallo que estoy sin ti.
¡Oh ventura!

¡Oh amor! ¡qué tú hiciste
Que el placer de mi tristura
Me quitase de ser triste!

Pues me das por mi dolor
El placer que en ti no tienes,
Porque te sienta mayor,
No vengas, que si no vienes,
Entonces vernás mejor.
Pues me places,
Vete ya, que en tu ausencia
Sentiré yo lo que haces
Mucho más que en tu presencia.

IX

OTRAS EN QUE COMPARA DIVERSAS COSAS Á SÍ MISMO

Las cosas de menos pruebas,
De más nueva extrañedad,
Las que están por montes, cuevas,
Más extremas y más nuevas,
Son más de mi calidad.
Que con mi vida penosa,
Por dondequiera que voy
Ando ya como una cosa
Que parece monstruosa,
Dudoso de lo que soy.

Un ave no conocida,
La qual fénix es llamada,
Dicen que es cosa sabida
Que después de ser quemada
Torna luego á tomar vida.
Mi corazón afligido
Con sus males verdaderos,
Se halla en este partido,
Que después de consumido
Revive para quereros.

Por allá en el mediodía
Se escribe que hay una fuente
Que, según verse podría,
Con la noche está caliente,
Con el sol se torna fría.
Así yo, de llorar ciego,
Torno frío con el fuego;
Pues con medroso recelo
Presente de vos me hielo,
Y ausente me quemo luego.

Otras dos fuentes entiendo
Que hay por otra tierra ajena,
Que acaso de ellas bebiendo,
La una mata riendo,
La otra á llorar condena.
Estas hallo en la graveza
De mi mal, que con firmeza
Mi corazón me conquista ;
La primera es vuestra vista,
La otra es vuestra crueza.

De nuestra noticia ajeno
Hay un animal muy cierto,
Para males tan despierto,
Que si le miráis de lleno

No podéis librar de muerto.
Así yo, con esta suerte,
No sé cómo se concierte
Ventura tan desmedida:
Que en veros busco la vida,
Y en veros hallo la muerte.

Pues del águila es lo bueno
Que al que de sus hijos vido
Que no mira al sol de lleno,
Como á hijo que es ajeno,
Luego le echa de su nido.
Así yo del pensamiento
Que en miraros no está atento,
Con cautela dél me guardo,
Y échole como á bastardo
De baxo conocimiento.

A todo esto me ha traído,
Señora, vuestra crueza,
Tan usado á la tristeza,
Que me veo revestido
De nueva naturaleza.
Pero ya desta mi vida,
Pues vuestra merced, señora,
Ha de ser la juzgadora,
Como de cosa sabida,
No se escriba más agora.

XI ^a

¡Oh fin de mis alegrías!
¡Comienzo de mis tristezas!
Alcancen ya mis porfias

(a) En el *Cancionero general* lleva este título: «Coplas hechas por Boscán á su amiga.»

Que se acaben las cruezas,
Que acabaron ya mis días.
Y no quiera
Vuestra merced que así muera :
Aunque pienso que si muero,
Darme vos el mal postrero
Será la merced primera.

Es remedio al pensamiento
Ser la pena más crecida :
Que creciendo mi tormento,
Menguará mi triste vida,
Y con ella lo que siento.
Mas tamañas
Son mis penas, tan extrañas,
Que de miedo de mi suerte
Se pasa por mí la muerte
Sin parar en las entrañas.

Mas la pena por la gloria
He por bien de padecella :
Que aunque no alcanzo vitoria,
No tengo de vos querella,
Pues tengo de vos memoria. ^a
Tan contentos
Van mis altos pensamientos,
Que más hago yo en callar
El placer de mi penar
Que el penar de mis tormentos.

(a) En el *Cancionero* está modificada así esta quintilla:

Tiene temor que la gloria
No baste para vencella,
Porque dentro en mi memoria,
No tiene lugar querella,
Mas tiene lugar vitoria.

Así estoy en tal estado
Que aun el bien me tiene muerto, ^a
Porque el placer que es callado, ^b
Con el mal de estar cubierto,
Se convierte en más cuidado.
Y el tormento
Me gobierna tan sin tiento,
Que en todo peligro hallo:
En el bien, porque le callo,
Y en el mal, porque le siento.

¿Qué haré? Pues estoy tal,
Que aunque está mi vida ufana,
Es mi llaga tan mortal
Que se siente menos sana ^c
Quando está con menos mal.
Que el amor
Quando hiere, es muy mejor
Que sea su mal crecido,
Porque se pierda el sentido
Con la fuerza del dolor.

Ni qué diga, ni qué escriba
Ya no sé, ni qué me quiera;
No me da mi suerte esquiva
Ni más mal, porque no muera,
Ni menos, porque no viva.
El cuidado
Ni ha crecido ni'ha menguado;
Que tiene por maña amor,
Por mantener mi dolor
Mantenerme en un estado.

- (a) Que el placer me tiene muerto.
(b) Porque el bien cuando es callado.
(c) Que entonces es menos sana.

Y siempre quanto le pido
Determina de negarme;
No quiere escuchar partido
Ni menos quiere dexarme,
Ni tomarme por vencido.
¿Qué haré?

Perdido, que ya no sé
Cómo sufra tal engaño,
Que se paguen con el daño
Los servicios de mi fe.

Ved cómo podré valerme,
Que en el mal donde me envuelvo,
Quando más veo ofenderme,
Ni huyo, ni estoy, ni vuelvo,
Ni aun oso defenderme.

Ya caído
Estoy en tierra vencido;
Y vos, señora, sin fe,
No me tomáis á mercé,
Sabiendo que estoy rendido.

Triste que de mi cuidado
No siento con qué me guarde,
Pues no sé de desmayado
Ni librarme por cobarde,
Ni vencer por esforzado.

Y el vivir
Ya se me quiere partir,
Porque estoy en tal partido,
Que quitándome el sentido
No me quitan el sentir.

Mis sentidos ya se mueren :
Buenos, malos, todos me echan :
Ya los vivos no me quieren,
Ya los muertos me desechan,

Por los males que me hieren.
Y es señal
De mi dolor desigual,
Que en tanta desconfianza
No se pierde el esperanza,
Porque no se pierda el mal.
¡Ay dolor! ¿por qué me llevas
Á decir lo que no quiero?
Excusadas son más pruebas :
¿No te basta ver que muero,
Sin que contra mí te muevas?
Ya no hagas
Más peligrosas mis llagas;
Aunque quanto más mal haces, ^a
Tanto más me satisfaces,
Pues qué con la causa pagas.
Este tal contentamiento
Me da fuerza y me convida
Á tener tal sufrimiento,
Que, aunque se acabe la vida,
No se acabe el pensamiento. ^b
Mi holganza ^c
Es poner mi confianza
En quanto el amor quisiere;
Que el que bien amando muere,
Muy honrado fin alcanza.

(a) En el manuscrito de la Biblioteca Nacional: «Aunque cuanto mal me haces.»

(b) «No se acabe», en el *Cancionero* y en la primera edición. «No se acaba», en la de Amberes, 1544, y en otras posteriores.

(c) En el *Cancionero general*: «Que mi holganza.» Con la aspiración fuerte de la *h*, común entonces, sobra el *que*.

XVI

Á SU AMIGA, ENVIÁNDOLE UN CACIONERO DE SUS COPLAS

Ahí van las ansias mías,
Presentes y las pasadas;
Do más vivas que pintadas
Hallaréis mis fantasías,
De mi mano trasladadas.
Aunque á otras se presenta
Parte aquí de mis querellas,
Al rematar de la cuenta,
La suma de todas ellas
Á vuestra merced se asienta.

Si antes de yo seguiros
Lo que hice fué acertado,
De ser yo predestinado
Á la gloria de serviros,
Parece que fué salvado.
Y si en otras hermosuras
Anduvo mi sentimiento,
Los males de aquel tormento
No fueron sino figuras
Deste nuevo pensamiento.

XVII

Á UNA SEÑORA Á QUIEN SERVÍA, PORQUE LE DIXERON
QUE EN SU AUSENCIA SE HABÍA SERVIDO DE OTRO

No es mi pena de callar,
Menos es para decilla :
Porque dexa tal mancilla
Que os habéis vos de afrentar

Solamente con oílla.
¡Oh qué cruda experiencia
De vos en esto se halla!
Ya temo vuestra presencia,
De miedo de condenalla
Con tan áspera sentencia.

Pero yo os veré, señora,
Y veré vuestro pecado,
Y quedaré bien vengado
Viendo á vos tan malhechora
Y á mí tan desesperado.
Todo desastre es posible,
No es esto de reprendello;
Que quien tal pudo emprendello,
Yo tengo por imposible
Que dexase de hacello.

La cosa tiene desculpa
Quando no hay seso en hacella;
Ved qué tal es vuestra culpa
Que la destemplanza della
Es la que más os desculpa.
Esto ya no lleva medio,
Que el caso fué tan mortal, -
La culpa es tan sin remedio,
Que es ya en ella menos mal
El extremo que no el medio.

¡Oh, que temo que querréis
Buscar honesta salida!
Catá que es tal la caída
Que aunque más os levantéis
Habéis de quedar perdida.
Si decís que no me encienda,
Que todo estará enmendado,
Mirá que en esta contienda,

Do no se sufre pecado,
No se ha de sufrir enmienda.

Yo seré el agraviado,
Vos seréis la corregida :
¡Qué cura tan bien partida!
Quedar yo muy malparado
Y vos muy arrepentida.
¡Oh desventura de amor!
¡Quál me tienes tan en medio!
Que tenga yo por peor
Para mi vuestro remedio
Que, señora, mi dolor.

El tiempo lo curará;
¡Oh qué penado partido!
Ya que esto pase en olvido,
¿Cómo se remediará
Ya, señora, el haber sido?
Aunque más halle salida
Vuestra llaga y mi querella,
Quedará tal señal della,
Que es peor que la herida
La necesidad de vella.

Yo pagaré vuestros cargos,
Vos llevaréis los provechos,
Otros irán satisfechos
De ver mis días muy largos,
Muy largos y muy estrechos.
Andando de lengua en lengua
Haré mi triste jornada;
Vos presumiréis de honrada,
Y venceréis vuestra mengua
Con no dárseos della nada.

Vos estaréis muy esquiva,
Yo tendido á vuestra puerta;

La fama andará despierta,
Serviros he como á viva,
Sabiendo que estáis ya muerta.
Terné muy gran soledad
De vos en vuestra presencia :
¡Oh qué clara diferencia
Hará en vuestra voluntad
Vuestra misma conciencia!

Ternéis aborrecimiento
De verme tan triste y tal;
Que á vuestro mal sentimiento
Hale de parecer mal
Verme tanto sufrimiento.
Algunos ratos querréis
Quizá conmigo abonaros,
Y entonces os negaréis,
Por fuerza por no afrontaros, ^a
Los cargos que me tenéis.

Pero yo en hablar, ¿qué gano
Sobre cosa tan perdida?
Quanto hago y quanto afano,
No es más de ganar la vida,
Y esto pienso que es en vano.
De desesperar me canso,
Ya es forzada la paciencia,
Déxome estar y descanso;
No ha sido esta dolencia
Para no quedar muy manso.

Tal llaga me ha hecho amor
Que imposible es padecella;
Ya que me aventuro á vella,
De desmayo y de dolor

(a) Así en la primera edición. «Afrentaros» en otras varias.

No oso llegar á ella.
Mis amigos han vergüenza
Quando miran mi flaqueza:
Tragar yo tanta crueza,
Ó ha de ser dèsvvergüenza,
Ó si no, será simpleza.

La gente común se engaña
Con mi fuerte desventura;
El temor y la tristura
Han convertido mi saña
En otra tanta blandura.
Mi dolor se multiplica
Delante mis tristes ojos;
Acrecentá mis enojos;
Hartaos, haceos rica
De mis tan pobres despojos.

XXIII

DE BOSCÁN AL ALMIRANTE RESPONDIENDO Á UNAS COPLAS
QUE LE ENVIÓ DICIÉNDOLE QUE ERA MUY MUDABLE Y QUE
YA LO HABÍA VISTO ENAMORADO EN OTRA PARTE Y
DESPUÉS HABÍA COMENZADO OTROS AMORES.

Las coplas han allegado;
Pero dicen que truxeron
El camino tan errado,
Que no sé cómo pudieron
Llegar jamás á poblado.
Nunca llegarán tan presto
Por tierra con tan mal tiempo:
Quizá vienen por el viento,
Y si queréis bien ver esto,
Miraldes el fundamento.
Fundan que mi corazón

No sabe verdad de amor,
Y que soy camaleón,
Recibiendo la color
De quantas colores son.
Y que me dieron destreza
En saber sufrir ultrajes,
Y que agora mi firmeza
Quebrantó los homenajes
Y vendió la fortaleza.

En fin, porque esto se diga
En nuestra más común lengua,
Que he tomado nueva amiga,
Y que ya tan grave mengua,
¿Por qué amor no la castiga?
Agravian tanto el proceso
Que bien muestran su malicia;
Matarme han, si lo confieso, ^a
Y si niego, mi justicia
Recibirá gran avieso.

La verdad me da valer,
Pues que más que todo vale;
Porque en la ley del querer,
Lo que por la boca sale
Hace ganar ó perder.
Confesaré que he mudado,
Y probaré que el mudar
Ha sido perseverar,
De estar firme en el estado
Que el amor quiso ordenar.

Yo me vi ser amador,
Y entonces pensé que amaba,

(a) En la edición de Knapp:

Matarme así, lo confieso...

Porque en la verdad hallaba
Algunos tientos de amor
Y el amor me los mostraba.
Andaba como entendía,
Guardaba los mandamientos,
Huían mis sentimientos
De caer en herejía
De dañados pensamientos.

Mostraba la calentura
Porque no estaba en las venas;
Bastaba ser mi figura
Buen testigo de las penas
De toda mi desventura.
Pensaba ya que mi daño
No pudiera ser mayor,
Como nuevo sabidor
Que presume el primer año
De llegar á ser doctor.

Amor no se contentó
Conmigo de aquel estado,
Y de un grado en otro grado
Brevemente me subió
Adonde agora he llegado.
Si culpan este mudar,
Porque fui do el amor quiso,
También me podrán culpar
Quando fuere á paraíso,
Queriéndome Dios llevar.

Mejorar la fantasía
No es mudar de su carrera;
Mudanza la mejoría
Sería desta manera,
Que todo se perdería.
¿Cómo sería el querer

Si vueltas no recibiese?
No habría más de un ser,
Si la rueda no volviese
Para subir y caer.

El sol firme está en el cielo,
Pero en mil formas parece,
Mudanzas en sí padece,
Nublados le ponen velo,
Siendo claro se obscurece.
Él se pone y se levanta;
Su rostro viste y desnuda :
No por eso nos espanta,
No decimos que se muda
Con una mudanza tanta.

Pues sin esto que se altera
Á lo menos en la muestra,
Nuestra natura nos muestra
Que ha de ser desta manera
Por mostrarse más maestra.
Y aun aquello que empeora
Mudando naturalmente,
No es su culpa ni se siente,
Si mi alma se mejora,
Pero qué no se consiente.

Nunca muda el corazón
Si su valor se aprovecha :
Por cosa tienen bien hecha
Salir de una religión
Para otra más estrecha.
El que ama en mayor grado
No menos es mereciente
En el ser que ha ya dexado,
Si es más noble el que es presente
Allí viene el que es pasado.

No vino contra la ley
Del amor mi corazón;
Los que quiebran la prisión
Huyendo para su rey,
En ninguna culpa son.
Mas que los que me prendieron
Y me pusieron allí
De emprestado lo hicieron,
Fué para ponerme aquí
Donde agora me traxeron.

En esto que fué mudada
Mi alma, y se satisfizo,
La disculpa más probada
Es que quanto en mí se hizo
Yo jamás no hice nada.
Yo estaba hecho pedazos
Sin poder ya menearme;
El amor vino á mudarme
Y hame tomado en sus brazos
Para mejor asentarme.

El alma de su natura
Quiere subir donde nace :
Y así lo alto procura
Y de lo alto se pace,
Allí busca su figura.
Va siguiendo su esperanza
Donde todos se la dan,
De una en otra semejanza
De salidas pararán
Do todo su bien alcanza.

¿Pues por qué ha de ser la mía
Contra su naturaleza?
Bien hace en seguir su vía
Tras la mayor gentileza

Que tenemos hoy en día.
Aquí me predestinó
El amor en mis sentidos;
Este lugar ordenó
Donde estén sus escogidos,
Y así quiere que esté yo.

Aquí no puedo mudar,
Pues no se muda el objeto :
Forzado es perseverar
Para tan alto secreto
Si se pudiere alcanzar.
Las razones aquí fueron,
Para esto se guardaron,
Las hojas se menearon,
Y los troncos estuvieron
Aquí donde se plantaron.

Cien mil razones daría,
Mas teme mi voluntad
De enflaquecer la verdad,
Mostrando tanta porfía
Por defender su bondad.
Y es materia tan delgada
Esta disputa de amores,
Que sembrará mil errores
Si no fuere bien tratada
Por sotiles amadores.

Por eso mi fe, señor,
No alteremos los groseros;
No será de buen pastor
Poner miedo á los corderos
Que tienen la fe de amor.
Pues el pueblo es inorante,
Dispuesto á mil accidentes,
No se diga que á las gentes
Las confunde un Almirante.

XXXI

DE BOSCÁN Á UN CABALLERO HACIÉNDOLE SABER
QUÉ COSA ES AMOR

Pues no osáis aventuraros
Al amor sin saber dél,
Soy contento de avisaros
Que debéis muy bien guardaros
De jamás veros con él.
Que éste es uno que deshace
Á todos con su tormenta;
Catá que no satisface,
Porque el cuerdo nunca hace
Cosa de que se arrepienta.

Y pues yo por mi pēcado
De amor no soy extranjero,
Si os guardáis del tal cuidado,
Yo seré el escarmentado
Y vos seréis el artero.
No os pongáis en tal batalla
Do el vencer es ser vencido,
Donde tanto mal se halla
Que ni gana el que no calla
Ni tampoco el que es sufrido.

No penséis que voy errado,
Catá que en esto soy viejo;
Ved amor quál me ha parado,
Que de todo me ha quedado
Solamente dar consejo.
Y si queréis ver, señor,
Al amor aquí pintado,
Ved do traygô su dolor,

Su esperanza y su temor,
Su deseo y su cuidado.

Abrid, pues, vuestros oídos
Y escuchá, veréis qué cosas;
Despertad vuestros sentidos,
Y veréis que están metidos
Los espinos so las rosas;
Que este amor es, según siento;
Un abismo muy profundo,
Y es un sueño, y es un viento,
Y es un triste perdimiento,
Y, á mi ver, es todo el mundo.

Es una falsa balanza
Cuyos pesos son engaños;
Es un mar do no hay bonanza,
Que al que da más esperanza
Dásela por dar más daños;
Es juego de falsedad
En que van nuestras venturas;
Es luz que muy de verdad
Da al principio claridad,
Y después nos dexa á oscuras.

Es un cierto balletero
Que da al blanco todavía;
Es un falso caballero,
Que nos hiere y da primero,
Y después nos desafía.
Y con unos y con otros
Sigue y tiene este camino,
Que nos doma como á potros,
Juega siempre con nosotros
Dos á dos, tres al mohino.

Es una fuerza con maña
Que nos derriba en la lucha,

Saña que nunca se ensaña,
Es desengaño que engaña,
Es vela que siempre escucha;
Es un prado con mil flores,
Pero son más los abrojos;
Es celada de dolores
Que tiene por corredores
Dar placer á nuestros ojos.

Es una fuerte porfia
Que en lo menos hace más;
Es una triste alegría,
Y es un ciego que pues guía,
¡Guay de los que van detrás!
Es un carro que acarrea
Nuestros males con gran arte;
Es capitán que guerrea
Y en la más fuerte pelea
Se pasa de la otra parte.

Es una encendida llama,
Una víbora que muerde;
Es una revuelta trama,
Y es un juego que se llama
Por nosotros gana-pierde.
Es tormento cuasi eterno
Que nos daña sin aviso;
Es verano y es invierno,
Y tras esto es un infierno,
Figurado paraíso.

Es un mintroso logrero
Que en ciento gana sesenta;
Y es tramposo chocarrero,
Y es un falso dispensero
Que jamás escribe cuenta.
Es una trabada guerra

Donde ¡guay del que pelea!
Es aquel que nos entierra,
Y es espía sobre sierra
Que da aviso al que saltea.

Es una tierra mal sana
Do todo placer se purga;
Y en esta suerte tan vana
Dan á todos la manzana
Primero qué den la purga;
Que al principio de la cuenta
Tráenos con mil regalos,
Y tras esto ved qué afrenta :
Que en sus libros nos asienta,
Y échanos después á palos.

Es un señor que procura
Contra vasállo crueza;
Es ufana desventura,
Y es alcaide que perjura
Por vencer la fortaleza;
Es peña de mar cubierta
Donde damos al través;
Es una muy ancha puerta :
Los que entran hállanla abierta,
Los que salen, al revés.

Es aquel que más repuna
Al que va más á su lado;
Es llover con clara luna,
Y es un viento con fortuna
Que jamás traxo ñublado;
Es un villano muy yerto
Con quien se le echa á los pies;
Es playa lexos del puerto,
Y es cosa tan sin concierto
Que al cabo no sé qué es.

CONVERSIÓN DE BOSCÁN

Después que por este suelo
Mil engaños descubri,
Un poco tornando en mí,
Sin osar mirar al cielo,
Preguntéme: ¿Qué es de ti?
Los ojos alcé por verme,
Y en verme así tan mortal,
Pues que no puedo valerme,
Por no conocerme tal,
No quisiera conocerme.

Conocí la enfermedad
De mi mal conocimiento,
Vi confuso al pensamiento,
Y suelta la voluntad,
Y atado el entendimiento.
Vi mi alma cómo va
Muerta con su misma guerra,
Y vila enterrada ya,
Puesta debaxo de tierra,
Pues debaxo el cuerpo está.

Vi mi seso como es,
Que á cada paso estropeiza;
Vime tornado al revés,
Los pies sobre la cabeza,
La cabeza so los pies.
El orden vi natural,
En mí todo trastornado,
Porque vi ser sojuzgado
Lo inmortal á lo mortal,
Y lo flaco á lo esforzado.

Vi la parte que se muestra
Por muestra de Dios en todos,
Á la parte más siniestra,
Derribada de sus modos,
Atinada de mal diestra.
Lo malo se encarecía,
Lo bueno daba de balde,
No sé quién vi que ponía
Al deseo por alcalde,
Por reyna á la fantasía.

Vi mis quatro calidades,
Que de fuerza son contrarias,
Convertidas de adversarias,
Para todas mis maldades
Conformes y voluntarias.
Consintiendo en lo peor,
Á tener paz fui venido,
Mas debiera yo perdido
Ganalla por vencedor,
Y ganéla por vencido.

Ya llegaba á estar contento,
En disformidad conforme,
Satisfecho el pensamiento
De que vi que era disforme
La casa con el cimiento.
Holgaba de estar confuso,
Huía de qualquier cura,
Y en esta mi compostura
Gobernaba el solo uso,
Y cesaba la natura.

Como doliente dañado
De dañada fantasía
Que aborrece lo poblado
Y en mitad quiere del día

De la luz estar privado,
Yo así donde el bien moraba
Y alumbraba la razón,
Tan presto me fatigaba,
Que en el mal del corazón
Solamente reposaba.

En el más baxo elemento
Era mi placer y gloria;
Allí estaba el pensamiento
Preparando en la memoria
Deleytes al sentimiento.
Arrastrado por el suelo
Mi juicio tanto yerra,
Que tuviera por consuelo
Si quien hizo mar y tierra
Se olvidara hacer el cielo.

Con ceguedad muy extraña,
Tán contraria de mi nombre,
Aunque todo el mal me engaña,
Con la parte que fui hombre
Conocí ser alimaña.
Aquel ser con que nací
Tan del todo se perdió,
Que entonces en mí se vió
Ninguna cosa de mí
Tan lexos como fui yo.

Aunque al mal yo no repuno,
Estando un poco despierto
Vime dos hombres en uno;
Y al cabo fué lo más cierto,
Que vi que no fué ninguno.
De mí mismo gana hube
Entonces de me probar,
Mas de vergüenza que tuve,

No siendo para reynar,
En mi reyno me detuve.

Puesto que era tan perdido,
Del mal pensé apartarme;
Mas quando quise mudarme,
Según estaba tollido,
No fué posible mudarme.
Dióme luego tal tristeza,
Viendo el mal que así se esfuerza,
Que, según fué su grandeza,
Queriendo probar mi fuerza,
Fué probada mi flaqueza.

Socorro no me faltaba,
Solevantarme quería,
Mas aquel que me ayudaba,
Al principio socorría,
Y en el medio me dexaba.
No dexaba su tristeza
Jamás de me socorrer;
Pero no dió su poder
Con lo que por mi flaqueza
Se pudiera sostener.

Como niño que no anda,
Mas anda por andar ya,
Que si es cuerdo el que lo manda
Doquiera que con él va,
Poco á poco se desmanda,
Así aquel que me llevaba
Como á niño me traía,
Los principios me mostraba,
Lo demás que no cabía,
Do cabía lo guardaba.

Yo llegaba al primer grado
De la gracia que se empieza,

Donde aquel que es ya llegado,
Si no pierde la cabeza,
Se tiene por bien librado.
Ya la luz esclarecía,
La tiniebla se quebraba
Aunque el sol no parecía;
Do el cielo no se cerraba,
Se mostraba el claro día.

Yo viendo que amaneciera,
Comencé de apercibirme;
Ya era tiempo de partirme,
Pero no de tal manera
Que pudiese bien regirme.
Poco á poco recordaba,
Porque estaba tan pesado,
Que el sueño que me quedaba
Del sueño que era pasado,
Parece que me turbaba.

Como pastor que ha dormido
En la noche en su cabaña,
Que viniendo la mañana
Se levanta amodorrado,
Y se va por la montaña,
Y soplándose las manos
Se sacude y se despierta,
Así el alma que era muerta
En deseos harto vanos,
Se halló que fué despierta.

Del cielo hasta el abismo
Vi el ayre quasi sereno,
Y acordando mi bautismo,
Conoci que tan ajeno
Fuera siempre de mí mismo;
Y vi el sol en su semblante

Tan hermoso y tan luciente,
Que aunque estaba en el Oriente,
Tanta luz en un instante
Se mostraba en el Poniente.

El socorro ya segundo
Comenzaba á socorrerme,
Con el qual pude valerme
De los males deste mundo,
Sin peligro de perderme.
De mi mal quedaba sano,
Pero no tan sin trabajo
Que fuese tan en mi mano
Caminar por el atajo
Como pude por lo llano.

Del sueño muy recordado,
Tirando para la cumbre
Me hallé tan levantado,
Que en mí sola la costumbre
Me quedaba del pecado.
Á la culpa me tornaba
El huir del alma mía,
El mal yo le concebía;
Mas tan presto le mataba
Que luego le malparia.

Entonces de nuevo hecho
Vi el ser de mi corazón,
Que se viera tan deshecho
Que en el alma la razón
Era todo su despecho.
Criado como de nada
Vi mi hombre que está dentro,
Tan rehecho allá en su centro,
Que la vida dél pasada
La llevaba de un encuentro.

Dexando de ser ajeno,
Fuí hecho como en un punto,
Á fin que todo muy junto
Sobre aquello que es más bueno
Yo llevase el contrapunto;
Porque aquel que me crió,
Que en todo se satisfizo,
Muchas veces me formó :
La primera vez me hizo,
Las otras me convirtió.

De ser tan alto subido,
Como digo, y transformado,
En mi orden ordenado,
Vi mi reyno muy regido
Por razón y no por grado.
Mis tres almas á la par
Vi puestas en ejercicio,
Cada una en su oficio :
La una para mandar,
Y las dos para servicio.

Vi luego la fantasía
Como mozo rezongando;
Mas razón no permitía,
Por el bien del otro bando,
Que pasase su porfia.
Vi mis torpes sentimientos,
Aunque no quisiera vellos,
Y hallé según sus tientos
Que sólo quedaba dellos
Los primeros movimientos.

Y vi la más alta esfera
Del alma que gobernaba;
Y según me pareciera,
Por de dentro calentaba,

Y alumbraba por de fuera.
Allí vi el entendimiento
Con la verdad por objeto,
Y vi todo el regimiento
Tan cerca de ser perfeto,
Que me hizo estar contento.

Vi la voluntad con mando
Absoluto y ordinario,
Que por mejorar su bando,
Hasta el bien extraordinario
Se iba de quando en quando.
Vi la parte que es espuela
Para la salud, y freno;
Vi amor que puso vela
Del deseo que de bueno
Va pagado con la tela.

Vi más el alta memoria,
Tesoro de bien humano,
Donde vi larga la historia
De mi ser que fué tan vano,
Que no fué para dar gloria.
Fué bien haberme acordado
De mi triste mal ausente,
Pues mi alma ya consiente
Que acordando lo pasado
Se corrija lo presente.

Lo pasado y por venir,
Todo lo puso delante,
Y de haber sido inconstante
Me vino ella á repetir,
Que me hizo ser constante.
Trastornaba mi conciencia
Lo que es, y lo que era,
Todo puesto en mi presencia:

De mí que el mando tuviera
Se tomaba residencia.

Dolor de la culpa mía
De la culpa me libraba,
Porque así me castigaba
Que sólo pesar tenía,
Si pesar no me sobraba.
Mereciendo en el holgar
Que hube del padecer
Tan presto estaba en llorar,
Que mil veces mi placer
Renovaba mi penar.

Por crecer en el dolor
De mi pasada locura,
Contemplando el Hacedor
Me acordé de la hechura
De mí, triste pecador.
Vi que Dios me redimió,
Contra sí siendo cruel,
Y mirando bien lo dél
Vi cómo se hizo él yo,
Porque yo me hiciese él.

Vi que quando me formara
Ningún estado me diera,
Mas en mi mano pusiera
Que yo mismo me tomara
Aquello que más quisiera;
Que pudiese ser bestial,
Ó pudiese ser humano,
Ó que fuese angelical,
Ó que estuviese en mi mano
De tomar lo divinal.

Vi su alta providencia
Do lo por hacer es hecho,

Que jamás me dió sentencia
Que no fuese por provecho
De mi sola conocencia.
Vi la causa porque quiso
Haber hecho fuego eterno,
Y fué para darme aviso
Por guardarme del infierno
Que ganase el paraíso.

Vi que quando me justicia
Va forzado y con discordia;
Que á poder de mi malicia
Queriendo misericordia
Le hago querer justicia.
Viendo esto vi tal vena
En mí de arrepentimiento,
Que bastó para descuento
Un momento desta pena
Para el eternal tormento.

Fué tan alto convertirme,
Y de Dios tan ayudado,
Que luego al muy alto grado,
Con mi propósito firme,
Me vi que fui sublimado.
Tan dentro me vi á la puerta,
Tan en paz y tan arriba,
La guerra tan lexos iba,
Que la carne estuvo muerta
De quedar el alma viva.

De las gracias la postrera,
Aquella que nos confirma,
Tras la segunda y primera,
Poniendo luego su firma,
Dexóme desta manera;
Dexóme con tal salud,

Y en tal estado me puso,
Que de dentro en mí compuso
Con natura la virtud,
Y con la virtud el uso.

Como ciego en quien se ofrece
Tener la calidad tal,
Y que así se compadece,
Y su sér de ser igual,
Ni se altera, ni adolece,
Así el alma en sustancia
Sus calidades ponía,
Con tan igual consonancia,
Que en ella ya no podía
Tener poder inconstancia.

SONETOS Y CANCIONES

Á MANERA DE LOS ITALIANOS

Á LA DUQUESA DE SOMA

He miedo de importunar á vuestra Señoría con tantos libros. Pero ya que la importunidad no se excusa, pienso que habrá sido menos malo, della repartida en partes. Porque si la una acabare de cansar, será muy fácil remedio dexar las otras. Aunque tras esto me acuerdo agora que el quarto libro ha de ser de las Obras de Garcilaso, y éste, no solamente espero yo que no cansará á nadie, mas aun dará muy gran alivio al cansancio de los otros. En el primero habrá vuestra Señoría visto esas Coplas (quiero decillo así) hechas á la Castellana. Solía holgarse con ellas un hombre muy avisado, y á quien vuestra Señoría debe de conocer muy bien, que es D. Diego de Mendoza. Mas paréceme que se holgaba con ellas como con niños, y así las llamaba *las Redondillas*. Este segundo libro terná otras cosas hechas al modo Italiano, las quales serán Sonetos y Canciones: que las trovas desta arte así han sido llamadas siempre. La manera destas es más grave y de más artificio, y si yo no me engaño, mucho mejor que la de las otras. Mas todavía, no embargante esto, quando quise probar á hacellas, no dexé de entender que

ternía en esto muchos reprehensores. Porque la cosa era nueva en nuestra España, y los hombres « también nuevos, á lo menos muchos dellos; y en tanta novedad era imposible no temer con causa, y aun sin ella. Quanto más, que luego en poniendo las manos en esto, topé con hombres que me cansaron. Y en cosa que toda ella consiste en ingenio y en juicio, no teniendo estas dos cosas más vida de quanto tienen gusto, pues cansándome había de desgustarme, después de desgustado, no tenía donde pasar más adelante. Los unos se quexaban que en las trovas desta arte los consonantes no andaban tan descubiertos ni sonaban tanto como en las Castellanas. Otros decían que este verso no sabían si era verso ó si era prosa. Otros argüían diciendo que esto principalmente había de ser para mujeres, y que ellas no curaban de cosas de sustancia, sino del son de las palabras y de la dulzura del consonante.

Estos hombres con estas sus opiniones me movieron á que me pusiese á entender mejor la cosa, porque entendiéndola, viese más claro sus sinrazones. Y así quanto más he querido llegar esto al cabo discutiéndolo conmigo mismo, y platicándolo con otros, tanto más he visto el poco fundamento que ellos tuvieron en ponerme estos miedos. Y hanme parecido tan livianos sus argumentos, que de sólo haber parado en ellos poco ó mucho me corro, y así me correría agora si quisiese responder á sus escrúpulos. Que ¿quién ha de responder á hombres que no se mueven sino al son de los consonantes? Y ¿quién se ha de poner en pláticas con gente que no sabe qué cosa es verso, sino aquel que calzado y

(α) En la edición de Amberes, por Martín Nucio, 1597, «nombres» en vez de «hombres», y parece que está mejor. Pero respetamos el texto de la edición príncipe y de las sucesivas.

vestido con el consonante os entra de un golpe por el un oído y os sale por el otro? Pues á los otros que dicen que estas cosas no siendo sino para mujeres no han de ser muy fundadas, ¿quién ha de gastar tiempo en respondelles? Tengo yo á las mujeres por tan sustanciales, las que aciertan á sello, y aciertan muchas, que en este caso quien se pusiese á defendellas, las ofendería. Así que estos hombres y todos los de su arte, licencia ternán de decir lo que mandaren, que yo no pretendo tanta amistad con ellos que si hablaren mal me ponga en trabajo de hablar bien para atajallos. Si á éstos mis obras les parecieren duras y tuvieren soledad de la multitud de los consonantes, ahí tienen un cancionero, que acordó de llamarse general, para que todos ellos vivan y descansen con él generalmente. Y si quisieren chistes, también los hallarán á poca costa.

Lo que agora á mí me queda por hacer saber á los que quisieren leer este mi libro, es que no querría que me tuviesen por tan amigo de cosas nuevas, que pensasen de mí que por hacerme inventor de estas trovas, las quales hasta agora no las hemos visto usar en España, haya querido probar á hacellas. Antes quiero que sepan que ni yo jamás he hecho profesión de escribir esto, ni otra cosa, ni aunque la hiciera me pusiera en trabajo de probar nuevas invenciones. Yo sé muy bien quán gran peligro es escribir, y entiendo que muchos de los que han escrito, aunque lo hayan hecho más que medianamente bien, si cuerdos son, se deben de haber arrepentido hartas veces. De manera que si de escribir, por fácil cosa que fuera la que hubiera de escribirse, he tenido siempre miedo, mucho más le tuviera de probar mi pluma en lo que hasta agora nadie en nuestra España ha probado la suya. Pues si tras esto escribo y hago imprimir lo que he escrito y he querido ser el pri-

mero que ha juntado la lengua Castellana con el modo de escribir Italiano, esto parece que es contradecir con las obras á las palabras. Á esto digo que quanto al escribir, ya di dello razón bastante en el Prólogo del primer libro. Quanto al tentar el estilo de estos Sonetos y Canciones y otras cosas de este género, respondo: que así como en lo que he escrito nunca tuve fin á escribir, sino á andarme descansando con mi espíritu, si alguno tengo, y esto para pasar menos pesadamente algunos ratos pesados de la vida; así también en este modo de invención (si así quieren llamalla), nunca pensé que inventaba ni hacía cosa que hubiese de quedar en el mundo, sino que entré en ello descuidadamente, como en cosa que iba tan poco en hacella, que no había para qué dexalla de hacer habiéndola gana; quanto más que vino sobre habla. Porque estando un día en Granada con el Navagero (al qual, por haber sido varón tan celebrado en nuestros días, he querido aquí nombralle á vuestra Señoría) tratando con él en cosas de ingenio y de letras, y especialmente en las variedades de muchas lenguas, me dixo por qué no probaba en lengua Castellana Sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores de Italia; y no solamente me lo dixo así livianamente, mas aun me rogó que lo hiciese. Partíme pocos días después para mi casa, y con la largueza y soledad del camino discurriendo por diversas cosas, fui á dar muchas veces en lo que el Navagero me había dicho; y así comencé á tentar este género de verso. En el qual al principio hallé alguna dificultad, por ser muy artificioso y tener muchas particularidades diferentes del nuestro. Pero después pareciéndome, quizá con el amor de las cosas propias, que esto comenzaba á sucederme bien, fui poco á poco metiéndome en calor con ello. Mas esto no bastara á hacerme pasar

muy adelante, si Garcilaso con su juicio — el qual no solamente en mi opinión, mas en la de todo el mundo, ha sido tenido por regla cierta — no me confirmara en esta mi demanda. Y así alabándome muchas veces este mi propósito, y acabándomele de aprobar con su exemplo, porque quiso él también llevar este camino, al cabo me hizo ocupar mis ratos ociosos en esto más fundadamente. Y después, ya que con su persuasión tuve más abierto el juicio, ocurriéronme cada día razones para hacerme llevar adelante lo comenzado. Vi que este verso que usan los Castellanos, si un poco asentadamente queremos mirar en ello, no hay quien sepa de donde tuvo principio. Y si él fuese tan bueno que se pudiese aprobar de suyo, como los otros que hay buenos, no habría necesidad de escudriñar quiénes fueron los inventores dél; porque él se traería su autoridad consigo, y no sería menester dársela de aquellos que lo inventaron. Pero él agora ni trae en sí cosa por donde haya de alcanzar más honra de la que alcanza, que es ser admitido del vulgo, ni nos muestra su principio con la autoridad del qual seamos obligados á hacelle honra. Todo esto se halla muy al revés en estotro verso de nuestro segundo libro. Porque en él vemos, dondequiera que se nos muestra, una disposición muy capaz para recibir qualquier materia, ó grave, ó sutil, ó dificultosa, ó fácil; y asimismo para ayuntarse con qualquier estilo de los que hallamos entre los autores antiguos aprobados. Demás desto, ha dexado con su buena opinión tan gran rastro de sí por dondequiera que haya pasado, que si queremos tomalle dende aquí, donde se nos ha venido á las manos, y volver con él atrás por el camino por donde vino, podremos muy fácilmente llegar hasta muy cerca de donde fué su comienzo. Y así le vemos agora en nuestros días andar bien tratado en

Italia, la qual es una tierra muy floreciente de ingenios, de letras, de juicios y de grandes escritores.

Petrarca fué el primero que en aquella provincia le acabó de poner en su punto; y en éste se ha quedado, y quedará, creo yo, para siempre. Dante fué más atrás; el qual usó muy bien dél, pero diferentemente de Petrarca. En tiempo de Dante y un poco antes, florecieron los Proenzales, cuyas obras, por culpa de los tiempos, andan en pocas manos. Destos Proenzales salieron muchos autores ecelentes catalanes. De los quales el más ecelente es Osias March. En loor del qual, si yo agora me metiese un poco, no podría tan presto volver á lo que agora traigo entre las manos. Mas basta para esto el testimonio del señor Almirante, que después que vió una vez sus obras, las hizo luego escribir con mucha diligencia, y tiene el libro dellas por tan familiar como dicen que tenía Alexandre el de Homero. Mas tornando á nuestro propósito, digo que aun volviendo más atrás de los Proenzales, hallaremos todavía el camino hecho deste nuestro verso. Porque los endecasilados, de los quales tanta fiesta han hecho los latinos, llevan casi la misma arte y son los mismos, en quanto la diferencia de las lenguas lo sufre. Y porque acabemos de llegar á la fuente, no han sido dellos tampoco inventores los latinos, sino que los tomaron de los griegos, como han tomado otras muchas cosas señaladas en diversas artes. De manera que este género de trovas, y con la autoridad de su valor propio y con la reputación de los antiguos y modernos que le han usado, es digno, no solamente de ser recibido de una lengua tan buena como es la Castellana, mas aun de ser en ella preferido á todos los versos vulgares. Y así pienso yo que lleva camino para sello, porque ya los buenos ingenios de Castilla que van fuera de la vulgar cuenta le aman y le

siguen, y se exercitan en él tanto, que si los tiempos con sus desasosiegos no lo estorban, podrá ser que antes de mucho se duelan los Italianos de ver lo bueno de su poesía transferido en España. Pero esto aún está lexos, y no es bien que nos fundemos en estas esperanzas hasta vellas más cerca. De lo que agora los que escriben se pueden preciar, es que para sus escritos tengan un juicio de tanta autoridad como el de vuestra Señoría, por que con él queden favorecidos los buenos y desencañados los malos. Pero tiempo es que el segundo libro comience á dar ya razón de sí, y entienda cómo le ha de ir con sus Sonetos y Canciones; y si la cosa no sucediere tan bien como él desea, piense que en todas las artes los primeros hacen harto en empezar, y los otros que después vienen quedan obligados á mejorarse.

SONETOS

V

Aún bien no fuí salido de la cuna,
Ni del ama la leche hube dexado,
Quando el amor me tuvo condenado
Á ser de los que siguen su fortuna.

Dióme luego miserias de una en una,
Por hacerme costumbre en su cuidado;
Después en mí de un golpe ha descargado
Quanto mal hay debaxo de la luna.

En dolor fuí criado y fuí nacido,
Dando de un triste paso en otro amargo,
Tanto, que si hay más paso es de la muerte.

¡Oh corazón que siempre has padecido!
Dime : tan fuerte mal, ¿cómo es tan largo?
Y mal tan largo, di : ¿cómo es tan fuerte?

VII

Solo y pensoso en páramos desiertos
Mis pasos doy cuidados y cansados;
Y entrambos ojos traigo levantados,
Á ver no vea alguién mis desconciertos.

Mis tormentos allí vienen tan ciertos,
Y van mis sentimientos tan cargados,
Que aun los campos me suelen ser pesados,
Porque todos no están secos y muertos.

Si oyo balar acaso algún ganado,
Y la voz del pastor da en mis oídos,
Allí se me revuelve mi cuidado;

Y quedan espantados mis sentidos :
¡Cómo ha sido no haber desesperado,
Después de tantos llantos doloridos!

IX

Como suele en el ayre la cometa,
Ó algún otro señal nuevo espantarnos,
Y tanto su temor hace avisarnos,
Que entonces cada uno es gran profeta,
Así muestra de bien clara ó secreta,
Si á mí y á mi sentidos queréis darnos,
No podemos sino mucho alterarnos,
Tan nuevo está en el bien nuestro planeta.

No sufre mi dolor ningún estado
De ningún bien, si no es muy poco á poco :
De otra arte pienso ser siempre engañado.

Nunca creo el placer, aunque le toco;
Y si tan mala vez me he asegurado,
Temo que me ternán todos por loco.

XVII

Ya canso al mundo, y vivo todavía;
Llevo tras mí mis años arrastrando;
Mis amigos de mí van murmurando;
Yo ando ya ascondiéndome del día.

La noche sigo; mas mi fantasía
Me está entre las tinieblas espantando;
La solédad doquiera voy buscando;
Pero á las veces busco compañía.

Viene mi mal con tan cruda figura,
Que el alma no le tiene el rostro firme;
Quiere huir de tanta desventura.

Yo deseo también tras ella irme;
Mas amor, la costumbre y la ventura
Me salen, y me tienen al partirme.

XXXIII

Antigua llaga que en mis huesos cría,
No dexa resollar el buen deseo. ^a
Yo por caminos ásperos rodeo,
Por llegar á sosiego el alma mía.

Hurto algún gusto, mas mi fantasía
Me le embaraza quando le poseo;
Medrar no puede aquello que granjeo,
Que en tierra se sembró cruda y sombría.

El bien que el seso ofrece al sentimiento,
Hace que amor me ponga diligencia,
Para cerrar mis ojos al tormento.

Porque bien sé que un blando pensamiento
Da causa de tener menos paciencia,
Y á veces es peligro estar contento.

LII

Cosa es común en los enamorados ^b
Holgarse con sus mismos pensamientos,
Hacer consigo grandes fundamentos,
Para fingirse bienaventurados.

Quieren éstos andar muy apartados,

(a) En el *Cancionero* manuscrito que fué de Gayangos (hoy de la Biblioteca Nacional), «respirar» en vez de «resollar».

(b) «Á los enamorados», en el mismo manuscrito.

Buscando soledad á sus tormentos;
Recógense en sus propios sentimientos,
Y entre sí con el mundo andan doblados.

Muy al revés es éstos la mi vida; ^a
Que no sólo no huelgo ya conmigo,
Pero soy para mí un cargado peso. ^b

Huyendo de mí siempre, á mí me sigo,
Y anda la cosa ya tan bien partida,
Que el cuerpo es la prisión, y el alma el preso.

LV

Bueno es amar, pues ¿cómo daña tanto?
Gran gusto es querer bien, ¿por qué entristece?
Placer es desear, ¿cómo aborrece?
Amor es nuestro bien, ¿por qué da llanto?
Da esfuerzo amar, pues ¿cómo causa espanto?
Por el amor el bien del alma crece,
Pues ¿cómo así por él ella padece?
¿Cómo tantos contrarios cubre un manto?

No es el amor el que dolor nos trae;
La compañía que á su pesar él tiene,
También á su pesar nos hiere y mata.

El mal en él de nuestra parte cae;
Él sólo en nuestro bando nos sostiene,
Y nuestra paz continuamente trata.

(a) En el *Cancionero* manuscrito de Gayangos, «muy al revés de éstos es mi vida».

(b) «Mas sobre mí me traigo con gran peso», en el mismo manuscrito.

LVIII

Como el ventor que sigue al ciervo herido,
 Su sangre y sus pisadas rastreando,
 Y anda tras él acá y allá ladrando,
 Hasta velle en el suelo ya tendido,
 Así, señora, vos me habéis seguido,
 Mi muerte y mi deshonra procurando,
 Y la saña y poder sobre mí echando,
 Que hasta el punto postrero me han traído.

En ver mi corazón estar llagado
 No dexáis de correlle y acosalle,
 Dándole siempre allí do le habéis dado.

Y si en algo tenéis algún cuidado,
 Es en seguille hasta derriballe,
 Y en matalle después de derribado.

LXI

Dulce soñar y dulce congoxarme,
 Quando estaba soñando que soñaba;
 Dulce gozar con lo que me engañaba,
 Si un poco más durara el engañarme.

Dulce no estar en mí, que figurarme
 Podía quanto bien yo deseaba;
 Dulce placer, aunque me importunaba,
 Que alguna vez llegaba á despertarme.

¡Oh sueño! Quánto más leve y sabroso
 Me fueras si vinieras tan pesado, ^a
 Que asentaras en mí con más reposo.

Durmiendo, en fin, fuí bienaventurado;
 Y es justo en la mentira ser dichoso
 Quien siempre en la verdad fué desdichado.

(a) En el manuscrito de Gayangos, «fueras, si á mí vinieras, tan pesado».

LXIV

¡Oh, gran fuerza de amor, que así enflaqueces
Los que nacidos son para ser fuertes,
Y les truecas así todas sus suertes,
Que presto los más ricos empobreces!
¡Oh piélago de mar, que te enriqueces
Con los despojos de infinitas muertes!
Trágaslos, y después luego los viertes,
Porque nunca en un punto permaneces.
¡Oh rayo, cuyo efecto no entendemos
Que de dentro nos dexas abrasados,
Y de fuera sin mal sanos nos vemos!
¡Oh dolencia mortal, cuyos extremos
Son menos conocidos y alcanzados
Por los tristes que más los padecemos!

LXV

En alta mar rompido está el navío
Con tempestad y temeroso viento;
Pero la luz que ya amanecer siento,
Y aun el cielo, me hacen que confío.
La estrella con la qual mi noche guío,
Á vueltas de mi triste lasamiento,
Alzo los ojos por miralla atento,
Y dice que si alargo el puerto es mío.
Da luego un viento que nos da por popa,
Á manera de nubes vemos tierra,
Y ha rato ya que dicen que la vimos.
Ya comenzamos á enxugar la ropa,
Y á encarecer del mar la brava guerra,
Y á recontar los votos que hicimos.

LXVIII

Como aquel que en soñar gusto recibe,
Su gusto procediendo de locura,
Así el imaginar con su figura
Vanamente su gozo en mí concibe.

Otro bien en mí triste no se escribe,
Si no es aquel que mi pensar procura;
De quanto ha sido hecho en mi ventura,
Lo solo imaginado es lo que vive.

Teme mi corazón de ir adelante,
Viendo estar su dolor puesto en celada,
Y así vuelve atrás en un instante

Á contemplar su gloria ya pasada.
¡O sombra de remedio inconstante,
Ser en mí lo mejor lo que no es nada!

LXX

Como el patrón que en golfo navegando
Lleva su nao, y viendo claro el cielo
Está más lexos de tener recelo,
Que si estuviese en tierra paseando,
Así yo por lo hondo travesando
De mi querer, que nunca tuvo suelo,
El rato que me hallo estar sin duelo,
Que voy seguro luego estoy pensando.

Pero después si el viento mueve guerra
Y la braveza de la mar levanta,
Acude el nunca más entrar en barca,

Y el voto de ir á ver la casa santa,
Y el desear ser labrador en tierra,
Mucho más que en la mar un gran monarca.

LXXV

Como después del tempestuoso día
La tarde clara suele ser sabrosa,
Y después de la noche tenebrosa
El resplandor del sol placer envía,
Así en su padecer el alma mía
Con la tarde del bien es tan gozosa,
Que se entrega, en una hora que reposa,
De todos los trabajos que tenía.

Mas este bien no suele ser barato;
Mucho cuesta tan fuerte medicina,
Y es lo peor que presto ha de pagarse.

Es reposar de un hombre que camina,
Que á la sombra descansa un breve rato,
Para luego volver á más cansarse.

LXXXI

Un nuevo amor un nuevo bien me ha dado,
Ilustrándome el alma y el sentido,
Por manera que á Dios ya yo no pido
Sino que me conserve en este estado.

Á mi bien acrecienta el mal pasado,
Tan sin temor estoy de lo que ha sido,
Y en las yerbas compuestas que he bebido,
Mi fuerza y mi vivir se han mejorado.

Anduvo sobre mí gran pestilencia,
Hasta matar los páxaros volando,
Y casi quanto en vida fué criado.

Este influxo cruel se fué pasando,
Y así desta mortal, brava dolencia,
Con más salud quedó lo que ha quedado.

LXXXII

Dulce reposo de mi entendimiento;
Dulce placer fundado sobre bueno;
Dulce saber, que de saber soy lleno,
Pues tengo de mi bien conocimiento.

Dulce gozar de un dulce sentimiento,
Viendo mi cielo estar claro y sereno,
Y dulce revolver sobre mi seno,
Con firme concluir, que estoy contento.

Dulce gustar de un no sé qué sin nombre,
Que amor dentro de mi alma poner quiso,
Quando mi mal sanó con gran renombre.

Dulce pensar que estoy en paraíso,
Sino que en fin me acuerdo que soy hombre,
Y en las cosas del mundo tomo aviso.

LXXXV

Este fuego que agora yo en mí siento,
Es puro y simple y puesto allá en su esfera;
Y quando acá descende su hoguera,
Es porque tal materia le presento,

Que en su calor revivo y me caliento,
Templando todo el ayre en tal manera,
Que doquiera que estoy, es primavera,
Con flores y con fruto en un momento.

Su luz al derredor do estoy presente,
Alumbra en un instante quanto veo,
Mudándolo en color claro y luciente.

Si este tal fuego hurtara Prometeo,
Quando quiso alegrar la mortal gente,
Tuviera gran desculpa su deseo.

LXXXVI

Si en mitad del dolor tener memoria
Del pasado placer es gran tormento,
Así también en el contentamiento
Acordarse del mal pasado es gloria.

Por do, según el curso desta historia,
No hay cosa que me venga al pensamiento
Que toda no se vuelva en un momento
En lustre y en favor de mi vitoria.

Como en la mar, después de la tiniebla,
Pone alborozo el asomar del día,
Y entonces fué placer la noche oscura,

Así en mi corazón (ida la niebla)
Levanta en mayor punto al alegría
El pasado dolor de la tristura.

LXXXVIII

El alto monte Olimpo, do se escribe
Que no llega á subir ningún nublado,
Ni alcanza allá el furor apoderado
Del viento, por más chozas que derribe,
Sobre sus altas cumbres me recibe,
Porque allí esté seguro y sosegado,
Un claro amor que el alma me ha ilustrado.
Con la clara virtud que en mí concibe.

Miro de allí do estaban los amores,
Que perdido en el mundo me traían;
Y miro por qué arte sus errores,

Concibiendo dolor maldad parían.
Nacieron de la qual otros dolores
Que en deshonra medraban y crecían.

XCH

Garcilaso, que al bien siempre aspiraste,
Y siempre con tal fuerza le seguiste,
Que á pocos pasos que tras él corriste
En todo enteramente le alcanzaste,

Dime : ¿por qué tras ti no me llevaste,
Quando desta mortal tierra partiste?
¿Por qué al subir á lo alto, que subiste,
Acá en esta baxeza me dexaste?

Bien pienso yo que si poder tuvieras
De mudar algo lo que está ordenado,
En tal caso de mí no te olvidarás.

Que, ó quisieras honrarme con tu lado,
O, á lo menos, de mí te despidieras,
Ó si esto no, después por mí tornarás.

CANCIONES

II

Claros y frescos ríos,
Que mansamente vais
Siguiendo vuestro natural camino;
Desiertos montes míos,
Que en un estado estáis
De soledad muy triste de contino;
Aves, en quien hay tino
De descansar cantando;
Árboles que vivís
Y en fin también morís,
Y estáis perdiendo á tiempos y ganando:
Oídme juntamente
Mi voz amarga, ronca y tan doliente.

Pues quiso mi ventura
Que hubiese de apartarme
De quien jamás osé pensar partirme,
En tanta desventura
Conviene consolarme,
Que no es agora tiempo de morirme.
El alma ha de estar firme,
Que en un tan baxo estado
Vergonzosa es la muerte;
Si acabo en mal tan fuerte,
Todos dirán que voy desesperado;
Y quien tan bien amó
No es bien que digan que tan mal murió.

He de querer la vida,
Fingiéndome esperanza,
Y engañar mal que tanto desengaña.
Fortuna tan pérdida
Ha de traer bonanza.
No durará dolor que tanto daña.
Un mal que así se ensaña,
Amansará si espero.
Adonde voy, iré;
Y, en fin, yo volveré
A ver mi bien, si triste no me muero.
Pero ¿quién pasará
Este tiempo?, que mucho tardará.

Pasaré imaginando,
Si en hombre tan revuelto
Puede el imaginar hacer su oficio.
Pensaré cómo y cuándo
Podré verme ya vuelto
Do hizo amor de mí su sacrificio;
Y tomaré por vicio
Figurar la que quiero,
Hablándole en ausencia
Harto más que en presencia.
Contarle he desde acá como allá muero;
Y mi voluntad mucha
Me hará parecer que ella me escucha.

Ahora ya imagino
Lo que estará haciendo.
Pensando estoy, quizá si piensa en mí.
El gesto determino
Con que estará riendo
De qual estuve quando me partí.
Aunque según sentí,
Cuitado, la partida,

No cabe en su valor
Que no sienta dolor
De tan amarga y cruda despedida.
Tan triste partí yo,
Que aunque no quisiera ella, lo sintió.

Las horas estoy viendo
En ella, y los momentos;
Y cada cosa pongo en su sazón.
Connigo acá la entiendo;
Pienso sus pensamientos;
Por mí saco los suyos quáles son.
Díceme el corazón,
Y pienso yo que acierta,
Ya está alegre, ya triste;
Ya sale, ya se viste;
Agora duerme, agora está despierta.
El seso y el amor
Andan por quién la pintará mejor.

Viéneme á la memoria
Donde la vi primero,
Y aquel lugar do comencé de amalla;
Y náceme tal gloria
De ver cómo la quiero,
Que es ya mejor que el vella el contemplalla.
En el contemplar halla
Mi alma un gozo extraño.
Pienso estalla mirando;
Después, en mí tornando,
Pésame que duró poco el engaño.

No pido otra alegría,
Sino engañar mi triste fantasía.
Mas esto no es posible :
Vuélvome á la verdad,
Y hállome muy solo, y no la veo.

Paréceme imposible
Que ya mi voluntad
Traiga más en palabras mi deseo.
Mil negocios rodeo,
Por descansar un poco;
Y en toda cosa pierdo,
Sino en el desacuerdo.
Libro mucho mejor quando estoy loco.
¡Mira qué gentil cura,
Que es forzado valerme con locura!

El vano imaginar
En yéndoseme, cayo
En cómo para vella no hay remedio.
Allí empiezo á pensar,
Y en el pensar desmayo,
De ver cuántos lugares dexo en medio.
Si entonces me remedio,
Rasgo más la herida.
Viénenseme á los ojos
Los presentes enojos,
Y los gozos de la pasada vida :
Cada palmo de tierra
Para mí triste es hora una gran sierra.

Tengo en el alma puesto
Su gesto tan hermoso,
Y aquel saber estar adondequiera;
El recoger honesto,
El alegre reposo,
El no sé qué de no sé qué manera;
Y con llaneza entera
El saber descansado,
El dulce trato hablando,
El acudir callando,
Y aquel grave mirar disimulado.

Todo esto está ausente,
Y otro tiempo lo tuve muy presente.
Contando estoy los días
Que paso no sé cómo;
Con los pasados no oso entrar en cuenta.
Acuden fantasías;
Allí á llorar me tomo,
De ver tanta flaqueza en tanta afrenta.
Allí se me presenta
La llaga del penar.
Hácenseme mil años
Las horas de mis daños;
Por otra parte, el siempre imaginar
Me hace parecer
Que quanto he pasado fué ayer.

Algunas cosas miro
Por ocuparme un rato,
Y ver si de vivir terné esperanza.
Entonces más suspiro;
Porque en quanto yo trato,
Hallo allí de mi bien la semejanza.
Por doquiera me alcanza
Amor con su victoria.
Mientras más lexos huyo,
Más recio me destruyo :
Que allí me representa la memoria
Mi bien á cada instante,
Por su forma contraria ó semejante.

Quanto veo me carga;
Muestro holgar con ello,
Por pasar y vivir entre la gente.
Si cayo con la carga,
Levanto, y no querello;
Y sabe Dios lo que mi vida siente.

Mas tan crudo accidente,
¿Por qué no se resiste?
¿Por qué mi sufrimiento
No esfuerza al sentimiento?
Cobra buen corazón, mi alma triste,
Que yo la veré presto,
Y miraré aquel cuerpo y aquel gesto.
Canción : bien sé donde volver querrías,
Y la que ver deseas;
Pero no quiero que sin mí la veas.

III

Gentil señora mía,
Yo hallo en el mover de vuestros ojos
Un no sé qué : no sé cómo nombrallo,
Que todos mis enojos
Descarga de mi triste fantasía.
Busco la soledad por contemplallo,
Y en ello tantos gustos de bien hallò,
Que moriría, si el pensar durase.
Mas este pensamiento es tan delgado,
Que presto es acabado,
Y conviene que en otras cosas pase.
Porfío en más pensar,
Y estoy diciendo : ¡si esto no acabase!
Mas después veo que tanto gozar
No es de las cosas que pueden durar.
Yo pienso si allá arriba,
Donde está el movedor de las estrellas,
Las obras que se veen son desta arte;
¿Por qué para bien vellas
De mi no huye mi alma tan cativa?

¿Por qué no abre la cárcel y se parte
Ado de tanto bien lleve su parte?
Tras esto en ver que sois vos la que quiero,
Bendigo, pues que vos estáis aquí,
La hora en que nací,
Y el suelo en que los pies puse primero;
Y por no ver finida
La voluntad que os tengo, y la que espero,
Muero tanto por alargar la vida,
Que siempre pienso tenella perdida.

Vuestro gentil semblante
Tan grandes son las fuerzas que en mí tiene,
Que alguna vez me pesa velle tal.
Mi alma no sostiene
Ver junto tanto bien en un instante;
Y más, que tan gran bien es muy gran mal.
¿Cómo durará un ser tan desigual?
Vuestro es el gesto, y el mirar es mío.
Y mientras más vuestra hermosura crece,
Mi vista más padece,
Tanto que ya sufrirse es desvarío.
Totalmente ha de ser
Forzado en este crudo desafío,
Que vos dexéis, ó templéis vuestro ser,
Ó yo, señora, que os dexe de ver.

Las cosas que os contemplo,
Quando os las miro, no pueden venir
Á la medida de un hombre que muere.
No puedo yo sentir
De hermosura un tan subido enxemplo.
Por fe os ha de querer aquel que os quiere.
Gran parte de su gloria quien os viere
La perderá, por falta de sentilla,
Así que os empobrece la riqueza.

Pues vuestra gentileza
De mucha, no es de crella, ni decilla.
Si yo pudiese gozalla
Mi bienaventuranza, ó recibilla,
Como vos, mi señora, podéis dalla,
Ya bien podría yo bien alcanzalla.

Bien proveen mis penas
En templar la calor de mi deseo.
Forzado es echar agua á tanto fuego.
El miedo, quando os veo,
Hielá toda mi sangre por las venas,
Refrena al gozo y al desasosiego.
¡Oh extraño mal, que he de buscar sosiego
Entre el dolor y la desconfianza!
El extremo del bien es tanto y tal,
Que otro extremo de mal
Le ha de sanar y le ha de dar templanza.
Contrarios elementos
Sostienen el amor en su balanza.
Si á un cabo echasen mis pensamientos,
Muy presto faltarían sus cimientos.

Levántase el quereros
Tan sin tino, que yo no sé qué quiero :
He de venir á no querer ya nada.
Por cien mil cosas muero,
Y no sé quando os veo, sino veros.
Al primer paso acabo la jornada.
Gran cuenta traigo siempre comenzada,
Y que es tiempo de dalla, bien lo siento.
Ya que llegó, y el dalla está en la mano,
Paréceme temprano,
Y fundó por razón mi encogimiento.
Delante de vos puesto
Mi corazón, que en vos siempre está atento,

Hace tantas mudanzas y tan presto,
Quantas son las que hace vuestro gesto.

Busco lo más seguro,
Dilatando lo que es más necesario,
Por una cierta temerosa vía.

Jamás falta contrario
En lo que quiero, ni en lo que procuro.
Esta dicha mil años ha que es mía.

Si yo la viese yo la conocería.
Amor me hiere, y luego se me asconde.
Yo lo perdono; mas también me ensaño
De ver que con engaño.

Se me va lo mejor no sé por dónde.
Pensá lo que os merezco,
Que llamo siempre á quien no me responde;
Y en los mayores casos que padezco,
Deseo el bien, y el mal os agradezco.

Canción : ya puedes ir á quien tú sabes;
Y si al volver me quieres hacer fiesta,
No cures tú de darme su respuesta.

RESPUESTA DE BOSCÁN

Á DON DIEGO DE MENDOZA

Holgué, señor, con vuestra carta tanto,
Que levanté mi pensamiento luego,
Para tornar á mi olvidado canto.

Y así, aunque estaba á escuras como ciego,
Sin saber atinar por dónde iría,
Cobré tino en la luz de vuestro fuego.

La noche se me hizo claro día,
Y al recordar mi soñoliento estilo,
Vuestra musa valió luego á la mía.

Vuestra mano añudó mi roto hilo,
Y á mi alma regó vuestra corriente
Con más fertilidad que riega el Nilo.

Por do si mi escribir hora no siente
Fértil vena, será la causa desto
Ser mi ingenio incapaz naturalmente.

Pero, viniendo á nuestro presupuesto,
Digo también que el no maravillarse
Es propio de juicio bien compuesto.

Quien sabe y quiere á la virtud llegarse,
Pues las cosas verá desde lo alto,
Nunca terná de qué pueda alterarse.

Todo lo alcanzará sin dar gran salto,
Sin moverse andará por las estrellas, ¡
Seguro de alborozo y sobresalto.

Las cosas naturales verá bellas,
Y bien dirá entre sí que son hermosas;
Pero no parará por eso en ellas.

Subirse ha al movedor de todas cosas,
Y allí contemplará grandes secretos
Hasta en las florecillas y en las rosas.

Allí verá con causas los efetos,
Y viendo los principios y su fuente,
No habrá maravillar en sus concetos.

Verá el correr del sol resplandeciente,
Y la velocidad incomparable
Con que va de levante hasta poniente.

Verá la luna y su mover mudable,
Acá y allá mostrando desatinos,
Tanto que á los antiguos fué admirable.

Verá mil otros cursos y caminos,
Según que por acá nuevas tenemos
De los siete planetas por los sinos.

Verá, en fin, más que todo quanto vemos,
Y en maravillas no maravillado,
Estará sin sentir jamás extremos.

Como digo, en lo alto irá encumbrado,
Y viendo desde allí nuestras baxeas,
Llorará y reyrá de nuestro estado.

Nuestras fuerzas dirá que son flaquezas;
Terná nuestros deleytes por fatigas,
Y nuestras abundancias por pobrezaas.

Los hombres antojársele han hormigas,
Los robles pensará que son retamas,
Y á todo podrá hacer docientas higas.

¡Qué gracia para él serán las damas!

¡Qué burla terná en ver las diligencias
Que tienen en soplar ardientes llamas!

Terná el saber nacido de experiencias,
Y sobre la mundana sinrazón
Falso estará, y dará grandes sentencias.

Decid : ¿si veis baylar, no oyendo el son
De los que baylan, no estaréis burlando?
¿Y no os parecerá que locos son?

Así el sabio que vive descansando,
Sin nunca oír el son de las pasiones
Que nos hacen andar como baylando,
Sabrá burlar de nuestras turbaciones,
Y reírse ha de aquellos movimientos
Que verá hacer á nuestros corazones.

Así que dados estos fundamentos,
Que entiende el sabio de raíz las cosas,
Y que desprecia nuestros pensamientos,

Las cosas para otros espantosas,
De nuevas ó de grandes, no podrán
Ser jamás para él maravillosas.

Cuidados á este tal no le darán
Ni su propio dolor, ni el bien ajeno :
Ambos por una cuenta pasarán.

¡Dichoso aquel que desto estará lleno,
Viviendo entre las penas sosegado,
Y en mitad de los vicios siendo bueno!

¡Oh gran saber del hombre reposado!
¡Quánto más vales, aunque estés durmiendo,
Que el del otro, aunque esté más desvelado!

Pero es, en fin, en esto lo que entiendo,
Que holgamos de hablar bien quando hablamos,
Magnificas sentencias componiendo;

Pero quando á las obras nos llegamos,
Rehuímos, mi fe, de la carrera,

Y con sólo el hablar nos contentamos.

Díxome no sé quién una vez que era
Placer hablar de Dios y obrar del mundo :
Esta es la ley de nuestra ruin manera.

Pero, señor, si á la virtud que fundo
Llegar bien no podemos, á lo menos
Excusemos del mal lo más profundo.

En tierra do los vicios van tan llenos,
Aquellos hombres que no son peores,
Aquellos pasarán luego por buenos.

Yo no ando ya siguiendo á los mejores;
Bástame alguna vez dar fruto alguno;
En lo demás, conténtome de flores.

No quiero en la virtud ser importuno,
Ni pretendo rigor en mis costumbres;
Con el glotón no pienso estar ayuno.

La tierra está con llanos y con cumbres;
Lo tolerable al tiempo acomodemos,
Y á su sazón hagámonos dos lumbres.

No curemos de andar tras los extremos,
Pues dellos huye la filosofía
De los buenos autores que leemos.

Si en Xenócrates vemos dura vía,
Sigamos á Platón, su gran maestro,
Y templemos con él la fantasía.

Conviene en este mundo andar muy diestro,
Templando con el miedo el esperanza
Y alargando con tiento el paso nuestro.

Ande firme y derecha la templanza,
Como hombre que pasea por màroma,
Que no cae porque no se abalanza.

El que buen modo en sí y buen temple toma,
Con pasos irá siempre descansados,
Aunque vaya de Cádiz hasta Roma.

El estado mejor de los estados
Es alcanzar la buena medianía,
Con la qual se remedian los cuidados.

Y así yo por seguir aquesta vía,
Heme casado con una mujer
Que es principio y fin del alma mía.

Esta me ha dado luego un nuevo ser
Con tal felicidad, que me sostiene
Llena la voluntad y el entender.

Esta me hace ver que ella conviene
Á mí, y las otras no me convenían;
Á ésta tengo yo y ella me tiene.

En mí las otras iban y venían,
Y á poder de mudanzas á montones
De mi puro dolor se mantenían.

Eran ya para mí sus galardones
Como tesoros por encantamientos,
Que luego se volvían en carbones.

Agora son los bienes que en mí siento
Firmes, macizos, con verdad fundados,
Y sabrosos en todo el sentimiento.

Solían mis placeres dar cuidados,
Y al tiempo que venían á gustarse,
Ya llegaban á mí casi dañados.

Agora el bien es bien para gozarse,
Y el placer es lo que es, que siempre place,
Y el mal ya con el bien no ha de juntarse.

Al satisfecho todo satisface;
Y así también á mí, por lo que he hecho,
Quanto quiero y deseo se me hace.

El campo que era de batalla, el lecho,
Ya es lecho para mí de paz durable :
Dos almas hay conformes en un pecho.

La mesa, en otro tiempo abominable,

Y el triste pan que en ella yo comía,
Y el vino que bebía lamentable,
Infestándome siempre alguna Harpía,
Que en mitad del deleyte mi vianda
Con amargos potajes envolvía,

Agora el casto amor acude, y manda
Que todo se me haga muy sabroso,
Andando siempre todo como anda.

De manera, señor, que aquel reposo
Que nunca alcancé yo, por mi ventura,
Con mi filosofar triste y pensoso,

Una sola mujer me le asegura,
Y en perfecta sazón me da en las manos
Victoria general de mi tristura.

Y aquellos pensamientos míos tan vanos,
Ella los va borrando con el dedo,
Y escribe en lugar dellos otros sanos.

Así que yo ni quiero ya, ni puedo
Tratar sino de vida descansada,
Sin colgar de esperanza ni de miedo.

Ya estoy pensando, estando en mi posada,
Cómo podré con mi mujer holgarme,
Teniéndola en la cama ó levantada.

Pienso también en cómo he de vengarme
De la pasada vida con la de hora,
En cómo he de saber della burlarme.

Otras veces también pienso algún hora
Las cosas de mi hacienda sin codicia,
Aunque ésta comúnmente es la señora.

Bien puede el labrador sin avaricia
Multiplicar cada año sus graneros,
Guardando la igualdad de la justicia.

No curo yo de hacer cavar mineros
De venas de metal ni otras riquezas,

Para alcanzar gran suma de dineros.

Sólo quiero excusar tristes póbrezas,
Por no sufrir soberbias de hombres vanos,
Ni de ricos estrechos estrechezas.

Quiero tener dineros en mis manos,
Tener para tener contenta vida
Con los hidalgos y con los villanos.

Quien quiera se desmande y se desmida,
Buscando el oro puro y reluciente,
Y la concha del mar Indo venida.

Quien quiera esté cuidadoso y diligente,
Haciendo granjear grandes yugadas
De tierra do aproveche la simiente:

Si con esto se envuelven las lanzadas,
Las muertes entre hermanos y parientes,
Y de reyes las guerras guerreadas,

Huyan de mí los tales accidentes,
Huyan de mí riquezas poderosas,
Si son causa de mil males presentes.

Déxenme estar contento entre mis cosas,
Comiendo en compañía mansamente
Comidas que no sean sospechosas.

Conmigo y mi mujer sabrosamente
Esté, y alguna vez me pida celos,
Cón tal que me los pida blandamente.

Comamos y bebamos sin recelos,
La mesa de muchachos rodeada :
Muchachos que nos hagan ser agüelos.

Pasaremos así nuestra jornada,
Agora en la ciudad, ora en la aldea,
Porque la vida esté más descansada.

Quando pesada la ciudad nos sea,
Iremos al lugar con la compañía,
Adonde el importuno no nos vea.

Alli se vivirá con menos maña,
Y no habrá el hombre tanto de guardarse
Del malo ó del grosero que os engaña.

Allí podrá mejor filosofarse
Con los bueyes y cabras y ovejas,
Que con los que del vulgo han de tratarse.

Allí no serán malas las consejas
Que contarán los simples labradores,
Viniendo de arrastrar las duras rejas.

¿Será, pues, malo alli tratar de amorés,
Viendo que Apolo con su gentileza
Anduvo 'namorado entre pastores?

¿Y Venus no se yió en grande estrecheza
Por Adonis, vagando entre los prados,
Según la antigüedad así lo reza?

¿Y Baco no sintió fuertes cuidados
Por la cuitada que quedó durmiendo
En mitad de los montes despoblados?

Las Ninfas por las aguas pareciendo,
Y entre las arboledas las Dryadas,
Se veen con los Faunos rebulliendo.

Nosotros seguiremos sus pisadas;
Digo, yo y mi mujer nos andaremos
Tratando 'allí las cosas 'namoradas.

Ado corra algún río nos iremos,
Y á la sombra de alguna verde haya,
Ado estemos mejor nos sentaremos.

Tenderme ha alli la halda de su saya,
Y en regalos de amor habrá porfia,
Quál de entrambos hará más alta raya.

El río correrá por do es su vía;
Nosotros correremos por la nuestra,
Sin pensar en la noche ni en el día.

El ruyseñor nos cantará á la diestra,

Y verná sin el cuervo la paloma,
Haciendo en su venida alegre muestra.

No ternemos envidia al que está en Roma,
Ni á los tesoros de los Asianos,
Ni á quanto por acá del India asoma.

Ternemos nuestros libros en las manos,
Y no se cansarán de andar contando
Los hechos celestiales y mundanos.

Virgilio á Eneas estará cantando,
Y Homero el corazón de Aquiles fiero,
Y el navegar de Ulises rodeando.

Propercio verná allí por compañero,
El qual dirá con dulces armonías
Del arte que á su Cintia amó primero.

Catulo acudirá por otras vías,
Y, llorando de Lesbia los amores,
Sus trampas llorará y chocarrerías.

Esto me advertirá de mis dolores;
Pero volviendo á mi placer presente,
Terné mis escarmientos por mejores.

Ganancia sacaré del accidente
Que en otro tiempo mi sentir turbaba,
Trayéndome perdido entre la gente.

¿Qué haré de acordarme cuál estaba,
Viéndome qual estoy?, que estoy seguro
De nunca más pasar lo que pasaba.

En mi fuerte estaré dentro en mi muro,
Sin locura de amor, ni fantasía
Que me pueda vencer con su conjuro.

Como digo, estaré en mi compañía,
En todo me hará el camino llano,
Su alegría mezclando con la mía.

Su mano me dará dentro en mi mano,
Y acudirán deleytes y blanduras

De un sano corazón en otro sano.

Los ojos holgarán con las verduras
De los montes y prados que veremos,
Y con las sombras de las espesuras.

El correr de las aguas oiremos,
Y su blando venir por las montañas,
Que á su paso vernán donde estaremos.

El ayre moverá las verdes cañas,
Y volverán entonces los ganados,
Balandando por llegar á sus cabañas.

En esto ya que el sol por los collados
Sus largas sombras andará encumbrando,
Enviando reposo á los cansados,

Nosotros nos iremos paseando
Hacia el lugar do está nuestra morada,
En cosas que veremos platicando.

La compañía saldrá regocijada
Á tomarnos entonces con gran fiesta,
Diciendo á mi mujer si está cansada.

Veremos al entrar la mesa puesta,
Y todo con concierto aparejado,
Como es uso de casa bien compuesta.

Después que un poco habremos reposado,
Sin ver bullir, ni andar yendo y viniendo,
Y á cenar nos habremos asentado,

Nuestros mozos vernán allí trayendo
Viandas naturales y gustosas,
Que nuestro gusto estén todo moviendo.

Frutas pornán maduras y sabrosas,
Por nosotros las más dellas cogidas,
Envueltas en mil flores olorosas.

Las natas por los platos extendidas
Acudirán, y el blanco requesón,
Y otras cosas que dan cabras paridas.

Después de esto verná el tierno lechón,
Y del gordo conejo el gazapito,
Y aquellos pollos que de pasto son.

Verná también allí el nuevo cabrito
Que á su madre jamás habrá seguido
Por el campo, de tierno y de chiquito.

Después que todo esto haya venido,
Y que nosotros descansadamente
En nuestra cena hayamos bien comido,

Pasaremos la noche dulcemente,
Hasta venir al tiempo que la gana
De dormir toma al hombre comúnmente.

Lo que desde este tiempo á la mañana
Pasare, pase agora sin contarse,
Pues no cura mi pluma de ser vana.

Basta saber que dos que tanto amarse
Pudieron, no podrán hallar momento
En que puedan dexar siempre de holgarse.

Pero, tornando á proseguir el cuento,
Nuestro vivir será de vida entera,
Viviendo en la aldea como cuento.

Tras esto, ya que el corazón se quiera
Desenfadar con variar la vida,
Tomando nuevo gusto en su manera,

Á la ciudad será nuestra partida,
Adonde todo nos será placiente
Con el nuevo placer de la venida.

Holgaremos entonces con la gente,
Y con la novedad de haber llegado
Trataremos con todos blandamente.

Y el cumplimiento, que es siempre pesado,
Á lo menos aquel que, de ser vano,
No es menos enojoso que excusado,
Alaballe estará muy en la mano,

Y decir que por solo el cumplimiento
Se conserva en el mundo el trato humano.

Nuestro vivir así estará contento,
Y alcanzaremos mil ratos gozosos
En recompensa de un desabrimiento.

Y aunque á veces no falten enojosos,
Todavía entre nuestros conocidos
Los dulces serán más, y los sabrosos.

Pues ya con los amigos más queridos,
¿Qué será el alborozo y el placer,
Y el bullicio de ser recién venidos?
¿Qué será el nunca hartarnos de nos ver,
Y el buscarnos cada hora y cada punto,
Y el pesar del buscarse sin se ver?

Mosén Durall allí estará muy junto,
Haciendo con su trato y su nobleza
Sobre nuestro placer el contrapunto.

Y con su buen burlar y su llaneza
No sufrirá un momento tan ruin
Que en nuestro gran placer mezcle tristeza.

No faltará Jerónimo Agustín,
Con su saber sabroso y agradable,
No menos que en romance en el latín;

El qual con gravedad mansa y tratable,
Contando cosas bien por él notadas,
Nuestro buen conversar hará durable.

Las burlas andarán por él mezcladas
Con las veras así con tal razón,
Que unas de otras serán bien ayudadas.

En esto acudirá el buen Monleón,
Con quien todos holgar mucho solemos,
Y nosotros y quantos con él son.

Él nos dirá, y nosotros gustaremos;
Él reirá, y hará que nos ríamos;

Y en esto enfadarse ha de quanto haremos.

Otras cosas habrá que las callamos,
Porque tan buenas son para hacerse,
Que pierden el valor si las hablamos.

Pero tiempo es, en fin, de recogerse,
Porque haya más para otro mensajero;
Que, si mi cuenta no ha de deshacerse,
No será, yo os prometo, éste el postrero.

OCTAVA RIMA

En el lumbroso y fértil Oriente
Adonde más el cielo está templado,
Vive una sosegada y dulce gente,
La qual en sólo amar pone el cuidado.
Ésta jamás padece otro accidente
Sino es aquel que amores han causado.
Aquí gobierna y siempre gobernó
Aquella reina que en la mar nació.

Aquí su cetro y su corona tiene,
Y desde aquí sus dádivas reparte;
Aquí su ley y su poder mantiene
Mucho mejor que en otra qualquier parte;
Aquí si querelloso alguno viene,
Sin quexa y sin pesar luego se parte;
Aquí se gozan todos en sus llamas,
Presentes las figuras de sus damas.

Amor es todo quanto aquí se trata;
Es la sazón del tiempo enamorada;
Todo muere de amor ó de amor mata;
Sin amor no veréis ni una pisada;
De amores se negocia y se barata;
Toda la tierra en esto es ocupada;

Si veis bullir de un árbol una hoja,
Diréis que amor aquello se os antoja.

Amor los edificios representan,
Y aun las piedras aquí diréis que aman;
Las fuentes así blandas se presentan,
Que pensaréis que lágrimas derraman;
Los ríos al correr de amor os tientan,
Y amor es lo que suenan y reclaman;
Tan sabrosos aquí soplan los vientos,
Que os mueven amorosos pensamientos.

Sobre una fresca, verde y grande vega
La casa de esta reyna está asentada;
Un río al derredor toda la riega,
De árboles la ribera está sembrada;
La sombra de los quales al sol niega,
En el solsticio, la caliente entrada;
Los árboles están llenos de flores,
Por do cantando van los ruyseñores.

Otros arroyos mil andan corriendo,
Acá y allá sus vueltas rodeando,
Diversos laberintos componiendo,
Los unos por los otros travesando;
Las flores de los árboles cayendo,
Las dulces aguas andan meneando;
Y cada flor que destas allí cae,
Parece que al caer amor la trae.

Aquí veréis mil chozas naturales
De diferentes árboles compuestas,
Con los asientos dentro de cristales,
Cerca las unas de las otras puestas;
En éstas los que son de amor iguales,

Andan en sus demandas y respuestas;
Y confieren aquí sus pensamientos,
Sus placeres y sus contentamientos.

El dios de amor armado con su flechas,
Soberbio, por aquí todo lo hiere;
Trae mil muertes hechas y derechas,
Para tirar á todos los que quiere.
Dos fraguas tiene, en dos contrarios hechas,
Por las quales el mundo vive y muere :
En la una se labran los amores,
Los odios en la otra, y desamores.

Un alta torre puesta en tierra llana
Tiene este niño en medio desta tierra;
Súbese aquí la tarde y la mañana,
Para hacer con sus saetas guerra;
Al que hiere una vez nunca le sana;
No viendo lo que hace jamás yerra;
Al principio no duelen sus heridas;
Mas después, ¡guay de las cuitadas vidas!

Desde lo alto las quatro partes mira
De nuestro mundo, y todo en un instante;
Su ceguedad entonces es mentira;
Pasa su ver mil tierras adelante.
Sus flechas atraviesan, quando tirá,
La Tile, ó el Ganges, Taprobane, Atlante;
Por los desiertos caen mil llagados,
Mas caen muchos más por los poblados.

Después que de tirar está cansado,
Desciende desta torre el gran Cupido,
De otros mil Cupiditos rodeado,
Que llevan dél cadaño su partido;

Éstos también de amores dan cuidado,
Y saben dar la llaga en el sentido;
Dan llagas, pero dan llagas vulgares,
Con vulgares placeres y pesares.

Traen también sus arcos y saetas,
Mas tráenlas sin hierros, desarmadas;
Y así son sus heridas imperfetas,
Hechas en gentes baxas y cuitadas;
Déstos salen concordias indiscretas,
No pensadas jamás ni concertadas;
No concluyen en camas ni en estrados,
Sino en rincones sucios, desastrados.

En un lugar postrero desta tierra
Hay otra casa, en una gran hondura,
Cubierta casi toda de una sierra,
Cerrada al derredor de alta espesura;
Aquí jamás el sol claro se encierra,
Todo es tiniebla y todo es noche oscura;
El triste ^a morador que mora dentro,
Es de dolor y de tristeza el centro.

No hay cosa en ella para descansaros,
Ni suelo apenas en que reposéis;
No veréis cama do podáis echaros,
Ni silla, ni otro asiento en que os sentéis;
Mil veces estaréis para ahorcaros,
Y aun no os consentirán que os ahorquéis;
No hay muerte allí sino para temella,
Ó por mejor hablar, para querella.

Está su dueño siempre rezongando;
Lo que dice jamás os lo declara;

(a) La edición de Amberes, 1597, corrige «al triste».

Acá y allá se anda paseando
Con nuevas doloridas en su cara;
Si porfiáis con él estaos matando,
Háceos la luz oscura de muy clara;
Y aun las veces que acierta á estar contento,
Siempre os dexa con un remordimiento.

No se come ni bebe en esta casa,
Porque tienen de yerbas gran sospecha;
El fuego que hay es una sola brasa,
Tan muerta, que está ya ceniza hecha;
Mas si se enciende alguna vez, abrasa
El monte y la morada, y flamas echa :
Flamas que llegan hasta los vecinos,
Á dalles sobresaltos muy continos.

Su dueño y morador es conocido,
Tanto que estoy por no decir su nombre;
Celos se llama, y dicen que es nacido,
Como nosotros, de mujer y hombre;
Sobre ser temeroso es tan temido,
Que desto sólo alcanza su renombre;
De seso están sus ojos tan ajenos,
Que siempre lo que ve es más ó menos.

De aquí los truenos salen y los rayos,
Que en sana paz nos hieren y nos matan;
Hácense aquí los ásperos desmayos,
Que en medio del placer nos desbaratan;
De dolores aquí son los ensayos
Que nos trastornan, atan y desatan;
Aquí se mudan todas las blanduras
En otros tantos males y tristuras.

La gran reyna de amor, con grandes gentes,
Visita alguna vez esta morada;

Trabaja en desterrar los accidentes
Que ve salir de cárcel tan malvada;
Mas no los puede echar, que son parientes,
Y en esta casa dellos heredada,
De donde ella nació, nacieron ellos,
Y así forzada es de sostenellos.

Forzada los sostiene y los consiente,
Mas trabaja, si puede, en corregillos,
Y procura de estar dellos ausente,
Sin tratillos ni vellos ni oillos;
Y así en su tierra está, donde no siente
Sino dulces placeres, y en sentillos
Se goza, se deleyta y se enternece,
Y el mal con este bien desaparece.

Estáse con su pueblo recogido,
Amando y entendiendo lo que ama,
Ardiendo blandamente en su sentido,
Con un ardor de una luciente llama.
Sobre placer su cuerpo esta tendido,
Tendida está sobre placer su cama;
Presentes tiene todos los amores
De los más ecelentes amadores.

Recaen todos éstos en su gloria,
Viendo que son los suyos los mejores,
Y es suya, en fin, la honra y la vitoria
De todos los amantes vencedores.
Sus tesoros están en su memoria;
Lo poseído y los poseedores,
Y anda siempre creciendo su caudal,
Porque crece con bien y más con mal.

De uno en uno los tiene conocidos,
En cantidad y en calidad contados;

Sus dolores escritos y sabidos,
Y sus consuelos ^a vistos y mirados.
Los spíritus de todos, y sentidos,
Del fuego están de amor purificados;
Tan conformes que es hecho un sentimiento
El de todos, y un mismo pensamiento.

Con ellos trae cuenta cada día
Esta señora, á todos descansando;
Y así sale con grande compañía,
Las mañanas, su pueblo visitando:
Hinche su vista el ayre de alegría
Un tierno amor en todos derramando;
Gentileza y virtud y gracia inspira
Con su dulce mirar por donde mira.

Los unos tañen blandos instrumentos,
Y otros cantan cantares regalados;
Los otros andan en sus pensamientos
Con un dulce silencio trasportados.
Todos, en fin, sabrosos y contentos
Viven con sus cuidados descansados;
Las vegas por do van, y las florestas,
Se alborozan aquí con estas fiestas.

Unos veréis colgados de esperanza,
Y otros que están gozando de su gloria;
Algunos hay cuyo placer no alcanza
Sino vivir en sola la memoria.
Trae, en fin, cada qual en esta danza,
Verdad ó semejanza de vitoria ^b;

(a) «Y sus placeres» dice el manuscrito de la Biblioteca Nacional.

(b) En el manuscrito, «insinias verdaderas de vitoria».

Y todos en común andan gozando,
Los amados y los que están amando.

Viendo ella, pues, tan alta compañía,
Tan conforme en su ser y tan igual,
Determinó de señalar un día
Para un ayuntamiento general;
Y así, sin competencia ni porfía,
Le hizo ^a el aparejo universal;
Y aparejaron todos sus arreos,
Que fueron pensamientos y deseos.

Mostraba ya su resplandor la estrella
Que barre de la sombra nuestro suelo,
Y al su venir toda otra cosa bella
Dexaba su lugar allá en el cielo;
Quando Venus salió, y al salir della
Salió el amor, y junto salió el celo :
El celo que de amor nace en las cosas,
Y más en las que nacen más hermosas.

Salió con sus cabellos esparcidos
Esta reyna de amor y de hermosura,
Su rostro blanco y blancos sus vestidos,
Con gravedad mezclada con dulzura;
Los ojos entre vivos y caídos,
Divino el ademán y la figura,
Como aquella que Zeuxis trasladó
De las cinco doncellas de Crotó.

Después que estuvo en medio de su gente,
Á todos comenzó de rodeallos,
Y con ojos de luz resplandeciente,

(a) «Se hizo», en el manuscrito de la Nacional.

Estuvo sobre sí puesta en mirallos;
Y á su hijo, que allí estaba presente,
Cargo le dió que hubiese de ordenallos;
Y así fueron por él luego ordenados,
Según la calidad de sus cuidados.

En éstos que ella vió, vió los amores,
Muy blandos, muy conformes y asentados,
Y dulces y sabrosos los dolores,
Y los desasosiegos sosegados.
Y vió también que aquestos amadores
Amor les igualaba sus estados,
Y conoció que amando no medraba
Ninguno déstos más de quanto amaba.

Estos que digo aquí estaban presentes,
Mostrando de sus almas los rincones;
De los otros también que eran ausentes,
Pintadas aquí estaban las pasiones,
Y pintados, en fin, los accidentes
De todos los humanos corazones,
De los que por amar, su vida pasan
En cosas que no sé cómo las pasan.

Era de ver el desconcierto déstos,
Ora temiendo y ora amenazando;
En sus propios sentidos descompuestos,
Amando en un momento y desamando.
Osados sin sazón, sin causa prestos,
Tardios al menor tiempo y dudando,
En cosas de nonada confiados,
Y en las otras medrosos y cuitados.

Víanse aquí del todo descubiertos
Destos tristes amantes los sentidos

Con grande multitud de desconciertos,
Y muchos sin razón acaecidos;
Y víanse también otros conciertos
Desiguales los más y mal medidos;
Los casos de fortuna andaban sueltos,
Mezclados con contrarios y revueltos.

Hubo dolor de tanta desventura
Esta reyna de todos los amores,
Y así porque este mal tuviese cura,
Por el mundo envió reformadores,
Los quales con industria y con cordura
Moderasen en parte estos errores,
Y ablandasen así los pensamientos,
Que en gusto se volviesen los tormentos.

Entre éstos escogió dos, los mejores,
Cuyo seso en amor era probado,
Y dióles potestad de embaxadores,
Para un negocio entre otros señalado;
Y porque fuesen desto sabidores,
Dióles lugar y término aplazado,
Adonde ella mejor los informase
De todo lo que allí determinase.

Venido, pues, el día y lugar cierto,
En el qual informados ser debían,
Fué de ella el razonar con tal concierto,
Que aun las piedras del son se enternecián;
Y por la soledad de aquel desierto
Las aguas los sus cursos detenían,
Y fué la dulce voz que ella movió,
Hablando estas palabras que habló :

Vosotros sois de mí en tanto tenidos,

Que así como los dos más principales,
Acuerdo que seáis mis escogidos
Para todos mis bienes y mis males;
Y así quiero que sean corregidos
Por vosotros los hechos desiguales
Que contra mí se hacen y mi hijo,
De la qual causa ha mucho que me affijo.

Andan por todo el mundo desafueros
En grande daño mio y desacato,
Unos amores falsos, lisonjeros,
Hechos y deshechos muy barato.
Otros prometimientos chocarreros,
Con un civil y mentiroso trato,
Un andar siempre por buscar salida
Á la cosa que veis que fué fingida.

Y lo que aviva más mi padecer
Y me hace sentir más desplaceres,
Es pensar yo que, siendo yo mujer,
Lo más desto que digo es en mujeres:
Sin saber cómo empiezan á querer,
Tiran después tras otros mil placeres ^a;
Así que andar siguiendo sus pasiones,
Es como andar por tierra de ladrones.

No se puede prestar sobre sus prendas
Cosa ya que valer pueda dinero;
Quebraros han entrambas á dos riendas ^b,
Si en la mano no sois siempre ligero.
Y haránnos quizá por dos meriendas

(a) «Tiran después siguiendo otros placeres», en el manuscrito.

(b) En el manuscrito, «De un salto os quebrarán entrambas riendas».

De muy familiar muy extranjero;
Hacen por vos lo que les demandáis,
Y burlanse después si las miráis.

Con unos las veréis escrupulosas,
Sueltas con otros y desenfadadas ^a;
Tienen punto y soberbia en baxas cosas,
Y en las altas son tristes y cuitadas;
De miserables se hacen desdeñosas,
Desprecian por no verse despreciadas;
Quieren ser graciosas y son frías,
Y hacen, por ser damas, damerías.

Algunas hay del todo endurecidas
Contra el poder que sobre el mundo tengo,
En desechar mi ley envejecidas,
Diciendo que ya yo ni voy ni vengo;
Aquéstas han de ser muy bien punidas,
Por la mengua que dellas yo sostengo:
Es una gente infiel ésta y perjura
Contra el deleyte y ley de la natura.

Y si en amar alguna vez aciertan
Estas, que saltan contra el poder mío,
Á cada paso el punto desconciertan,
El punto del amar que en ellas crío;
Para querer, tan tibias se despiertan
Que aun el fuego de amor hacen ser frío;
Tienen cien mil errores y herejías
En los preceptos de las leyes mías.

Esta maldad perversa y tan extraña
Anda por todo el mundo derramada:

(a) «Y desenfrenadas», en el manuscrito.

En Tracia, en Macedonia, en Alemaña,
En Menfis y en la Libia despoblada.
Pero de todas éstas, es España
De esta llaga mortal más infamada;
En ella reynan más estos errores,
Los quales pestilencias son de amores.

Ciudades hay allí de autoridad,
Que alcanzan entre todas gran corona;
Pero entre estas ciudades, la ciudad
Que más es de mi gusto, es Barcelona;
Yo puse en ésta toda mi verdad,
Y puse todo el ser de mi persona,
Con todo aquel regalo y lozanía
Que por tesoro está en mi fantasía.

Lo primero le di el cielo templado,
Con una eterna y blanda primavera;
Dile el suelo después llano y cercado
De vegas y de mar con gran ribera;
Y dile el edificio enamorado,
Tal qual yo de mi mano le hiciera;
El sol veréis que allí mejor parece,
Y la luna también más resplandece.

Y dile más, mujeres tan hermosas,
Que vuelan por el mundo con sus famas:
Dulces, blandas, discretas y graciosas,
No sé cómo nacidas para damas;
Entre amores honestas y sabrosas,
Encienden sin soplar ardientes llamas;
Quanto hallan apañan con los ojos,
Y andan ricas después con los despojos.

Esta ciudad de mí tanto querida,

Después que de mis largos beneficios
Entre todas se halla ennoblecida,
Acuerda de hacerme deservicios;
Y así perversa y mal agradecida,
Inventa contra mí mil maleficios,
Maleficios que dan malos enxemplos
Contra los sacrificios de mis templos.

Dos señoras allí son principales
En saber, en valer y en hermosura,
Dispuestas para dar bienes y males,
Deleytes y dolor, gozo y tristura.
Sobrepujan sus gracias las mortales;
Traslados propios son de mi figura;
Y si no fueran tanto de un igual,
Ambas murieran de quererse mal.

Estas pusiera yo en tan alto grado,
Que subieran á ser más que mujeres,
Sino que así, sin más, han acordado
De hacerse contra mí dos Luciferes;
Quieren tener exento su cuidado,
Y libres sus pesares y placeres,
Y, en fin, quieren vivir como vivieran
Si sin cuerpos acá solas nacieran.

Si estas mujeres andan levantadas,
Mi poder y mi ley menoscabando,
Luego andarán doscientas asonadas,
De otras mil que querrán ser de su bando;
En mis tierras veréis fuerzas alzadas,
Pendones y banderas levantando,
Para seguir la voz destas señoras,
Que quieren de soberbias ser traydoras.

Y si por el contrario quieren elias
Seguir la ley que en ellas tengo escrita,
Siguiendo el son de dos damas tan bellas,
Luego andará tras mí gente infinita.
Y forzado será que sólo en vellas
Todo el mundo de amores se derrita,
Y anden al derredor locos mil hombres
Por vellas y saber sólo sus nombres.

Así que ver podéis quanto va en esto
En que estas damas sean corregidas;
Y el corregir sabé que ha de ser presto,
Primero que acaezcan más caídas;
En vosotros mi bien veis que está puesto,
Y está puesta mi vida y vuestras vidas;
Por eso aparejaos, mis amigos,
Para amansar tan grandes enemigos.

Y el amansar será con las razones
Que más mansas y blandas os parezcan,
Á fin que ^a dos tan duros corazónes
Con una blanda fuerza se enternezcan.
Moveldes allá dentro sus pasiones
Con todos los deleytes que se ofrezcan,
Y daldes á entender quán gran pecado
Comete quien no ama siendo amado.

Conviene para esto que os partáis,
Y traspasando por diversas vías,
Adonde están estas señoras vais,
Y el camino ha de ser en pocos días.
Al ir no os deternán, no lo temáis,
Que la ida será por tierras mías,

(a) «Á fin de que», dice la primera edición, destruyendo la medida del verso.

Y, en fin, porque más presto allá lleguéis,
Mis cisnes y mi carro tomaréis.

Y tomaréis mi hijo, bien armado
Con las fuertes saetas que les tire;
Mas quando hayáis á ellas ya llegado,
Por el niño mirá que no las mire.
De sólo su tirar tenga cuidado,
De suerte que en tirando se retire;
¿Paréceos que sería buen concierto,
Que Amor yendo á matar quedase muerto?

Puesto fin al hablar fuése, dexando
El ayre con suavísimos olores,
Y por el derredor iban volando.
Mil amores allí cantando amores.
Hecho esto quedaron adrezando
Su partida los dos embaxadores,
Y con tanto se fueron otro día,
Á la hora que ya el sol esclarecía.

Hacia las tierras fueron caminando,
Que por el solo Nilo son regadas,
Y anduvieron después atravesando
Por las Alexandrinas encontradas;
Y á más andar ó á más volar pasando
Por Creta y Rodas, islas celebradas,
Fueron á dar consigo en la gran Grecia,
Adonde el mar se junta de Venecia.

Y desde allí pasaron adelante
Adonde fué Parténope enterrada,
Y luego á la ciudad siempre triunfante
Allegaron haciendo su jornada;
Y por ellos después en breve instante,

Italia y Francia siendo atravesada,
Subieron, sin hacer ningún rodeo,
Á la cumbre del alto Pirineo.

Y tras esto pasando por Girona
Y por otros lugares no nombrados,
Pararon un buen rato en Badalona,
Hasta que el sol se fué de los collados;
Y así entraron de noche en Barcelona,
Adonde fueron bien aposentados,
Y ambos allí y el niño reposaron ^a,
Y su razonamiento concertaron.

Otro día, después que el sol luciente
Alumbró ya los altos edificios,
Y á bullir empezó toda la gente
En sus acostumbrados ejercicios,
Mostrada fué de Venus la patente
Que de los dos mostraba los oficios,
Y así juntáronse las dos señoras
Á ser de la embaxada sabidoras.

Llegados, pues, á estar en la presencia
Que espantar suele á quantos son presentes,
De no hallar entre ellas diferencia,
Entre sí se hallaron diferentes.
No podían discernir la precedencia
De entrambas, si á las dos paraban mientes;
El uno en fin á la una así habló,
Y á la otra después, según las vió:

Dama que al mundo por su bien venistes
Y por su mal que entrambas cosas fueron
Nacidas en el punto que nacistes,

(a) En el manuscrito, «Y allí los dos y el niño reposaron».

En cuyo ser milagros concurrieron,
Tales que sola vos los entendistes,
Mil envidias de aquí se os revolvieron ^a;
Pero tan grande fué vuestra victoria,
Que todas se os volvieron en más gloria:.

Y vos, señora, que en los tres estados
De todas sois un general enxemplo,
Cuyo valer si vieran los pasados
Aun en vida os hubieran hecho templo;
De hermosura y saber tan altos grados
Alcanzáis vos, que os digo y que os contemplo ^b,
Alma gentil, dinísima de impero,
Y que de sola vos cantase Homero:

¿Qué engaño, cuál error el vuestro ha sido,
Andar contra el amor guerras moviendo?
¿Vosotras no tenéis por muy sabido,
Que es vivir sin amar vivir muriendo?
Amor dió ser á todo lo nacido,
Diversas hermosuras produciendo,
Y así entendió de producir las vuestras
Como las dos más principales muestras.

De manera que amor es fundamento
De vuestro ser extraño y milagroso,
Y es principio de todo el movimiento
De vuestro sentimiento generoso;
Decime, pues, ¿qué desconocimiento
El de vosotras es tan espantoso,
Que siendo Amor un rey tan natural
Por enemigo le tengáis mortal?

(a) En el manuscrito, «Envidias contra vos se revolvieron».

(b) En el manuscrito, «que digo que os contemplo».

Amor es voluntad dulce y sabrosa,
Que todo corazón duro enternece;
El amor es el alma en toda cosa,
Por quien remoja el mundo y reverdece;
El fin de todos en amor reposa,
En él todo comienza y permanece,
Deste mundo y del otro la gran traza
Con sus brazos amor toda la abraza.

Sin él no puede haber gozo ni gloria,
No puede haber subido entendimiento;
Sin él está tan pobre la memoria,
Que en su pobreza muere el pensamiento.
No hay sin amor hazaña ni victoria,
Ni en el alma sin él no hay sentimiento;
Todo valor y gracia y gentileza
Es luego sin amor muy gran baxeza.

Amor á cosas altas nos levanta,
Y en ellas levantados nos sostiene;
Amor las almas de dulzura tanta
Nos hinche, que con ellas nos mantiene;
Amor quando á su son nos tañe y canta,
Trasportados en sí nos manda y tiene;
Amor gobierna todo lo criado,
Con el orden por él al mundo dado.

La tierra, el mar, el ayre y más el fuego,
Lo visible también con lo invisible,
Con lo mudable el eternal sosiego,
Lo que no siente y todo lo sensible;
Amor, tú lo gobiernas con tu ruego,
Ruego que es mando y fuerza incomprensible;
Tu propio asiento está y tu fortaleza
En la más alta y más eterna alteza.

Y desde allí no sólo las estrellas
Y los cielos amor gobierna y manda,
Pero manda otras cosas que hay más bellas,
Sobre el cielo que más ligero anda;
Aquéstas mueve así como centellas
Una virtud que nunca se desmanda,
Virtud que del amor deciendo y llueve,
Y poco á poco así todo lo mueve.

Aquesta corporal nuestra gran carga,
Que nos trae los pechos por el suelo,
Tan blanda y diestramente la descarga,
Que nos hace subir ^a en alto vuelo;
Nuestra cárcel nos abre y desembarga,
Mostrando la salida para el cielo,
Y después ya de muertos y enterrados,
Nos hace que seamos más nombrados.

Ésta fundó las cumbres de Parnaso,
Y los templos que en Cipro se levantan;
Ésta llovió con abundante vaso,
Cuantos versos de amor acá se cantan;
Ésta texe y compone qualquier caso
De los casos que siempre nos espantan,
Y mueve nuestros pies y nuestras manos
Á sentimientos mucho más que humanos.

Ésta hizo que aquel gran Veronés
Por su Lesbia cantase dulcemente;
Y hizo por Corina al Sulmonés
Abrir la vena de su larga fuente;
Cantadas Delia y Cintia las verés

(a) Seguimos la lección del manuscrito, que parece mejor y más poética que la de los impresos, donde en vez de «subir» se lee «soplar».

Por Tibulo y Propercio juntamente:
Todos éstos y éstas se perdieran,
Si esta virtud de amor no recibieran.

Ésta guió la pluma al gran Toscano
Para pintar su Laura en su figura;
Y hizo á miser Cino andar lozano,
Loando de Salvagia la hermosura;
Y por pasar al vuestro Castellano,
Ésta puso al de Mena gran altura;
Y le movió su alma y su sentido
Á cantar: «*¡Ay, dolor del dolorido!*»

Y al bachiller que llaman de la Torre,
Ésta esforzó la fuerza de su estilo,
Tanto que dél la fama tira y corre
Del Istro al Tago, y del Tago hasta el Nilo;
Y otro que agora á la memoria ocurre,
Que por amar perdió del seso el hilo:
Garci-Sánchez se llama; ésta le puso
En las finezas que de amor compuso.

Ésta también al Andaluz de Haro
Le levantó sus versos levantando,
Y le hizo que al mundo fuese raro,
Sus tormentos de amor notificando;
Y al de Vivero dió juicio claro,
Sus escritos moviendo y concertando,
Y haciéndolo de puro enamorado
Comenzar: «*Si no os hubiera mirado.*»

Y aquel que nuestro tiempo truxo ufano,
El nuestro Garcilaso de la Vega,
Esta virtud le dió con larga mano
El bien que casi á todo el mundo niega.

¡Oh, su verso ^a latino y castellano,
Que desde el Helicón mil campos riega!
¡Oh dichoso amador, dichoso amado,
Que del amor acrecentó el estado!

Y al grande Catalán, de amor maestro,
Ausias March, que en su verso pudo tanto,
Que enriqueció su pluma el nombre nuestro
Con su fuerte y sabroso y dulce llanto,
Amor le levantó y le hizo diestro
En levantar su dama con su canto,
Y en extender su nombre de tal suerte,
Que no podrá vencerse con la muerte.

Y aquí tenéis también en vuestra tierra
Otro, que Gualbes dicen que se llama,
Cuyo escribir en su amorosa guerra
Señala el gran ardor de su gran llama;
De manera que quien de amar no yerra,
Dará y recibirá muy alta fama,
Y andará por el mundo la su gloria,
Renovando en las gentes la memoria.

Conocéis bien, señoras, si ésta puede
Dar y quitar la fama al mundo cara,
Y sin amar si es fuerza que se quede
Escura la mujer que fué más clara.
Aunque más alto la fortuna rueda,
Si falta amor, se pierde todo y pára,
Como en un punto todo pararía
Si alguna vez el sol no amanecía.

(a) La edición de 1597 corrigió «con su verso», y Knapp acepta la enmienda. Mejor está así, seguramente; pero creo que puede respetarse la lección primitiva, puntuando la frase con signos admirativos.

Esta virtud compone los efetos
Que vemos en el mundo milagrosos;
Ésta imprime y gobierna los concetos
Que hacen ser los gestos más hermosos;
Ésta en su bien confirma los perfetos,
Y de su mal aparta los astrosos;
Es ésta, en fin, un general juicio.
Que jamás hizo á nadie perjuicio.

Ésta os hizo nacer en nuestros días,
Amor en vuestros padres inspirando,
Como las dos estrellas que son guías
De los que en alta mar van navegando;
Cayera el bien de nuestras fantasías,
Dos bellezas acá tales faltando;
Fuera perder que nunca se cobrara,
Faltar vosotras, si el amor faltara.

Amor nacer os hizo y él nació;
Al punto de tan alto nacimiento
Distesle mucho más de lo que os dió,
Y en vosotras de sí quedó contento.
La fuente fué do tanto bien salió,
Mas, ¡ay!, el bien se vuelve de uno en ciento;
El Amor y su madre es hecha rica
Con el bien que en vosotras multiplica.

Amor en vuestros ojos muere y vive;
Si los cerráis, él muere y él se cierra;
Si los abris, él se abre y él revive,
Y tiro desde allí jamás le yerra;
Allí trae su cuenta y allí escribe
Lo que so vuestros pies muertos entierra;
Hace, en fin, tantas cosas que se cansa,
Pero en lugar está que él se descansa.

Ante el valor de vuestro acatamiento,
Cuanto llega ha de ser de grande estima;
Vuestro entender á todo entendimiento
Apura y adelgaza con su lima;
Y si hubiese en miraros sentimiento,
Que á vuestro ser pudiese ver la cima,
Tanto fuera de sí quizá saldría,
Que á sí mismo volver nunca podría.

En vosotras, si os vemos, contemplamos
El más perfeto bien que el mundo asconde;
Y si á alguno milagros preguntamos,
Con vuestras hermosuras nos responde;
Y quando algún extraño bien dudamos,
Mirándoos como está, vemos, y dónde,
Y en vosotras quedamos informados
De quanto escrito está por los pasados.

Figuras son, y fueron profecías,
Cuanto está escrito en loor de otras bellezas;
Cumplidas todas son en nuestros días
Con sólo el bien de vuestras gentilezas;
Debría el mundo hacer siempre alegrías
Por esas dos hermosas extrañezas;
Debría se alegrar, pero parece
Que á las veces por esto se entristece.

El ayre, el ademán y la postura,
La autoridad del cuerpo y el semblante,
La viveza, la sombra, la hermosura,
El variar, con un gesto constante;
La claridad del rostro, la frescura,
El asomar que mata en un instante:
De qualquier destas cosas, quien las viere
Sálvese con su esfuerzo, si pudiere.

Por vuestras hermosuras discurriendo,
Me pongo en más peligro que debía;
Voy mi seso y palabras recogiendo,
Mas su curso ha de hacer la fantasía;
Yo veo bien que ¡guay de los que os viendo
Contra vuestro poder tienen porfia!
Con esas vuestras manos los tomáis,
Y con las otras cosas los matáis.

Las cejas son los arcos que Amor flecha;
Los rayos de los ojos las saetas
Que su llaga mortal traen muy hecha.
¡Oh multitud de gracias tan perfetas,
Que su cuenta al contar si justa se echa
Es para enmudecer cien mil poetas!
¡Oh señoras!, bien es que no sepáis
El gran poder que entrambas alcanzáis.

Y muy mayor vuestro poder sería
Si amásedes así como debéis;
Vuestra hermosura entonces crecería
Sobre la natural que ya tenéis;
La lumbré del amor alumbraría
Cien mil gracias que agora escurecéis;
Como la luz del sol, quando amanece,
Alumbra quanto bien allí parece.

No amando, estáis en noche tenebrosa,
Y no esperéis jamás que os amanezca,
Hasta que os venga una hora tan dichosa
Que por amor deleyte se os ofrezca;
Entonces con su luz no ternéis cosa
Que en lustre y en valor y en bien no crezca,
Y abríseos ha con él la fantasía,
Como con el lucero se abre el día.

La tierra do no hay sol, siempre está fría,
Nunca en ella veréis fruto ni flores;
Así es el alma al tiempo que porfía
Á no sentir el sol de los amores;
Su gusto en su sentir se le resfria
Con pasmo de sus goces y dolores;
Desto al cuerpo le cabe en su desgracia
Mal ademán, mal lustre y mala gracia.

Y si estas cosas aun no os han cabido,
Es porque el desamor con su dolencia
No os ha tomado aún todo el sentido,
Ni ha podido romper tanta ecelencia;
Y también el amor tiene creído
Que habéis de hacer enmienda en su presencia;
Y así os sufre, señoras, y os espera,
Porque tan alto bien así no muera.

Escrito está en las fábulas antiguas,
Que infinitas mujeres estimadas
Fueron, por ser de Amor siempre enemigas,
En piedras ó alimañas transformadas.
No en balde los poetas sus fatigas
Pusieron en mentiras tan soñadas;
Pues desto que á la letra es vanidad,
Se saca en su sustancia gran verdad.

Y esta verdad bien clara se parece,
Que el corazón que en desamar es fuerte,
De lance en lance veis que se endurece,
Y en piedra poco á poco se convierte;
Y también como bestia se entorpece,
La calidad mudando de su suerte;
Vosotras, pues, con vuestras duras mañas,
Guardaos de ser piedras ó alimañas.

Cuántas cosas acá vemos hermosas,
Si como son hermosas fabricadas,
Así también no fuesen provechosas,
Serían cosas vanas y excusadas.
La luna, el sol y estrellas relumbrosas
No serían ya vistas ni alabadas,
Si honduras no tuviesen y secretos
En el poder de sus grandes efetos.

Hermosas son las flores en los ramos,
Y no por sólo el parecer bien dellas;
Mas porque fruto dellas esperamos,
Por eso nos holgamos más de vellas.
Con las aguas la vista descansamos,
Pero si no pudiésemos bebellas,
Al tiempo que más claras se verían,
Más nuestro corazón enfadarían.

Y aun la gran mar con gusto no se viera
Y á todos nos tuviera ya enfadados,
Si el tanto navegar della no fuera,
Y en tanta multitud tantos pescados.
Tan hermoso el abril no pareciera,
Si dél los labradores trabajados
No esperasen coger con sus fatigas
De muchos granos llenas las espigas ^a.

Y así entendé que vuestras hermosuras,
Si sin provecho son, son excusadas,
Y nunca serán más de unas figuras,
Como muchas que vemos bien labradas.
Todos dirán que sois buenas pinturas,
Con esto os dexarán bien alabadas,

(a) En el manuscrito, «Muy colmadas de granos las espigas».

Y quedaréis las dos con vuestra gloria
Como un mármol que queda por memoria.

Sin amor no podréis ser de provecho,
Ni sabréis qué mirar con vuestros ojos;
No os moverá lo dicho ni lo hecho;
Baxo ternéis el gozo y los enojos;
De nonada os verná un civil despecho,
Tras el hilo os iréis de los antojos,
De los que sigue el pueblo de confuso,
Y en vosotras valdrá también el uso.

Habréis de andar por fuerza chismeando,
Si no estáis en amar bien ocupadas;
Acá y allá os verán andar volando,
Haciendo de vosotras algaradas;
Pues ya aquel rato que estaréis pensando,
¡Qué miserias ternéis también pensadas!
Torres haréis en vuestro pensamiento,
Civiles, sobre ser torres de viento.

Todo al revés será si estáis amando;
Los oídos sabrán nuevas traeros,
Los ojos gozarán de estar mirando,
Las manos holgarán de componeros;
La lengua su placer sentirá hablando,
Y los pies do querréis querrán moveros;
Todo estará en su natural oficio,
Haciendo por amor blando ejercicio.

Las noches, dormiréis muy dulcemente,
Á ratos acudiendo un pensamiento,
Que os haga recordar sabrosamente;
Los días, sentiréis un sentimiento
Que os aparte mil veces de la gente;

Deste os verná tan gran contentamiento
Que de estar muy contentas y lozanas,
Quantas cosas veréis, ternéis por vanas.

Entonces estaréis de estar quebradas
En mitad de las fiestas retraídas;
Viviréis ociosas, ocupadas,
En vuestros sentimientos recogidas;
Sobre el mundo andaréis siempre dobladas,
Y andaréis vencedoras de vencidas;
Donde las otras estarán baylando,
Vosotras estaréis solas pensando.

Haréis, en fin, si amáis, como yo espero,
Lo que hacen quantas cosas son criadas;
Todas siguiendo amor por fin primero,
Siempre en amar se hallan levantadas;
Las piedras aman su reposo entero,
Y al centro por amor son inclinadas;
Las plantas ningún fruto llevarían
Si en sus tiempos amar no pretendían.

Los otros animales veis que amando
Siguen también su natural pasión;
La leona al león va deseando,
Y entrambos por amor conformes son.
En fin, todos de amor viven gozando,
Por un instinto y natural razón;
Amá, señoras, pues, si no queréis
Ser al revés de quantas cosas veis.

El eternal y universal maestro
Quando las cosas fabricó y compuso,
En todas, por el bien y placer nuestro;
Un principio de fuego de amor puso;

Por esta razón, pues, que agora os nuestro,
Lo natural también vuestro os dispuso
Á tener de aquel fuego la simiente,
Que está en el corazón naturalmente.

Tenéisle, mas tenéisle casi muerto,
Con dureza y costumbre desigual;
Cerrado le tenéis y tan cubierto,
Como vemos que está en el pedernal;
Si os hiere el eslabón con golpe cierto
El fuego saltará, que es natural,
Y saltarán tan recias las centellas,
Que á todo el mundo queme el ardor dellas.

De vuestro ser entonces gozaréis,
Y en vosotras por otro iréis contentas ^a;
Amaros heis, amando á quien debéis,
Y una cuenta serán todas las cuentas;
Vuestras almas en otras las veréis
Traspuestas con sus cargos y sus rentas,
Y mezclarán en uno sus oficios,
Repartiendo en sí sus beneficios.

¿Paréceos mal que estéis imaginando
Siempre en aquel á quien vuestra alma distes?
¿Y sepáis que él está también pensando
En todo lo que hicistes y dixistes?
¿Y que os andéis en mil cosas topando,
Alegres ahora estando y ahora tristes?
¿Y que en los gestos y ojos os leáis
Lo que os queréis, amáis y deseáis?

¡Qué vida!, si alcanzáis dos amadores
Con quien partáis los vuestros sentimientos.

(a) En el manuscrito, «por él seréis contentas».

Los miedos, los deseos, los dolores,
Los placeres y los desabrimientos;
Y bien correspondiendo los amores,
Os ayudéis á estar siempre contentos,
Y vaya tan igual el armonía,
¡Que á todos dé en un punto el alegría!

¡Quánto se ha de estimar uno que quiera
Siempre morir, por siempre contentaros!
¡Y que en todo lugar y con quien quiera,
Nunca sepa jamás sino alabaros!
¡Y que en vosotras viva y en sí muera,
Y su vida y morir esté en amaros;
Y sus placeres mude y sus enojos,
A cada revolver de vuestros ojos!

¡Qué gusto debe ser un caimiento
Con un cierto desmayo enamorado!
¡Y un sosegado y blando sentimiento
Por mitad de las venas derramado!
Y un no sé qué, que está en el pensamiento,
Que al corazón descansa fatigado,
¡Y un pensar si sentís una pisada
Que alguna nueva os traen deseada!

¿Y no es placer que halléis muchas razones
Para hallar deleyte en las tristezas?
¿Y á hurto que escribáis con mil borrones,
Y sea el escribir puras llanezas?
¿Y que juntos estén dos corazones,
Produciendo de amor grandes finezas?
¿Y en quanto hacéis, pensáis y deseáis,
Que el uno por el otro más valgáis?

¿Y no es gusto también así entenderos ^a,
 Que podáis siempre entrambos conformaros?
 ¿Entrambos en un punto entristeceros,
 Y en otro punto entrambos alegraros?
 ¿Y juntos sin razón embraveceros,
 Y sin razón también luego amansaros?
 ¿Y que os hagan, en fin, vuestros amores
 Igualmente mudar de mil colores?

¡Qué deleyte, pues, es desaveniros,
 Si tras ello sucede concertaros!
 ¡Y sin por qué, mil lástimas deciros,
 Y luego blandamente perdonaros!
 ¡Y alguna vez con lágrimas reiros,
 Y entre la risa y el llorar quexaros!
 ¡Y que pare el quejar en mil dulzuras,
 Y en mil enamoradas travesuras!

Puédese bien contar por muerta aquella
 Que estos gustos de amor nunca ha alcanzado:
 Quedará tal qual queda la centella
 Al tiempo que ceniza se ha tornado;
 Que ninguno recibe placer della,
 Y en nonada la veis vuelto su estado:
 Así es la dama que no siente amores,
 Que nunca da placeres ni dolores.

Es como un ramo de árbol arrancado ^b.
 Que en tierra está marchito sin su hoja ^c,

(a) «atenderos», en la edición de 1544.

(b) En alguna edición se imprimió: «Es como árbol arrancado», impresión seguramente defectuosa.

(c) En el manuscrito, «marchito ya y sin hoja».

Que acá y allá los vientos le han echado,
Y á nadie de tomalle se le antoja.
La mujer que en su vida no ha probado
Los bienes con que Amor nos desenoja,
Es como cosa desechada y manca,
Que de su cepa natural se arranca.

No sufráis, pues, vivir como cortadas
De donde las raíces vuestras viven;
Ni os consintáis estar siempre apartadas
De donde vuestros bienes se reciben.
¡Oh señoras!, no estáis bien informadas
De los gustos que amando se conciben;
Si desto bien alguno os informase,
No terníades cosa que no amase.

Y dígoos más; que mientras extranjeras
Seréis de amor, y viviréis desa arte,
Seréis medias personas y no enteras,
Hasta que os junte Amor con la otra parte;
Entonces vuestras glorias verdaderas
El alma os pasarán de parte á parte,
Y quando alguna vez estaréis tristes,
Será sólo del tiempo que perdistes.

Poseeréis entonces lo que es nuestro,
Vosotras á nosotros poseyendo;
Y así también ternemos lo que es vuestro,
Nosotros á vosotras consiguiendo;
Todo estará sin recibir siniestro,
Junto y en paz sus obras componiendo,
Y fundará el Amor su monarquía,
Conforme al punto de su fantasía.

Esta verdad vosotras no inoráis,
Que aunque en esto os falte ^a la experiencia,
Por puro entendimiento traspasáis
Más adelante de qualquiera sciencia.
Si tanto, pues, señoras, alcanzáis,
¿Cómo puede bastaros la paciencia
A quitaros vosotras y robaros
Unos bienes tan grandes y tan claros?

Los vuestros enemigos guerreando
Al tiempo que os hiciesen cruda guerra,
¿Qué podrían, corriendo y peleando,
Hacer más de tomaros vuestra tierra?
Vosotras hacéis más, que os vais privando
De quanto bien acá y allá se encierra,
Y á puro brazo y fuerzas os quitáis
El reyno y aun la vida que alcanzáis.

En verde edad queréis así secaros,
Como quando seréis viejas formadas;
Y en mitad del calor así enfriaros,
Como quando estaréis muy enfriadas;
Esto es querer la muerte adelantaros,
Y sin por qué morir desesperadas;
Y es caso que jamás podrá alcanzarse,
En la prosperidad desesperarse.

Volvé, señoras, pues, sobre la rienda,
Primero que el buen tiempo se resbale;
Hacé en buena sazón debida enmienda,

(a) Aquí la lección del manuscrito debe preferirse a la del impreso, que dice «falto». Como curiosidad apunto que así escribió «falte» Sebastián de Córdoba en sus *Obras de Boscán y Garcillasso*, trasladadas en materias «Christianas y religiosas». — Zaragoza; Casa de Juan Soler, año 1577, f.º 221, S-7.

Enmienda que el valor vuestro señale;
Viva llama de amor así se encienda
En vosotras que valga lo que vale,
Y salgan todas vuestras hermosuras
Envueltas en amor con sus blanduras.

No resistáis á vuestra reyna y nuestra,
La cual nos envió larga jornada,
Para mostraros esto que se os muestra,
Acerca de su ley santa y sagrada;
Vuestro saber y la crianza vuestra
No dexen su justicia agraviada,
Sino que agradezcáis con mil servicios
Las obras de sus grandes beneficios.

Yo de su parte agora os amonesto,
Que será, según fueren vuestros hechos,
El galardón ó la venganza presto,
Con muy largos deleytes ó despechos;
Así que en vuestras manos está puesto
Que el bien ó el mal os dé vuestros derechos;
Por eso estad, señoras, corregidas,
Procurando el placer de vuestras vidas.

No os engañe ni os trayga levantadas
La mocedad y verde lozanía;
Que os hallaréis después peor burladas
Con el tiempo que burla cada día;
Y de suerte os veréis desengañadas,
Que engañaros querrá la fantasía,
Y no os valdrá ni maña ni consejo,
Ni miraros mil veces al espejo.

Guardá que mientras el buen tiempo dura,
No se os pierda la fresca primavera;

Sali á gozar el campo y su verdura,
Antes que todo en el invierno muera;
Reposá y sosegá en esa frescura
Con el ayre que blandamente os hiera;
Y así falsas podréis estar, señoras,
Sobre el correr del tiempo y de las horas.

Si fuesen menester aquí argumentos
Para probar esta demanda mía,
Pudiera yo traer más fundamentos
Para fundar tan cierta fantasía;
Pero bastan los solos sentimientos
Á saber cierto que es la nieve fría,
Y el fuego no dirá que no es caliente
Sino aquel que de muerto ya no siente.

Y así no hay más en esto que entendáis,
Sino que si acordáis de bien regiros,
Vosotras de vosotras os sirváis,
Sin querer engañaros ni mentiros.
En tantas estrechezas no os metáis,
Que después dellas no podáis saliros,
Y no os perdáis en el cerrado puerto,
De miedo de salir al mar abierto.

¿Mas para qué es andar más alargando,
Siendo vuestro juicio de manera
Que no ha de hacer para acertar andando,
Sino seguir de coro su carrera?
Callaré; pues, con esto así parando;
Mas por saber la voluntad postrera
Que sobre esto en vosotras está puesta,
Volveremos acá por la respuesta.

OBRAS DE GARCILASO DE LA VEGA

ÉGLOGAS

I

AL VIRREY DE NÁPOLES

PERSONAS: SALICIO.—NEMOROSO

El dulce lamentar de dos ^a pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar ^b, sus queexas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo,
Agora estés atento, sólo y dado
Al inclito gobierno del Estado
Albanò; agora vuelto á la otra parte,
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra el ^c fiero Marte;
Agora de cuidados enojosos,
Y de negocios libre, por ventura

(a) A. «los».

(b) A. «contar».

(c) A. «al».

Andes á caza el monte fatigando
En ardiente jinete, que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando :
Espera que en ^a tornando
Á ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás exercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras;
Antes que me consuma,
Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día
Que se debe á tu fama y á tu gloria,
Que es deuda general, no sólo mía,
Mas de cualquier ingenio peregrino
Que celebra lo digno de memoria,
El árbol de victoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la yedra que se planta
Debaxo de tu sombra, y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores;
Y en quanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis ^b pastores.

Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, quando Salicio, recostado
Al pie de una alta haya en la verdura
Por donde un agua clara con sonido

(a) A. «que tornando».

(b) A. «dos».

Atravesaba el fresco y verde prado,
El, con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba,
Se quexaba tan dulce y blandamente ^a
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenía;
Y así como presente,
Razonando con ella le decía.

SALICIO

O más dura que mármol á mis quexas,
Y al encendido fuego en que me quemo ^b,
Más helada que nieve, Galatea :
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
Témola con razón, pues tú me dexas;
Que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado,
De ti desamparado;
Y de mí mesmo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbré
Por montes y por valles, despertando
Las aves y animales y la gente :
Qual por el aire claro va volando;
Qual por el verde valle ó alta cumbre

(a) A. «tan blanda y dulcemente».

(b) A. falta el «en».

Paciendo va segura y libremente;
 Quál con ^a el sol presente
 Va de nuevo al oficio,
 Y al usado ejercicio
 Do su natura ó menester le inclina.
 Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
 Quando la sombra el mundo va cubriendo,
 Ó la luz se aveçina,
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 ¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
 Sin mostrar un pequeño sentimiento
 De que por ti Salicio triste muera,
 Dexas llevar, desconocida, al viento
 El amor y la fe, que ser guardada
 Eternamente sólo á mi debiera?
 ¡O Dios!, ¿por qué siquiera
 (Pues vees desde tu altura
 Esta falsa perjura
 Causar la muerte de un estrecho amigo)
 No recibe del Cielo algún castigo?
 Si en pago del amor yo ^b estoy muriendo,
 ¿Qué hará el enemigo?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 Por ti el silencio de la selva umbrosa,
 Por ti la esquividad ^c y apartamiento
 Del solitario monte me agradaba;
 Por ti la verde hierba, el fresco viento,
 El blanco lirio y colorada rosa,
 Y dulce primavera deseaba.
 ¡Ay!, cuánto me engañaba;
 ¡Ay!, cuán diferente era,

(a) A. «por».

(b) A. falta el «yo».

(c) A. «escuridad».

Y quán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondía.
Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
  Qu  ntas veces durmiendo en la floresta
(Reput  ndolo yo por desvario)
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
So  aba que en el tiempo del estio
Llevaba, por pasar all   la siesta,
   beber    en el Tajo mi ganado;
Y después de llegado,
Sin saber de qu  al arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Tu dulce habla,   en c  ya oreja suena?
Tus claros ojos,    a quién los volviste?
  Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe,   d   la pusiste?
  Qu  al es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos a  udaste?
No hay corazón que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada yedra
De mi arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se est   con llanto deshaciendo

(a) A. «abreviar». La de 1544 dice «abreviar».

Hasta acabar la vida.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 ¿Qué no se esperará de aquí adelante,
 Por difícil que sea y por incierto?
 ¿Ó qué discordia no será juntada?
 Y juntamente, ¿qué terná por cierto ^a,
 Ó qué de hoy más no temerá el amante
 Siendo á todo materia por ti dada?
 Quando tú enajenada
 De mí, cuitado, fuiste,
 Notable causa diste,
 Y exemplo á todos quantos cubre el cielo,
 Que el más seguro tema con recelo
 Perder lo que estuviere poseyendo.
 Salid fuera ^b sin duelo,
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
 De alcanzar lo imposible y no pensado ^c,
 Y de hacer juntar lo diferente,
 Dando á quien diste el corazón malvado,
 Quitándolo de mí con tal mudanza,
 Que siempre sonará de gente en gente.
 La cordera paciente
 Con el lobo hambriento
 Hará su ajuntamiento,
 Y con las simples aves sin ruido
 Harán las bravas sierpes ya su nido;
 Que mayor diferencia comprehendo
 De ti al que has escogido.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

(a) A. «Y juntamente se tendrá por cierto».

(b) A. «fuerte».

(c) A. «porfiando».

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar, pues, yo ^a te vi agradada
Tanto, que no pudiera el Mantuano
Títiro ser de ti más alabado;
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo;
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura;
Y cierto no trocara mi figura
Con ese ^b que de mí se está reyendo :
Trocara mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
Siempre fuera tenido de ti ^c en precio,
Y no viera este triste apartamiento ^d.
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frío
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado extremo en el invierno?
¡Mas qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

(a) A. «ya».

(b) A. «este». — En las ediciones del siglo xvi no escribieron «reyendo», sino «riendo» o «ryendo».

(c) A. «de ti teniendo».

(d) «Y no viera de ti este apartamiento», en la edición de 1544, la anotada por Herrera y la de Sánchez, el Brocense.

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan, quando cantan
Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan ^a.
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dexan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
Á lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dexes el lugar que tanto amaste,
Que bien podrás venir de mí segura.
Yo dexaré el lugar do me dexaste:
Ven, si por sólo esto ^b te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí un'espesura,
Ves aquí un'agua clara,
En otro tiempo cara,
Á quien de ti con lágrimas me quexo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dexo,
No es mucho que el lugar también le quede.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena.

(a) Faltan estos tres versos en A. — La edición príncipe dice, por errata, «advenian» en vez de «adivinan».

(b) A. «aquesto».

Queriendo el monte al grave ^a sentimiento
 De aquel dolor en algo ser propicio,
 Con la pasada ^b voz retumba y suena.
 La blanda ^c Filomena,
 Casi como dolida,
 Y á compasión movida,
 Dulcemente responde al son lloroso.
 Lo que cantó tras esto Nemoroso
 Decildo vós Pierides, que tanto
 No puedo yo, ni oso,
 Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
 Árboles que os ^d estáis mirando en ellas;
 Verde prado de fresca sombra lleno;
 Aves que aquí sembráis vuestras querellas;
 Yedra que por los árboles caminas
 Torciendo el paso por su verde seno:
 Yo me vi tan ajeno
 Del grave mal que siento,
 Que de puro contento
 Con vuestra soledad me recreaba,
 Donde con dulce sueño reposaba,
 O con el pensamiento discurría
 Por donde no hallaba
 Sino memorias llenas de alegría.
 Y en este triste ^e valle, donde agora

- (a) A. «fiero».
 (b) «pesada», en la edición príncipe, pero parece errata. En la edición de 1544, «pasada». En Herrera y Sánchez, «pesada».
 (c) «blanca», en la edición príncipe.
 (d) A. falta el «os».
 (e) Herrera y Sánchez leyeron «mismo».

Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve yo ^a contento y descansado.

¡O bien caduco, vano y presuroso!

Acuérdome durmiendo aquí algún hora,

Que despertando, á Elisa vi á mi lado.

¡O miserable hado!

¡O tela delicada,

Antes de tiempo dada

Á los agudos filos de la muerte!

Más conveniente fuera ^b aquesta suerte

Á los cansados años de mi vida,

Que es más que el hierro fuerte,

Pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos,

Que llevaban tras sí como colgada

Mi alma doquier que ellos se volvían?

¿Dó está la blanca mano delicada

Llena de vencimientos y despojos

Que de mi mis sentidos le ofrecían?

Los cabellos que vían

Con gran desprecio al oro

Como á menor tesoro,

¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?

¿Dó la coluna que el dorado techo

Con presunción ^c graciosa sostenía?

Aquesto todo agora ya se encierra,

Por desventura mía,

En la fría ^d, desierta y dura tierra.

¿Quién me dixera, Elisa, vida mía,

(a) A. «ya».

(b) A. «Fuera más conveniente». Herrera y otros, «Más conveniente suerte». Sánchez escribió como aconseja el buen sentido.

(c) A. «proporción».

(d) A. «escura».

Quando en aqueste valle al fresco viento
 Andábamos cogiendo tiernas flores,
 Que había de ver con largo ^a apartamiento
 Venir el triste y solitario día
 Que diese amargo fin á mis amores?
 El Cielo en mis dolores
 Cargó la mano tanto,
 Que á sempiterno llanto
 Y á triste soledad me ha condenado;
 Y lo que siento más es verme atado
 Á la pesada vida y enojosa,
 Solo, desamparado,
 Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dexaste nunca paco
 En hartura el ganado ya, ni acude
 El campo al labrador con mano llena.
 No hay bien que en mal no se convierta y mude.
 La mala hierba al trigo ahoga, y nace
 En lugar suyo la infelice avena.
 La tierra, que de buena
 Gana nos producía
 Flores con que solía
 Quitar en sólo vellas ^b mil enojos,
 Produce agora en cambio estos ^c abrojos,
 Ya de rigor de espinas ^d intratable;
 Y ^e yo hago con mis ojos
 Crecer lloviendo el fruto miserable.
 Como al partir del sol la sombra crece,
 Y en cayendo su rayo se levanta

{a) A. «luengo».

{b) A. «el solo verlas».

{c) A. «en cambio de esto».

{d) A. «y de rigor espinas».

{e) A. falta el «Y».

La negra escuridad que el mundo cubre;
 De do viene el temor que nos espanta,
 Y la medrosa forma en que se ofrece
 Aquello que la noche nos encubre,
 Hasta que el sol descubre
 Su luz pura y hermosa :
 Tal es la tenebrosa
 Noche de tu partir, en que he ^a quedado
 De sombra y de temor atormentado,
 Hasta que muerte el tiempo determine,
 Que á ver el deseado
 Sol de tu clara vista me encamine.

Qual suele el rui señor con triste ^b canto
 Quexarse, entre las hojas escondido,
 Del ^c duro labrador que cautamente
 Le despojó su caro y dulce nido
 De los tiernos hijuelos, entretanto
 Que del amado ramo estaba ausente ^d;
 Y ^e aquel dolor que siente,
 Con diferencia tanta
 Por la dulce garganta
 Despide, y ^f á su canto el ayre suena,
 Y la callada noche no refrena
 Su lamentable oficio y sus ^g querellas,
 Trayendo de su pena
 Al cielo por testigo y las estrellas,
 Desta manera suelto yo ^h la rienda.

- (*c*) A. «y yo».
 (*b*) A. «dulce».
 (*c*) A. «De».
 (*d*) A. «enfrente».
 (*e*) A. falta el «Y»
 (*f*) A. «que».
 (*g*) A. «las».
 (*h*) A. «yo suelto».

A mi dolor, y así me queixo en vano
 De la dureza de la muerte ayrada.
 Ella en mi corazón metió la mano;
 Y de allí me llevó mi dulce prenda,
 Que aquel era su nido y su morada.
 ;Ay muerte arrebatada!
 Por ti me estoy quexando
 Al Cielo, y enojando
 Con importuno llanto al ^a mundo todo.
 Tan ^b desigual dolor no sufre modo.
 No me podrán quitar el dolorido
 Sentir, si ya del todo
 Primero no me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí ^c de tus cabellos,
 Elisa, envueltos en un blanco paño,
 Que nunca de mi seno se me apartan :
 Descójolos, y de un dolor tamaño
 Enternecerme siento, que sobre ellos
 Nunca mis ojos de llorar se hartan.
 Sin que de allí se partan,
 Con suspiros calientes,
 Más que la llama ardientes,
 Los enxugo del llanto, y de consuno
 Casi los paso y cuento uno á uno ^d;
 Juntándolos, con ^e un cordón los ato:
 Tras esto el importuno
 Dolor me dexa descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece

- (a) A. «el».
 (b) A. «El».
 (c) A. «Una parte guardé de tus cabellos».
 (d) A. «Los enxugo del llanto, uno a uno,
 Casi los paso y cuento de consuno».
 (e) A. «en».

Aquella noche tenebrosa, oscura,
 Que siempre aflige esta ánima mezquina
 Con la memoria de mi desventura.
 Verte presente agora me parece
 En aquel duro trance de Lucina,
 Y aquella voz divina,
 Con cuyo son y acentos
 Á los ayrados vientos
 Pudieras amansar, que agora es muda;
 Me parece que oygo ^a que á la cruda,
 Inexorable diosa demandabas
 En aquel paso ayuda;
 Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?
 ¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
 ¿Íbate tanto en un pastor dormido?
 ¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
 Que conmovida á compasión, oído
 Á los votos ^b y lágrimas no dieras,
 Por no ver hecha tierra tal belleza?
 ¿O no ver la tristeza
 En que tu Nemoroso
 Queda, que su reposo ^c
 Era seguir tu oficio, persiguiendo
 Las fieras por los montes, ^d y ofreciendo
 Á tus sagradas aras los despojos?
 ¿Y tú, ingrata, riendo
 Dexas morir mi bien ante mis ojos?
 Divina Elisa, pues agora el cielo
 Con inmortales pies pisas y mides ^a,
 Y su mudanza ves, estando queda,

- (a) A. «escucho».
 (b) A. «Á las voces».
 (c) A. «que siempre su reposo».
 (d) A. «pascando mides».

¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo ^a y verme libre pueda,
Y en la tercera rueda
Contigo mano á mano
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros ríos,
Otros valles floridos y sombríos,
Do descansar ^b, y siempre pueda verte
Ante los ojos míos,
Sin miedo y sobresalto de perderte? ^c

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que sólo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar el sol bordadas ^d de oro,
No vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo paso á paso.

- (a) A. «romper del cuerpo».
- (b) A. «donde descanse».
- (c) A. «de la muerte».
- (d) A. «orladas».

II

PERSONAS : ALBANIO. — SALICIO. — CAMILA. — NEMOROSO

ALBANIO

En medio del invierno está templada
El agua dulce desta clara fuente,
Y en el verano más que nieve helada.
¡O claras ondas!, como veo presente,
En viéndoos, la memoria de aquel día,
De que el alma temblar y arder se siente.

En vuestra claridad vi mi alegría
Escurecerse toda y enturbiarse :
Quando os cobré, perdí mi compañía.
¿Á quién pudiera igual tormento darse,
Que con lo que descansa otro afligido
Venga mi corazón á atormentarse?

El dulce murmurar deste ruido,
El mover de los árboles al viento,
El suave olor del prado florecido,
Podrían tornar de enfermo y descontento
Qualquier pastor del mundo, alegre y sano :
Yo sólo en tanto bien morir me siento.

¡O hermosura sobre el ser humano!
¡O claros ojos!, ¡o cabellos de oro!
¡O cuello de marfil!, ¡o blanca mano!
¿Cómo puede ora ser que en triste lloro
Se convirtiese tan alegre vida,
Y en tal pobreza todo mi tesoro?

Quiero mudar lugar, y á la partida
Quizá me dexará parte del daño
Que tiene el alma casi consumida.

¡Quán vano imaginar, cuán claro engaño
Es darme yo á entender que con partirme,
De mí se ha de partir un mal tamaño!

¡Ay miembros fatigados, y cuán firme
Es el dolor que os cansa y enflaquece!
¡O si pudiese un rato aquí dormirme!

Al que velando el bien nunca se ofrece,
Quizá que el sueño le dará dormiendo
Algún placer que presto desaparece.
En tus manos, ¡o sueño!, me encomiendo.

SALICIO

¡Quán bienaventurado
Aquel puede llamarse
Que con la dulce soledad se abraza,
Y vive descuidado,
Y lejos de empacharse
En lo que el alma impide y embaraza!
No ve la llena plaza,
Ni la soberbia puerta
De los grandes señores,
Ni los aduladores,
Á quien la hambre del favor despierta :
No le será forzoso
Rogar, fingir, temer y estar quexoso.

Á la sombra holgando
De un alto pino ó robre,
Ó de alguna robusta y verde encina,
El ganado contando
De su manada pobre,
Que por * la verde selva se avicina,

(a) «en» dice la primera edición en vez de «por». Es evidente errata que destruye el verso.

Plata cendrada y fina,
Oro luciente y puro,
Baxo y vil le parece,
Y tanto lo aborrece,
Que aun no piensa que dello está seguro :
Y como está en su seso,
Rehuye la cerviz del grave peso.

Convida á dulce sueño
Aquel manso ruido
Del agua que la clara fuente envía;
Y las aves sin dueño,
Con canto no aprendido
Hinchen el ayre de dulce harmonia :
Háceles compañía
Á la sombra volando,
Y entre varios olores
Gustando tiernas flores,
La solícita abeja susurrando.
Lòs árboles y el viento
Al sueño ayudan con su movimiento.

¿Quién duerme aquí? ¿Dó está que no le veo?
¡O!, helo allí. Dichoso tú que afloxas
La cuerda al pensamiento ó al deseo.

¡O natura, quán pocas obras coxas
En el mundo son hechas por tu mano!
Creciendo el bien, menguando las congoxas.

El sueño diste al corazón humano,
Para que al despertar más se alegrase
Del estado gozoso, alegre y sano.

Que como si de nuevo le hallase,
Hace aquel intervalo que ha pasado,
Que el nuevo gusto nunca el bien se pase.

Y al que de pensamiento fatigado
El sueño baña con licor piadoso

Curando el corazón despedazado,

Aquel breve descanso, aquel reposo

Basta para cobrar de nuevo aliento,

Con que se pase el curso trabajoso.

Llegarme quiero cerca con buen tiento,

Y ver, si de mí fuere conocido,

Si es del número triste ó del contento.

Albanio es éste que está aquí dormido,

Ó yo conozco mal. Albanio es, cierto.

Duerme garzón, cansado y afligido.

¡Por cuán mejor librado tengo un muerto,

Que acaba el curso de la vida humana,

Y es conducido á más seguro puerto,

Que el que viviendo acá, de vida ufana,

Y de estado gozoso, noble y alto,

Es derrocado de fortuna insana!

Dicen que este mancebo dió un gran salto,

Que de amorosos bienes fué abundante,

Y agora es pobre, miserable y falto.

No sé la historia bien; mas quien delante

Se halló al duelo me contó algún poco

Del grave caso deste pobre amante.

ALBANIO

¿Es esto sueño, ó ciertamente toco

La blanca mano? ¿Sueño, estás burlando?

Yo estábate creyendo como loco.

¡O cuitado de mí! Tú vas volando

Con prestas alas por la ebúrnea puerta;

Yo quedome tendido aquí llorando.

¿No basta el grave mal en que despierta

El alma vive, ó (por mejor decillo)

Está muriendo de una vida incierta?

SALICIO

Albanio, dexa el llanto, que en oïllo
Me aflixo.

ALBANIO

¿Quién presente está á mi duelo?

SALICIO

Aquí está quien te ayudará á sentillo.

ALBANIO

¿Aqui estás tú, Salicio? Gran consuelo
Me fuera en cualquier mal tu compañía;
Mas tengo en esto por contrario el Cielo.

SALICIO

Parte de tu trabajo ya me habia
Contado Galafrón, que fué presente
En aqueste lugar el mismo día.

Mas no supo decir del accidente
La causa principal: bien que pensaba
Que era mal que decir no se consiente.

Y á la sazón en la ciudad yo estaba,
Como tú sabes bien, aparejando
Aquel largo camino que esperaba.

Y esto que digo me contaron cuando
Torné á volver; mas yo te ruego agora
(Si esto no es enojoso que demando)

Que particularmente el punto y hora,
La causa, el daño cuentes y el proceso;
Que el mal comunicado se mejora.

ALBANIO

Con un amigo tal verdad es eso,
Quando el mal sufre cura, mi Salicio;
Mas éste ha penetrado hasta el hueso.

Verdad es que la vida y ejercicio
Común, y el amistad que á ti me ayunta,
Mandan que complacerte sea mi oficio.

Mas ¿qué haré?, que el alma ya barrunta,
Que quiero renovar en la memoria
La herida mortal de aguda punta.

Y póneme delante aquella gloria
Pasada, y la presente desventura,
Para espantarme de la horrible historia.

Por otra parte pienso que es cordura
Renovar tanto el mal que me atormenta
Que á morir venga de tristeza pura.

Y por esto, Salicio, entera cuenta
Te daré de mi mal como pudiere,
Aunque el alma rehuya y no consienta.

Quise bien, y querré mientras rigiere
Aquestos miembros el espíritu ^a mío,
Aquella por quien muero, si muriere.

En este amor no entré por desvario,
Ni le traté como otros con engaños,
Ni fué por elección de mi albedrío.

Desde mis tiernos y primeros años
Á aquella parte me enclinó mi estrella,
Y aquel fiero destino de mis daños.

Tú conociste bien una doncella,
De mí sangre y abuelos descendida,
Más que la misma hermosura bella.

(a) «espirtu», en la edición de Herrera.

En su verde niñez, siendo ofrecida
Por montes y por selvas á Diana,
Exercitaba allí su edad florida.

Yo que desde la noche á la mañana,
Y del un sol al otro sin cansarme
Seguía la caza con estudio y gana,
Por deudo y ejercicio á conformarme
Vine con ella en tal domestichezza,
Que della un punto no sabía apartarme.

Iba de un hora en otra la estrechez
Haciéndose mayor, acompañada
De un amor sano y lleno de pureza.

¿Qué montaña dexó de ser pisada
De nuestros pies? ¿Qué bosque ó selva umbrosa
No fué de nuestra caza fatigada?

Siempre con mano larga y abundosa,
Con parte de la caza visitando
El sacro altar de nuestra santa diosa;

La colmilluda testa ora llevando
Del puerco jabali cerdoso y fiero,
Del peligro pasado razonando;

Ora clavando del ciervo ligero
En algún sacro pino los ganchosos
Cuernos, con puro corazón sincero,

Tornábamos contentos y gozosos;
Y al disponer de lo que nos quedaba,
Jamás ^a me acuerdo de quedar quexosos.

Cualquiera caza á entrambos agradaba;
Pero la de las simples avecillas
Menos trabajo y más placer nos daba.

En mostrando el aurora sus mexillas
De rosa, y sus cabellos de oro fino

(a) «Ya más», en la edición príncipe.

Humedeciendo ya las florecillas,
Nosotros, yendo fuera de camino,
Buscábamos un valle el más secreto,
Y de conversación menos vecinó.

Aquí con una red de muy perfeto
Verde teñida aquel valle atajábamos
Muy sin rumor, con paso muy quieto.

De dos árboles altos la colgábamos,
Y habiéndonos un poco lejos ido,
Hacia la red armada nos tornábamos;

Y por lo más espeso y escondido
Los árboles y matas sacudiendo,
Turbábamos el valle con ruido.

Zorzales, tordos, mirlos, que temiendo,
Delante de nosotros espantados,
Del peligro menor iban huyendo,

Daban en el mayor desatinados,
Quedando en la sutil red engañosa
Confusamente todos enredados.

Y entonces era vellos una cosa
Extraña y agradable, dando gritos,
Y con voz lamentándose quexosa.

Algunos dellos (que eran infinitos)
Su libertad buscaban revolando;
Otros estaban miseros y aflitos.

Al fin las cuerdas de la red tirando,
Llevábamosla juntos casi llena,
La caza á cuestras y la red colgando.

Quando el húmido otoño ya refrena
Del seco estío el gran calor ardiente,
Y va faltando sombra á Filomena,

Con otra caza desta diferente,
Aunque también de vida ociosa y blanda,
Pasábamos el tiempo alegremente.

Entonces siempre, como sabes, anda
De estorninos volando á cada parte
Acá y allá la espesa y negra banda.

Y cierto aquesto es cosa de contarte,
Como con los que andaban por el viento
Usábamos también de astucia y arte.

Uno vivo primero de aquel cuento
Tomábamos; y en esto sin fatiga
Era cumplido luego nuestro intento.

Al pie del qual un hilo untado en liga
Atado, le soltábamos al punto
Que vía volar aquella banda amiga.

Apenas era suelto, quando junto
Estaba con los otros y mezclado,
Secutando el efeto de su asunto.

Á quantos era el hilo enmarañado
Por alas ó por pies ó por cabeza,
Todos venían al suelo mal su grado.

Andaban forcejeando ^a una gran pieza
Á su pesar y á mucho placer nuestro;
Que así de un mal ajeno bien se empieza.

Acuérdaseme agora que el siniestro
Canto de la corneja y el agüero
Para escaparse no le fué maestro.

Quando una dellas (como es muy ligero)
A nuestras manos viva nos venía,
Era prisión ^b de más de un prisionero.

La qual á un llano grande yo traía,
Á do muchas cornejas andar juntas
Ó por el suelo ó por el ayre vía:

Clavándola en la tierra por las puntas

(a) «forcejando», en otras ediciones.

(b) «ocasión», en Herrera.

Extremas de las alas, sin rompellas,
Seguíase lo que apenas tú barruntas.

Parecía mirando á las estrellas
Clavada boca arriba en aquel suelo,
Que estaba contemplando el curso dellas.

De allí nos alexábamos, y el cielo
Rompía á ^a gritos ella, y convocaba
De las cornejas el supremo ^b vuelo.

En un solo momento se ayuntaba
Una gran muchedumbre presurosa,
Á socorrer la que en el suelo estaba.

Cercábanla, y alguna más piadosa
Del mal ajeno de la compañera,
Que del suyo avisada ó temerosa,

Llegábase muy cerca, y la primera
Que esto hacía, pagaba su inocencia
Con prisión ó con muerte lastimera;

Con tal fuerza la presa y tal violencia
Se engarrafaba de la que venía,
Que no se despidiera sin licencia.

Ya puedes ver quán gran placer sería
Ver, de una por soltarse y desasirse,
De otra por socorrerse la porfia.

Al fin la fiera lucha á despartirse
Venía por nuestra mano, y la cuitada
Del bien hecho empezaba á arrepentirse.

¿Qué me dirás si con su mano alzada,
Haciendo la nocturna centinela,
La grulla de nosotros fué engañada?

No aprovechaba al ánsar la cautela,
Ni ser siempre sagaz descubridora

(a) Otras ediciones dicen «con»; desde luego debe ser «á».

(b) «superno» por «supremo», en Herrera, Sánchez, etc.

De nocturnos engaños con su vela.

Ni al blanco cisne que en las aguas mora,
Por no morir como Phaetón en fuego,
Del qual el triste caso canta y llora.

¿Y tú, perdiz cuitada, piensas luego
Que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.

A ninguna ave ó animal natura
Dotó de tanta astucia, que no fuese
Vencido al fin de nuestra astucia pura.

Si por menudo de contarte hubiese
De aquesta vida cada partecilla,
Temo que antes del fin anocheciese.

Basta saber que aquesta tan sencilla
Y tan pura amistad, quiso mi hado
En diferente especie convertilla :

En un amor tan fuerte y tan sobrado,
Y en un desasosiego no creible,
Tal que no me conozco de trocado.

El placer de miralla, con terrible
Y fiero desear senti mezclarse,
Que siempre me llevaba á lo imposible.

La pena de su ausencia vi mudarse,
No en pena, no en congoxa, en cruda muerte
Y en fuego eterno el alma atormentarse.

Á aqueste estado, en fin, mi dura suerte
Me truxo poco á poco, y no pensara
Que contra mi pudiera ser más fuerte,

Si con mi grave daño no probara
Que en comparación de ésta, aquella vida
Qualquiera por descanso la juzgara.

Ser debe aquesta historia aborrecida
De tus orejas, ya que así atormenta
Mi lengua y mi memoria entristecida.

Decir ya más no es bien que se consienta;
Junto todo mi bien perdí en un hora;
Y esta es la suma, en fin, de aquesta cuenta.

SALICIO

Albanio, si tu mal comunicaras
Con otro que pensarás que tu pena
Juzgaba como ajena, ó que éste fuego
Nunca probó, ni el juego peligroso
De que tú estás quexoso, yo confieso
Que fuera bueno aqueso que ahora haces.
Mas si tú me deshaces con tus quexas,
¿Por qué agora me dexas como á extraño,
Sin dar de aqueste daño fin al cuento?
¿Piensas que tu tormento como nuevo
Escucho? ¿Y que no pruebo por mi suerte
Aquesta viva muerte en las entrañas?
Si no con todas mañas ó experiencia
Esta grave dolencia se desecha,
Al menos aprovecha, yo te digo,
Para que de un amigo que adolezca
Otro se condolezca ^a, que ha llegado
De bien acuchillado á ser maestro.

Así que pues te muest^a o abiertamente
Que no estoy inocente destos males
(Que aun traygo las señales de las llagas),
No es bien que tú te hagas tan esquivo;
Que mientras estás vivo, ser podría
Que por alguna vía te avisase,

(a) «adolezca» y «condolezca» dice la primera edición; pero como impresa en Cataluña, no me parece bastante fundamento para creer que Garcilaso pronunciase así.

Ó contigo llorase : que no es malo
Tener al pie del palo quien se duela
Del mal, y sin cautela te aconseje.

ALBANIO

Tú quieres que forceje y que contraste
Con quien al fin no baste á derrocalles :
Amor quiere que calle; yo no puedo
Mover el paso un dedo sin gran mengua.
Él tiene de mi lengua el movimiento :
Así que no me siento ser bastante.

SALICIO

¿Qué te pone delante que te impida
El descubrir tu vida al que librarte
Del mal alguna parte cierto espera?

ALBANIO

Amor quiere que muera sin reparo;
Y conociendo claro que bastaba
Lo que yo descansaba en este llanto
Contigo á que entretanto me aliviase,
Y aquel tiempo probase á sostenerme;
Por más presto á perderme, como injusto,
Me ha ya quitado el gusto que tenía
De echar la pena mía por la boca.
Así que ya no toca nada dello
Á ti querer sabello, ni contallo
Á quien sólo pasallo le conviene,
Y muerte sólo por alivio tiene.

SALICIO

¿Quién es contra su ser tan inhumano,
Que al enemigo entrega su despojo,
Y pone su poder en otra mano?
¿Cómo? ¿Y no tienes ora algún enojo
De ver que amor tu misma lengua ataje,
Ó la desate por su solo antojo?

ALBANIO

Salicio amigo, cese este lenguaje;
Cierra tu boca, y más aquí no la abras:
Yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.
¿Para qué son magníficas palabras?
¿Quién te hizo filósofo eloqüente,
Siendo pastor de ovejas y de cabras?
¡O cuitado de mí, cuán fácilmente
Con expedita lengua y rigurosa
El sano da consejos al doliente!

SALICIO

No te aconsejo yo, ni digo cosa
Para que debas tú por ella darme
Respuesta tan aceda y tan odiosa.
Ruégote que tu mal quieras contarme,
Porque dél pueda tanto entristecerme,
Quanto suelo del bien tuyo alegrarme.

ALBANIO

Pues ya de ti no puedo defenderme,
Yo tornaré á mi cuento quando hayas
Prometido una gracia concederme:

Y es, que en oyendo el fin, luego te vayas,
Y me dexes llorar mi desventura
Entre estos pinos solo y estas hayas.

SALICIO

Aunque pedir tú eso no es cordura,
Yo seré dulce más que sano amigo,
Y daré buen lugar á tu tristura.

ALBANIO

Ora, Salicio, escucha lo que digo :
Y vos, ¡o Ninfas deste bosque umbroso!,
A doquiera que estéis, estad conmigo.
Ya te conté el estado tan dichoso
A do me puso amor, si en él yo firme
Pudiera sostenerme con reposo.

Mas como de callar y de encubrirme
De aquella por quien vivo, me encendia,
Llegué ya casi al punto de morirme.

Mil veces ella preguntó qué había,
Y me rogó que el mal le descubriese,
Que mi rostro y color le descubría.

Mas no acabó con quanto me dixese,
Que de mi á su pregunta otra respuesta
Que un suspiro con lágrimas hubiese.

Aconteció que en una ardiente siesta,
Viniendo de la caza fatigados,
En el mejor lugar desta floresta,

Que es este donde estamos asentados,
Á la sombra de un árbol aflojamos
Las cuerdas á los arcos trabajados.

En aquel prado allí nos reclinamos,
Y del céfiro fresco recogiendo
El agradable espirtu respiramos.

Las flores á los ojos ofreciendo
Diversidad extraña de pintura
Diversamente así estaban oliendo.

Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Que como de cristal resplandecía,
Mostrando abiertamente su hondura,

El arena, que de oro parecía,
Dé blancas pedrezuelas variada,
Por do manaba el agua se bullía.

En derredor ni sola una pisada
De fiera ó de pastor ó de ganado
Á la sazón estaba señalada.

Después que con el agua resfriado
Hubimos el calor, y juntamente
La sed de todo punto mitigado,

Ella que con cuidado diligente
Á conocer mi mal tenía el intento,
Y á escudriñar el ánimo doliente,

Con nuevo ruego y firme juramento
Me conjuró y rogó que le contase
La causa de mi grave pensamiento;

Y si era amor, que no me recelase
De hacelle mi caso manifiesto,
Y demostralle aquella que yo amase;

Que me juraba que también en esto
El verdadero amor que me tenía
Con pura voluntad estaba presto.

Yo, que tanto callar ya no podía,
Y claro descubrir menos osara
Lo que en el alma triste se sentía,

Le dixe que en aquella fuente clara

Veria de aquella que yo tanto amaba
Abiertamente la hermosa cara.

Ella, que ver aquésta deseaba,
Con menos diligencia discurriendo
De aquella con que el paso apresuraba,
Á la pura fontana fué corriendo,
Y en viendo el agua toda fué alterada,
En ella su figura sola viendo.

Y no de otra manera arrebatada
Del agua rehuyó, que si estuviera
De la rabiosa enfermedad tocada.

Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
No sé qué allá entre dientes murmurando,
Me dexó aquí, y aquí quiere que muera.

Quedé yo triste y solo allí culpando
Mi temerario osar, mi desvario,
La pérdida del bien considerando.

Creció de tal manera el dolor mío,
Y de mi loco error el desconsuelo,
Que hice de mis lágrimas un río.

Fixos los ojos en el alto cielo
Estuve boca arriba una gran pieza
Tendido, sin moverme en este suelo.

Y como de un dolor otro se empieza,
El largo llanto, el desvanecimiento,
El vano imaginar de la cabeza,

De mi gran culpa aquel remordimiento,
Verme del todo al fin sin esperanza
Me trastornaron casi el sentimiento.

Cómo deste lugar hice mudanza
No sé, ni quién de aquí me conduxese
Al triste albergue y á mi pobre estanza.

Sé que tornando en mí, como estuviese
Sin comer ni dormir bien quatro días,

Y sin que el cuerpo de un lugar moviese,

Las ya desamparadas vacas mías
Por otro tanto tiempo no gustaron
Las verdes yerbas ni las aguas frías.

Los pequeños hijuelos que hallaron
Las tetas secas ya de las hambrientas
Madres, bramando al cielo se quexaron.

Las selvas á su voz también atentas,
Bramando pareció ^a que respondían
Condolidas del daño y descontentas.

Aquestas cosas nada me movían;
Antes con mi llorar hacía espantados
Todos quantos á verme allí venían :

Vinieron los pastores de ganados;
Vinieron de los sotos los vaqueros,
Para ser de mi mal de mi informados.

Y todos con los gestos lastimeros
Me preguntaban quáles habían sido
Los accidentes de mi mal primero.

Á los quales, en tierra yo tendido,
Ninguna otra respuesta dar sabía,
Rompiendo con sollozos mi gemido,

Sino de rato en rato les decía :
Vosotros los de Tajo en su ribera
Cantaréis la mi muerte cada día.

Este descanso llevaré aunque muera,
Que cada día cantaréis mi muerte,
Vosotros los de Tajo en su ribera.

La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,
Queriéndome llevar do se rompiese
Aquesta tela de la vida fuerte,

(a) «parece» dice por errata la edición príncipe; «me pareco» corrigió Sánchez; «pareció» leyó Herrera.

Hizo que de mi choza me saliese
Por el silencio de la noche oscura
Á buscar un lugar donde muriese.

Y caminando por do mi ventura
Y mis enfermos pies me condujeron,
Llegué á un barranco de muy gran altura.

Luego mis ojos le reconocieron,
Que pende sobre el agua, y su cimiento
Las ondas poco á poco le comieron.

Al pie de un olmo hice allí mi asiento,
Y acordéme que ya con ella estuve,
Pasando allí la siesta al fresco viento.

En aquesta memoria me detuve,
Como si aquesta fuera medicina
De mi furor y quanto mal sostuve.

Denunciaba el aurora ya vecina
La venida del sol resplandeciente,
Á quien la tierra, á quien la mar s'enclina.

Entonces, como quando el cisne siente
El ansia postrimera que le aquexa,
Y tienta el cuerpo misero y doliente,

Con triste y lamentable son se quexa,
Y se despide con funesto canto
Del espirtu vital que dél se aleja;

Así aquexado yo de dolor tanto,
Que el alma abandonaba ya la humana
Carne, solté la rienda al triste llanto.

¡O fiera, dixe, más que tigre hircana,
Y más sorda á mis quexas que el ruido
Embravecido de la mar insana!

Heme entregado, heme aquí rendido;
He aquí ^a vences, toma los despojos

(a) «He aquí que» leyó Herrera y así dice la edición de 1544.

De un cuerpo miserable y afligido:

Yo porné fin del todo á tus enojos :
Ya no te ofenderá mi rostro triste,
Mi temerosa voz y húmidos ojos.

Quizá tú que en mi vida no moviste
El paso á consolarme en tal estado,
Ni tu dureza cruda enterneciste,

Viendo mi cuerpo aquí desamparado,
Vernás á arrepentirte y lastimarte;
Mas tu sócorro tarde habrá llegado.

¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
De aquel tan luengo amor? ¿Y de sus ciegos
Ñudos en sola un hora desligarte?

¿No se te acuerda de los dulces juegos
Ya de nuestra niñez, que fueron leña
Destos dañosos y encendidos fuegos,

Quando la encina desta espesa breña
De sus bellotas dulces despojaba,
Que íbamos á comer sobre esta peña?

¿Quién las castañas tiernas derrocaba
Del árbol al subir dificultoso?

¿Quién en su limpia falda las llevaba?

¿Quándo en valle florido, espeso, umbroso
Metí jamás el pie, que dél no fuese
Cargado á ti de flores y oloroso?

Jurábasme si ausente yo estuviese,
Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
Ni el prado hierba para ti tuviese.

¿Á quién me quexo, que no escucha cosa
De quantas digo quien debería escucharme?
Eco sola me muestra ser piadosa :

Respondiéndome prueba conhortarme,
Como quien probó mal tan importuno;
Mas no quiere mostrarse y consolarme.

¡O dioses, si allá juntos de consuno
De los amantes el cuidado os toca;
Ó tú solo, si toca a solo uno,
Recebid las palabras que la boca
Echa, con la doliente ánima, fuera,
Antes que el cuerpo torne en tierra poca!

¡O Naiades ^a, de aquesta mi ribera
Corriente moradoras! ¡O Napeas,
Guarda del verde bosque verdadera!

Alce una de vosotras, blancas Deas,
Del agua su cabeza rubia un poco;
Así Ninfa jamás en tal te veas.

Podré decir que con mis queexas toco
Las divinas orejas, no pudiendo
Las humanas tocar, cuerdo ni loco.

¡O hermosas Oreadas, que teniendo
El gobierno de selvas y montañas,
Á caza andáis por ellas discurriendo!

Dexad de perseguir las alimañas;
Venid á ver un hombre perseguido,
Á quien no valen fuerzas ya ni mañas.

¡O Dryadas!, de amor hermoso nido,
Dulces y graciosísimas doncellas
Que á la tarde salís de lo escondido,

Con los cabellos rubios, que las bellas
Espaldas dexan de oro cobijadas,
Parad mientes un rato á mis querellas.

Y si con mi ventura conjuradas
No estáis, haced que sean las ocasiones
De mi muerte aquí siempre celebradas.

¡O lobos, o osos!, que por los rincones

(a) Así está acentuada esta palabra en la edición príncipe, y es la acentuación recta. La mayor parte de los editores han escrito «Náyadas» o «Náyades».

Destas fieras cavernas escondidos
Estáis oyendo agora mis razones,

Quedaos á Dios, que ya vuestros oídos
De mi zampoña fueron halagados,
Y alguna vez de amor enternecidos.

Á Dios montañas, á Dios verdes prados,
Á Dios corrientes ríos espumosos,
Vivid sin mí con siglos prolongados;

Y mientras en el curso presurosos
Iréis al mar á dalle su tributo,
Corriendo por los valles pedregosos,

Haced que aquí se muestre triste luto
Por quien viviendo alegre os alegraba
Con agradable son y viso enxuto;

Por quien aquí sus vacas abrevaba,
Por quien ramos de lauro entretexiendo
Aquí sus fuertes toros coronaba.

Estas palabras tales en diciendo,
En pie me alcé por dar ya fin al duro
Dolor, que en vida estaba padeciendo.

Y por el paso en que me ves, te juro
Que ya me iba á arrojar de do te cuento,
Con paso largo y corazón seguro,

Quando una fuerza súbita de viento
Vino con tal furor, que de una sierra
Pudiera remover el firme asiento.

De espaldas, como atónito, en la tierra
Desde á gran rato me hallé tendido;
Que así se halla siempre aquel que yerra.

Con más sano discurso en mi sentido,
Comencé de culpar el presupuesto
Y temerario error que había seguido

En querer dar con triste muerte al resto
De aquesta breve vida fin amargo,

No siendo por los hados aun dispuesto.

De allí me fui con corazón más largo
Para esperar la muerte, quando venga
Á relevarme deste largo cargo.

Bien has ya visto quanto me convenga;
Que pues buscalla á mí no se consiente,
Ella en buscarme á mí no se detenga.

Contado te he la causa, el accidente,
El daño y el proceso todo entero;
Cúmpleme tu promesa prontamente.

Y si mi amigo cierto y verdadero
Eres, como yo pienso, vete agora;
No estorbes un dolor acerbo y fiero
Al afligido y triste quando llora.

SALICIO

Tratara de una parte,
Que agora sólo siento,
Si no pensaras que era dar consuelo.
Quisiera preguntarte
Cómo tu pensamiento
Se derribó tan presto en ese suelo,
Ó se cobrió de un velo,
Para que no mirase;
Que quien tan luengamente
Amó, no se consiente
Que tan pronto del todo te olvidase.

ALBANIO

Cese ya el artificio
De la maestra mano;
No me hagas pasar tan grave pena.

Harásme tú, Salicio,
Ir do nunca pie humano
Estampó su pisada en el arena.
Ella está tan ajena
De estar desa manera,
Como tú de pensallo,
Aunque quieres mostrallo
Con razón aparente ó verdadera.
Exercita aquí el arte
Á solas, que yo voyme en otra parte.

SALICIO

No es tiempo de curalle,
Hasta que menos tema,
La cura del maestro y su crueza.
Sólo quiero dexalle;
Que aun está el apostema
Intratable á mi ver por su dureza.
Quebrante la braveza
Del pecho empedernido
Con largo y tierno llanto;
Iréme yo entretanto
Á requerir de un ruyseñor el nido,
Que está en un alta encina,
Y estará presto en manos de Gravina.

CAMILA

Si desta tierra no he perdido el tino,
Por aquí el corzo vino, que ha traído
Después que fué herido atrás el viento.
¿Qué recio movimiento en la corrida
Lleva de tal herida lastimado?

En el siniestro lado soterrada
La flecha enherbolada iba mostrando,
Las plumas blanqueando solas fuera,
Y háceme que muera con buscalles.
No pasó deste valle : aquí está cierto,
Y por ventura muerto. ¡Quién me diese
Alguno que siguiese el rastro agora,
Mientras la herviente hora de la siesta
En aquesta floresta yo descanso!
¡Ay viento fresco, y manso y amoroso,
Almo, dulce, sabroso! Esfuerza, esfuerza
Tu soplo, y esta fuerza tan caliente
Del alto sol ardiente ora quebranta;
Que ya la tierna planta del pie mío
Anda á buscar el frío desta yerba.
A los hombres reserva tú, Diana,
En esta fiesta insana tu ejercicio;
Por agora tu oficio desamparo,
Que me ha costado caro en este día.
¡Ay dulce fuente mía, y de cuán alto
Con sólo un sobresalto me arrojaste!
¿Sabes qué me quitaste, fuente clara?
Los ojos de la cara, que no quiero
Menos un compañero que yo amaba;
Mas no como él pensaba. Dios ya quiera
Que antes Camila muera que padezca
Culpa por do merezca ser echada
De la selvâ sagrada de Diana.
¡O cuán de mala gana mi memoria
Renueva aquesta historia! Mas la culpa
Ajena me desculpa; que si fuera
Yo la causa primera desta ausencia,
Yo diera la sentencia en mi contrario.
Él fué muy voluntario y sin respeto.

Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?
Quiero vivir contenta y olvidallo,
Y aquí donde me hallo recrearme.
Aquí quiero acostarme, y en cayendo
La siesta, iré siguiendo mi corcillo;
Que yo me maravillo ya y me espanto
Cómo con tal herida huyó tanto.

ALBANIO

Si mi turbada vista no me miente,
Paréceme que vi entre rama y rama
Una ninfa llegar á aquella fuente.

Quiero llegar allá : quizá si ella ama,
Me dirá alguna cosa con que engañe
Con algún falso alivio aquesta llama.

Y no se me da nada que desbañe
Mi alma, si es contrario á lo que creo;
Que á quien no espera bien no hay mal que dañe.

¡O santos dioses! ¿Qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
En forma de mi amor y mi deseo?

Camila es ésta que está aquí dormida;
No puede de otra ser su hermosura;
La razón está clara y conocida :

Una obra sola quiso la Natura
Hacer como ésta, y rompió luego apriesa
La estampa do fué hecha tal figura.

¿Quién podrá luego de su forma expresa
El traslado sacar, si la maestra
Misma no basta y ella lo confiesa?

Mas ya que es cierto el bien que á mí se muestra,
¿Cómo podré llegar á despertalla,
Temiendo yo la luz que á ella me adiestra?

¿Si solamente de poder tocalla
Perdiese el miedo yo? Mas si despierta,
Si despierta, tenella y no soltalla.

Esta osadía temo que no es cierta;
Mas ¿qué me puede hacer? Quiero llegarme;
En fin, ella está agora como muerta.

Cabe ella por lo menos asentarme
Bien puedo; mas no ya como solía.
¡O mano poderosa de matarme!

¿Viste cuánto tu fuerza en mí podía?
¿Por qué para sanarme no la pruebas?
Que su poder á todo bastaría.

CAMILA

Socórreme, Diana.

ALBANIO

No te muevas,
Que no te he de soltar; escucha un poco.

CAMILA

¿Quién me dixera, Albano, tales nuevas?
Ninfas del verde bosque, á vos invoco;
Á vos pido socorro desta fuerza.
¿Qué es esto, Albano?; dime si estás loco.

ALBANIO

Locura debe ser la que me fuerza
Á querer más que el alma y que la vida
Á la que aborrecerme así se esfuerza.

CAMILA

Yo debo ser de ti la aborrecida,
Pues me quieres tratar de tal manera,
Siendo tuya la culpa conocida.

ALBANIO

¿Yo culpa contra ti? Si la primera
No está por cometer, Camila mía,
En tu desgracia y disfavor yo muera.

CAMILA

¿Tú no violaste nuestra compañía,
Queriéndola torcer por el camino
Que de la vida honesta se desvía?

ALBANIO

¿Cómo de sola una hora el desatino
Ha de perder mil años de servicio,
Si el arrepentimiento tras él vino?

CAMILA

Aqueste es de los hombres el oficio:
Tentar el mal, y si es malo el suceso,
Pedir con humildad perdón del vicio.

ALBANIO

¿Qué tenté yo, Camila?

CAMILA

Bueno es eso;
Esta fuente lo diga, que ha quedado
Por un testigo de tu mal proceso.

ALBANIO

Si puede ser mi yerro castigado
Con muerte, con deshonra ó con tormento,
Vesme aquí, estoy á todo aparejado.

CAMILA

Suéltame ya la mano, que el aliento
Me falta de congoja.

ALBANIO

He muy gran miedo
Que te me irás, que corres más que el viento.

CAMILA

No estoy como solía, que no puedo
Moverme ya, de mal ejercitada.
Suelta, que casi me has quebrado un dedo.

ALBANIO

¿Estarás si te suelto sosegada,
Mientras con razón clara yo te muestro
Que fuiste sin razón de mi enojada?

CAMILA

Eres tú de razones gran maestro.
Suelta, que sí estaré.

ALBANIO

Primero jura
Por la primera fe del amor nuestro.

CAMILA

Yo juro por la ley sincera y pura
De la amistad pasada, de sentarme,
Y de escuchar tus quejas muy segura.
¡Quál me tienes la mano de apretarme
Con esa dura mano, descreído!

ALBAÑO

¡Quál me tienes el alma de dexarme!

CAMILA

¿Mi prendedero de oro si es perdido?
¡O cuitada de mí!, mi prendedero
Desde aquel valle aquí se me ha caído.

ALBANIO

Mira no se cayese allá primero,
Antes de aquéste, al val de la hortiga.

CAMILA

Doquier que se perdió buscallo quiero.

ALBANIO

Yo iré á buscalte, excusa esta fatiga;
Que no puedo sufrir que aquesta arena
Abraze el blanco pie de mi enemiga.

CAMILA

Pues que quieres tomar por mí esta pena,
Derecho ve primero á aquellas hayas,
Que allí estuve yo echada una hora buena.

ALBANIO

Yo voy; mas entretanto no te vayas.

CAMILA

Seguro ve, que antes verás mi muerte
Que tú me cobres, ni á tus manos hayas.

ALBANIO

¡Ah ninfa desleal! ¿Y desa suerte
Se guarda el juramento que me diste?
¡Ah condición de vida dura y fuerte!
¡O falso amor, de nuevo me hiciste
Revivir con un poco de esperanza!
¡O modo de matar nojoso y triste!
¡O muerte llena de mortal tardanza!
Podré por ti llamar injusto el Cielo,
Injusta su medida y su balanza.
Recibe tú, terreno y duro suelo,

Este rebelde cuerpo, que detiene
Del alma el espedido y presto vuelo.

Yo me daré la muerte, y aun si viene
Alguno á resistirme... ¿Á resistirme?
Él verá que á su vida no conviene.

¿No puedo yo morir? ¿No puedoirme
Por aquí, por allí, por do quisiere,
Desnudo espirtu, ó carne y hueso firme?

CAMILA

Escucha, que algún mal hacerse quiere,
Ó cierto tiene trastornado el seso.

ALBANIO

Aquí tuviese yo quien mal me quiere.

Descargado me siento de un gran peso;
Paréceme que vuelo, despreciando
Monte, choza, ganado, leche y queso.

¿No son aquestós pies? Con ellos ando;
Ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido;
Sólo el espirtu es este que ora mando.

¿Hale hurtado alguno ó escondido
Mientras mirando estaba yo otra cosa?
¿Ó si quedó por caso allí dormido?

Una figura de color de rosa
Estaba allí durmiendo; ¿si es aquélla
Mi cuerpo? No, que aquélla es muy hermosa.

NEMOROSO

Gentil cabeza, no daría por ella
Yo para mi traer solo un cornado.

ALBANIO

¿Á quién ire del hurto á dar querella?

SALICIO

Extraño exemplo es ver en qué ha parado
Este gentil mancebo, Nemoroso,
Y á nosotros que le hemos más tratado,
Manso, cuerdo, agradable, virtuoso,
Sufrido, conversable, buen amigo,
Y con un alto ingenio gran reposo.

ALBANIO

Yo podré poco ó hallaré testigo
De quién hurtó mi cuerpo; aunque esté ausente,
Yo le perseguiré como á enemigo.
¿Sabrásme decir dél, mi clara fuente?
Dímelo, si lo sabes; así Fiebo
Nunca tus frescas ondas escaliente.

Allá dentro en el fondo está un mancebo
De laurel coronado, y en la mano
Un palo propio como yo de acebo.

Ola, ¿quién está allá? Responde, hermano.
¡Válasme Dios!, ó tú eres sordo ó mudo,
Ó enemigo mortal del trato humano.

Espirtu soy de carne ya desnudo,
Que busco el cuerpo mío, que me ha hurtado
Algún ladrón malvado, injusto y crudo.

Callar que callarás. ¿Hasme escuchado?
¡O santo Dios!, mi cuerpo mismo veo,
Ó yo tengo el sentido trastornado.

¡O cuerpo!, hete hallado y no lo creo;
Tanto sin ti me hallo descontento.
Pon fin á tu destierro y mi deseo.

NEMOROSO

Sospecho que el contino pensamiento
Que tuvo de morir antes de agora
Le representa aqueste apartamiento.

SALICIO

Como del que velando siempre llora,
Quedan durmiendo las especies llenas
Del dolor que en el alma triste mora.

ALBANIO

Si no estás en cadenas, sal ya fuera
Á darme verdadera forma de hombre,
Que agora sólo el nombre me ha quedado.
Y si allá estás forzado en ese suelo,
Dimelo; que si al cielo que me oyere
Con quejas no moviere y llanto tierno,
Convocaré el infierno y reyno escuro,
Y romperé su muro de diamante;
Como hizo el amante blandamente
Por la consorte ausente, que cantando
Estuvo halagando las culebras
De las hermanas negras mal peinadas.

NEMOROSO

¡De quán desvariadas opiniones
Saca buenas razones el cuitado!

SALICIO

El curso acostumbrado del ingenio,
Aunque le falte el genio que lo mueva,
Con la fuga que lleva, corre un poco;
Y aunque está agora loco, no por eso
Ha de dar al travieso su sentido,
En todo, habiendo sido qual tú sabes.

NEMOROSO

No más, no me le alabes, que por cierto
De vello como muerto estoy llorando.

ALBANIO

Estaba contemplando qué tormento
Es este apartamiento. A lo que pienso
No nos aparta inmenso mar ayrado,
No torres de fosado rodeadas,
No montañas cerradas y sin vía,
No ajena compañía dulce y cara;
Un poco de agua clara nos detiene;
Por ella no conviene, lo que entramos
Con ansia deseamos; porque al punto
Que á ti me acerco y junto, no te apartas;
Antes nunca te hartas de mirarme,
Y de sinificarme en tu meneo
Que tienes gran deseo de juntarte
Con esta media parte. Daca, hermano,
Échame acá esa mano, y como buenos
Amigos á lo menos nos juntemos,
Y aquí nos abracemos. Ha, ¿burlaste?

¿Así te me escapaste? Yo te digo
Que no es obra de amigo hacer eso.
¿Quedo yo, don travieso, remojado,
Y tú estás enojado? ¡Cuán apriesa
Mueves (¿qué cosa es esa?) tu figura!
¿Aún esa desventura me quedaba?
Ya yo me consolaba en ver serena
Tu imagen, y tan buena y amorosa.
No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO

Á lo menos que cure tu cabeza.

SALICIO

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

ALBANIO

¡O Dios! ¿Por qué no pruebo á echarme dentro
Hasta llegar al centro de la fuente?

SALICIO

¿Qué es esto, Albanio? Tente.

ALBANIO

¡O manifiesto
Ladrón! Mas ¿qué es aquesto? ¿Y es muy bueno
Vestiros de lo ajeno? ¿Y ante el dueño,
Como si fuese ^a un leño sin sentido,

(a) «Como si yo fuese» dice la edición príncipe, pero evidentemente sobra el «yo».

Venir muy revestido de mi carne?
Yo haré que descarne esa alma osada
Aquesta mano ayrada.

SALICIO

Estate quedo.
Llega tú, que no puedo detenelle.

NEMOROSO

Pues ¿qué quieres hacelle?

SALICIO

Yo dexalle.
Si desenclavijalle yo acabase
La mano, á que escapase mi garganta.

NEMOROSO

No tiene fuerza tanta; sólo puedes
Hacer tú lo que debes á quien eres.

SALICIO

¡Qué tiempo de placeres y de burlas!
¿Con la vida te burlas, Nemoroso?
Ven ya, no estés donoso.

NEMOROSO

Luego vengo,
En quanto me detengo yo aquí un poco.
Veré cómo de un loco te desatas.

SALICIO

¡Ay!; paso, que me matas.

ALBANIO

Aunque mueras...

NEMOROSO

Ya aquello va de veras. Suelta, loco.

ALBANIO

Déxame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO

Suelta ya.

ALBANIO

¿Qué te hago?

NEMOROSO

A mí no, nada.

ALBANIO

Pues vete tu jornada, y nunca entiendas
En aquestas contiendas.

SALICIO

¡Ah, furioso!

Afierra, Nemoroso, y tenle fuerte.
Yo te daré la muerte, don perdido.

Ténmele tú tendido mientras l'ato;
 Probemos así un rato á castigalle;
 Quizá con espantalle habrá algún miedo.

ALBANIO

Señores, ¿si estoy quedo, dexarésme?

SALICIO

No.

ALBANIO

¿Pues qué, matarésme?

SALICIO

Si.

ALBANIO

¿Sin falta?

Mira cuánto más alta aquella sierra
 Está que la otra tierra.

NEMOROSO

Bueno es esto;
 El olvidará presto la braveza.

SALICIO

Calla, que así se aveza á tener seso.

ALBANIO

¿Cómo?, ¿azotado y preso?

SALICIO

Calla, escucha.

ALBANIO

Negra fué aquella lucha que contigo
Hice, que tal castigo dan tus manos.
¿No éramos como hermanos, de primero?

NEMOROSO

Albanio, compañero, calla agora,
Y duerme aquí algún hora, y no te muevas.

ALBANIO

¿Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO

Loco.

ALBANIO

Paso; que duermo un poco.

SALICIO

¿Duermes cierto?

ALBANIO

¿No me ves como un muerto? ¿Pues qué hago?

SALICIO

Éste te dará el pago, si despiertas,
En esas carnes muertas, te prometo.

NEMOROSO

Algo está más quieto y reposado
Que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?
¿Parécete que puede ser curado?

SALICIO

En procurar qualquiera beneficio
Á la vida y salud de un tal amigo,
Hacemos el debido y justo oficio.

NEMOROSO

Escucha, pues, un poco lo que digo,
Contaréte una extraña y nueva cosa,
De que yo fui la parte y el testigo.

En la ribera verde y deleytosa
Del sacro Tormes, dulce y claro río,
Hay una vega grande y espaciosa,

Verde en el medio del invierno frío,
En el otoño verde y primavera,
Verde en la fuerza del ardiente estio.

Levántase al fin della una ladera,
Con proporción graciosa en el altura,
Que sojuzga la vega y la ribera.

Allí está sobrepuesta la espesura
De las hermosas torres, levantadas
Al cielo con extraña hermosura.

No tanto por la fábrica estimadas,
Aunque extraña labor allí se vea,
Quanto por sus señores ensalzadas.

Allí se halla lo que se desea,
Virtud, linaje, haber, y todo quanto
Bien de natura ó de fortuna sea.

Un hombre mora allí de ingenio tanto,
Que toda la ribera adonde él vino
Nunca se harta de escuchar su canto.

Nacido fué en el campo placentino,
Que con estrago y destrucción romana,
En el antiguo tiempo fué sanguino;

Y en éste con la propia la inhumana
Furia infernal, por otro nombre guerra,
Le tiñe, le ruína y le profana.

Él, viendo aquesto, abandonó su tierra,
Por ser más del reposo compañero,
Que de la patria que el furor atierra.

Llevóle á aquella parte el buen agüero
De aquella tierra de Alba tan nombrada,
Que este es el nombre della, y dél Severo.

Á aqueste Febo no le escondió nada;
Antes de piedras, yerbas y animales
Diz que le fué noticia entera dada.

Éste, quando le place, á los caudales
Ríos el curso presuroso enfrena
Con fuerza de palabras y señales.

La negra tempestad en muy serena
Y clara luz convierte, y aquel día,
Si quiere revolvella, el mundo atruena.

La luna de allá arriba baxaría,
Si al son de las palabras no impidiese
El son del carro que la mueve y guía.

Temo que si decirte presumiese

De su saber su fuerza con loores,
Que en lugar de alaballe le ofendiese.

Mas no te callaré que los amores
Con un tan eficaz remedio cura,
Qual se conviene á tristes amadores.

En un punto remueve la tristura,
Convierte en odio aquel amor insano,
Y restituye el alma á su natura.

No te sabré decir, Salicio hermano,
La orden de mi cura y la manera;
Mas sé que me partí dél libre y sano.

Acuérdaseme bien que en la ribera
De Tormes le hallé sólo cantando,
Tan dulce que una piedra enterneciera.

Como cerca me vido, adivinando
La causa y la razón de mi venida,
Suspenso un rato estuvo allí callando;

Y luego con voz clara y espedida,
Soltó la rienda al verso numeroso
En alabanzas de la libre vida.

Yo estaba embebecido y vergonzoso,
Atento al son, y viéndome del todo
Fuera de libertad y de reposo,

No sé decir sino que, en fin, de modo
Aplicó á mi dolor la medicina,
Que el mal desarraigó de todo en todo.

Quedé yo entonces como quien camina
De noche por caminos enriscados,
Sin ver dónde la senda ó paso inclina,

Que venida la luz, y contemplados,
Del peligro pasado nace un miedo
Que dexa los cabellos erizados.

Así estaba mirando atento y quedo
Aquel peligro yo que atrás dexaba,

Que nunca sin temor pensallo puedo.

Tras esto luego se me presentaba,
Sin antojos delante, la vileza
De lo que antes ardiendo deseaba.

Así curó mi mal con tal destreza
El sabio viejo, como te he contado,
Que volvió el alma á su naturaleza,
Y soltó el corazón aherrojado.

SALICIO

¡O gran saber! ¡O viejo frutuoso!
Que el perdido reposo al alma vuelve,
Y lo que la revuelve y lleva á tierra
Del corazón destierra encontinente.
Con esto solamente que contaste,
Así lo reputaste acá conmigo,
Que sin otro testigo, á desealle
Ver presente y hablalle me levantas.

NEMOROSO

¡Desto poco te espantas tú, Salicio!
De más te daré indicio manifiesto,
Si no te soy molesto y enojoso.

SALICIO

¿Qué es esto, Nemoroso? ¿Y qué cosa
Puede ser tan sabrosa en otra parte
Á mí como escucharte?; no la siento,
Quanto más este cuento de Severo;
Dímelo por entero, por tu vida,
Pues no hay quien nos impida ni embarace.

Nuestro ganado pace; el viento espira;
 Filomena sospira en dulce canto,
 Y en amoroso llanto se mancilla ^a;
 Gime la tortolilla sobre el olmo;
 Preséntanos á colmo el prado flores,
 Y esmalta en mil colores su verdura;
 La fuente clara y pura murmurando
 Nos está convidando á dulce trato.

NEMOROSO

Escucha, pues, un rato, y diré cosas
 Extrañas y espántosas poco á poco.
 Ninfas, á vos invoco; verdes Faunos,
 Sátiros y silvanos, soltá todos
 Mi lengua en dulces modos y sotiles;
 Que ni los pastoriles ni el avena,
 Ni la zampoña suena como quiero.

Este nuestro Severo pudo tanto
 Con el suave canto y dulce lira,
 Que revueltos en ira y torbellino,
 En medio del camino se pararon
 Los vientos, y escucharon muy atentos
 La voz y los acentos, muy bastantes
 Á que los repugnantes y contrarios
 Hiciesen voluntarios y conformes.
 Á aqueste el viejo Tormes como á hijo
 Lo metió al escondrijo de su fuente,
 De do va su corriente comenzada.
 Mostróle una labrada y cristalina
 Urna, donde él reclina el diestro lado;
 Y en ella vió entallado y esculpido

(a) «sc'entristece».

Lo que antes de haber sido, el sacro viejo,
Por devino consejo puso en arte,
Labrando á cada parte las extrañas
Virtudes y hazañas de los hombres
Que con sus claros nombres ilustraron
Quanto señorearon de aquel río.

Estaba con un brío desdeñoso,
Con pecho corajoso aquel valiente,
Que contra un rey potente y de gran seso,
Que el viejo padre preso le tenía,
Cruda guerra movía, despertando
Su ilustre y claro bando al ejercicio
De aquel piadoso oficio. Á aquéste junto
La gran labor al punto señalaba
Al hijo, que mostraba acá en la tierra
Ser otro Marte en guerra, en corte Febo.
Mostrábase mancebo en las señales
Del rostro, que eran tales, que esperanza
Y cierta confianza claro daban
Á quantos le miraban, que él sería
En quien se informaría un ser divino.
Al campo sarracino en tiernos años
Daba con graves daños á sentillo;
Que como fué caudilló del christiano,
Exercitó la mano y el maduro
Seso, y aquel seguro y firme pecho.
En otra parte, hecho ya más hombre,
Con más ilustre nombre, los arneses
De los fieros franceses abollaba.
Junto tras esto estaba figurado
Con el arnés manchado de otra sangre,
Sosteniendo la hambre en el asedio,
Siendo él solo remedio del combate,
Que con fiero rebato, y con ruido,

Por el muro batido le ofrecían.
Tantos al fin morían por su espada,
Á tantos la jornada puso espanto,
Que no hay labor que tanto notifique,
Quanto el fiero Fadrique de Toledo
Puso terror y miedo al enemigo.

Tras aqueste que digo se veía
El hijo don García, que en el mundo
Sin par y sin segundo sólo fuera,
Si hijo no tuviera. ¿Quién mirara
De su hermosa cara el rayo ardiente,
Quién su resplandeciente y clara vista,
Que no diera por lista ^a su grandeza?
Estaban de crueza fiera armadas
Las tres iniquas hadas, cruda guerra
Haciendo allí á la tierra, con quitalle
Éste, que en alcanzalle fué dichosa.
¡O patria lagrimosa, y cómo vuelves
Los ojos á los Gelves sospirando!
Él está exercitando el duro oficio,
Y con tal artificio la pintura
Mostraba su figura, que dixeras,
Si pintado le vieras, que hablaba.
El arena quemaba, el sol ardía,
La gente se caía medio muerta;
Él solo con despierta vigilancia
Dañaba la tardanza floxa, inerte,
Y alababa la muerte gloriosa;
Luego la polvorosa muchedumbre,
Gritando á su costumbre, le cercaba;
Mas el que se llegaba al fiero mozo,

(a) Así en la primera lección, y no nos decidimos á corregirlo, aunque no parece buena lección. Algunos leen «vista».

Llevaba, con destrozo y con tormento,
Del loco atrevimiento el justo pago.
Unos en bruto lago de su sangre,
Cortado ya el estambre de la vida,
La cabeza partida revolcaban;
Otros claro mostraban espirando
De fuera palpitando las entrañas,
Por las fieras y extrañas cuchilladas
De aquella mano dadas. Mas el hado
Acerbo, triste, ayrado, fué venido;
Y al fin él, confundido de alboroto,
Atravesado y roto de mil hierros,
Pidiendo de sus yerros venia al Cielo,
Puso en el duro suelo la hermosa
Cara, como la rosa matutina,
Quando ya el sol declina á mediodía,
Que pierde su alegría, y marchitando,
Va la color mudando; ó en el campo
Qual queda el lirio blanco, que el arado.
Crudamente cortado al pasar dexa,
Del qual aun no se alexa presuroso
Aquel color hermoso, ó se destierra;
Mas ya la madre tierra descuidada
No le administra nada de su aliento,
Que era el sustentamiento y vigor suyo;
Tal está el rostro tuyo en el arena,
Fresca rosa, azucena blanca y pura.

Tras ésta una pintura extraña tira
Los ojos de quien mira, y los detiene
Tanto, que no conviene mirar cosa
Extraña ni hermosa, sino aquélla.
De vestidura bella allí vestidas
Las gracias esculpidas se veían;
Solamente traían un delgado

Velo, que el delicado cuerpo viste;
Mas tal que no resiste á nuestra vista.
Su diligencia en vista demostraban;
Todas tres ayudaban en una hora
Á una gran señora que paría;
Un infante se vía ya nacido,
Tal, qual jamás salido de otro parto
Del primer siglo al quarto vió la luna.
En la pequeña cuna se leía
Un nombre que decía : *Don Fernando*.
Baxaban dél hablando, de dos cumbres
Aquellas nueve lumbres de la vida;
Con ligera corrida iba con ellas,
Qual luna con estrellas, el mancebo
Intonso y rubio Febo, y en llegando,
Por orden abrazando todas fueron
El niño, que tuvieron luengamente.
Vido como presente de otra parte
Mercurio estaba, y Marte cauto y fiero,
Viendo el gran caballero, que encogido
En el recién nacido cuerpo estaba.
Entonces lugar daba mesurado
Á Venus, que á su lado estaba puesta;
Ella con mano presta y abundante
Néctar sobre el infante desparcía;
Mas Febo la desvía de aquel tierno
Niño, y daba el gobierno á sus hermanas.
Del cargo están ufanas todas nueve.
El tiempo el paso mueve, el niño crece,
Y en tierna edad florece, y se levanta
Como felice planta en buen terreno.
Ya sin precepto ajeno daba tales
De su ingenio señales, que espantaban
Á los que le criaban. Luego estaba,

Como una le entregaba á un gran maestro,
Que con ingenio diestro y vida honesta
Hiciese manifiesta al mundo y clara
Aquella ánima rara que allí vía.
Al niño recibía con respeto
Un viejo, en cuyo aspeto se vía junto
Severidad á un punto con dulzura.
Quedó desta figura como helado
Severo y espantado viendo el viejo,
Que como si en espejo se mirara,
En cuerpo, edad y cara eran conformes.
En esto el rostro á Tormes revolviendo,
Vió que estaba riendo de su espanto.
¿De qué te espantas tanto?, dixo el rio;
¿No basta el saber mío á que primero
Que naciese Severo, yo supiese
Que había de ser quien diese la doctrina
Al ánima divina deste mozo?
Él lleno de alborozo y de alegría,
Sus ojos mantenía de pintura.

Miraba otra figura de un mancebo,
El qual venía con Febo mano á mano,
Al modo cortesano. En su manera,
Juzgáralo qualquiera, viendo el gesto
Lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,
Por un hombre perfeto en la alta parte
De la difícil arte cortesana,
Maestra de la humana y dulce vida.
Luego fué conocida de Severo
La imagen por entero fácilmente
Deste que allí presente era pintado.
Vió que era el que habia dado á *don Fernando*.
Su ánimo formando en luenga usanza,
El trato, la crianza y gentileza,

La dulzura y llaneza acomodada,
La virtud apártada, generosa,
Y, en fin, qualquiera cosa que se vía
En la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno y bastecido.
Después de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre, que se llama
Boscán, de cuya llama clara y pura
Sale el fuego que apura sus escritos,
Que en siglos infinitos ternán vida.

De algo más crecida edad miraba
Al niño que escuchaba sus consejos.
Luego los aparejós ya de Marte,
Estotro puesto á parte, le traía.
Así les convenía á todos ellos,
Que no pudiera dellos dar noticia
Á otro la milicia en muchos años.
Obraba los engaños de la lucha :
La maña y fuerza mucha y exercicio,
Con el robusto oficio está mezclando.

Allí con rostro blando y amoroso
Venus aquel hermoso mozo mira,
Y luego le retira por un rato
De aquel áspero trato y son de hierro.
Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
Armar contino el pecho de dureza,
No dando á la terneza alguna puerta.
Entrada en una huerta, con él siendo,
Una ninfa dormiendo le mostraba.
El mozo la miraba, y juntamente,
De súbito accidente acometido,
Estaba embebecido, y á la diosa,
Que á la ninfa hermosa se allegase
Mostraba que rogase, y parecía

Que la diosa temia de llegarse.
Él no podía hartarse de miralla,
Eternamente amalla * prometiendo.
Luego venia corriendo Marte airado,
Mostrándose alterado en la persona,
Y daba una corona á *don Fernando*,
Y estábale mostrando un caballero,
Que con semblante fiero amenazaba
Al mozo, que quitaba el nombre á todos.
Con atentados modos se movía
Contra el que le atendia en una puente.
Mostraba claramente la pintura,
Que acaso noche oscura entonces era.
De la batalla fiera era testigo
Marte, que al enemigo condenaba,
Y al mozo coronaba en el fin della;
El qual, como la estrella relumbrante
Que el sol envía delante, resplandece.
De allí su nombre crecé, y se derrama
Su valerosa fama á todas partes.

Luego con nuevas artes se convierte
Á hurtar á la muerte y á su abismo
Gran parte de sí mismo, y quedar vivo
Quando el vulgo cativo le llorare,
Y muerto le llamare con deseo.
Estaba el Himeneo allí pintado,
El diestro pie calzado en lazos de oro.
De vírgenes un coro está cantando,
Partidas alternando y respondiendo;
Y en un lecho poniendo una doncella,
Que quien atento aquélla bien mirase,
Y bien la cotejase en su sentido

(a) «De eternamente amalla», en la edición príncipe.

Con la que el mozo vido allá en la huerta,
Verá que la despierta y la dormida
Por una es conocida de presente.
Mostraba juntamente ser señora
Digna y merecedora de tal hombre.
El almohada el nombre contenía,
El qual *doña María Enríquez* era.
Apenas tienen fuera á *don Fernando*
Ardiendo y deseando estar ya echado;
Al fin era dexado con su esposa
Dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.

En un pie estaba puesta la fortuna,
Nunca estable ni una, que llamaba
Á *Fernando* que estaba en vida ociosa,
Que por dificultosa y ardua via
Quisiera ser su guía y ser primera;
Mas él por compañera toma aquélla,
Siguiendo á la que es bella descubierta,
Y juzgada, cubierta, por disforme;
El nombre era conforme á aquesta fama;
Virtud esta se llama, al mundo rara.

¿Quién tras ella guiara igual en curso,
Sino éste, que el discurso de su lumbre
Forzaba la costumbre de sus años,
No recibiendo engaños sus deseos?
Los montes Pirineos (que se estima
De abaxo, que la cima está en el cielo,
Y desde arriba, el suelo en el infierno)
En medio del invierno atravesaba.
La nieve blanqueaba, y las corrientes
Por debaxo de puentes cristalinas,
Y por heladas minas van calladas.
El ayre las cargadas ramas mueve,
Que el peso de la nieve las desgaja.

Por aqui se trabaja el duque osado,
Del tiempo contrastado y de la vía,
Con clara compañía de ir delante,
El trabajo constante y tan loable
Por la Francia mudable, en fin, le lleva.
La Fama en él renueva la presteza;
La qual con ligereza iba volando,
Y con el gran *Fernando* se paraba,
Y le significaba en modo y gesto
Que el caminar muy presto convenia.

De todos escogía el duque uno,
Y entramos ^a de consuno cabalgaban.
Los caballos mudaban fatigados;
Mas á la fin llegados á los muros
Del gran Paris seguros, la dolencia
Con su débil presencia y amarilla
Baxaba de la silla al duque sano,
Y con pesada mano le tocaba.
Él luego comenzaba á demudarse,
Y amarillo pararse y á dolerse.

Luego pudiera verse de travieso
Venir por un espeso bosque ameno,
De buenas yerbas lleno y medicina,
Esculapio, y camina no parando
Hasta donde *Fernando* estaba en lecho.
Entró con pie derecho, y parecia
Que le restituía en tanta fuerza,
Que á proseguir se esfuerza su viaje,
Que le llevó al pasaje del gran Rheno.
Tomábale en su seno el caudaloso
Y claro río, gozoso de tal gloria,

(a) La edición de 1544; la anotada por Herrera, impresa en 1580;
la de Sánchez, correspondiente al año 1589, dicen «entrambos».

Tráýendo a la memoria quando vino
 El vencedor latino al mismo paso.
 No se mostraba escaso de sus ondas;
 Antes con aguas hõndas que engendraba,
 Los baxos igualaba, y al liviano
 Barco daba de mano; el qual volando,
 Atrás iba dexando muros, torres.
 Con tanta priesa corres, navecilla,
 Que llegas do amancilla una doncella,
 Y once mil más con ella, y mancha el suelo
 De sangre, que en el cielo está esmaltada:
 Úrsula, desposada y virgen pura,
 Mostraba su figura, en una pieza
 Pintada su cabeza. Allí se vía
 Que los ojos volvía ya espirando,
 Y estábala * mirando aquel tirano
 Que con acerba mano llevó á hecho
 De tierno en tierno pecho su compañía.

Por la fiera Alemaña de aquí parte
 El duque, á aquella parte enderezado
 Donde el christiano estado estaba en dubio.
 En fin, al gran Danubio se encomienda:
 Por él suelta la rienda á su navio,
 Que con poco desvío de la tierra
 Entre una y otra sierra el agua hiende.
 El remo, que deciende en fuerza suma,
 Mueve la blanca espuma como argento.
 El veloz movimiento parecía
 Que pintado se vía ante los ojos.

Con amorosos ojos adelante
 Carlo, César triunfante, le abrazaba

(a) «estábase» dice la edición príncipe, pero parece mala lección; «estábale», la de 1544; lo mismo la de Herrera; Sánchez lee «estábala».

Quando desembarcaba en Ratisbona.
Allí por la corona del Imperio
Estaba el Magisterio de la tierra
Convocado á la guerra que esperaban.
Todos ellos estaban enclavando
Los ojos en *Fernando*; y en el punto
Que á sí le vieron junto, se prometen
De quanto allí acometen la vitoria.

Con falsa y vana gloria y arrogancia,
Con bárbara jactancia allí se vía
Á los fines de Hungria el campo puesto
De aquel que fué molesto en tanto grado
Al húngaro cuitado y afligido;
Las armas y el vestido á su costumbre
Era la muchedumbre tan extraña,
Que apenas la campaña la abarcaba,
Ni á dar pasto bastaba, ni agua el rio.

César con celo pio, y con valiente
Ánimo, aquella gente despreciaba.
La suya convocaba, y en un punto
Vieras un campo junto de naciones
Diversas y razones; mas de un celo ^a.
No ocupaban el suelo en tanto grado
Con número sobrado y infinito
Como el campo maldito; mas mostraban
Virtud con que sobran su contrario,
Ánimo voluntario, industria y maña.
Con generosa saña y viva fuerza
Fernando los esfuerza y los recoge,
Y á sueldo suyo coge muchos dellos.
De un arte usaba entre ellos admirable;

(a) «En un solo ejército diversas gentes y opiniones, pero con un solo cuidado o deseo».

Con el disciplinable alemán fiero
 A su manera y fuero conversaba,
 A todos se aplicaba de manera,
 Que el flamenco dixerá que nacido
 En Flandes había sido; y el osado
 Español y sobrado, imaginando
 Ser suyo *don Fernando* y de su suelo,
 Demanda sin recelo la batalla.
 Quien más cerca se halla del gran hombre
 Piensa que crece el nombre por su mano.
 El cauto italiano nota y mira,
 Los ojos nunca tira del guerrero,
 Y aquel valor primero de su gente
 Junto en éste y presente considera.
 En él ve la manera misma y maña
 Del qué pasó en España sin tardanza,
 Siendo sólo esperanza de su tierra,
 Y acabó aquella guerra peligrosa
 Con mano poderosa y con estrago:
 De la fiera Cartago y de su muro;
 Y del terrible y duro su caudillo,
 Cuyo águdo cuchillo á las gargantas
 Italia tuvo tantas veces puesto.

Mostrábase tras esto allí esculpida
 La envidia carcomida, á sí ^a molesta;
 Contra *Fernando* puesta frente á frente
 La desvalida gente convocaba,
 Y contra aquél la armaba, y con sus artes
 Busca por todas partes daño y mengua.
 Él con su mansa lengua y largas manos
 Los tumultos livianos asentando,
 Poco á poco iba alzando tanto el vuelo,

(a) Otras lecciones, «asi», por «tanto» o «tan». Vid. Herrera.

Que la envidia en el cielo le miraba;
Y como no bastaba á la conquista,
Vencida ya su vista de tal lumbré,
Forzaba su costumbre, y parecía
Que perdón le pedia en tierra echada.
Él, después de pisada, descansado
Quedaba y aliviado de este enojo;
Y lleno del despojo desta fiera,
Hallaba en la ribera del gran río
De noche, al puro frío del sereno,
Á César, que en su seno está penoso
Del suceso dudoso desta guerra;
Que aunque de sí destierra la tristeza,
Del caso la grandeza trae consigo
El pensamiento amigo del remedio.
Entrambos buscan medio conveniente
Para que aquel terrible furor loco
Les empeciese poco, y recibiese
Tal estrago, que fuese destrozado.

Después de haber hablado, ya cansados
En la yerba acostados se dormían;
El gran Danubio oían ir sonando,
Casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo río se vía
Que del agua salía muy callado,
De sauces coronado, y de un vestido,
De las óvas texido, mal cubierto,
Y en aquel sueño incierto le mostraba
Todo quanto tocaba al gran negocio.
Parecía que el ocio sin provecho
Les sacaba del pecho; porque luego
(Como si en vivo fuego se quemara
Alguna cosa cara) se levantan
Del gran sueño, y se espantan, alegrando

El ánimo, y alzando la esperanza.

El río sin tardanza parecía
Que el agua disponía el gran viaje;
Allanaba el pasaje y la corriente,
Para que fácilmente aquella armada
Que había de ser guiada por su mano,
En el remar liviano y dulce viese
Quanto el Danubio fuese favorable.

Con presteza admirable vieras junto
Un ejército á punto denodado;
Y después de embarcado, el remo lento,
El duro movimiento de los brazos,
Los pocos embarazos de las ondas
Llevaban por las hondas aguas presta
El armada molesta al gran tirano.

El artificio humano no hiciera
Pintura que exprimiera vivamente
El armada, la gente, el curso, el agua;
Y apenas en la fragua (donde sudan
Los Cyclopes, y mudan fatigados
Los brazos ya cansados del martillo)
Pudiera así exprimillo el gran maestro.

Quien viera el curso diestro por la clara
Corriente, bien jurara á aquellas horas
Que las agudas proras dividían
El agua, y las hendían con sonido.
Y el rastro iba seguido. Luego vieras
Al viento las banderas tremolando,
Las ondas imitando en el moverse;
Pudiera también verse casi viva
La otra gente esquiva y descreída,
Que de ensoberbecida y arrogante
Pensaban que delante no hallaran
Hombres que se pararan á su furia.

Los nuestros tal injuria no sufriendo,
Remos iban metiendo con tal gana,
Que iba de espuma cana el agua llena.

El temor enajena al otro bando;
El sentido, volando de uno en uno,
Entrábase importuno por la puerta
De la opinión incierta; y siendo dentro,
En el íntimo centro allá del pecho
Les dexaba deshecho un yelo frío,
El qual, como un gran rio, en fluxos gruesos
Por medulas y huesos discurría.
Todo el campo se vía conturbado,
Y con arrebatado movimiento,
Sólo del salvamento platicaban.

Luego se levantaban con desorden;
Confusos y sin orden caminando,
Atrás iban dexando con recelo
Tendida por el suelo su riqueza.
Las tiendas, do pereza y el fornicio,
Con todo bruto vicio obrar solían,
Sin ellas se partían. Así armadas
Eran desamparadas de sus dueños.
A grandes y pequeños juntamente
Era el temor presente por testigo,
Y el áspero enemigo á las espaldas,
Que les iba las faldas ya mordiendo.

César estar teniendo allí se vía
Á *Fernando*, que ardía sin tardanza
Por colorar su lanza en turca sangre.
Con animosa hambre y con denuedo
Forceja con quien quedo estar le manda.
Como lebel de Irlanda generoso
Que el jábali cerdoso y fiero mira,
Rebátase, sospira, fuerza y riñe,

Y apenas le costrñe el atadura,
Que el dueño con cordura más aprieta;
Así estaba perfeta y bien labrada
La imagen figurada de *Fernando*,
Que quien allí mirándola estuviera,
Que era desta manera lo juzgara.

Resplandeciente y clara de su gloria
Pintada la vitoria se mostraba;
Á César abrazaba, y no parando,
Los brazos á *Fernando* echaba al cuello.
Él mostraba de aquello sentimiento,
Por ser el vencimiento tan holgado.
Estaba figurado un carro extraño
Con el despojo y daño de la gente
Bárbara; y juntamente allí pintados
Cautivos amarrados á las ruedas,
Con hábitos y sedas variadas;
Lanzas rotas, celadas y banderas,
Armaduras ligeras de los brazos,
Escudos en pedazos divididos
Vieras allí cogidos en trofeo,
Con que el común deseo y voluntades
De tierras y ciudades se alegraba.

Tras esto blanqueaba falda y seno
Con velas al Tirreno del armada
Sublime y ensalzada y gloriosa.
Con la proa espumosa las galeras,
Como nadantes fieras, el mar cortan;
Hasta que, en fin, aportan con corona
De lauro á Barcelona; do cumplidos
Los votos ofrecidos y deseos
Y los grandes trofeos ya repuestos,
Con movimientos prestos, de allí luego,
En amoroso fuego todo ardiendo,

El duque iba corriendo, y no paraba.
Cataluña pasaba, atrás la dexta;
Ya de Aragón se aleja, y en Castilla
Sin baxar de la silla los pies pone.
El corazón dispone al alegría
Que vecina tenía, y reserena
Su rostro, y enajena de sus ojos
Muerte, daños, enojos, sangre y guerra.
Con sólo amor se encierra sin respeto,
Y el amoroso afeto y celo ardiente
Figurado y presente está en la cara;
Y la consorte cara presurosa,
De un tal placer dudosa, aunque lo vía,
El cuello le ceñía en nudo estrecho
De aquellos brazos hecho delicados;
De lágrimas preñados relumbraban
Los ojos que sobaban al sol claro.

Con su *Fernando* caro, y señor pío,
La tierra, el campo, el río, el monte, el llano,
Alegres á una mano estaban todos;
Mas con diversos modos lo decían.
Los muros parecían de otra altura;
El campo en hermosura de otras flores
Pintaba mil colores desconformes;
Estaba el mismo Tormes figurado,
En torno rodeado de sus ninfas,
Vertiendo claras linfas con instancia
En mayor abundancia que solía;
Del monte se veía el verde seno
De ciervós todo lleno, corzos, gamos,
(Que de los tiernos ramos van rumiando;
El llano está mostrando su verdura,
Tendiendo su llanura así espaciosa,
Que á la vista curiosa nada empece,

Ni dexa en qué tropiece el ojo vago.
Bañados en un lago, no de olvido,
Mas de un embebecido gozo, estaban
Quantos consideraban la presencia
Deste, cuya excelencia el mundo canta,
Cuyo valor quebranta al turco fiero.

Aquesto vió Severo por sus ojos;
Y no fueron antojos ni ficiones;
Si oyeras sus razones, yo te digo
Que como buen testigo le creyeras.
Contaba muy de veras, que mirando
Atento, y contemplando las pinturas,
Hallaba en las figuras tal destreza,
Que con mayor viveza no pudieran
Estar, si ser les dieran vivo y puro,
Lo que dellas escuro allí hallaba.
Y el ojo no bastaba á recogello,
El río le daba dello gran noticia.

«Este de la milicia — dixo el río —
La cumbre y señorío terná sólo
Del uno al otro polo; y por que espantes
Á todos quantos cantes los famosos
Hechos tan gloriosos, tan ilustres,
Sabe que en cinco lustros de sus años;
Hará tantos engaños á la muerte,
Que con ánimo fuerte habrá pasado
Por quanto aquí pintado dél has visto.
Ya todo lo has previsto; vamos fuera;
Dexarte he en la ribera do estar sueles.»

«Quiero que me reveles tú primero
— Le replicó Severo — qué es aquello;
Que de mirar en ello se me ofusca
La vista; así corusca y resplandece,
Y tan claro parece allí en la urna,

Como en hora noturna la cometa.»
«Amigo no se meta — dixo el viejo —
Ninguno, le aconsejo, en este suelo
En saber más que el Cielo le otorgare;
Y si no te mostrare lo que pides,
Tú mismo me lo impides; porque en tanto
Que el mortal velo y manto el alma cubren,
Mil cosas se te encubren, que no bastan
Tus ojos, que contrasten, á mirallas.
No pude yo pintallas con menores
Luces y resplandores; porque sabe
(Y aquesto en ti bien cabe) que esto todo
Que en ecesivo modo resplandece
Tanto, que no parece ni se muestra,
Es lo que aquella diestra mano osada
Y virtud sublimada de *Fernando*
Acabarán ^a entrando más los días.
Lo qual con lo que vías comparado,
Es como con nublado muy oscuro
El sol ardiente, puro y relumbrante:
Tu vista no es bastante á tanta lumbre,
Hasta que la costumbre de miralla
Tu ver al contemplalla no confunda.
Como en cárcel profunda el encerrado,
Que súbito sacado, le atormenta
El sol que se presenta á sus tinieblas;
Así tú que las nieblas y hondura,
Metido en estrechura, contemplabas
Que era quanto mirabas otra gente,
Viendo tan diferente suerte de hombre,
No es mucho que te asombre luz tamaña.
Pero vete, que baña el sol hermoso

(a) «Acabaron», por errata de la primera edición.

Su carro presuroso ya en las ondas,
Y antes que me respondas será puesto.»

Diciendo así, con gesto muy humano
Tomóle de la mano. ¡O admirable
Caso y cierto espantable!, que en saliendo
Se fueron estriñendo de una parte
Y de otra de tal arte aquellas ondas,
Que las aguas que hondas ser solian,
El suelo descubrían y dexaban
Seca por do pasaban la carrera,
Hasta que en la ribera se hallaron;
Y como se pararon en un alto,
El viejo de allí un salto dió con brio,
Y levantó del río espuma al cielo,
Y conmovió del suelo negra arena.

Severo ya de ajena ciencia instruto,
Fuése á coger el fruto sin tardanza
De futura esperanza, y escribiendo,
Las cosas fué exprimiendo muy conformes
Á las que había de Tormes aprendido;
Y aunque de mi sentido él bien juzgase
Que no las alcanzase, no por eso
Este largo proceso, sin pereza,
Dexó, por su nobleza, de mostrarme.
Yo no podía hartarme allí leyendo,
Y tú de estarme oyendo estás cansado.

SALICIO

Espantado me tienes
Con tan extraño cuento,
Y al son de tu hablar embebecido;
Acá dentro me siento,
Oyendo tantos bienes,

Y el valor deste príncipe escogido,
Bullir con el sentido,
Y arder con el deseo,
Por contemplar presente
Aquel que estando ausente,
Por tu divina relación ya veo.
¡Quién viese la escritura,
Ya que no puede verse la pintura!
 Por firme y verdadero,
Después que te he escuchado,
Tengo que ha de sanar Albanio cierto;
Que según me has contado,
Bastará tu Severo
Á dar salud á un vivo y vida á un muerto;
Que á quien fué descubierto
Un tamaño secreto,
Razón es que se crea
Que qualquiera que sea
Alcanzará con su saber perfecto;
Y á las enfermedades
Aplicará contrarias calidades.

NEMOROSO

¿Pues en qué te resumes, di, Salicio,
Acerca deste enfermo compañero?

SALICIO

En que hagamos el debido oficio.
 Luego de aquí partamos, y primero
Que haga curso el mal y se envejezca,
Así lo presentemos á Severo.

NEMOROSO

Yo soy contento, y antes que amanezca
Y que del sol el claro rayo ardiente
Sobre las altas cumbres se parezca,
El compañero misero y doliente
Llevemos luego donde cierto entiendo
Que será guarecido fácilmente.

SALICIO

Recoge tu ganado, que cayendo
Ya de los altos montes las mayores
Sombras con ligereza van corriendo.

Mira en torno, y verás por los alcores
Salir el humo de las caserías
De aquestos comarcanos labradores.

Recoge tus ovejas y las mías,
Y vete tú con ellas poco á poco
Por aquel mismo valle que solías.

Yo solo me averné con nuestro loco;
Que pues que hasta aquí no se ha movido,
La braveza y furor debe ser poco.

NEMOROSO

Si llegas antes no te estés dormido;
Apareja la cena, que sospecho
Que aún fuego Gualafrón ^a no habrá encendido.

SALICIO

Yo lo haré, que al ható iré derecho,
Si no me lleva á despeñar consigo

(a) «Galafrón», en ediciones más modernas.

De algún barranco Albanio á mi despecho.
Adiós, hermano.

NEMOROSO

Adiós, Salicio amigo.

III

PERSONAS : ALCINO. — TIRRENO

ALCINO

Aquella voluntad honesta y pura,
Ilustre y hermosísima María,
Que en mí de celebrar tu hermosura,
Tu ingenio y tu valor; estar solía,
Á despecho y pesar de la ventura
Que por otro camino me desvía,
Está y estará en mí tanto clavada,
Quanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida;
Mas ^a con la lengua muerta y fría en la boca
Pienso mover la voz á ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca
Por el estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,
Me aflige, y de un trabajo en otro lleva;
Ya de la patria, ya del bien me aparta;
Ya mi paciencia en mil maneras prueba;
Y lo que siento más es que la carta

Donde mi pluma en tu alabanza nueva,
Poniendo en su lugar cuidados vanos,
Me quita y me arrebatada de las manos.

Pero por más que en mí su fuerza pruebe,
No tornará mi corazón mudable;
Nunca dirán jamás que me ^a remueve
Fortuna de un estudio tan loable.
Apolo y las hermanas todas nueve
Me darán ocio y lengua con que hable
Lo menos de lo que en tu ser cupiere;
Que esto será lo más que yo pudiere,

En tanto no te ofenda ni te harte
Tratar del campo y soledad que amaste,
Ni desdeñes aquesta inculta parte
De mi estilo, que en algo ya estimaste.
Entre las armas del sangriento Marte,
Do apenas hay quien su furor contraste,
Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando ora la espada, ora la pluma.

Aplica, pues, un rato los sentidos
Al baxo son de mi zampoña ruda,
Indigna de llegar á tus oídos,
Pues de ornamento y gracia va desnuda.
Mas á las veces son mejor oídos
El puro ingenio y lengua casi muda,
Testigos limpios de ánimo inocente,
Que ^b la curiosidad del eloquente.

Por aquesta razón de ti escuchado,
Aunque me falten otras, ser merezco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
Con recibillo tú, yo me enriquezco.

(a) A. «se».

(b) A. «Que es».

De quatro ninfas que del Tajo amado
Salieron juntas, á cantar me ofrezco,
Filodoce, Diamene, y Climene,
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo en soledad amena
De verdes sauces hay una espesura
Toda de yedra revestida y llena,
Que por el tronço va hasta el altura,
Y así la texe arriba y encadena,
Que el sol no halla paso á la verdura;
El agua baña el prado con sonido
Alegrando la yerba y el oído.

Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
Que pudieran los ojos el camino
Determinar apenas que llevaba.
Peynando sus cabellos ^a de oro fino,
Una ninfa del agua do moraba
La cabeza sacó, y el prado ameno
Vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso, el manso viento,
El suave olor de aquel florido suelo.
Las aves, en el fresco apartamiento
Vió descansar del trabajoso vuelo.
Secaba entonces el terreno aliento
El sol subido en la mitad ^b del cielo.
En el silencio sólo se escuchaba
Un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
Atentamente aquel lugar sombrío ^c,

(a) A. «su cabello».

(b) A. «metad».

(c) A. «umbrío».

Somorgujó de nuevo su cabeza,
Y al fondo se dexó calar del río.
Á sus hermanas á contar empieza
Del verde sitio el agradable frío,
Y que vayán les ruega y amonesta
Allí con su labor á estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego;
Que las tres dellas su labor tomaron;
Y en mirando de fuera, vieron luego
El prado, hacia el qual enderezaron.
El agua clara con lascivo juego
Nadando dividieron y cortaron,
Hasta que el blanco pie tocó mojado,
Saliendo del arena el verde prado.

Poniendo ya en lo enxuto las pisadas,
Escurrieron ^a del agua sus cabellos;
Los quales esparciendo, cobijadas ^b
Las hermosas espaldas fueron dellos.
Luego sacando telas delicadas,
Que en delgadeza competían con ellos,
En lo más escondido se metieron,
Y á su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y texidas
Del oro que el felice Tajo envía,
Apurado, después de bien cernidas
Las menudas arenas do se cría,
Y de las verdes hojas reducidas
En estambre sutil ^c, qual convenía
Para seguir el delicado estilo
Del oro ya tirado en rico hilo ^d.

(a) A. «Y escurriéndos».

(b) A. «cubijadas».

(c) A. «subtil».

(d) En A está cambiado el orden de esta octava y la siguiente.

La delicada estambre era distinta
 De las ^a colores que antes le habían dado
 Con la fineza de la varia tinta
 Que se halla en las conchas del pescado.
 Tanto artificio muestra en lo que pinta
 Y texe cada ninfa en su labrado,
 Quanto mostraron ^b en sus tablas antes
 El celebrado Apeles y Timantes.

Filodoce, que así de aquéllas era
 Llamada la mayor, con diestra mano
 Tenía figurada la ribera
 De Estrimón, de una parte el verde llano,
 Y de otra el monte de aspereza fiera,
 Pisado tarde ó nunca de pie humano,
 Donde el amor movió con tanta gracia
 La dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada allí ^c la hermosa
 Euridice en el blanco pie mordida
 De la pequeña sierpe ponzoñosa
 Entre la yerba y flores escondida:
 Descolorida estaba como rosa
 Que ha sido fuera de sazón cogida,
 Y el ánima, los ojos ya volviendo,
 De la su ^d hermosa carne despidiendo.

Figurado se ~~va~~ extensamente
 El osado marido que baxaba
 Al triste reyno de la ^e oscura gente,
 Y la ^f mujer perdida recobraba;

- (a) A. «los».
- (b) A. «mostraban».
- (c) Falta «allí» en A.
- (d) Falta «su» en A.
- (e) A. «y á la».
- (f) A. «Y á la».

Y como después desto él impaciente
Por mirarla de nuevo, la tornaba
Á perder otra vez, y del tirano
Se quexa al monte solitario en vano.

Diamene no menos artificio
Mostraba en la labor que había texido,
Pintando á Apolo en el robusto oficio
De la silvestre caza embebecido.
Mudar presto le hace el exercicio
La vengativa mano de Cupido,
Que hizo á Apolo consumirse en lloro
Después que le clavó ^a con punta de oro.

Dafne con el cabello suelto al viento,
Sin perdonar al blanco pie, corría
Por áspero camino, tan sin tiento,
Que Apolo en la pintura parecía
Que por que ella templase el movimiento,
Con menos ligereza la seguía.
El va siguiendo, y ella huye como
Quien siente al pecho el odioso plomo.

Mas á la fin los brazos le crecían,
Y en sendos ramos vueltos se mostraban,
Y los cabellos, que vencer solían
Al oro ^b fino, en hojas se tornaban;
En torcidas raíces se extendían ^c
Los blancos pies, y en tierra se hincaban.
Llora el amante, y busca el ser primero,
Besando y abrazando aquel inadero.

Climene, llena de destreza y maña,
El oro y las colores ^d matizando

(a) A. «le clavó».

(b) A. «Al oro».

(c) A. «se tendían».

(d) A. «los colores».

Iba, de hayas una gran montaña,
De robles y de peñas variando.
Un puerco entre ellas ^a de braveza extraña
Estaba los colmillos aguzando
Contra un mozo, no menos animoso,
Con su ^b venablo en mano, que hermoso.

Tras esto el puerco allí se vía herido
De aquel mancebo por su mal valiente,
Y el mozo en tierra estaba ya tendido,
Abierto el pecho del rabioso diente;
Con el cabello de oro desparcido
Barriendo el suelo miserablemente,
Las rosas blancas por allí sembradas
Tornaba con su sangre coloradas.

Adonis éste se mostraba ^c que era,
Según se muestra Venus dolorida,
Que viendo la herida abierta y fiera,
Sobre él estaba casi amortecida ^d.
Boca con boca coge la postrera
Parte del ayre que solía dar vida
Al cuerpo por quien ella en este suelo
Aborrecido tuvo al alto Cielo.

La blanca Nise no tomó á destajo
De los pasados casos la memoria,
Y en la labor de su sutil trabajo
No quiso entretexer antigua historia;
Antes mostrando de su claro Tajo
En su labor la celebrada gloria,
La figuró en la parte donde baña
La más felice tierra de la España.

- (a) A. «en ellas».
(b) A. «un».
(c) A. «se mostraba éste».
(d) A. «mortecida».

Pintado el caudaloso río se vía,
Que en áspera estrechez reducido,
Un monte casi alrededor ^a tenía
Con ímpetu corriendo y con ruido;
Querer cercarlo ^b todo parecía
En su volver; mas era afán perdido;
Dexábase correr, en fin, derecho,
Contento de lo mucho que había hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre
Del monte, y desde allí por él sembrada
Aquella ilustre y clara pesadumbre
De antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre
El Tajo va siguiendo su jornada,
Y regando los campos y arboledas
Con artificio de las altas ruedas.

En la hermosa tela se veían
Entretexidas las silvestres diosas
Salir de la espesura, y ^c que venían
Todas á las riberas presurosas,
En el semblante tristes, y traían
Cestillos blancos de purpúreas rosas,
Las quales esparciendo derramaban
Sobre una ninfa muerta, que lloraban.

Todas con el cabello desparecido
Lloraban una ninfa delicada,
Cuya vida mostraba que había sido
Antes de tiempo y ^d casi en flor cortada.
Cerca del agua en un lugar florido

- (a) A. «en derredor».
- (b) A. «cercalle».
- (c) Falta el «y» en A.
- (d) Falta el «y» en A.

Estaba entre las yerbas degolláda ^a,
 Qual queda el blanco cisne quando pierde
 La dulce vida entre la yerba verde.

Una de aquellas diosas que en belleza,
 Al parecer, á todas excedia,
 Mostrando en el semblante la tristeza
 Que del funesto ^b y triste caso habia,
 Apartada algún tanto, en la corteza
 De un álamo unas letras escribía,
 Como epitafio de la ninfa bella,
 Que hablaban así por parte della:

«Elisa soy, en ^c cuyo nombre suena
 Y se lamenta el monte cavernoso,
 Testigo del dolor y grave pena
 En que por mí se aflige Nemoroso,
 Y llama Elisa; Elisa á boca llena
 Responde el Tajo, y lleva presuroso
 Al mar de Lusitania el nombre mío,
 Donde será escuchado, yo lo fio.»

En fin, en ^d esta tela artificiosa
 Toda la historia estaba figurada
 Que en aquella ribera deleitosa
 De Nemoroso fué tan celebrada;
 Porque de todo aquesto y cada cosa
 Estaba Nise ya tan informada,
 Que llorando el pastor, mil veces ella
 Se enterneció escuchando su querella.

Y por que aqueste lamentable cuento
 No sólo entre las selvas se contase,
 Mas dentro de las ondas sentimiento

- (a) A. «igualada».
- (b) A. «siniestro».
- (c) A. «con».
- (d) A. «con».

Con la noticia desto se mostrase,
Quiso que de su tela el argumento
La bella ninfa muerta señalase ^a;
Y así se publicase ^b de uno en uno
Por el húmido reyno de Neptuno.

Destas historias tales variadas
Eran las telas de las quatro hermanas,
Las quales con colores matizadas
Y claras luces ^c de las sombras vanas,
Mostraban á los ojos relevadas
Las cosas y figuras que eran llanas,
Tanto, que al parecer el cuerpo vano,
Pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban ^d,
Escondiendo su luz al mundo cara
Tras altos montes, y á la luna daban
Lugar para mostrar su blanca cara;
Los peces a menudo ya saltaban,
Con la cola azotando el agua clara,
Quando las ninfas, la labor dexando ^e,
Hacia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos
Tenían los pies, y reclinar querían
Los blancos cuerpos, quando sus oídos
Fueron de dos zampoñas que tañían
Suave y dulcemente detenidos,
Tanto, que sin mudarse las oían,
Y al son de las zampoñas escuchaban
Dos pastores á veces que cantaban.

(a) A. «y así».

(b) Faltan estos versos en A.

(c) A. «Muy claramente».

(d) A. «trasponer, trasmontar».

(e) A. «de labor alzando».

Más claro cada vez el son se oía
 De dos pastores, que venían cantando
 Tras el ganado, que también venía
 Por ^a aquel verde soto caminando:
 Y á la majada, ya pasado el día,
 Recogido le llevan, alegrando
 Las verdes selvas con el son suave,
 Haciendo su trabajo ^b menos grave.

Tirreno destos dos el uno era,
 Alcino el otro, entrambos estimados,
 Y sobre quantos pacen la ribera
 Del Tajo con sus vacas enseñados;
 Mancebos de una edad, de una manera,
 Á cantar juntamente aparejados
 Y á responder; aquesto van diciendo,
 Cantando el uno, y l'otro respondiendo:

TIRRENO

Flérída, para mí dulce y sabrosa
 Más que la fruta del cercado ajeno,
 Más blanca que la leche, y más hermosa
 Que el prado por abril de flores lleno;
 Si tú respondes pura y amorosa
 Al verdadero amor de tu Tirreno,
 Á mi majada arribarás primero,
 Que el cielo nos demuestre ^c su lucero.

ALCINO

Hermosa Filis, siempre yo te sea
 Amargo al gusto más que la retama,

- (a) «Para».
 (b) A. «Y el trabajo haciendo».
 (c) A. «te amuestre».

Y de ti despojado yo me vea;
 Qual queda el tronco de su verde rama,
 Si más que yo el murciégalo desea
 La escuridad, ni más la luz desama,
 Por ver ya el fin de un término tamaño
 Deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO

Qual suele acompañada de su bando
 Aparecer la dulce Primavera,
 Quando Favonio y Zéfiro soplando
 Al campo tornan su beldad primera;
 Y van artificiosos esmaltando
 De roxo; azul y blanco la ribera;
 En tal manera á mí, Flérida mía,
 Viniendo reverdece mi alegría.

ALCINO

¿Ves el furor del animoso viento
 Embravecido en la fragosa sierra,
 Que los antiguos robles ciento á ciento,
 Y los pinos altísimos atierra,
 Y de tanto destrozo aun no contento,
 Al espantoso mar mueve la guerra?
 Pequeña es esta furia comparada
 A la de Filis con Alcino áyrada.

TIRRENO

El blanco trigo multiplica y crece;
 Produce el campo en abundancia tierno
 Pasto al ganado; el verde monte ofrece
 Á las fieras salvajes su gobierno;

Á do quiera que miro me parece.
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos,
Si dello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado;
La malicia del ayre corrompido
Hace morir la hierba mal su grado;
Las aves ven su descubierto nido,
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del roxo Apolo;
De la hermosa Venus fué tenido
En precio y en estima el mirto sólo;
El verde sauz ^a de Flérída es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo;
Do quiera que de hoy más sauces se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;

(a) «sauce», en la edición príncipe, pero destruye el verso.

Mas el que la beldad de tu figura,
Dondequiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya, en su aspereza,
Confesara que vence tu belleza.

Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
Le respondió, y habiendo ^a ya acabado
El dulce son, siguieron su camino
Con paso un poco más apresurado.
Siendo á las ninfas ya el rumor vecino,
Juntas se arrojan por el agua á nado;
Y de la blanca espuma que movieron,
Las cristalinas ondas se cubrieron.

(a) En la primera edición «viendo», por errata.

ELEGÍAS

I

AL DUQUE DE ALBA, EN LA MUERTE DE DON BERNALDINO
DE TOLEDO, SU HERMANO

Aunque este grave caso haya tocado
Con tanto sentimiento el alma mía
Que de consuelo estoy necesitado,
Con que de su dolor mi fantasía
Se descargase un poco, y se acabase
De mi continuo llanto la porfía,
Quise pero ^a probar si me bastase
El ingenio á escrebirte algún consuelo,
Estando qual estoy, que aprovechase
Para que tu reciente desconsuelo
La furia mitigase, si las musas
Pueden un corazón alzar del suelo,
Y poner fin á las querellas que usas,
Con que de Pindo ya las moradoras
Se muestran lastimadas y confusas;
Que según he sabido, ni á las horas
Que el sol se muestra, ni en el mar se asconde,
De tu lloroso estado no mejoras;
Antes en él permaneciendo, donde
Quiera que estés tus ojos siempre bañas.
Y el llanto á tu dolor así responde,

(a) Sánchez dice «empero».

Que temo ver deshechas tus entrañas
En lágrimas, como al lluvioso viento
Se derrite la nieve en las montañas.

Si acaso el trabajado pensamiento
En el común reposo se adormece,
Por tornar al dolor con nuevo aliento,

En aquel breve sueño te aparece
La imagen amarilla del hermano
Que de la dulce vida desfallece;

Y tú, tendiendo la piadosa mano,
Probando á levantar el cuerpo amado,
Levantas solamente el ayre vano;

Y del dolor el sueño desterrado,
Con ansia vas buscando el que partido
Era ya con el sueño y alongado.

Así desfalleciendo en tu sentido,
Como fuera de ti, por la ribera
De Trápana con llanto y con gemido
El caro hermano buscas, que sólo era
La mitad de tu alma, el qual muriendo
No quedará de ti ya parte entera.

Y no de otra manera repitiendo
Vas el amado nombre, en desusada
Figura á todas partes revolviendo,

Que cerca del Eridano aquexada,
Lloró y llamó Lampecia el nombre en vano,
Con la fraterna muerte lastimada:

«Ondas, torná " me ya mi dulce hermano-
Faeton, si no aquí veréis mi muerte,
Regando con mis ojos este llano.»

¡O quantas veces, con el dolor fuerte,
Avivadas las fuerzas, renovaba

(a) «Tornadme» escribieron los comentaristas.

Las quejas de su cruda y dura suerte!
;Y cuántas otras, quando se acababa
Aquel furor, en la ribera umbrosa,
Muerta, cansada, el cuerpo reclinaba!

Bien te confieso que si alguna cosa
Entre la humana puede y mortal gente
Entristecer un alma generosa,

Con gran razón podrá ser la presente;
Pues te ha privado de un tan dulce amigo
(No solamente hermano) un accidente;

El qual no sólo siempre fué testigo
De tus consejos, y íntimos secretos,
Mas de quanto lo fueste tú contigo.

En él se reclinaban tus discretos
Y honestos pareceres, y hacían
Conformes al asiento sus efetos.

En él ya se mostraban y leían
Tus gracias y virtudes una á una,
Y con hermosa luz resplandecían,

Como en luciente de cristal coluna,
Que no encubre de quanto se avecina
Á su viva pureza cosa alguna.

¡O miserables hados! ¡O mezquina
Suerte la del estado humano y dura,
Do por tantos trabajos se camina!

Y agora muy mayor la desventura
De aquesta nuestra edad, cuyo progreso
Muda de un mal en otro su figura.

¿Á quién ya de nosotros el exceso
De guerras, de peligros, y destierro
No toca, y no ha cansado el gran "a" proceso?

¿Quién no vió desparcir su sangre al hierro

(a) Falta el «gran» en la primera edición, y queda el verso cojo.

Del enemigo? ¿Quién no vió su vida
Perder mil veces y escapar por yerro?
¿De cuántos queda y quedará perdida
La casa, y la mujer y la memoria,
Y de otros la hacienda despendida?
¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios ó agradecimientos?
Sabrálo quien leyere nuestra historia.
Veráse alli que como polvo al viento,
Así se deshará nuestra fatiga
Ante quien se endereza nuestro intento.
No contenta con esto la enemiga
Del humano linaje, que envidiosa
Coge sin tiempo el grano de la espiga,
Nos ha querido ser tan rigurosa,
Que ni á tu juventud, don Bernaldino,
Ni ha sido á nuestra pérdida piadosa.
¿Quién pudiera de tal ser adevino?
¿Á quién no le engañara la esperanza,
Viéndole caminar por tal camino?
¿Quién no se prometiera en abastanza
Seguridad entera de tus años,
Sin temer de Natura tal mudanza?
Nunca los tuyos, mas los propios daños,
Dolernos deben; que la muerte amarga
Nos muestra claros ya mil desengaños.
Hanos mostrado ya que en vida larga
Apenas de tormentos y de enojos
Llevar podemos la pesada carga.
Hanos mostrado en ti que claros ojos,
Y juventud, y gracia y hermosura,
Son también cuando quiere sus despojos.
Mas no puede hacer que tu figura,
Después de ser de vida ya privada,

No muestre el artificio de Natura.

Bien es verdad que no está acompañada
De la color de rosa, que solía
Con la blanca azucena ser mezclada;

Porque el calor templado, que encendía
La blanca nieve de tu rostro puro,
Robado ya la muerte te lo había.

En todo lo demás, como en seguro
Y reposado sueño descansabas,
Indicio dando del vivir futuro.

¿Mas qué hará la madre que tú amabas,
De quien perdidamente eras amado,
A quien la vida con la tuya dabas?

Aquí se me figura que ha llegado
De su lamento el son, que con su fuerza
Rompe el ayre vecino y apartado;

Tras el qual á venir también se esfuerza
El de las quatro hermanas, que teniendo
Va con el de la madre á viva fuerza.

Á todas las contemplo desparciendo
De su cabello luengo el fino oro,
Al qual ultraje y daño están haciendo.

El viejo Tormes con el blanco coro,
De sus hermosas ninfas seca el río,
Y humedece la tierra con su lloro.

No recostado en urna al dulce frío
De su caverna umbrosa, mas tendido
Por el arena en el ardiente estío,

Con ronco son de llanto y de gemido,
Los cabellos y barbas mal paradas
Se despedaza y el sutil vestido.

En torno dél sus ninfas desmayadas
Llorando en tierra están sin ornamento,
Con las cabezas de oro despeynadas.

Cese ya del dolor el sentimiento,
Hermosas moradoras del undoso
Tormes; tened más provechoso intento;
Consolad á la madre, que el piadoso
Dolor la tiene puesta en tal estado,
Que es menester socorro presuroso.

Presto será que el cuerpo sepultado
En un perpetuo mármol, de las ondas
Podrá de vuestro Tormes ser bañado.

Y tú, hermoso coro, allá en las hondas
Aguas metido, podrá ser que al llanto
De mi dolor te muevas y respondas.

Vos, altos promontorios, entretanto,
Con toda la Trinacria entristecida,
Buscad alivio en desconsuelo tanto.

Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
Sin enojos se pasa, moradores
De la parte repuesta y escondida,

Con luenga experiencia sabidores,
Buscad para consuelo de Fernando
Yerbas de propiedad oculta y flores;

Así en el ascondido bosque, quando
Ardiendo en vivo y agradable fuego
Las fugitivas ninfas váis buscando,

Ellas se inclinen al piadoso ruego,
Y en recíproco lazo estén ligadas,
Sin esquivar el amoroso juego.

Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
Y tus presentes obras resplandeces,
Y á mayor fama están por ti obligadas,

Contempla dónde estás, que si falleces
Al nombre que has ganado entre la gente,
De tu virtud en algo te enflaqueces.

Porque al fuerte varón no se consiente

No resistir los casos de fortuna
Con firme rostro y corazón valiente.

Y no tan solamente esta importuna,
Con proceso cruel y riguroso,
Con revolver del sol, de cielo y luna,

Mover no debe un pecho generoso,
Ni entristecello con funesto vuelo,
Turbando con molestia su reposo;

Mas si toda la máquina del cielo
Con espantable son y con ruido
Hecha pedazos se viniere al suelo,

Debe ser aterrado y oprimido
Del grave peso y de la gran ruina,
Primero que espantado y conmovido.

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de aquí declina.

Y, en fin, señor, tornando al movimiento
De la humana natura, bien permito
Á nuestra flaca parte un sentimiento;

Mas el exceso en esto vedó y quito,
Si alguna cosa puedo, que parece
Que quiere proceder en infinito.

Á lo menos el tiempo, que descrece
Y muda de las cosas el estado,
Debe bastar, si la razón fallece.

No fué el troyano príncipe llorado
Siempre del viejo padre dolorido,
Ni siempre de la madre lamentado;

Antes, después del cuerpo redemido
Con lágrimas humildes y con oro,
Que fué del fiero Aquiles concedido,

Y reprimiendo el lamentable coro
Del frigio llanto, dieron fin al vano

Y sin provecho sentimiento y lloro.

El tierno pecho, en esta parte humano,
De Venus, ¿qué sintió, su Adonis viendo
De su sangre regar el verde llano?

Mas desdeque vido bien que corrompiendo
Con lágrimas sus ojos no hacía,
Sino en su llanto estarse deshaciendo;

Y que tornar llorando no podía
Su caro y dulce amigo de la oscura
Y tenebrosa noche al claro día,

Los ojos enxugó, y la frente pura
Mostró con algo más contentamiento,
Dexando con el muerto la tristura;

Y luego con gracioso movimiento
Se fué su paso por el verde suelo
Con su guirnalda usada y su ornamento.

Desordenaba con lascivo vuelo
El viento sus cabellos, y con su vista
Se alegraba la tierra, el mar y el cielo.

Con discurso y razón que es tan prevista,
Con fortaleza y ser que en ti contemplo,
A la flaca tristeza se resista.

Tu ardiente gana de subir al templo
Donde la muerte pierde su derecho
Te basta, sin mostrarte yo otro exemplo.

Allí verás cuán poco mal ha hecho.
La muerte en la memoria y clara fama
De los famosos hombres que ha deshecho.

Vuelve los ojos donde al fin te llama
La suprema esperanza, do perfeta
Sube y purgada el alma en pura llama.

¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta,
De Alcides consumió la mortal parte
Quando voló el espíritu al alta meta?

Desta manera, aquel por quien reparte
Tu corazón sospiros mil al día,
Y resuena tu llanto en cada parte,
Subió por la difícil y alta vía,
De la carne mortal purgado y puro,
En la dulce región de la alegría;

Do con discurso libre ya y seguro
Mira la vanidad de los mortales
Ciegos, errados en el ayre oscuro;
Y viendo y contemplando nuestros males,
Alégrase de haber alzado el vuelo
Y gozar de las horas inmortales.

Pisa el inmenso y cristalino cielo,
Teniendo puestos de una y de otra mano
El claro padre y el sublime agüelo.

El uno ve de su proceso humano
Sus virtudes estar allí presentes,
Que el áspero camino hacen llano;
El otro que acá hizo entre las gentes
En la vida mortal menor tardanza,
Sus llagas muestra allá resplandecientes.

Dellas aqueste premio allá se alcanza;
Porque del enemigo no conviene
Procurar en el cielo otra venganza.

Mira la tierra, el mar que la contiene,
Todo lo qual por un pequeño punto
Á respeto del cielo juzga y tiene.

Puesta la vista en aquel gran trasunto
Y espejo, do se muestra lo pasado
Con lo futuro y lo presente junto,

El tiempo que á tu vida limitado
De allá arriba te está, Fernando, mira,
Y allí ve tu lugar ya deputado.

¡O bienaventurado!, que sin ira,

Sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
Con quien acá se muere y se suspira;

Y en eterna holganza y en sosiego
Vives, y vivirás quanto encendiere
Las almas del divino amor el fuego!

Y si el Cielo piadoso y largo diere
Luenga vida á la voz deste mi llanto
(Lo qual tú sabes que pretende y quiere),

Yo te prometo, amigo, que entretanto
Que el sol al mundo alumbre, y que la escura
Noche cubra la tierra con su manto,

Y en tanto que los peces la hondura
Húmda habitarán del mar profundo,
Y las fieras del monte la espesura,

Se cantará de ti por todo el mundo;
Que en quanto se discurre, nunca visto
De tus años jamás otro segundo
Será desde el Antártico á Calisto.

II

Á BOSCÁN

Aquí Boscán, donde del buen troyano
Anquises con eterno nombre y vida
Conserva la ceniza el Mantuano,

Debaxo de la seña esclarecida
De César Africano nos hallamos
La vencedora gente recogida.

Diversos en estudio, que unos vamos
Muriendo por coger de la fatiga
El fruto que con el sudor sembramos;

Otros, que hacen la virtud amiga,

Y premio de sus obras, y así quieren
Que la gente lo piense y que lo diga,
Destotros en lo público difieren,
Y en lo secreto sabe Dios en cuánto
Se contradicen en lo que refieren «.

Yo voy por medio, porque nunca tanto
Quise obligarme á procurar hacienda,
Que un poco más que aquéllos me levanto.

Ni voy tampoco por la estrecha senda
De los que cierto sé que á la otra vía
Vuelven de noche al caminar la rienda.

¿Mas dónde me llevó la pluma mía,
Que á sátira me voy mi paso á paso,
Y aquesta que os escribo es elegía?

Yo enderezo, señor, en fin, mi paso
Por donde vos sabéis, que su proceso
Siempre ha llevado y lleva Garcilaso;

Y así en mitad de aqueste monte espeso
De las diversidades me sostengo,
No sin dificultad, mas no por eso

Dexo las Musas, antes tornó, y vengo
Dellas al negociar, y variando
Con ellas dulcemente me entretengo.

Así se van las horas engañando;
Así del duro afán y grave pena
Estamos algún hora descansando.

De aquí iremos á ver de la sirena
La patria, que bien muestra haber ya sido
De ocio y de amor antiguamente llena.

Allí mi corazón tuvo su nido
Un tiempo ya; mas no sé, ¡triste!, agora
Ó si estará ocupado ó desaparecido.

(a) El Brocense y Herrera dicen «profleren».

Desto un frío temor así á deshora
Por mis huesos discurre en tal manera,
Que no puedo vivir con él un hora.

Si, ¡tristel, de mi bien estado hubiera
Un breve tiempo ausente, yo no niego
Que con mayor seguridad viviera.

La breve ausencia hace el mismo juego
En la fragua de amor, que en fragua ardiente
El agua moderada hace al fuego;

La qual verás que no tan solamente
No le suele matar, mas aun le esfuerza
Con ardor más intenso y eminente;

Porque un contrario, con la poca fuerza
De su contrario, por vencer la lucha
Su brazo aviva, y su valor esfuerza;

Pero si el agua en abundancia mucha
Sobre el fuego se esparce y se derrama,
El humo sube al cielo, el son se escucha,

Y el claro resplandor de viva llama
En polvo y en ceniza convertido,
Apenas queda dél sino la fama.

Así el ausencia larga, que ha esparcido
En abundancia su licor, que amata
El fuego que el amor tenía encendido,

De tal suerte lo dexa, que lo trata
La mano sin peligro en el momento
Que en apariencia y son se desbarata.

Yo solo fuera voy de aqueste cuento,
Porque el amor me aflige y me atormenta,
Y en el ausencia crece el mal que siento;

Y pienso yo que la razón consienta,
Y permita la causa de este efecto,
Que á mi sólo entre todos se presenta;

Porque como del cielo yo sujeto

Estaba eternamente y deputado
Al amoroso fuego en que me meto,

Así para poder ser amatado,
El ausencia sin término infinita
Debe ser, y sin tiempo limitado,

Lo qual no habrá razón que lo permita;
Porque por más y más que ausencia duré,
Con la vida se acaba, que es finita.

¿Mas á mí quién habrá que me asegure
Que mi mala fortuna con mudanza
Y olvido contra mí no se conjure?

Estè temor persigue la esperanza,
Y oprime y enflaquece el gran deseo
Con que mis ojos van de su holganza.

Con ellos solamente agora veo
Este dolor que el corazón me parte,
Y con-él y conmigo aquí peleo.

¡O crudo, o riguroso, o fiero Marte,
De túnica cubierto de diamante,
Y endurecido siempre en toda parte!

¿Qué tiene que hacer el tierno amante
Con tu dureza y áspero exercicio,
Llevado siempre del furor delante?

Exercitando, por mi mal, tu oficio,
Soy reducido á términos, que muerte
Será mi postrimero beneficio.

Y ésta no permitió mi dura suerte
Que me sobreviniese peleando,
De hierro traspasado agudo y fuerte,

Por que me consumiese contemplando
Mi amado y dulce fruto en mano ajena,
Y el duro posesor de mí burlando.

¿Mas dónde me transporta y enajena
De mi propio sentido el triste miedo

Á parte de vergüenza y dolor llena,
Donde si el mal yo viese, ya no puedo,
Según con esperalle estoy perdido,
Acrecentar en la miseria un dedo?

Así lo pienso agora, y si él venido
Fuese en su misma forma y su figura,
Ternía el presente por mejor partido;
Y agradeciera siempre á la ventura
Mostrarme de mi mal sólo el retrato
Que pinta mi temor y mi tristura.

Yo sé qué cosa es esperar un rato
El bien del propio engaño, y solamente
Tener con él inteligencia y trato.

Como acontece al misero doliente,
Que del un cabo el cierto amigo y sano
Le muestra el duro mal de su accidente,

Y le amonesta que del cuerpo humano
Comience á levantar á mejor parte
El alma suelta con volar liviano;

Mas la tierna mujer, de la otra parte,
No se puede entregar al desengaño,
Y encúbrele del mal la mayor parte;

Él, abrazado con su dulce engaño,
Vuelve los ojos á la voz piadosa,
Y alégrase muriendo con su daño;

Así los quito yo de toda cosa
Y póngolos en sólo el pensamiento
De la esperanza cierta ó lastimosa ^a.

En este dulce error muero contentó,
Porque ver claro y conocer mi estado
No puede ya curar el mal que siento;

(a) La mayor parte de los editores leyeron «mentirosa»; así, vide edición de 1544, Herrera, Sánchez, Tamayo.

Y acabo como aquel que en un templado
Baño metido sin sentido muere,
Las venas dulcemente desatado.

Tú que en la patria entre quien bien te quiere
La deleytosa playa estás mirando,
Y oyendo el son del mar que en ella hiere,

Y sin impedimento contemplando
La misma á quien tú vas eterna fama
En tus vivos escritos procurando,

Alégrate, que más hermosa llama
Que aquella que el troyano encendimiento
Pudo causar, el corazón te inflama.

No tienes que temer el movimiento
De la fortuna con soplar contrario;
Que el puro resplandor serena el viento.

Yo, como conducido mercenario,
Voy do fortuna á mi pesar me envía,
Sino á morir, que aquesto es voluntario.

Sólo sostiene la esperanza mía
Un tan débil engaño, que de nuevo
Es menester hacelle cada dia;

Y si no le fabrico y le renuevo,
Da consigo en el suelo mi esperanza,
Tanto, que en vano á levantalla pruebo.

Aqueste premio mi servir alcanza,
Que en sólo la miseria de mi vida
Negó fortuna su común mudanza.

¿Dónde podré huir que sacudida
Un rato sea de mí la grave carga
Que oprime mi cerviz enflaquecida?

Mas ¡ay, que la distancia no descarga
El triste corazón, y el mal, doquiera
Que estoy, para alcanzarme el brazo alarga!

Si donde el sol ardiente reverbera

En la arenosa Libia, engendradora
De toda cosa ponzoñosa y fiera,
Ó adonde es él vencido á qualquier hora
De la rígida nieve y viento frío,
Parte do no se vive; ni se mora;
Si en 'ésta ó en aquélla el desvarío
Ó la fortuna me llevase un día,
Y allí gastase todo el tiempo mío,
El celoso temor con mano fría
De medio del calor y ardiente arena
El triste corazón me apretaría;
Y en el rigor del hielo, en la serena
Noche, soplando el viento agudo y puro,
Que el veloce correr del agua enfrena,
De aqueste vivo fuego en que me apuro,
Y consumirme poco á poco espero,
Sé que aun allí no podré estar seguro,
Y así diverso entre contrarios muero.

EPÍSTOLA

Á BOSCÁN

Señor Boscán, quien tanto gusto tiene
De daros cuenta de los pensamientos
Hasta en las cosas que no tienen nombre,
No le podrá faltar en vos materia,
Ni será menester buscar estilo
Presto, distinto, de ornamento puro,
Tal qual á culta epístola conviene.

Entre muy grandes vienes que consigo
El amistad perfecta nos concede,
Es aqueste descuido suelto y puro,
Lejos de la curiosa pesadumbre;
Y así, de aquesta libertad gozando,
Digo que vine, quanto á lo primero,
Tan sano como aquel que en doce días
Lo que sólo veréis ha caminado,
Quando el fin de la carta os lo mostrare.

Alargo y suelto á su placer la rienda,
Mucho más que al caballo al pensamiento,
Y llévame á las veces por camino
Tan dulce y agradable, que me hace
Olvidar el trabajo del pasado.
Otras me lleva por tan duros pasos,

Que con la fuerza del afán presente,
También de los pasados se me olvida.
Á veces sigo un agradable medio
Honesto y reposado, en que el discurso
Del gusto y del ingenio se exercita.

Iba pensando y discurriendo un día
Á cuántos bienes alargó la mano
El que de la amistad mostró el camino;
Y luego vos, del amistad exemplo,
Os me ofrecéis en estos pensamientos.
Y con vos á lo menos me acontece
Una gran cosa, al parecer extraña;
Y por que lo sepáis en pocos versos,
Es, que considerando los provechos,
Las honras y los gustos que me vienen
Desta vuestra amistad, que en tanto tengo,
Ninguna cosa en mayor precio estimo,
Ni me hace gustar del dulce estado
Tanto como el amor de parte mía.
Éste conmigo tiene tanta fuerza,
Que sabiendo muy bien las otras partes
De la amistad, y la estrechez nuestra,
Con sólo aquéste el alma se enternece;
Y yo sé que otra mente me aprovecha,
Que el deleyte, que suele ser pospuesto
Á las útiles cosas y á las graves.
Llévame á escudriñar la causa desto
Ver contino tan recio en mí el efeto;
Y hallo que el provecho, el ornamento,
El gusto y el placer que se me sigue
Del vínculo de amor, que nuestro genio
Enredó sobre nuestros corazones,
Son cosas que de mí no salen fuera,
Y en mí el provecho sólo se convierte.

Mas el amor (de donde por ventura
Nacen todas las cosas, si hay alguna
Que á vuestra utilidad y gusto mire)
Es gran razón que en muy mayor estima
Tenido sea de mí que todo el resto,
Quanto más generosa y alta parte
Es el hacer bien, que recibille;
Así que amando me deleyto, y hallo
Que no es locura este deleyte mío.

¡O quán corrido estoy, y arrepentido
De haberos alabado el tratamiento
Del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
Con razón me tendréis; arrepentido
De haber perdido tiempo en alabaros
Cosa tan digna ya de vituperio;
Donde no hallaréis sino mentiras,
Vinos acedos, camareras feas,
Varletes codiciosos, malas postas,
Gran paga, poco argén, largo camino;
Llegar al fin á Nápoles, no habiendo
Dexado allá enterrado algún tesoro;
Salvo si no decís que es enterrado
Lo que nunca se hallaba, ni se tiene.

Á mi señor Dural estrechamente
Abrazad de mi parte, si pudierdes.
Doce del mes de octubre, de la tierra
Do nació el claro fuego del Petrarca,
Y donde están del fuego las cenizas.

CANCIONES

I

Si á la región desierta, inhabitable
Por el hervor del sol demasiado,
Y sequedad de aquella arena ardiente;
Ó á la que por el yelo congelado
Y rigurosa nieve es intratable,
Del todo inhabitada de la gente,
Por algún accidente,
Ó acaso de fortuna desastrada,
Me fuédeses llevada,
Y supiese que allá vuestra dureza
Estaba en su crudeza,
Allá os iría á buscar, como perdido,
Hasta morir á vuestros pies tendido.

Vuestra soberbia y condición esquivá
Acabe ya, pues es tan acabada
La fuerza de en quien ha de executarse,
Mira bien que el amor se desagrada
Deso, pues quiere que el amante viva
Y se convierta á do piense salvarse.
El tiempo ha de pasarse,
Y de mis males arrepentimiento,
Confusión y tormento

Sé que os ha de quedar, y esto recelo;
Que aunque de mí me duelo,
Como en mí vuestros males son de otra arte,
Duélenme en más sensible y tierna parte.

Así paso la vida acrecentando
Materia de dolor á mis sentidos,
Como si la que tengo no bastase;
Los quales para todo están perdidos,
Sino para mostrarme á mí qual ando.
Pluguiese á Dios que aquesto aprovechase
Para que yo pensase
Un rato en mi remedio, pues os veo
Siempre con un deseo
De perseguir al triste y al caído:
Yo estoy aquí tendido,
Mostrándoos de mi muerte las señales,
Y vos viviendo sólo de mis males.

Si aquella amarillez y los sospiros
Salidos sin licencia de su dueño;
Si aquel hondo silencio no han podido
Un sentimiento grande ni pequeño
Mover en vos, que baste á convertiros
Á siquiera saber que soy nacido:
Baste ya haber sufrido
Tanto tiempo, á pesar de lo que basto;
Que á mí mismo contraste,
Dándome á entender que mi flaqueza
Me tiene en la estrechez
En que estoy puesto, y no lo que yo entiendo;
Así que con flaqueza me defiendo.

Canción, no has de tener
Connigo más que ver en malo ó bueno;
Trátame como ajeno,
Que no te faltará de quien lo aprendas.

Si has miedo que me ofendas,
No quieras hacer más por mi derecho
De lo que hice yo, que mal me he hecho.

II.

La soledad siguiendo,
Rendido á mi fortuna,
Me voy por los caminos que se ofrecen,
Por ellos esparciendo
Mil queexas de una en una
Al viento, que las lleva do perecen;
Puesto que no merecen
Ser de vos escuchadas,
Ni sólo un hora oídas,
He lástima de ver que van perdidas
Por donde suelen ir las remediadas.
Á mi se han de tornar,
Adonde para siempre habrán de estar.
¿Mas qué haré, señora,
En tanta desventura?
¿Adónde iré, si á vos no voy con ella?
¿De quién podré yo agora
Valerme en mi tristura,
Si en vos no halla abrigo mi querella?
Vos sola sois aquella
Con quien mi voluntad
Recibe tal engaño,
Que viéndoos holgar siempre con mi daño,
Me quexo á vos, como si en la verdad
Vuestra condición fuerte
Tuviese alguna cuenta con mi muerte.
Los árboles presento

Entre las duras peñas
Por testigos de quanto os he encubierto;
De lo que entre ellos cuento
Podrán dar buenas señas,
Si señas pueden dar del desconcierto.
¡Mas quién tendrá concierto
En contar el dolor,
Que es de orden enemigo?
No me den pena, no, por lo que digo,
Que ya no me refrenará el temor.
¡Quién pudiese hartarse
De no esperar remedio y de quejarse!
Mas esto me es vedado
Con unas obras tales
Con que nunca fué á nadie defendido;
Que si otros han dexado
De publicar sus males,
Llorando el mal estado á que han venido,
Señora, no habrá sido
Sino con mejoría
Y alivio en su tormento;
Mas ha venido en mí á ser lo que siento
De tal arte, que ya en mi fantasía
No cabe, y así quedo
Sufriendo aquello que decir no puedo.
Si por ventura extendo
Alguna vez mis ojos
Por el proceso luengo de mis daños,
Con lo que me defiende
De tan grandes enojos
Solamente es allí con mis engaños;
Mas vuestros desengaños
Vencen mi desvario
Y apocan mis defensas.

No hallo que os he hecho otras ofensas,
Sino que siendo vuestro más que mío,
Quise perderme así,
Por vengarme de vos, señora, en mí.

Canción, yo he dicho más que me mandaron
Y menos que pensé;
No me pregunten más, que lo diré.

III

Con un manso ruido
De agua corriente y clara
Cerca el Danubio una isla, que pudiera
Ser lugar escogido
Para que descansara
Quien como yo estó agora no estuviera;
Do siempre primavera
Parece en la verdura
Sembrada de las flores;
Hacen los ruiseñores
Renovar el placer ó la tristura
Con sus blandas querellas,
Que nunca día y noche cesan dellas.

Aquí estuve yo puesto,
Ó por mejor decillo,
Preso, forzado y sólo en tierra ajena.
Bien pueden hacer esto
En quien puede sufrillo
Y en quien él á sí mismo se condena.
Tengo sola una pena,
Si muero desterrado,
Y en tanta desventura,
Que piensen por ventura

Que juntos tantos males me han llevado;
Y sé yo bien que muero
Por sólo aquello que morir espero.

El cuerpo está en poder
Y en manos de quien puede
Hacer á su placer lo que quisiere;
Mas no podrá hacer
Que mal librado quede,
Mientras de mí otra prenda no tuviere.
Quando ya el mal viniere,
Y la postrera suerte,
Aquí me ha de hallar
En el mismo lugar;
Que otra cosa más dura que la muerte
Me halla y ha hallado,
Y esto sabe muy bien quien lo ha probado.

No es necesario agora
Hablar más sin provecho,
Que es mi necesidad muy apretada;
Pues ha sido en un hora
Todo aquello deshecho
En que toda mi vida fué gastada.
¿Y al fin de tal jornada
Presumen de espantarme?
Sepan que ya no puedo
Morir sino sin miedo;
Que aun nunca que temer quiso dexarme
La desventura mía,
Que el bien y el miedo me quitó en un día.

Danubio, río divino,
Que por fieras naciones
Vas con tus claras ondas discurriendo,
Pues no hay otro camino
Por donde mis razones

Vayan fuera de aquí sino corriendo
Por tus aguas, y siendo
En ellas anegadas;
Si en esa tierra ajena
Por la desierta arena
Fueren de alguno acaso en fin halladas,
Entiérrelas, siquiera
Por que su error se acabe en tu ribera.
Aunque en el agua mueras,
Canción, no has de quexarte;
Que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras,
Si hubieras de igualarte
Con otras que se me han muerto en la boca.
Quien tiene culpa desto,
Allá lo entenderás de mí muy presto.

IV

El aspereza de mis males quiero
Que se muestre también en mis razones,
Como ya en los efetos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones;
Sabrá el mundo la causa por que muero;
Y moriré á lo menos confesado,
Pues soy por los cabellos arrastrado,
De un tan desatinado pensamiento,
Que por agudas peñas peligrosas,
Por matas espinosas
Corre con ligereza más que el viento,
Bañando de mi sangre la carrera;
Y para más despacio atormentarme,
Llévame alguna vez por entre flores

Á do de mis tormentos y dolores
Descanso, y dellos vengo á no acordarme;
Mas él á más descanso no me espera;
Antes, como me've desta manera,
Con un nuevo furor y desatino
Torna á seguir el áspero camino.

No vine por mis pies á tantos daños;
Fuerzas de mi destino me traxeron,
Y á la que me atormenta me entregaron.
Mi razón y juicio bien creyeron
Guardarme, como en los pasados años
De otros graves peligros me guardaron;
Mas quando los pasados compararon
Con los que venir vieron, no sabían
Lo que hacer de sí, ni dó meterse;
Que luego empezó á verse
La fuerza y el rigor con que venían.
Mas de pura vergüenza constreñida,
Con tardo paso y corazón medroso,
Al fin ya mi razón salió al camino.
Quanto era el enemigo más vecino,
Tanto más el recelo temeroso
Le mostraba el peligro de su vida,
Pensar en el temor de ser vencida.
La sangre alguna vez le calentaba,
Mas el mismo temor se la enfriaba.

Estaba yo á mirar, y peleando
En mi defensa mi razón estaba
Cansada, y en mil partes ya herida;
Y sin ver yo quien dentro me incitaba,
Ni saber cómo, estaba deseando
Que allí quedase mi razón vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
Cosa se me cumplió que desease

Tan presto como aquésta; que á la hora
Se rindió la señora,
Y el siervo consintió que gobernase
Y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentíme salteado
De una vergüenza libre y generosa:
Corríme gravemente que una cosa
Tan sin razón hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
De ver mi reyno en mano de quien cuento
Que me da vida y muerte cada día,
Y es la más moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
Tornar clara la noche tenébroza,
Y escurecer el sol á mediodía,
Me convirtieron luego en otra cosa,
En volviéndose á mí la vez primera
Con la calor del rayo que salía
De su vista, que en mí se difundía,
Y de mis ojos la abundante vena
De lágrimas, al sol que me inflamaba,
No menos ayudaba
Á hacer mi natura en todo ajena
De lo que era primero. Corromperse
Sentí el sosiego y libertad pasada,
Y el mal de que muriendo estó engendrarse,
Y en tierra sus raíces ahondarse
Tanto, quanto su cima levantada
Sobre qualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse,
Mil es amargo, alguna vez sabroso;
Mas mortífero siempre y ponzoñoso.
De mí agora huyendo, voy buscando
Á quien huye de mí como enemigo;

Que al un error añadido el otro yerro;
Y en medio del trabajo y la fatiga
Estoy cantando yo, y está sonando
De mis atados pies el grave hierro;
Mas poco dura el canto, si me encierro
Acá dentro de mí, porque allí veo
Un campo lleno de desconfianza.
Muéstrame la esperanza
De lejos su vestido y su meneo;
Mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno á llorar mis daños, porque entiendo
Que es un crudo linaje de tormento
Para matar aquel que está sediento
Mostralle el agua por que está muriendo,
De la cual el cuitado juntamente
La claridad contempla, el ruido siente;
Mas quando llega ya para bebellá,
Gran espacio se halla lejos della.

De los cabellos de oro fué texida
La red que fabricó mi sentimiento,
Do mi razón, revuelta y enredada,
Con gran vergüenza suya y corrimiento,
Sujeta al apetito y sometida
En público adulterio fué tomada,
Del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
Pues no tengo con que considerallo,
Y en tal punto me hallo,
Que estoy sin armas en el campo puesto
Y el paso ya cerrado y la huída.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido á tal extremo,
Que del grave dolor que huyo y temo
Me hallo algunas veces tan amigo,

Que en medio dél si vuelvo á ver la vida
De libertad, la juzgo por perdida
Y maldigo las horas y momentos
Gastadas mal en libres pensamientos.

No reyna siempre aquesta fantasía,
Que en imaginación tan variable
No se reposa una hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
Á tiempos el dolor, que al alma mía
Desampara, huyendo el sufrimiento,
Lo que dura la furia del tormento.
No hay parte en mí que no se me trastorne,
Y que en torno de mí no esté llorando,
De nuevo protestando
Que de la vía espantosa atrás me torne.
Esto ya por razón no va fundado,
Ni le dan parte dello á mi juicio,
Que este discurso todo es ya perdido;
Mas es en tanto daño del sentido
Este dolor, y en tanto perjuicio,
Que todo lo sensible atormentado,
Del bien (si alguno tuvo) ya olvidado
Está de todo punto, y sólo siente
La furia y el rigor del mal presentè.

En medio de la fuerza del tormento
Una sombra de bien se me presenta,
Do el fiero ardor un poco se mitiga.
Figúraseme cierto á mí que sienta
Alguna parte de lo que yo siento
Aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomparable la fatiga,
Que si con algo yo no me engañase
Para poder llevalla, moriria;
Y así me acabaría

Sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que del estado más perdido
Saco algún bien; mas luego en mí la suerte
Trueca y revuelve el orden; que algún hora
Si el mal acaso un poco en mí mejora,
Aquel descanso luego se convierte
En un temor que me ha puesto en olvido
Aquella por quien sola me he perdido.
Así, del bien que un rato satisface,
Nace el dolor que el alma me deshace.

Canción, si quien te viere se espantare
De la inestabilidad y ligereza,
Y revuelta del vago pensamiento:
Estable, grave y firme es el tormento
Le di, que es causa, cuya fortaleza
Es tal, que en cualquier parte que tocare
La hará revolver hasta que pare
En aquel fin de lo terrible y fuerte,
Que todo el mundo afirma que es la muerte.

V

A LA FLOR DE GNIDO

Si de mi baxa lira
Tanto pudiese el son que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento
Y la furia del mar y el movimiento,
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enternebiese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los truxese,

No pienses que cantado
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte ayrado,
Á muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;

Ni aquellos capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes
El fiero cuello atados,
Y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad sería cantada,
Y alguna vez con ella
También sería notada
El aspereza de que estás armada.

Y como por ti sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cativo
De quien tener se debe más cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa

Palestra como sierpe ponzoñosa.

Por ti su blanda musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.

Por ti el mayor amigo
Lo es importuno, grave y enojoso:
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fui su puerto y su reposo.

Y agora, en tal manera
Vence el dolor á la razón perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendada,
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada,
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
El caso de Anaxarete, y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Quando abaxo mirando,
El cuerpo vido
Del miserable amante allí tendido.

Y al cuello el lazo atado
Con que desenlazó de la cadena
El corazón cuitado,

Que con su breve pena
Compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡O tarde arrepentirse!
¡O última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron;
Los huesos se tornaron
Mas duros y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron.

Las entrañas eladas
Tornaron poco á poco en piedra dura;
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo, y su natura;
Hasta que, finalmente,
En duro mármol vuelta y transformada,
Hizo de sí la gente,
No tan maravillada
Quanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, señora,
De Némesis ayrada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas

Den inmortal materia,
Sin que también en verso lamentable
Celebren la miseria
De algún caso notable
Que por ti pase triste y miserable.

SONETOS

I

Quando me paro á contemplar mi estado
Y á ver los pasos por do me ha traído,
Hallo, según por do anduve perdido,
Que á mayor mal pudiera haber llegado.

Mas quando del camino está olvidado,
Á tanto mal no sé por dó he venido:
Sé que me acabo, y más he yo sentido
Ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
Á quien sabrá perderme y acabarme,
Si ella quisiere, y aun sabrá querello;

Que pues mi voluntad puede matarme,
La suya, que no es tanto de mi parte,
Pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

II

En fin á vuestras manos he venido,
Do sé que he de morir tan apretado,
Que aun aliviar con queexas mi cuidado
Como remedio me es ya defendido.

Mi vida no sé en qué se ha sostenido,
Si no es en haber sido yo guardado
Para que sólo en mí fuese probado
Quánto corta la espada en un rendido.

Mis lágrimas han sido derramadas
Donde la sequedad y la aspereza
Dieron mal fruto dellas y mi suerte.

Basten las que por vos tengo lloradas;
No os venguéis más de mí con mi flaqueza;
Allá os vengad, señora, con mi muerte.

IV

Un rato se levanta mi esperanza;
Mas, cansada de haberse levantado,
Torna á caer, y dexa, mal mi grado,
Libre el lugar á la desconfianza.

¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
Del bien al mal? ¡O corazón cansado!
Esfuerza en la miseria de tu estado,
Que tras fortuna suele haber bonanza.

Yo mismo emprenderé á fuerza de brazos
Romper un monte, que otro no rompiera,
De mil inconvenientes muy espeso.

Muerte, prisión, no pueden, ni embarazos,
Quitarme de ir á veros como quiera,
Desnudo espirtu, ó hombre en carne y hueso.

VI

Por ásperos caminos he llegado
Á parte que de miedo no me muevo;
Y si á mudarme ó dar un paso pruebo,
Allí por los cabellos soy tornado.

Mas tal estoy, que con la muerte al lado
Busco de mi vivir consejo nuevo:
Conozco lo mejor, lo peor apruebo,
Ó por costumbre mala ó por mi hado.

Por otra parte, el breve tiempo mío
Y el errado proceso de mis años,
En su primer principio y en su medio,
Mi inclinación (con quien ya no porfio),
La cierta muerte (fin de tantos daños,
Me hacen descuidar de mi remedio.

VIII

De aquella vista pura y excelente
Salen espirtus vivos y encendidos,
Y siendo por mis ojos recibidos,
No paran hasta donde el mal se siente.

Encuéntranse en camino fácilmente,
Por do los míos, del calor movidos,
Salen fuera de mí como perdidos,
Llamados de aquel bien que está presente.

Ausente en mi memoria la imagino:
Mis espirtus, pensando que la vian,
Se mueven y se encienden sin medida.

Mas no hallando fácil el camino,
Que los suyos entrando detenian,
Revientan por salir do no hay salida.

X

¡O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres quando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
Y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dixera, quando las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía,
Que me habíais de ser en algún día
Con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dexastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

XII

Si para refrenar este deseo
Loco, imposible, vano, temeroso,
Y guarecer de mal tan peligroso,
Que es darme á entender yo lo que no creo,
No me aprovecha verme qual me veo,
Ó muy aventurado ó muy medroso,
En tanta confusión, que ya no oso
Fiar el mal de mí que lo poseo,

¿Qué me ha de aprovechar ver la pintura
De aquel que con las alas derretidas
Cayendo, fama y nombre al mar ha dado?

¿Ni la del que su fuego y su locura
Llora entre aquellas plantas conocidas,
Apenas en el agua resfriado?

XIV

Como la tierna madre, que el doliente
Hijo le está con lágrimas pidiendo
Alguna cosa, de la qual comiendo
Sabe que ha de doblarse el mal que siente,

Y aquel piadoso amor no le consiente
Que considere el daño que haciendo
Lo que le pide hace, va corriendo,
Aplaca el llanto, y dobla el accidente,
Así á mi enfermo y loco pensamiento,
Que en su daño os me pide, yo querría
Quitalle este mortal mantenimiento.
Mas pídemelo y llora cada día
Tanto, que quanto quiere le consiento,
Olvidando su muerte, y aun la mía.

XV

Si quexas y lamentos pueden tanto
Que enfrenaron el curso de los ríos,
Y en los desiertos montes y sombríos
Los árboles movieron con su canto;
Si convirtieron á escuchar su llanto
Los fieros tigres y peñascos fríos;
Si, en fin, con menos casos que los míos
Baxaron á los reynos del espanto,
¿Por qué no ablandará mi trabajosa
Vida, en miseria y lágrimas pasada,
Un corazón conmigo endurecido?
Con más piedad debería ser escuchada
La voz del que se llora por perdido,
Que la del que perdió y llora otra cosa.

XVI

Á LA SEPULTURA DE DON FERNANDO DE GUZMÁN, SU HERMANO, QUE MURIÓ DE PESTILENCIA Á LOS VEINTE AÑOS DE SU EDAD, ESTANDO EN EL EJÉRCITO DE NUESTRO CÉSAR CONTRA FRANCESES EN NÁPOLES.

No las francesas armas odiosas,
En contra puestas del ayrado pecho,
Ni en los guardados muros con pertrecho
Los tiros y saetas ponzoñosas;

No las escaramuzas peligrosas,
Ni aquel fiero ruido contrahecho
De aquel que para Júpiter fué hecho
Por manos de Vulcano artificiosas,
Pudieron (aunque yo más me ofrecía
Á los peligros de la dura guerra)
Quitar un hora sola de mi hado.

Mas infición del ayre en solo un día
Me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra.

XVII

Pensando que el camino iba derecho
Vine á parar en tanta desventura,
Que imaginar no puedo, aun con locura,
Algo de que esté un rato satisfecho.

El ancho campo me parece estrecho,
La noche clara para mí es oscura,
La dulce compañía amarga y dura,
Y duro campo de batalla el lecho.

Del sueño (si hay alguno) aquella parte

Sola, que es ser imagen de la muerte,
Se aviene con el alma fatigada.

En fin, que como quiera estoy de arte
Que juzgo ya por hora menos fuerte
(Aunque en ella me vi) la que es pasada.

XX

Con tal fuerza y vigor son concertados
Para mi perdición los duros vientos,
Que cortaron mis tiernos pensamientos
Luego que sobre mí fueron mostrados.

El mal es que me quedan los cuidados
En salvo destos acontecimientos,
Que son duros y tienen fundamentos
En todos mis sentidos bien echados.

Aunque por otra parte no me duelo,
Ya que el bien me dexó con su partida
El grave mal que en mí está de contino;

Antes con él me abrazo y me consuelo,
Por que en proceso de tan dura vida
Ataje la largueza del camino.

XXII

Con ansia extrema de mirar qué tiene
Vuestro pecho escondido allá en su centro,
Y ver si á lo de fuera lo de dentro
En apariencia y ser igual conviene,

En él puse la vista; mas detiene
De vuestra hermosura el duro encuentro
Mis ojos, y no pasan tan adentro
Que miren lo que el alma en sí contiene.

Y así se quedan tristes en la puerta
Hecha por mi dolor con esa mano
Que aun á su mismo pecho no perdona:

Donde vi claro mi esperanza muerta,
Y el golpe que vos hizo amor en vano
Non esservi passato oltra la gonna.

XXIII

En tanto que de rosa y de azucena
Se muestra la color en vuestro gesto,
Y que vuestro mirar ardiente, honesto,
Con clara luz la tempestad serena;

Y en tanto que el cabello, que en la vena
Del oro se escogió, con vuelo presto
Por el hermoso cuello blanco, enhiesto
El viento mueve, esparce y desordena,

Coged de vuestra alegre primavera
El dulce fruto, antes que el tiempo ayrado
Cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado
Todo lo mudará la edad ligera,
Por no hacer mudanza en su costumbre.

XXIV

À LA MARQUESA DE PADULA, DOÑA MARÍA DE CARDONA

Ilustre honor del nombre de Cardona,
Décima moradora del Parnaso,
À Tansilo, á Minturno, al culto Taso,
Sujeto noble de inmortal corona:

Si en medio del camino no abandona
La fuerza y el espirtu á vuestro Laso,

Por vos me llevará mi osado paso
Á la cumbre difícil de Heliconá.

Podré llevar entonces sin trabajo,
Con dulce son que el curso al agua enfrena,
Por un camino hasta agora enxuto,

El patrio, celebrado y rico Tajo,
Que del valor de su luciente arena
Á vuestro nombre pague el gran tributo.

XXVII

Amor, Amor, un hábito he vestido
Del paño de tu tienda, bien cortado;
Al vestir le hallé ancho y holgado,
Pero después estrecho y desabrido.

Después acá de haberlo consentido,
Tal arrepentimiento me ha tomado,
Que pruebo alguna vez de congojado
Á romper deste paño este vestido.

¿Mas quién podrá deste hábito librarse,
Teniendo tan contraria su natura
Que con él ha venido á conformarse?

Si alguna parte queda por ventura
De mi razón, por mí no osa mostrarse,
Que en tal contradicción no está segura.

XXVIII

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
De mi rigor pasado y mi aspereza,
Con que reprehenderos la terneza
De vuestro blando corazón solía.

Agora me castigo cada día
De tal selvatiquez y tal torpeza;

Mas es á tiempo que de mi baxeza
Correrme y castigarme bien podría.

Sabed que en mi perfecta edad, y armado,
Con mis ojos abiertos me he rendido
Al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
Nunca fué corazón; si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

XXX

Sospechas que en mi triste fantasia
Puestas hacéis la guerra á mi sentido,
Volviendo y revolviendo el afligido
Pecho con dura mano noche y día,

Ya se acabó la resistencia mía
Y la fuerza del alma; ya rendido
Vencer de vos me dexo, arrepentido
De haberos contrastado en tal porfia.

Llevadme á aquel lugar tan espantable,
Que por no ver mi muerte allí esculpida,
Cerrados hasta aquí tuve los ojos.

Las armas pongo ya, que concedida
No es tan larga defensa al miserable:
Colgad en vuestro carro mis despojos.

XXXII (37) ^a

Mi lengua va por do el dolor la guía;
Ya yo con mi dolor sin guía camino;
Entrambos hemos de ir con puro tino,
Cada uno á parar do no queria:

(a) Desde este soneto no se ajusta la numeración en todas las ediciones; así, se indicará entre paréntesis las dos numeraciones con que figuran.

Yo, porque voy sin otra compañía
Sino la que me hace el desatino;
Ella, porque la lleve aquel que vino
Á hacella decir más que querría.

Y es para mí la ley tan desigual,
Que aunque inocencia siempre en mí conoce,
Siempre yo pago el yerro ajeno y mío.

¿Qué culpa tengo yo del desvario
De mi lengua, si estoy en tanto mal
Que el sufrimiento ya me desconoce?

XXXIII (35)

Á BOSCÁN DESDE LA GOLETA

Boscán, las armas y el furor de Marte,
Que con su propia sangre el africano
Suelo regando, hacen que el romano
Imperio reverdezca en esta parte,

Han reducido á la memoria el arte
Y el antiguo valor italiano,
Por cuya fuerza y valerosa mano
África se aterró de parte á parte.

Aquí, donde el romano entendimiento,
Donde el fuego y la llama licenciada
Sólo el nombre dexaron á Cartago,

Vuelve y revuelve amor mis pensamientos,
Hiere y enciende el alma temerosa;
Y en llanto y en ceniza me deshago.

XXXIV (34)

Gracias al Cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,

Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.

Veré colgada de un sutil cabello
La vida del amante émbebecido
En su error, y en su engaño adormecido,
Sordo á las voces que le avisan dello.

Alegrárame el mal de los mortales;
Mas no es mi corazón tan inhumano
En aqueste mi error, como parece;

Porque yo huelgo, como huelga el sano,
No de ver á los otros en los males,
Sino de ver que dellos él carece.

XXXV (33)

Á MARIO GALEOTA

Mario, el ingrato amor, como testigo
De mi fe pura y de mi gran firmeza,
Usando en mí su vil naturaleza,
Que es hacer más ofensa al más amigo;

Teniendo miedo que si escribo y digo
Su condición abato su grandeza;
No bastando su esfuerzo á su crueza,
Ha esforzado la mano á mi enemigo.

Y así, en la parte que la diestra mano
Gobierna, y en aquella que declara
Los concetos del alma, fui herido.

Mas yo haré que aquesta ofensa, cara
Le cueste al ofensor, ya que estoy sano,
Libre, desesperado y ofendido.

XXXVII (32)

Estoy contino en lágrimas bañado,
Rompiendo siempre el ayre con sospiros;

Y más me duele el no osar deciros
Que he llegado por vós á tal estado;
Que viéndome do estoy y lo que he andado
Por el camino estrecho de seguiros,
Si me quiero tornar para huiros,
Desmayo viendo atrás lo que he dexado;
Y si quiero subir á la alta cumbre,
Á cada paso espántánme en la vía
Exemplos tristes de los que han caído.
Sobre todo, me falta ya la lumbré
De la esperanza con que andar solía
Por la escura región de vuestro olvido.

ÍNDICE

GARCILASO Y SUS OBRAS POÉTICAS

	<u>Páginas</u>
Estudio preliminar.....	V
Progenie de Garcilaso.....	VI
Primeros años del poeta.....	VIII
Garcilaso en la corte.....	IX
La figura de Garcilaso.....	XI
Garcilaso y Boscán.....	XII
Distinciones del Emperador.....	XVI
Las primeras campañas militares.....	XVII
Matrimonio de Garcilaso.....	XIX
Primer viaje del poeta.....	XX
Coronación de Carlos V.....	XXI
La guerra con Florencia.....	XXX
Embajada á Francia.....	XXXI
La corte francesa.....	XXXII
La campaña contra el turco.....	XXXIV
La boda del sobrino de Garcilaso.....	XXXV
Viaje con el duque de Alba.....	XXXVII
El destierro.....	XXXVIII
Garcilaso en Nápoles.....	XXXIX
Amistades de Garcilaso.....	XLI
El amor del poeta.....	XLII
<i>La Sirena napolitana</i>	LV

	Páginas.
Cartas del cardenal Bembo.....	LVII
La expedición á Túnez.....	LX
La entrada de Carlos V en Nápoles.....	LXVII
La <i>Flor de Gnido</i>	LXX
La hazaña de Velettri.....	LXXXI
Carlos V en Roma.....	LXXV
La guerra con Francia.....	LXXVI
Noticias acerca de la muerte de Garcilaso.....	LXXXIX
Los últimos momentos del poeta.....	LXXXIX
Conjeturas.....	XCH
Nuevas comprobaciones respecto á la muerte de Garcilaso.....	XCVI
Principales ediciones de sus poesías.....	XCIX
Conclusión.....	CV

POESÍAS SELECTAS DE BOSCÁN

<i>Coplas</i> . — Coplas I y II.....	1-4
Arrepintiéndose porque se desavino (IV-V).....	5-8
Á la tristeza (VII).....	8
Otras en que compara diversas cosas á sí mis- mo (IX).....	9
Copla XI.....	11
Á su amiga, enviándole un Cancionero de sus co- plas (XVI).....	16
Á una señora á quien servía (XVII).....	16
De Boscán al Almirante, respondiendo á unas co- plas (XXIII).....	20
De Boscán á un caballero, haciéndole saber qué cosa es amor (XXXI).....	26
Conversión de Boscán.....	30
<i>Sonetos y canciones</i> . — Á la duquesa de Soma....	41
Algunos sonetos.....	48-58

	Páginas.
<i>Canciones.</i> — Canción II.....	59
Canción III.....	64
Respuesta de Boscán á D. Diego de Mendoza....	69
Octava rima.....	83

OBRAS DE GARCILASO DE LA VEGA

<i>Églogas.</i> — Égloga I.	119
Égloga II.....	134
Égloga III.....	201
<i>Elegías.</i> — Elegía I.....	215
Elegía II.....	224
Epístola á Boscán.....	231
<i>Canciones.</i> — Canción I.....	234
Canción II.....	237
Canción III.....	239
Canción IV.....	241
Canción V.....	246
Algunos sonetos.....	251-263

DATE DUE
~~NOV 30 1931~~

~~JAN 6 1967~~

~~JAN 23 1968~~

~~MAR 29 '68~~

JUL. 5 1983

~~STORAGE~~



3 5132 00387 3734

University of the Pacific Library

Antologia
Poetas Liricos
Castellanos

23020

